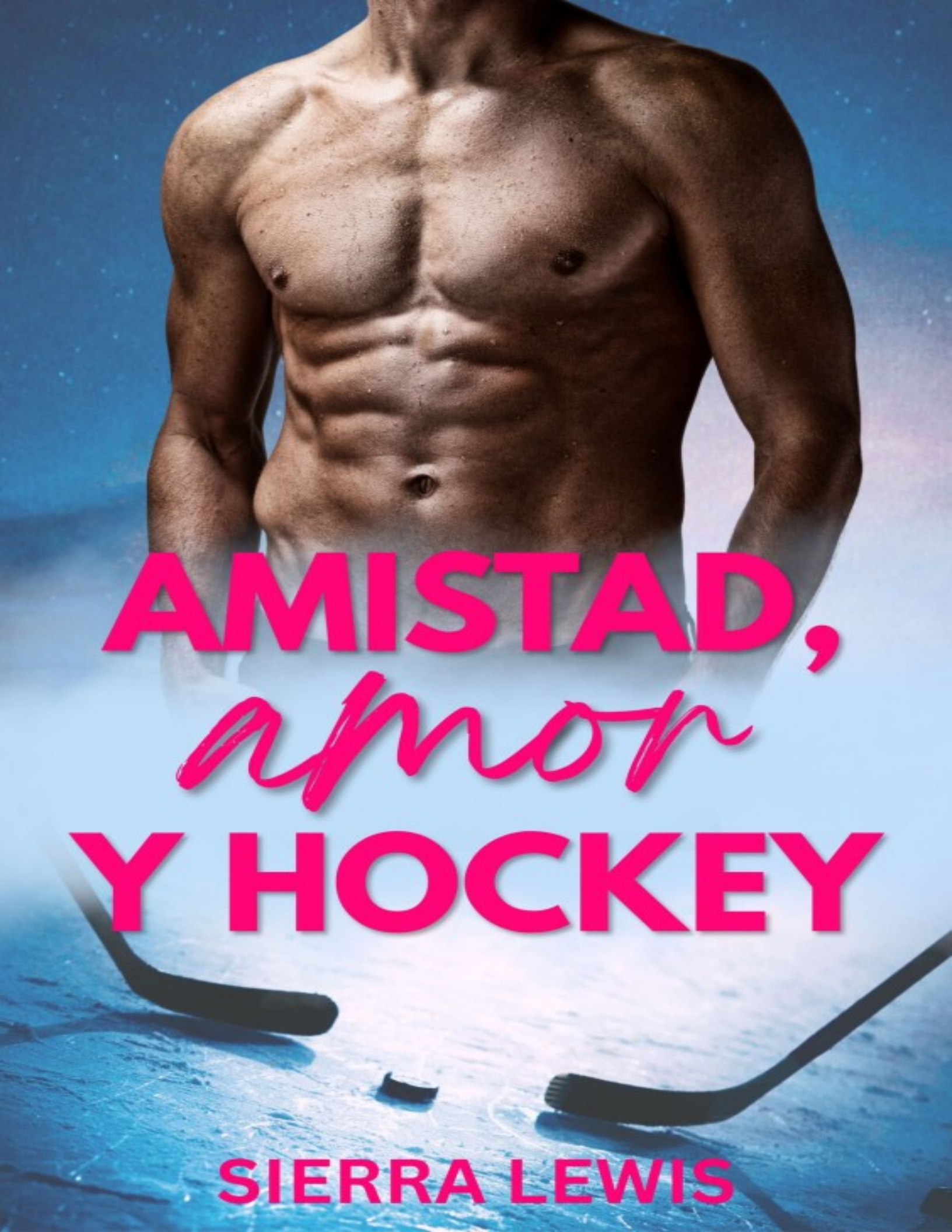

AMISTAD,
amor
Y HOCKEY
SIERRA LEWIS

Amistad, Amor y Hockey

A Friends-to-Lovers Hockey Romance

Sierra Lewis

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

¡Una reseña sería fantástica!
¿No puedes esperar a leer el siguiente libro?
Adelanto de Secretos, Amor y Hockey

Otras obras de Sierra Lewis
Sobre la autora

Prólogo

Si Madison James tuviera que planificar un lunes por la noche perfecto, estaría en su sofá con un tequila sunrise en la mano, mirando una película romántica. Pediría Pad Thai en el local de la esquina, apagaría el móvil y se acurrucaría con su almohada favorita en pijama mientras alguien encontraba a su alma gemela en la pantalla.

Sin embargo, este no era un lunes perfecto por la noche.

Esta noche, mientras Shakira le gritaba al oído que sus caderas no mentían, Maddie se abría paso entre la multitud que bailaba hacia la barra, deseando que sus propias caderas fueran un poco más estrechas. Así no chocaría con tantos cuerpos desconocidos. Olía a protector solar, a bebidas afrutadas y a sudor —el olor inconfundible de todos los bares del muelle de Santa Mónica— y Maddie deseó conservar todavía el resfriado de la semana pasada. Al menos así su sentido del olfato no sería tan agudo. Además, habría tenido una excusa para no venir.

No tenía nada en contra de este bar en particular. De hecho, le gustaba el Sunny Umbrella. Estaba a menos de quince metros de su agencia de citas, así que, si salía a tomar algo, era allí. Era solo que, estaba condenadamente cansada y solo quería una cita obligatoria con su sofá y luego con su cama, no con su hermana. Además, nunca salía entre semana. Porque…

—¿Qué haces aquí? Siempre dices que ir a un bar durante la semana es el grito desesperado de auxilio de un soltero. Además, solo los ricos y los estudiantes pueden permitirse ese lujo, ya que cualquier otra persona sensata tiene que acostarse temprano.

Sí, justo por esas razones.

—Hola, Tara —respondió con una sonrisa, saludando con la cabeza a la camarera que se hacía un hueco tras la barra—. ¿Me pones un tequila sunrise y un par de tímpanos nuevos, por favor? Tienen la música demasiado alta.

Tara se rio y se agachó tras la barra, de modo que durante unos segundos solo fue visible su cabello afro. Reapareció con una copa de cóctel en la mano.

—Ay, Maddie. Tienes veintiocho años, pero suenas como mi abuela.

—¿Por qué? ¿A ella también le gusta beber tequila sunrise? —replicó con inocencia.

Tara resopló.

—No, pero le gusta aporrear el techo con su bastón cuando los chicos del piso de arriba suben demasiado el volumen.

Bueno, eso no le sucedería a ella: vivía en el último piso.

—Tu abuela parece una gran persona. Me gustaría conocerla —respondió contenta.

—Seguro que sí. Entonces, ¿estás aquí solo para quejarte de nuestra música? ¿O por una vez buscas a un Príncipe Azul para ti, en lugar de para todos los demás?

Dios, no. Se le daba mucho mejor hacer de celestina para otros.

—Hoy no vine por amor. Pero oye, si quieres apuntarte con nosotros…

—No, gracias. —Tara hizo una mueca mientras clavaba una sombrillita en el tequila sunrise de Maddie—. Si alguna vez busco algo más que una sola noche sin compromiso, te lo haré saber de inmediato. Pero entonces, si no buscas clientes nuevos, ¿qué haces aquí?

—He quedado con Lucy. ¿La has visto? —Se puso de puntillas y oteó sobre la multitud que bailaba hacia las pocas mesas que había junto a la pared.

—Ah, sí. —Tara sonrió de oreja a oreja y movió las cejas—. Está aquí con una especie de semidiós de gimnasio.

Maddie suspiró para sus adentros. Por supuesto que sí. Si la vida de Lucy fuera un libro, sería uno de mitología griega. La cantidad de semidioses que iban y venían por su vida —así como por su cama— era impresionante.

—Están afuera, en la terraza; allí tus oídos deberían tener un respiro.

Quizá uno pequeño.

—Di'acuerdo, gracias. Ah, otra cosa, hay un banco precioso frente a la puerta, tapizado en terciopelo verde…

—Lo tiramos. Está en la acera para que lo recojan.

El corazón de Maddie dio un vuelco. ¡Después de todo, esta noche iba a ser buena! Le encantaban los muebles viejos con historia que podía restaurar.

—¡No, se viene conmigo!

Tara se rio y empujó el cóctel por la barra hacia ella.

—Estás rodeada de tipos y tipas impresionantes y suspiras por un trozo de madera muerta.

—¡Un trozo de madera muerta cubierto de terciopelo verde!

—Ya, ya, claro, eso lo cambia todo. En fin, siéntete libre de llevártelo, pero pesa un montón.

—¡Ya me las apañaré! —Lucy podría ayudarla a cargarlo a cambio de que Maddie hubiera venido a su encuentro, ignorando la llamada de su cama. Por otra parte, su hermana pequeña había empezado un nuevo trabajo hoy y su primer día no había ido sobre ruedas. Al menos, sonó enfadada por teléfono. La única razón por la que Maddie estaba aquí ahora era porque era incapaz de decir que no a su familia, por pequeña que fuera la petición.

Pagó el cóctel y estaba a punto de abrirse paso entre la multitud que bailaba en la pista cuando un gigante de cabello oscuro le bloqueó el paso.

—Hola, preciosa —dijo, levantando la comisura de la boca—, ¿estás…?

—…nada interesada? —terminó por él, sonriendo—. Sí. ¿Cómo lo sabías?

El tipo la miró parpadeando con la boca abierta. Ella no iba a quedarse esperando a que le entrara una mosca. Lo dejó allí plantado y se abrió paso hacia el exterior. No iba a conocer al hombre de sus sueños en un bar. Primero, era poco romántico y, segundo, los hombres de aquí no estaban interesados en nada serio. Y eso era lo único que un hombre obtendría de ella: para siempre jamás. Nada más. Hasta ahora, no lo había comunicado con la suficiente claridad —al menos, si había que creer a su único exnovio — y no volvería a cometer ese error.

Su hermana, en cambio, opinaba de otra manera.

Maddie salió al patio rodeado de palmeras y encontró a Lucy en cuestión de segundos. No fue por su melena pelirroja, sino por el hombre sentado a la mesa con ella.

Vaya. Lo de semidiós era una descripción acertada. ¿O Adonis era un dios completo? Daba igual. El hombre al lado de su hermana tenía una mandíbula angulosa de Miguel Ángel, unos hombros anchos de Ken y cabello rubio de surfista con una sonrisa diabólica de cien vatios que seguramente podría derretir bragas. En sentido figurado, claro.

Parecía uno de esos tipos de las playas de Santa Mónica a los que la gente se les quedaba mirando todo el día en *Muscle Beach*, de esos que lucían con orgullo sus abdominales marcados. Categoría general: tipo bueno.

Genial. Así que cuando Lucy dijo que iba con un «amigo», se refería a uno de «esos» amigos. ¿No podía haberle avisado? Maddie tenía pocas ganas de andar con las conquistas de su hermana. Sería el sujetavelas mientras ellos dos se entregaban a los preliminares verbales, rozándose los muslos como por accidente.

Maddie suspiró. Bueno, ya estaba allí. Su reloj indicaba que eran poco más de las nueve; podría quedarse hasta las diez y media sin resultar grosera. Al menos había algunos grupos de mujeres sentadas cerca. Si Lucy y el galanote se ponían cariñosos, podría dedicar el tiempo a reclutar solteras para Match Me! Su agencia acababa de empezar y le venía bien cualquier cliente que pudiera conseguir.

—¡Ah, Maddie! —exclamó Lucy, radiante y dando un salto cuando su hermana llegó a la mesa—. ¡No esperaba que vinieras de verdad!

Vaya, si Maddie hubiera sabido que ya tenía vía libre, quizá en serio no habría venido.

—Hola. Parecías disgustada por teléfono y no quería que estuvieras sola. —Abrazó a su hermana y observó al rubio extraño, que le resultaba vagamente familiar, mientras la miraba con sus ojos marrones con fijeza—. Pero, como es obvio, no es el caso.

—Sí, este es Matt. Me debía una copa, así que lo invité a él también —dijo Lucy con ligereza, señalándolo con la mano—. Matt, esta es Madison, mi hermana.

—Hola, Madison —respondió el semidiós con una sonrisa socarrona, con una voz profunda y calmada mientras se levantaba y le ofrecía la mano—. Encantado de conocerte.

A Maddie le dio un vuelco el estómago cuando él envolvió sus dedos largos y cálidos alrededor de los suyos. Su mirada cayó en sus antebrazos fibrosos. Oh, Dios, era un galán con modales; el tipo de hombre más peligroso.

Había que reconocérselo a Lucy: su gusto era impecable, siempre y cuando se tratara de pasar unas cuantas semanas de pasión con alguien, algo que no era el estilo de Maddie. Se aclaró la garganta y soltó su mano.

—Es Maddie. Todo el mundo me llama Maddie. Encantada de conocerte yo también.

—¿Y tú qué? ¿Tus amigos te llaman Matty? —preguntó Lucy con una sonrisa, acercando una silla para Maddie—. Así hoy saldría con Maddie y Matty.

Matt frunció el entrecejo y se frotó la barbilla mal afeitada.

—Mierda, no. Nadie más que mis hermanas me llaman así.

—¿Entonces no harás una excepción conmigo? —preguntó Lucy, acentuando su falsa agitación al ponerse una mano en el pecho.

—Nop.

Maddie forzó una sonrisa. El tonteo verbal ya había comenzado.

—¿Dónde se conocieron?

—En el trabajo —respondió Lucy.

La chica abrió mucho los ojos.

—Ah. —Su hermana solía tener reglas estrictas sobre separar el trabajo del placer—. Entonces, ustedes dos están…

—¡Puaj, no! —dijo su hermana, horrorizada—. Él está en el equipo, Maddie. Ya sabes lo que pienso de eso.

Confundida, Maddie parpadeó mientras estudiaba al rubio, y entonces se dio cuenta de por qué le resultaba familiar. Por supuesto: era Matthew Payne, extremo de los L.A. Hawks, el equipo profesional de hockey. Casi no lo había reconocido sin el casco. —Ah, entonces solo están aquí como amigos —dijo con alivio, relajándose de inmediato. Eso haría que la noche fuera más agradable.

—¡Claro! —Todavía escandalizada, Lucy la miró—. *Jamás* me involucraría con este niñato del hielo.

—Gracias, ponle un poco más de asco a la voz —respondió Matt con sarcasmo y le dio un sorbo a su cerveza.

Maddie se rio de su expresión huraña.

—No te lo tomes como algo personal, Matt. Lucy tiene esta regla de no involucrarse con jugadores de hockey.

—Vaya, eso va a romper algunos corazones —respondió él con un suspiro—. Pero lo entiendo. Más vale que les avise.

Lucy puso los ojos en blanco.

Maddie tuvo que preguntarle con una amplia sonrisa:

—¿Y bien? ¿Tú estás incluido en esos corazones rotos?

—Qué va. —Le dedicó una sonrisa pícara, se inclinó hacia delante y susurró—: Las prefiero morenas.

El calor subió a las mejillas de Maddie mientras se apresuraba a apartarse el cabello castaño tras las orejas.

—Vaya —logró responder—. ¿Esa frase estaba de oferta o por qué suena tan barata?

Lucy se rio y, para su sorpresa, Matt también.

—Tanto para nada lo de practicar frente al espejo —dijo él, fingiendo pesar, y luego le dio un toque juguetón en el hombro.

—Lo siento, pero necesitas más práctica —respondió en tono de disculpa, ignorando la piel de gallina que se extendió desde su dedo índice hasta por toda su espalda, donde él estaba tocando la piel desnuda.

Sí, ella quería algo serio, pero eso no significaba que su cuerpo no echara de menos la diversión a veces. Y los deportistas no muy brillantes se daban bien en eso, ¿verdad?

Oh, olvídalo; Matt no era para ella.

—¿Por qué le debes una copa a Lucy? —preguntó, tratando de cambiar de tema.

—Le dije dónde encontrar a Dax Temple.

—¿Qué? —No entendía nada.

—No es importante —dijo Lucy apretando los dientes—. No quiero oír ese nombre esta noche, ¿de acuerdo? De hecho, ahora que lo pienso, podría pasarme la vida entera sin volver a verlo.

Cielo santo, ¿qué le habría hecho ese hombre a su hermana? Lucy no se disgustaba con tanta facilidad. Era dura, no rehuía las confrontaciones y conseguía lo que quería; cualidades que Maddie siempre le había envidiado.

—Eso va a resultar difícil, ya que él es un jugador y tú la de relaciones públicas del equipo —señaló Matt—. Pero oye, probablemente Dax solo tuvo un mal día. En realidad, es un buen tipo.

—Entonces, ¿es verdad que son mejores amigos? —preguntó Maddie. Al menos eso decían los medios. No era una fan acérrima de los Hawks como Lucy, pero toda su familia solía ir a los partidos una vez por mes. Lo hicieron hasta que su madre murió. Seguía el deporte de forma casual porque le producía una sensación cálida en el pecho.

—Culpable de los cargos —dijo Matt sonriendo.

—Ay, Matt, tienes un gusto pésimo para los hombres —espetó Lucy con pesar mientras se levantaba—. Hasta me siento un poco indispuesta. Discúlpenme un momento. —Le dirigió otra mirada de reproche y desapareció en el bar.

Matt se rio entre dientes, y aquel tono ronco y oscuro hizo que a Maddie se le erizara el vello de la nuca.

—Tu hermana no es nada tímida, ¿verdad?

—Oh, no —confirmó… y luego no supo qué más decir. Insegura, le sonrió al chico, que era demasiado guapo, rico y famoso, y cuando siguieron unos segundos terribles de silencio incómodo, sacó

el móvil del bolsillo—. Es que quiero… solo… —No terminó la frase, sino que señaló su pantalla. Luego tecleó en Google lo primero que se le vino a la cabeza.

¿Adonis es un semidios o un dios completo?

—Dios completo.

Levantó la vista, confundida.

—¿Qué?

—Adonis. Era un dios completo. Al menos según los frigios.

Maddie parpadeó. De la boca de aquel guapetón bobo pero educado estaban saliendo cosas demasiado extrañas.

—¿Los frigios?

Matt sonrió de oreja a oreja.

—Sí. El pueblo indoeuropeo que tuvo un imperio relativamente grande en el centro de Asia Menor en el siglo VIII a. C. Era su dios de la vegetación.

—Pero… —a la castaña todavía le costaba relacionar esas palabras con el hombre increíblemente atractivo que tenía delante—. Pensaba que venía de la mitología griega.

—Sí, los investigadores todavía discuten sobre eso. Los frigios fueron los primeros, pero también se le menciona en la mitología griega y romana. Allí, sin embargo, no era ni un semidiós ni un dios de verdad. Allí no era más que un humano hermoso nacido de la endogamia que se enamoró de Afrodita o Venus, a tu elección. Y luego fue asesinado por su celoso marido, Ares o Marte.

A Maddie se le cayó la mandíbula al suelo porque, ¡maldita sea! No era ni siquiera un medio idiota. Solo era un guapo de los pies a la cabeza. Qué injusticia absoluta.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó perpleja.

Él se encogió de hombros.

—Estudié Historia. La mitología me pareció uno de los temas más interesantes.

—¿Estudiaste…? *¿De verdad*, con título y todo? —Incluso para sus propios oídos, su voz sonó brusca e incrédula. ¡La mayoría de los atletas solo iban a la universidad por aparentar!

Matt sonrió.

—Mis padres insistieron. Por eso llegué a la NHL un poco más tarde y… —hizo una pausa, quizá porque notó que ella abría los ojos con asombro—. Oh, mierda. —Se rio—. Estás impresionada, ¿verdad? Pensabas que solo era un deportista tonto o algo así.

No era una pregunta, era una afirmación.

—¡No! —jadeó horrorizada, levantando las manos a la defensiva, aunque era un poco cierto.

—Sí, lo pensaste. —Su sonrisa se ensanchó—. No te preocupes, no eres la primera.

A ella le ardieron las mejillas.

—De verdad, yo no… Quiero decir, ni siquiera te conozco —balbuceó avergonzada.

Él resopló divertido.

—Sí, claro, eso es lo que suele impedir que la gente juzgue a los demás, tienes razón.

A Maddie le temblaron las comisuras de los labios y se hundió más en la silla con un quejido.

—Madre mía. —Suspiró y se llevó una mano a la cara—. Lo siento. De verdad. Es solo que Lucy trae chicos de vez en cuando, y la mayoría han sido bendecidos con belleza y mucho músculo, pero nada de cerebro. No tenía ni idea de que tú tuvieras las tres cosas.

—Vaya, vaya —respondió él—. Así que eres superficial… y piensas que soy guapo.

—No soy superficial, es que me conozco todos los clichés. —Miró a través de sus dedos—. Además, si has practicado tanto con tu reflejo como dices, ¡*sabes* que eres guapo!

Él soltó una carcajada ronca.

—¿Cuáles son todos esos clichés de los que hablas? —preguntó—. Si te sirve de consuelo, tengo un espejo de cuerpo entero colgado sobre mi cama para no perderme nada de mi belleza.

Maddie resopló, porque estaba bastante segura de que bromeaba… ¿verdad? Luego dijo:

—Soy propensa a los prejuicios —admitió compungida—. Trato todo el día con hombres que encajan en todos los estereotipos. Es difícil perder la costumbre de clasificarlos en categorías.

—¿Y qué categorías podrían ser esas?

—¿En términos generales? Candidatos para el matrimonio o fóbicos al compromiso.

Matt se atragantó con la cerveza y se inclinó hacia delante, tosiendo y jadeando.

—¿Clasificas a todos los hombres que conoces en *para pasar por el altar* o *solo para los orgasmos*?

Bueno, no lo diría de esa manera…

—Es un gaje del oficio —soltó a toda prisa—. Acabo de abrir una agencia de citas.

Matt dejó la botella con fuerza sobre la mesa y parpadeó sorprendido.

—¿En serio? ¿En estos tiempos de Tinder y Grindr?

Maddie tragó saliva. Sí, no era la primera persona que le decía eso.

—En Tinder y Grindr, la mayoría de la gente no busca el amor verdadero.

—Bueno, el próximo revolcón también puede ser el amor verdadero —reflexionó Matt con sabiduría.

Hizo una mueca ante su elección de palabras. Tal vez no era un romántico.

—Casi siempre no lo es. Solo es satisfactorio… por muy poco tiempo.

Matt curvó una comisura y se inclinó lentamente hacia ella hasta que sus dedos rozaron los de ella.

—Pero *satisface*, si se hace bien —susurró, con su aliento rozándole la mejilla—. Y eso no es poca cosa.

Su útero dio un vuelco dentro de su vientre y sintió un hormigueo en la piel. Retiraba todo lo dicho; después de todo, era un imbécil integral y guapo, pero al menos resultaba entretenido.

Maddie apartó la mirada.

—Sí, puede ser, pero no me refiero a eso. Con la ayuda de una amiga y de mi hermana mayor, que es terapeuta de parejas, desarrollé un cuestionario y un algoritmo diseñado para el largo plazo. Además, tengo mi intuición. Se me da bastante bien detectar si alguien encaja para algo serio. Y no es nadie de Tinder.

—Ya. —Matt seguía pareciendo escéptico, pero asintió—. Entonces, ¿tienes éxito?

Hizo una mueca.

—Acabamos de empezar hace dos meses, pero la cosa promete. —Al menos eso era lo que se repetía a sí misma. Su idea era sólida y su algoritmo era genial. Sabiendo de primera mano qué era lo importante para las relaciones duraderas, Rachel había creado un cuestionario brillante. Su socia Hailey programaba desde los diez años. La propia Maddie se llevaba bien con la gente y sabía quién encajaba con quién a cien metros de distancia. Era un don. La agencia solo necesitaba un pequeño empujón de marketing y funcionaría. Todos los negocios tenían dificultades al principio.

—Bueno, pues —Matt levantó su copa—, brindemos por lo que *promete*.

Chocó su copa con la de ella y Maddie se bebió el Tequila Sunrise. Todo aquel discurso sobre el trabajo la estaba poniendo nerviosa.

—Oye, tengo otra pregunta. ¿A qué venía lo de buscar a Adonis en Google?

—Eh —dijo confundida, esperando que él atribuyera el rubor de sus mejillas a una mala quemadura solar—, investigación.

Él arqueó una comisura y bajó su mirada oscura por su rostro hasta sus labios.

—Por supuesto —susurró.

Madre mía, esto se estaba volviendo incómodo. Hora de cambiar de tema otra vez.

—Y bien, ¿cómo te convenció Lucy para que vinieras con ella? —Se recostó en su silla y retiró las manos de la mesa—. Seguro que un famoso jugador de hockey tiene mejores cosas que hacer que salir a tomar algo con una nueva compañera de trabajo en Santa Mónica. ¿No es el Ice Lounge, al lado del pabellón, el lugar de reunión habitual del equipo? —Al menos, según los tabloides, allí era donde se congregaban las groupies.

Matt se encogió de hombros.

—Le debía una copa y, para ser sincero, a veces creo que es agradable ir a algún sitio sin el equipo. Siempre nos reconocen

cuando vamos en grupo. Entonces se acercan fans con los que tengo que ser amable y mi noche deja de ser normal y relajada, así que… —Sonrió, con inquietud, como si hubiera dicho algo que revelara que era vulnerable. Le restó importancia con un gesto—. Es solo que a veces un poco de paz y tranquilidad viene bien.

Como si los hubiera invocado con sus palabras, dos universitarios se levantaron a unas mesas de distancia y lo miraron con curiosidad. Matt los ignoró, aunque las miradas eran tan intrusivas que a Maddie le empezó a picar la nuca.

—Oye, ¿tú no eres Matthew Payne? —preguntó uno de ellos finalmente, lleno de entusiasmo.

Matt suspiró y forzó una sonrisa. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca, Maddie se le adelantó.

—No, no lo es. —Hizo una mueca—. Pero Freddie oye eso casi todo el tiempo. Es por el pelo. El resto de la cara no es tan bonita como la de Payne, por desgracia. No te lo tomes a mal, Freddie, cielo. —Le dio una palmadita en la mano a modo de disculpa—. Quiero decir, solo hay que fijarse bien. Solo la nariz…

Los estudiantes parpadearon, se inclinaron hacia delante y dijeron:

—Vaya. Sí, es cierto. Perdonen que los hayamos molestado.

Avergonzados, levantaron las manos y volvieron a su mesa.

—¿Freddie? —preguntó Matt, arqueando una ceja.

—¿Por qué me miras así? Al fin y al cabo, es tu nombre —respondió con inocencia.

Resopló, pero sonrió.

—Ah, sí. ¿Y qué le pasa a mi nariz?

—¡Es enorme!

—Hm. —Asintió con preocupación—. Sí. Suenas igual que la matrona en mi parto. Y que mi madre. Y que Dax. Y que el fotógrafo de Sports Illustrated.

Maddie soltó una carcajada.

—Bueno, al menos no he herido tus sentimientos.

—Menos mal —confirmó él, brindando por ella y apurando su cerveza—. En fin, gracias.

—No hay de qué —respondió con calidez—. Todo el mundo tiene derecho a ser *normal*.

—Estás contradiciendo a todo el resto de personas hambrientas de escándalos que hay en el mundo.

—Oh, sí, soy una auténtica rebelde —mintió.

—Es evidente. —Su mirada se cruzó con la de ella, haciendo que su temperatura corporal subiera un par de grados.

Cuando él todavía no había desviado la mirada después de treinta latidos frenéticos, preguntó nerviosa:

—¿Qué?

—Nada. Eres tan diferente a Lucy. Quiero decir, solo la conozco desde hace unas horas y ya me da un poco de miedo. Tú eres… más dulce.

—*Dulce*. —Frunció el ceño—. Eso duele.

Por desgracia, sabía a qué se refería. Lucy era valiente. Una agitadora. Odiaba que la trataran de forma injusta y se lanzaba de cabeza a cualquier discusión. Maddie era… más modesta. Sin ir más lejos, esta mañana había cedido dos plazas de aparcamiento que le correspondían por derecho solo porque no le apetecía enfrentarse a nadie.

—Ser dulce no es algo malo —dijo Matt, sorprendido de inmediato.

—No, por supuesto que no. —Le restó importancia al comentario con un gesto. Dulce. Era simplemente dulce. Nada especial—. Y dime, ¿qué hay de ti, Matt? —preguntó, incómoda por el hecho de estar revelando demasiado sobre sí misma—. ¿Tú puedes ser dulce?

—Oh, ya lo creo. —Él arqueó las cejas con picardía—. Dulcísimo. Puedes preguntárselo a cualquiera.

Ella soltó una risita, bastante segura de que ese «cualquiera» tenía que ser mujer. Dios, no era en absoluto apto para Match Me!, por desgracia. Un cliente tan destacado como él podría ayudarlas a competir con éxito contra Tinder.

Su móvil vibró y, al mirar la pantalla, vio un mensaje de Lucy: *He conocido a un chico guapo en la barra. Dame quince minutos*.

Suspiró.

—Lucy necesita tiempo —dijo, y le enseñó el teléfono a Matt.

—Bueno, qué más da. ¿Aprovechamos el tiempo… para otra copa? —Señaló su vaso vacío.

Aprovechar el tiempo. Sí, quería aprovechar el tiempo.

—Dime, Matt —dijo por impulso—, ¿tus músculos son funcionales o solo sirven para lucirlos?

Él le dedicó una mirada burlona.

—Funcionan.

—Maravilloso. ¿Entonces no te importará subirme un banco que he encontrado en la basura hasta mi apartamento?

Valía la pena intentarlo. Lucy no era tan fuerte, al menos no en lo que a fuerza bruta se refería.

—¿Quieres que haga… qué? ¿A tu apartamento? —preguntó él algo perplejo, con las cejas arqueadas por la sorpresa.

—Sí, no tardaremos nada. Lo prometo. Vivo en el último piso y el banco pesa demasiado para mí. —Se encogió de hombros con impotencia—. ¿Te apuntas?

El tipo parpadeó.

—Que si me apunto… al banco —repitió sin emoción.

¿Por qué la miraba de forma tan extraña?

—Sí.

—Bien. —Se aclaró la garganta y se frotó el cuello—. Claro.

Soltó un suspiro de alivio.

—¡Gracias! —dijo, apretándole el hombro—. Eres justo el hombre que estaba buscando hoy.

—Ah —repitió él, curvando una comisura de los labios antes de levantarse y seguirla por el bar hacia la puerta principal.

La pista de baile estaba abarrotada y Matt la tomó de la mano, quizá para no perderla. Le inquietó que él empezara a trazar círculos con el pulgar sobre la fina piel de su muñeca, pero tal vez solo estaba distraído.

Maddie le sonrio por encima del hombro y cruzó la puerta hacia la calle. Soplaba una brisa fresca y la luna se reflejaba en el océano frente a ellos. Nunca se cansaba de vivir junto a la playa.

—Bueno —caviló Matt en voz baja, girándola hacia él y dando un paso adelante—. El banco. —Deslizó la mano por el brazo de ella.

—Sí —dijo y señaló con la cabeza el mueble en cuestión. ¿Habría notado que tenía un poco de frío? ¿Por qué le ponía la otra mano en el brazo? Tendría que parar, porque los escalofríos de su espalda no se debían al viento—. Está justo ahí.

La boca de Matt hizo un amago de sonrisa.

—Mmm, bien. Entonces será mejor que lo llevemos. Pero antes… —Su mano grande y cálida se deslizó hasta su cuello y Maddie se olvidó de respirar.

Pasó el pulgar por su barbilla y la miró a los ojos. Su mirada se volvió… más oscura. Los latidos de su corazón se aceleraron mientras él se inclinaba…

—¡Dios mío, Matt! ¿Qué haces? —preguntó sorprendida, retrocediendo tan bruscamente que las manos de él resbalaron de su cara. ¿Acababa de… acababa de intentar…?

—¿Qué? —preguntó, parpadeando mientras la miraba, y luego se frotó la nuca avergonzado—. Bueno, quería besarte. Pensaba que era obvio.

A ella se le secó la boca de repente. Porque la tenía abierta.

—¿Tú… qué? ¿Por qué?

Él frunció el entrecejo con irritación.

—Porque me gusta besar. No me va el sexo sin besos.

—¿Tú… *sexo?* —Casi se le salieron los ojos de las órbitas. El calor inundó su rostro mientras sus pensamientos se arremolinaban. Oh, Dios, ¿había pensado… *en serio?* ¿Acababa de *tirarle los perros*? Cielo santo, ¿tan oxidada estaba que no sabía interpretar cuándo alguien quería acostarse con ella?—. ¿De qué estás hablando? —soltó.

De repente, Matt pareció confundido.

—Bueno, me invitaste a tu apartamento y…

—¡No! —Se llevó una mano a la frente—. Quería que me ayudaras con el banco. —Señaló el mueble que tenían al lado.

—El… —Matt se giró y se detuvo—. Vaya. De verdad hay un banco.

—¡Sí!

—Pero me dijiste que querías llevarme a tu apartamento.

—Sí, a mi apartamento. ¡No a mi cama!

—¡Has dicho: «eres justo el hombre que estaba buscando hoy»!

Se le encendieron las mejillas.

—¡Porque tienes músculos y eres fortachón!

Durante unos segundos que se hicieron eternos, él se limitó a mirarla, sin palabras. Luego estalló en carcajadas y se frotó la cara con nerviosismo.

—Vaya. Bien, perdona. Lo siento de verdad. Pero es que lo hiciste sonar todo tan… sexy.

—¡No, no lo hice! —Su voz subió una octava—. Yo no soy, quiero decir… —¡Esto era ridículo! Nunca en su vida había sonado sexy a propósito, ¿cómo demonios iba a hacerlo de forma inconsciente?

—Ya, ya, está bien —la tranquilizó, sonriendo de oreja a oreja—. Ha sido un error mío. Lo siento. De verdad. No pretendía hacerte sentir mal. Todo lo contrario. —Las comisuras de sus labios temblaron y un nuevo calor recorrió el cuerpo de Maddie. Esta vez, sin embargo, en la dirección opuesta a su cabeza—. Eso que di por sentado… bueno, casi siempre…

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Casi siempre qué?

Matt bajó la voz.

—Casi siempre las mujeres que me miran como tú me miraste, quieren acostarse conmigo.

A ella se le desencajó la mandíbula.

—¿Perdona?

—Bueno, sí. Tenemos química, ¿no? —La miró, de repente dubitativo.

Maddie tragó saliva. Sí, le parecía atractivo y divertido, y en realidad agradable, pero ella… no tenía «química» con hombres que solo buscaban «el siguiente revolcón», como él lo había expresado tan elocuentemente. Pero ¡Matt era una auténtica tentación! Si las cosas hubieran sido distintas, estaría abierta a algo casual… pero ella no era así.

—Solo quería ayuda con el banco —insistió con las mejillas encendidas—. A ver, dime la verdad, ¿ninguna mujer te ha invitado nunca a su casa sin abalanzarse sobre ti en cuanto te mira?

—No —respondió él con toda naturalidad—. Nunca.

—No puedes hablar en serio.

—Nunca, Maddie —repitió, sonriendo de forma amplia—. Serías la primera. A menos que… —Arqueó las cejas, pero ella pudo ver en sus ojos que no hablaba en serio.

Resopló divertida.

—Matt, yo quiero casarme y tener hijos. —La sonrisa desapareció de golpe de su rostro masculino y dio un traspié hacia atrás—. ¡No contigo! —se apresuró a aclarar, riendo—. Ese es mi plan para los próximos años: encontrar al amor de mi vida.

—Madre mía —exclamó él.

La risa de ella se hizo más fuerte.

—Sí, ya me lo imaginaba. Aun así, me siento muy halagada de que quisieras llevarme a la cama. —¡*Mucho, muchísimo*! Nunca un chico tan guapo lo había intentado con ella—. Pero supongo que es mejor que nos quedemos en amigos.

—¿Amigos? —repitió él, sin comprender.

La miró como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de que era posible pasar tiempo con mujeres fuera del dormitorio.

Maddie resopló divertida.

—Pues sí. ¡Oye, podría ser tu compinche esta noche! Encontrarte a alguien que solo busque una aventura de una noche. No mentía: tengo buen ojo para esas cosas.

Él la miró parpadeando, todavía abrumado.

Ella volvió a reír y sacudió la cabeza.

—Vayamos por partes. Primero, ayúdame a llevar el banco. Y, oye, puedes decirme en qué parte de mi apartamento queda mejor. No tengo mucho sentido de la decoración.

—Bien —dijo él desconcertado, seguramente porque todavía no asimilaba del todo lo que estaba pasando.

—Genial —respondió ella contenta, entrelazando su brazo con el de él para guiarlo hacia el mueble—. Olvidemos que has intentado besarme. No te lo tendré en cuenta. —Al contrario: su confianza acababa de subir varios niveles. Todavía sentía mariposas en lo más profundo de su estómago.

Matt soltó una risita suave.

—No me lo tendrás en cuenta. ¡Por favor, no se lo cuentes nunca a mis compañeros de equipo! Si se corre la voz de que mujeres guapas «no me tienen en cuenta» que ligue con ellas, mi reputación sufrirá.

Ella le sonrió.

—De acuerdo, no diré ni una palabra más sobre el tema. Así que, ahora…

—El banco, sí —dijo él, resoplando. Su mirada chispeante se encontró con la de ella… y una calidez le llenó el pecho.

Sí, se había llevado una impresión equivocada de Matt. No era el típico jugador de hockey. Era inteligente, agradable y era fácil reírse con él… y reconciliarse. Eran buenas cualidades.

Probablemente no era tan mujeriego como decían los medios o su reputación. Quizá aún no fuera material de matrimonio, pero en unos años, sin duda sería un buen candidato para Match Me!

Capítulo Uno

Un año después…

Los bajos retumbaban en los oídos de Matt mientras sostenía dos vasos por encima de la cabeza, abriéndose paso por el bar y separando a la multitud como Moisés separó las aguas. Medir un metro ochenta y tres y ser un famoso jugador de hockey tenía sus ventajas. La gente no quería cruzarse en su camino, y menos aún en el Ice Lounge, conocido por ser el bar habitual de los Hawks. Y, si alguien le bloqueaba el paso, solía ser solo…

—Hola, Matt, soy Carrie. —Una mujer alta y morena se metió en su campo de visión y lo miró desde debajo de unas larguísimas pestañas—. Jugaste increíblemente bien hoy. De verdad. —Inspiró profundo y su escote se elevó hacia él. Era imposible no fijarse, incluso bajo la luz difusa—. Siempre he pensado que el hockey es brutal, pero contigo… ¡es super masculino!

—Ah, ¿sí? —sonrió él.

Ella se sonrojó.

—Sí, lo es. ¿Te apetece venir a contarme algo sobre ese último gol? ¡Todo pasó tan rápido! Casi ni me enteré.

Su sonrisa se ensanchó. Madre mía, le habían entrado de muchas formas distintas, pero nunca se cansaba de la versión de *explícame por qué eres tan jodidamente bueno en tu trabajo*.

—Claro —dijo a la ligera—. Yo…

—¡Con ella no! —oyó de repente una voz femenina. Al momento siguiente, alguien le arrebató uno de los vasos de la mano y lo arrastró por el brazo entre la multitud—. Con ella sí que no.

—¿Por qué no? —preguntó indignado mientras miraba hacia abajo. A Maddie, que le daba un sorbo a su sunrise de tequila mientras lo alejaba de la mujer que lo encontraba «super» masculino. Y con razón—. ¡Está buenísima!

—Sí, ya me di cuenta. Y también en la revista de novias que asoma por su bolso. —Maddie señaló con la cabeza por encima del hombro hacia la morena que se había quedado allí plantada.

—Oh, mierda. —Él hizo una mueca. Tenía razón—. ¿Cómo no me percaté?

—Estabas distraído con sus pechos —respondió ella con una sonrisa—. No es que te culpe, hasta a mí me llamaron la atención. Pero si te acuestas con ella, querrá algo más y acabará sufriendo.

Matt suspiró.

—Sí, te entiendo. Bien. No la tocaré. Entonces, ¿cuál de las presentes *está* disponible para un lío de una noche? —Arqueó las cejas y dejó su cerveza sin alcohol en una de las mesas altas frente a la barra.

Maddie lo miró con los ojos entrecerrados, le dio dos tragos largos a su cóctel y gritó:

—Me equivoqué, ¿sabes? Creía que no eras un gran mujeriego, pero sí lo eres.

Él soltó una carcajada. Llevaban viéndose casi todas las semanas desde hacía un año y acababa de llegar a esa conclusión.

—Bueno, al menos no soy un donjuán como muchos de mis compañeros de equipo.

—Eso es solo porque yo evito que te acuestes con las mujeres equivocadas —le informó ella con aire de sabiduría mientras se ponía una mano en el pecho—. Al fin y al cabo, quiero que tu madre esté orgullosa de ti. Así que… —Inspeccionó a la multitud hasta que se le iluminó la cara—. Ah, sí, esa es guapa. —Señaló a una rubia bajita y con curvas que bailaba con unas amigas cerca de la entrada.

Matt la miró, estudió su rostro y giró la cabeza de lado a lado. Era guapa, pero…

—No, tiene pinta de futura mamá.

Maddie resopló.

—¿Desde cuándo eres un experto en «pintas»?

—Desde que tú me enseñaste a fijarme. —Sonrió y añadió en voz baja—: Da la casualidad de que tú también tienes esa pinta en particular.

—Oh. Dios, soy una profesora buenísima —respondió con entusiasmo—. Bien, seguiré buscando. Dame unos minutos. Nunca te he fallado, ¿verdad?

No, no lo había hecho. Él no sabía cómo se las apañaba, pero le había encontrado al menos una docena de mujeres en el último año que solo querían divertirse un rato. Mientras tanto, su compañero León Álvarez ya había tenido que mudarse dos veces y cambiar su número telefónico unas cuatro porque se acostó con otra supergroupie que pensaba que estaba a punto de recibir un anillo… de esas que acosaban al jugador con la esperanza de que su fantasía se hiciese realidad.

—Sabes, en algún momento tendré que devolverte el favor y buscarte a un chico —sugirió él.

Maddie resopló.

—Por favor, no lo hagas.

—¿Por qué no?

—¡Porque Lucy tiene razón: tu gusto para los hombres es pésimo!

Fingiendo estar dolido, se llevó la mano al pecho.

—¿Cómo dices?

—Prueba número uno: te cae bien Dax.

—A Lucy, ¡tu hermana!, también le cae bien Dax.

—Sí, pero a Lucy la cegó su abdomen de acero inoxidable, así que no cuenta. —Le restó importancia con un gesto—. Además, prueba número dos: ¡te cae bien León Álvarez!

Él hizo una mueca. Aquel era un argumento válido.

—León puede ser… agradable.

—Mmh. Claro. —Ella le lanzó una mirada burlona—. Pero no te preocupes. Tú eres mi mozo de mudanzas y yo soy tu celestina. ¡Ese es el trato! Además, a ti solo te parecen guapos los hombres cuando tienen un animal pegado a la cara.

—¡No es un animal, es una barba magnífica! —la corrigió él con aire de suficiencia.

—¡Que casi siempre parecen los restos de un mapache moribundo! En serio. ¿Qué les pasa a los hombres con la envidia de la barba? No lo entiendo. ¡Yo no comparo el vello de mis piernas con el de mis amigas!

Matt se rio.

—Bueno, para empezar, me encantaría escuchar esa conversación. Y segundo… —Se acarició la barbilla poblada de dos días—. No es envidia. Es admiración profunda y sincera. Porque, oye, no todo el mundo puede dejarse una barba estupenda, y mucho menos lucirla con dignidad.

—Ay, Matt —dijo Maddie con una sonrisa, dándole palmaditas en el hombro con fingida compasión—, no hay motivo para estar triste porque tu cara vaya a permanecer por siempre lampiña. De verdad. Seguro que te crece pelo en otros sitios. En las axilas, por ejemplo, o…

—Anda, calla —dijo él resoplando y poniendo los ojos en blanco.

Ella soltó una carcajada y apuró el último trago de su vaso.

Él arqueó las cejas sorprendido.

—¿Qué le pasó a tu sunrise?

—Me lo terminé —respondió con inocencia—. Estoy nerviosa porque mañana tengo una reunión importante con un productor musical que quiere ser cliente de Match Me! Por lo visto, bebo cuando estoy nerviosa. —Frunció el entrecejo—. Dime, ¿soy una especie de alcahueta? Porque me estás pagando con sunrises de tequila para poder acostarte con mujeres cualquiera.

Sonriendo, Matt negó con la cabeza.

—No eres una alcahueta. Solo estás como una cabra. Deja que te traiga otro.

—Sí, por favor. —Se le iluminó la cara—. ¡A ti siempre te sirven las copas enseguida!

Era cierto. Carl, el dueño del Ice Lounge, no solo era fan de los L.A. Hawks, era prácticamente un miembro honorario. Les servía las copas volando a todo el equipo.

Matt estaba a punto de abrirse paso entre la multitud cuando Maddie lo agarró del codo con brusquedad.

—¡Ah, no, espera! —Tiró de él hacia atrás y lo miró con fijeza—. No te puedes ir ahora. Encontré a la mujer perfecta para ti. —Al momento siguiente, lo soltó y se hizo a un lado para detener a una camarera guapa con uniforme negro—. ¡Hola! Soy Maddie —dijo con una gran sonrisa—. Y este es Matt. —Lo señaló con la cabeza—. Cree que eres super guapa, lo que pasa es que es demasiado tímido para hablarte.

A él casi le costó contener la carcajada. Porque, joder, no podía ser más exagerada.

—¿De verdad? —caviló la camarera, mirándolo con interés, antes de sonrojarse.

Él arqueó las cejas sorprendido. Bien, retiraba lo dicho. ¡Maddie no era una exagerada! Sí, la mujer era increíblemente atractiva y tenía ese brillo en los ojos… que significaba mucha diversión y cero problemas. En definitiva, no encontraría una revista de novias en su bolso.

Negando con la cabeza, miró a Maddie y luego volvió a centrarse en la camarera. ¿Cómo lo hacía? Siempre encontraba lo que él buscaba. ¡Era la mejor colega que había tenido nunca! Ella le devolvió una sonrisa de complicidad y desapareció entre la multitud que bailaba al instante siguiente.

—Así que —dijo la morena, colocándose el cabello tras las orejas —, ¿eres tímido?

—Oh, sí, demasiado —respondió muy serio.

La morena se rio. Él sonrió. Y con eso bastó.

Capítulo Dos

Diez horas después, Matt observaba a la mujer desnuda que tenía al lado, intentando recordar si se llamaba Jessica o Jane.

Frunció el entrecejo mientras se concentraba. Le dio vueltas primero a un nombre y luego al otro, pero seguía sin ser capaz de recordarlo. Soltando un quejido, entornó los ojos y alargó la mano hacia su móvil, que estaba sobre la desconocida mesita de noche; lo hizo con cuidado y en silencio para que Jessica —o Jane— no se despertara.

Aquello no estaba bien. Solo los idiotas olvidaban el nombre de la mujer con la que habían pasado la noche; y él solía alardear de no ser uno de esos. Le encantaba dejarle ese papel a León y a Dax. Sin embargo, Dax ya estaba felizmente emparejado, y León no había hecho ninguna estupidez en semanas… Joder, quizá se le estaba yendo la mano últimamente.

Se frotó los ojos, se incorporó sobre los codos y le escribió un mensaje a la persona a la que siempre recurría cuando tenía un problema.

La camarera de ayer, ¿se llamaba Jane o Jessica?

La respuesta de Maddie llegó a los pocos segundos: *¿No hablarás en serio?*

Sonrió porque se la imaginó mirando el teléfono con mala cara. Siempre se le formaba una arruga profunda entre las cejas,

pareciéndose a un personaje de Disney diseñado para representar la emoción de la «ira».

Pues sí, más o menos, respondió.

Te desprecio tanto ahora mismo…

Sí, ya lo sé, pero aun así podrías demostrar tu capacidad de hacer varias cosas a la vez y decirme su nombre de paso.

¡No tengo ni idea, Matt! ¿Qué nombre estuviste gimiendo anoche?

Frunció el entrecejo.

Yo no gimo nombres. No soy una estrella del porno.

¡No, eres lo peor!

Bueno, quizá. Hoy sí.

Pues nada, probaré con uno. Cincuenta por ciento de posibilidades.

Estaba a punto de soltar el móvil cuando la pantalla se iluminó de nuevo.

¡Ni se te ocurra! Mira su ropa. Ayer llevaba una placa con su nombre. En la blusa.

Ah, claro. Joder, Maddie era lista.

Voy a mirar, contestó y salió de debajo de las sábanas con sigilo. A continuación, se puso los bóxers y cruzó de puntillas el frío suelo de roble del angosto apartamento, buscando el uniforme que le quitó a Jessica —o Jane— ayer. Tal como Maddie predijo, había una placa prendida en él.

Ponía *Jennifer*. Bueno, se había quedado cerca.

Encontrado, escribió. *¡Gracias!*

No me des las gracias por eso… ¿y por qué sigues en el apartamento de la camarera? ¡Son casi las nueve y media!

Oh. Ni siquiera había mirado la hora.

Joder, tecleó y se puso los pantalones a toda prisa antes de guardar el móvil. Tenía entrenamiento a las diez y a su entrenador, Parker Gray, no le gustaba que nadie llegara tarde. Además, quería pasarse por la tintorería a recoger algo de ropa. Algunos decían que era una pérdida de dinero que nunca pusiera la lavadora él mismo, pero Matt se crio con cuatro hermanas y toda su juventud se la pasó

haciendo la lavandería a diario. ¿De qué servía toda esa riqueza si tenías que lavarte tus propios calzoncillos?

Exacto. De nada.

Maldiciendo por lo bajo, se puso la camisa y estaba a punto de salir del apartamento cuando se detuvo.

—¿En serio, Matt? ¿Primero te olvidas de su nombre y ahora te largas sin decir nada? —le susurró su conciencia, que sonaba sospechosamente igual que Maddie.

Gruñendo, se dio la vuelta y encontró un trozo de papel y un bolígrafo en la mesa del pasillo.

Gracias por la noche tan estupenda, Jenny. Fue divertido.

No le guardaría rencor por haberse ido. No buscaba nada serio, al igual que él. De lo contrario, Maddie nunca le habría hablado de ella. Su amiga se esforzaba por asegurarse que él solo se acostara con *mujeres que no fueran a acabar heridas*. Además, la camarera le había invitado a entrar por voluntad propia con las palabras: «Vivo aquí a la vuelta y tengo nata montada». No, no se tomaría mal el mensaje. Le daba igual lo que dijera Maddie, las mujeres solían llevárselo a casa para echar un revolcón con él, no para pedirle consejos de decoración. Ella era la excepción.

No sabía muy bien cómo había ocurrido, pero al parecer ahora él era el servicio de urgencias para muebles. Al menos, eso parecía, porque Maddie lo llamaba cada vez que tenía que mover algo de sitio.

Bueno, solo era justicia poética.

Bajó las escaleras disparado, entornando los ojos ante el brumoso sol de noviembre, y trotó por la calle hasta su BMW, que seguía aparcado delante del Ice Lounge. Ayer estuvo en el bar de confianza de los L.A. Hawks con Maddie y algunos de sus compañeros de equipo. No había estado bebiendo —el entrenador Parker le cortaría la cabeza si se emborrachaba durante la temporada—, así que, gracias a Dios, pudo conducir hasta el pabellón cercano.

Mientras subía al coche, se preguntó si no debería guardar cierto celibato durante las próximas semanas, calmarse un poco y volver a concentrarse más en el juego. Era solo que tenía demasiado tiempo

libre que no estaba aprovechando con sensatez. Todo porque Dax se había enrollado con Lucy y estaba perdidamente enamorado. ¿Qué diría su…?

Se interrumpió porque el móvil empezó a sonar y el nombre *Mamá* apareció en la pantalla. Hablando del rey de Roma. Gruñendo, echó la cabeza hacia atrás, colocó el móvil en el soporte del tablero y activó el manos libres. Se había olvidado del nombre de su conquista de anoche, así que tampoco podía ignorar a su madre. Sería demasiado comportamiento de idiota para un solo día.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? —preguntó, mirando por encima del hombro mientras salía de la plaza de aparcamiento.

—Matthew, todavía no has respondido —afirmó su madre de inmediato. Sandra Payne era una mujer de pocas palabras.

—¿Respondido a qué?

—¡A la invitación!

Frunció el entrecejo. Iba a tener que ser más específica. Tenía cuatro hermanas, y todas se casaron, tuvieron hijos o recibieron ascensos en los últimos meses. Lo invitaban a algún evento familiar importante cada semana: un bautizo, una fiesta de compromiso o, incluso, un primer día de colegio; por no mencionar al torneo de bolos y a la función de teatro a los que había ido… Era imposible llevar la cuenta.

—La invitación —repitió despacio.

—Matty. Tu padre y yo celebramos nuestras bodas de plata a finales de mes —le recordó su madre con paciencia. —¡Ah, claro!—. Cariño, de verdad que no quiero molestarte. Sé que estás ocupado y que sueles olvidarte de apuntar las cosas en el calendario, pero para tu padre y para mí es muy importante que estés allí.

—Por supuesto, intentaré ir —respondió de inmediato. Podría ser un idiota a veces, pero sabía distinguir lo importante de lo que no lo era—. Solo tengo que comprobar si tengo partido ese fin de semana.

—Hm. —Su madre sonaba insatisfecha—. ¿No puede jugar otro en tu posición?

Reprimió una carcajada.

—No funciona así, mamá. Pero te prometo que lo miraré hoy y te mandaré un mensaje.

—¡Más vale que me prometas que vendrás! Aunque sea solo por la noche. La celebración dura de viernes a domingo. Deberías poder sacar una noche. Y hace siglos que no te vemos.

Soltó un suspiro.

—Sí, sí. Sin falta.

—Entonces, ¿vienes? —preguntó esperanzada.

La haría feliz si decía que sí en ese mismo momento…

—Sí.

—¡Ah, maravilloso! ¡Nell, sí viene!

—Bueno, ya era hora —se oyó de fondo la voz de su hermana mayor—. Solo veo al idiota ese bailando por la pantalla como si fuera el rey del mambo, presumiendo de sus millones solo porque se le da bastante bien darle a un trozo de caucho con un palo. Necesita un baño de realidad, para que sepa que no es nadie especial. Estaré encantada de ayudar.

Puso los ojos en blanco y sonrió. Sabía que su familia estaba jodidamente orgullosa de él, por mucho que se burlaran de su trabajo.

—Oh, calla ya. Ya basta —la regañó su madre—. Si siempre eres tan brusca con Matt, dejará de venir… y, Matty, puedes traer a alguien contigo si quieres —continuó con inocencia mientras él entraba en el aparcamiento de los Hawks—. ¿Una novia formal, tal vez?

Sí. Su madre era muy sutil.

—No hay ninguna novia formal.

—Eso es porque trabajas demasiado —le aleccionó su madre con tono de reproche—. Si tuvieras un trabajo normal, ya estarías casado desde hace mucho tiempo.

Resopló. Lo dudaba. Sencillamente no se le daba bien mantener una relación durante demasiado tiempo.

—Puede ser —respondió. No valía la pena discutir el tema con su madre—. Pero mi trabajo es mi trabajo.

—Sí, y lo haces de maravilla, cariño —respondió su madre por compromiso—. Bien, así que nada de novia.

—¡Debería traer a Maddie! —la voz de Nell sonaba amortiguada —. ¡Se vuelve más soportable cuando ella está cerca!

—Oh, sí —dijo su madre, sumándose al plan—. ¡Trae a Maddie! Siempre nos gusta verla.

Puso los ojos en blanco. Fue un gran error presentarlas. Sin embargo, en una ocasión, Maddie se había reído de fondo mientras él hablaba por teléfono, así que tuvo que explicar que no le ocultaba una relación a su familia. Después, Nell y sus padres asistieron a uno de sus partidos de hockey en el que Maddie también estaba presente… sí, no hizo falta pensar mucho más. Como era lógico, Maddie les cayó bien; a todo el mundo le caía bien.

—Se lo preguntaré, pero está bastante ocupada —respondió con vaguedad.

—Tonterías. Trabaja tanto que necesita un descanso, ¿y qué mejor sitio para descansar que un viñedo en el Valle de Napa?

Bueno, en eso tenía razón.

—Se lo preguntaré —repitió.

—Maravilloso. Estamos deseando que vengan.

—Sí, yo también. En fin, tengo que colgar ya, mamá. Tengo que ir a entrenar.

—Oh, entonces no te entretengo más. Saluda a todos de mi parte.

Matt sonrió. Su madre siempre hacía lo mismo: saludar a todo el mundo. No importaba si los conocía o no.

—Claro. Tú también, ¿de acuerdo?

—Lo haré. Hasta entonces, Matty. ¡Recuerda que cuento contigo!

Suspiró y colgó. Sabía que no visitaba a su familia lo suficiente. ¡Eran siete horas de coche y su horario era imposible! Aun así, de alguna manera se aseguraría de no perderse sus bodas de plata.

Se bajó del auto y sacó su bolsa de hockey del maletero cuando su móvil volvió a sonar. ¡Dios santo, no podía ir en serio!

—¡Ya voy, mamá! —respondió, irritado.

—Puaj. ¿De verdad es algo que tu madre debería saber? —preguntó Maddie.

Matt suspiró aunque las comisuras de sus labios se curvaron.

—No, nunca. Aunque tal vez tú le contarías todos mis líos.

—Tu madre me cae bien —respondió con ligereza—. Y, hablando de tus líos con mujeres: ¿en serio, Matt? ¿Olvidaste su nombre?

—¡No fue a propósito!

—Me da igual. No puedes convertirte en esa clase de hombre. Si lo haces, tendré que poner fin a nuestra amistad.

Hizo una mueca y cerró el maletero.

—Si quieres saberlo, yo tampoco me sentía precisamente orgulloso de mí mismo, así que he decidido dejar las citas por el momento.

Silencio. Luego:

—Vaya. Qué bueno.

—¡No pongas esa voz de asombro!

—Ah, no estoy asombrada porque no quieras pasar cada noche en la cama de una desconocida. Solo me choca que llames «citas» a lo que tú haces.

Matt suspiró.

—Siempre es un placer oír tu opinión. De todos modos, ¡eres tú la que me encasqueta a las mujeres!

—No te las encasqueto, solo te señalo candidatas que buscan lo mismo, para que nadie…

—… salga herida —terminó la frase—. Lo entiendo. No importa. —En verdad no tenía ganas de seguir hablando del tema—. Maddie, llego tarde. Ah, y mi madre te invitó a sus bodas de plata en Napa.

—Lo sé, por eso llamo.

Se detuvo en seco. Joder, su madre iba rápido.

—¿Qué, no era solo para decirme lo decepcionada que estás conmigo?

—Qué va. Quería preguntarte si te parecía bien que fuera.

—Claro que me parece bien —exclamó, sorprendido.

—Bien. Aun así, quería preguntártelo antes de aceptar.

Eso no le sorprendió. Maddie siempre pensaba en los sentimientos de los demás antes de preocuparse por los suyos.

—Me encantaría que vinieras, pero solo si guardas silencio sobre con cuántas mujeres me he acostado.

—Hecho. Pero será difícil porque tú…

—Maddie, ¿no tenías esa reunión tan importante? —la interrumpió apresurado—. Deberías estar preparándote en lugar de señalar mis deficiencias como hombre. —Durante las últimas dos

semanas, ella no había dejado de hablar de que hoy conseguiría al cliente de su vida.

—Estoy haciendo ambas cosas —respondió con inocencia—. Además, llevo preparándome días. De lo contrario, no habría ido ayer al Ice Lounge. Matt, estoy tan emocionada… —Su voz subió una octava—. Geller firmará hoy y luego le encontraré al hombre de sus sueños y ella se lo contará a todas sus amigas ricas. No tendré que volver a comer ramen en la vida; me revolcaré en bufés de ostras.

—No te gustan las ostras.

—No, ¡pero aun así puedo revolcarme en ellas! Espera, en realidad eso sería desperdiciar comida.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Maddie sonaba feliz. Eso era bueno. Su madre tenía razón: trabajaba demasiado y se merecía el éxito.

—Me alegro por ti —respondió con sinceridad—. Y, oye, cuando hayas pescado al pez gordo, ¿podríamos celebrarlo esta noche en el Sunny Umbrella?

—Es domingo. No bebo los domingos.

—Pero te lo mereces.

—Eh, ¿no tienes partido?

—Nop. Nada hasta mañana.

—Okay. Entonces lo celebraremos en el Sunny Umbrella. Puedes pasar a buscarme a las seis. Y, ¡Matt, esto podría ser algo muy grande! Incluso merece la pena trabajar en domingo por esto.

—Buena suerte, Maddie.

—Gracias. Entonces, ¿cómo se llamaba la camarera? ¿Jessica o Jane?

—Jennifer —dijo compungido.

Maddie suspiró.

—Ay, Matt.

—Sí, sí, ya lo sé. Prometo mejorar. ¡Consigue a ese productor musical! Nos vemos esta noche.

—Sí, hasta luego.

Tras colgar, Matt miró la pantalla e hizo una mueca, maldiciendo. ¡Había vuelto a perder la noción del tiempo!

Corrió hacia la entrada del edificio de los Hawks. Fuera se encontró con Jack West, uno de sus pívots, un nuevo fichaje para los Hawks… y el hermano de su mejor amigo, Dax. Aunque Matt solo lo había descubierto recientemente y el resto del mundo aún lo ignoraba.

—Oh, gracias a Dios —dijo West aliviado—. Pensaba que yo era el único que llegaba tarde. Siempre es mejor tener compañía cuando Gray grita.

Matt resopló.

—Esa es la actitud. ¿Por qué llegas tarde? Tú sueles ser el ciudadano modélico. —Su apodo era *Santo* por una razón: Jack nunca hacía nada malo. No había pisado el banquillo de penalización en toda la temporada, mientras que su hermano prácticamente vivía instalado allí.

Jack evitó su mirada.

—Tenía… cosas que hacer.

—Ah. Muy informativo.

—Si quieres información, mira las noticias. ¿Y tú?

—Cosas que hacer.

Jack sonrió y abrió la puerta empujándola.

—Bueno, llamar «cosas» a telefonear a la guapa camarera de ayer es bastante duro. Esperaría ese tipo de comentarios de Dax y puede que de León, pero no de ti.

Matt se rio por lo bajo.

—Dax es otra persona desde que empezó con Lucy.

—Oh, vamos. Es una persona enamorada. No una distinta. ¿Así que la camarera es la culpable de que llegues tarde? Vaya, ninguno se sabe controlar, ¿verdad? —comentó, arqueando una comisura de los labios.

—Ah, por favor. Que te llamen Santo no significa que seas inocente.

—Durante la temporada, sí.

Cierto. Jack nunca empezaba un lío ni una relación mientras estaba jugando, aunque Matt no podía creerse que de verdad pasara sin algún rollo de una noche ocasional.

—¿En serio, nunca tienes sexo durante la temporada? —se sintió obligado a preguntar.

—Nunca.

—¿En serio, sin excepciones? Sabes que yo nunca planeo irme a casa con nadie, solo surge.

Jack resopló y le lanzó una mirada de lástima.

—Eso es porque no tienes autodisciplina. La mujer capaz de doblegar mi voluntad aún tiene que nacer.

Matt puso los ojos en blanco, aunque secretamente pensó que tal vez debería tomar a Jack como modelo a seguir. El cabrón estaba haciendo la mejor temporada de su vida mientras que Matt andaba un poco desenfocado. No sabía ni qué era. Nada había cambiado excepto que Dax llevaba unas semanas saliendo con Lucy y… Sí, no tenía ni idea. Se alegraba por los dos. Sin duda ese no era el motivo. Simplemente tendría que frenar un poco su vida privada y concentrarse más en el juego. En realidad no tenía de qué quejarse. Su vida era perfecta. No cambiaría nada en absoluto.

Capítulo Tres

Maddie sentía que su vida era un tren de mercancías desbocado. Estaba de pie a un lado de la vía, viendo cómo se precipitaba hacia una curva, incapaz de detener el accidente o de apartar la vista. Lo único que pudo decir fue:

—No lo entiendo. ¿A qué se refiere con que ha firmado con alguien más? Pensé que estaba satisfecha con nuestra oferta.

—Lo estoy. O lo estaba —respondió la señorita Geller sin emoción, inclinándose hacia delante, con las manos entrelazadas sobre el enorme escritorio de madera maciza que, desde luego, no había encontrado en la basura como Maddie encontró el suyo—. Señorita James, por favor, no se lo tome como algo personal. Agradezco el esfuerzo que hizo. Estoy segura de que es usted una casamentera capaz… sin embargo, solo lleva un año en el mercado y su empresa es pequeña. Su lista de clientes aún es corta y su tasa de éxito todavía no es cuantificable. Me temo que eso no cumple con mis requisitos. Love Triumphs era, sencillamente, la opción más segura para mí. No tengo mucha paciencia y los candidatos que me presentaron eran más que prometedores.

¡Oh, por supuesto que lo eran! Love Triumphs podía ofrecer modelos y herederos apuestos, todos ellos educados en colegios privados, que serían unos maridos trofeo fantásticos para la rica productora musical. Sin embargo, ¡Maddie sabía que le encontrarían una relación superficial que la satisfaría por un tiempo pero que no

la haría feliz a largo plazo! *Love Triumphs* se especializaba en encontrar *lo siguiente mejor*. Maddie buscaba lo *adecuado*.

—Señorita Geller, por favor…

—Eso es todo, señorita James —la interrumpió con firmeza—. Ya puede irse.

Maddie abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Tenía docenas de cosas que decir, quería pelear, decirle todas las razones por las que era mejor que su competencia… pero no sabía cómo. Odiaba los enfrentamientos, y la señorita Geller se veía tan decidida que no tenía sentido seguir intentándolo. No le creería de todos modos, porque su incipiente agencia de citas era demasiado pequeña.

—De acuerdo. Muchas gracias —dijo Maddie en voz baja, y se puso en pie—. Si cambia de opinión…

—Por supuesto —la cortó ella, con la mirada puesta de nuevo en el ordenador, antes de añadir distraídamente—: ¿Sabe salir sola?

Maddie asintió y salió del despacho.

Con los labios apretados, caminó hacia los ascensores, con el corazón golpeándole en el pecho. Se suponía que esta iba a ser su gran oportunidad, la recompensa a todo su duro trabajo del último año. Estaba destinado a ser el momento en el que podría dejar de mentir a sus hermanas y a su padre cuando les decía que Match Me! era un éxito total.

Es decir, tenían éxito. Habían unido a docenas de parejas. Sin embargo, la mayoría eran señoras y caballeros mayores que pensaban que un iPad era un parche para el ojo. Maddie era feliz ayudándoles y haciendo sus vidas un poco más dulces, pero no aportaban mucho dinero. Sabía que las generaciones más jóvenes preferían usar aplicaciones. Tenían una buena presencia en internet, así que quien no quisiera no tenía por qué buscar asesoramiento personal. Su cuestionario y su algoritmo funcionaban así de bien. El problema era que no era conocida. ¡Y ella quería solucionar eso con una cliente de alto perfil como Simone Geller!

Dios, un año de noches sin dormir y estaba de vuelta al punto de partida. Sus ahorros estaban casi agotados. El alquiler en Santa Mónica no era precisamente barato.

—Mierda —susurró mientras entraba en el ascensor y se frotaba los ojos.

Estaba molesta. Muy molesta. A la señorita Geller, esa mujer que trabajaba ocho horas al día, incluso los domingos, le vendría bien alguien que le pusiera la vida patas arriba. Y hasta tenía un candidato preparado. Sam Cho, un profesor de primaria con un gran sentido del humor que, a primera vista, no parecía encajar, pero que era duro y dulce, y coleccionaba discos; ella había sentido ese hormigueo cuando pensó en presentarlos, lo cual siempre era buena señal y… mierda. No debería pensar en ello. Ya era tarde. La habían despedido antes de conseguir el trabajo.

—Mierda—repitió, esta vez más fuerte. Dios, estaba harta. ¡Cada vez que creía que había progresado, se daba de bruces contra el suelo!

Estaba a punto de cumplir los treinta, llevaba cinco años soltera y el mismo tiempo sin tener sexo. Alquilaba un apartamento minúsculo que solo era asequible porque se caía a pedazos cada día más. Su negocio solo aguantaría dos o tres meses antes de irse a pique. Pasaba la mayor parte de su tiempo libre con un hombre de sesenta y cinco años: su padre, que no había sido capaz de cuidar de sí mismo desde que su madre murió hacía unos años. O no quería cuidar de sí mismo. Sí, no quería.

¡Vaya! Si su vida no era la definición de tristeza, ¡no sabía qué lo era!

Cerró los ojos, respiró hondo y se serenó. No importaba. No todo estaba perdido. Todavía podía cambiar las cosas. De alguna manera.

Con un sabor amargo en la boca y un nudo en el estómago, caminó por el garaje subterráneo hacia su Fiat Punto de veinte años, que parecía a punto de perder el capó. Ignoró los mensajes de su socia y mejor amiga, Hailey. No se sentía capaz de decepcionarla en este momento. En su lugar, quería aprovechar el viaje semanal a casa de su padre para idear un discurso motivador en el que explicaría con detalle por qué el contrato fallido no significaba su ruina. Por desgracia, no era una mentirosa con talento, ¡así que tendría que practicar!

Gimiendo, salió del garaje en el Fiat. Se tomó su tiempo para hacer la compra para su padre y luego le llevó las provisiones.

—¡Hoy llegas tarde! —la saludó él con mal humor—. Me muero de hambre.

Suspirando, pasó por su lado hacia la cocina, que parecía como si una familia de osos la hubiera asolado. Tendría que dar una mano de limpieza antes de irse.

—Papá, tienes dos manos, dos piernas y una tarjeta de crédito —respondió con amabilidad—. Podrías haber ido a comprar tú mismo.

—Hoy no es un buen día —dijo él, sacudiendo la cabeza—. No me encuentro… bien.

Sí. Esa era la historia habitual de los últimos años.

—Está bien. Puedes aprovechar el tiempo que paso limpiando y ordenando para darte una ducha —le dijo, mirando su cabello canoso y desgreñado.

—Hm —refunfuñó él, y se dio la vuelta para ir al salón. Veinte segundos después, Maddie escuchó la televisión.

Respiró hondo, cerró los ojos unos instantes y empezó a preparar un guiso de verduras que su padre pudiera comer durante unos días y así obtener las vitaminas que su dieta habitual de bebidas energéticas y pizza congelada no le proporcionaba. Luego, sacó la basura y empezó a cargar el lavavajillas cuando sonó su móvil. No era Hailey, sino Rachel.

Dejó los platos y deslizó el dedo por la pantalla para contestar. Su hermana mayor vivía en Chicago y era raro cuando llamaba. Cuando lo hacía, Maddie siempre respondía.

—Hola, Maddie. Lo siento mucho, pero no podré ir a visitarte en unas semanas. Seguramente por Navidad tampoco. Estoy a tope de citas, una tras otra.

Maddie apretó los labios. Cambió de opinión; ahora deseaba no haber respondido a la llamada. ¡No había visto a Rachel en persona en casi dos años! Además, era psicoterapeuta y probablemente era quien mejor podía ayudar a su padre, o al menos lograr que buscara ayuda, algo que ellas no habían conseguido en años. Pero si ya tenía la agenda llena…

—Entiendo. Qué pena —dijo—. ¿Tal vez en enero?

—Lo intentaré, ¿de acuerdo? De verdad que lo siento. Me tengo que ir ya. Dales un abrazo a papá y a Lucy de mi parte —y colgó al momento siguiente.

Maddie dejó el teléfono y se quedó mirando la pantalla. Genial. Simple y sencillamente genial.

Cuando emprendió el camino de vuelta a la oficina una hora después, estaba cansada y de mal humor. Habían perdido a una cliente importante. Su padre no se había duchado; y Rachel no iba a venir a ayudar. Y para terminar de armar el pastel, en el supermercado no tenían sus marshmallows gigantes favoritos. El día era para ponerse enferma, ni siquiera la vista del océano la animó; y eso que le encantaba la playa, el agua y el aire salado. Casi siempre lograban barrer todas sus preocupaciones.

Había tenido suerte de encontrar esa pequeña oficina a menos de cincuenta metros del muelle de Santa Mónica, que ofrecía una vista despejada de la noria, del océano Pacífico y de unas cuantas palmeras justo delante de la puerta. Pertenecía a la misma anciana encorvada que le alquilaba el apartamento. Ella era la dueña de la mayoría de los edificios de esa calle, excepto del bufete de abogados del final. Por lo que sabía, los propietarios de O'Leary & Stone le habían comprado el edificio.

El edificio en el que estaba Match Me! tenía una fachada azul pálido y desconchada con enormes contraventanas blancas que ella nunca cerraba porque ocultarían el logotipo de la agencia en los grandes ventanales.

Ama si puedes, nosotros nos encargamos del cómo y el cuándo, decía. Estaba bastante orgullosa de ello, aunque el eslogan fuera un poco anticuado. Quizá esa era la razón por la que atraían sobre todo a personas de la tercera edad.

Lo pensaría. Quizá necesitaban darle a Match Me! un nuevo eslogan. Quizá podría pedirle ayuda a Lucy. Tenía un máster en marketing, era consultora de Relaciones Públicas y sabía de esas cosas. Vaya, Maddie no debería haber estudiado ciencias sociales. Por otra parte, ¿quién sabía si sería capaz de leer tan bien a la gente si se hubiera graduado en otra cosa?

Suspirando, abrió la puerta —era obvio que Hailey no estaba allí — y fue recibida por un fuerte cacareo.

—Hola, Eggsy —saludó a su gallina mascota, que estaba posada en un estante de la pared justo frente al escritorio de Maddie. La gallina levantó la cabeza con un interés moderado ante sus palabras. Maddie no se ofendió. El ave era vieja. Hailey la salvó de la cazuela y le había preguntado si podía vivir en la oficina mientras que le encontraba un hogar. Eso fue hacía ya dos meses. Pero bueno, apenas tenían clientes de todos modos. La mayor parte del poco —poquísimo— dinero que ganaban venía de la web y las únicas personas que entraban por allí eran personas con audífonos y gafas de culo de botella; nadie había preguntado nunca por qué había una gallina sentada en la estantería de su oficina.

Eggsy tampoco molestaba a nadie. Estaba domesticada e iba a la caja de arena en la esquina. El único problema era si ella…

Un chasquido resonó en la habitación y el trasero de Maddie se enfrió, seguido de algo viscoso y húmedo que le chorreaba por los muslos desnudos.

—Oh, no —gimió en voz alta y se levantó de un salto de su silla de oficina. Era demasiado tarde. Trozos de cáscara de huevo cubrían el asiento y su trasero… y fue entonces cuando la puerta se abrió.

—Aquí estás —exclamó Hailey sin aliento—. He estado intentando localizarte durante horas y… oh.

—Sí, oh —confirmó Maddie—. ¡Tu gallina volvió a poner un huevo en mi silla!

—Ya, es que siempre está tan calentito ahí, porque pasas demasiado tiempo sentada en tu escritorio. Sabes que siempre tienes que mirar antes de sentarte.

—Se me olvidó —respondió, dolida, y echó la cabeza hacia atrás con fastidio.

¿Cómo este día podía ir a peor? ¡Como si necesitara más señales de que su vida era un desastre total!

—No me extraña que Match Me! no funcione —dijo, quejándose —. ¡Compartimos la oficina con una maldita gallina clueca!

—Oye —protestó Hailey, mirándola con enfado—. Estás hiriendo sus sentimientos. Además, dijiste que estaba bien tener a Eggsy

aquí hasta que le encontrara un hogar.

—¡Y tú dijiste que no se cagaría en ninguna parte aquí adentro!

—Y no lo hace. Solo pone huevos.

—¡Que salen por el mismo orificio que todo lo demás! Dios, las gallinas son raras. Llevas meses buscando un hogar para ella.

Con sentimiento de culpa, Hailey se pasó una mano por su cabello negro y rizado.

—Ya, encontrar un hogar para una gallina vieja en Los Ángeles es mucho más difícil de lo que pensaba.

—No me digas. Apuesto a que yo podría encontrar a tres carniceros que le ofrecerían sus *hogares* de inmediato.

Impresionada, Hailey contuvo el aliento.

—No lo dices en serio.

—Claro que no lo digo en serio —dijo ella, intentando mantener la calma—. Adoro a Eggsy y te quiero a ti, ¡pero tengo huevo crudo colgando de la falda!

Hailey abrió la boca, seguramente para decir algo positivo, como era su costumbre. Tal vez algo como: «Oye, en Brasil, las babas de pollo traen buena suerte». Pero al momento siguiente, pareció tener una epifanía.

—Oh, mierda. La reunión no fue bien, ¿verdad?

Maddie se dejó caer en su silla de la oficina.

—Eligió al estúpido «Triunfo del Amor».

—Oh, no. Eso es una…

—Lo sé.

—¿Significa eso que tenemos que pensar en otra cosa para generar negocio? —Hailey se retorció las manos con incertidumbre —. ¿Turno de noche, tal vez?

—No —respondió Maddie, agotada. Miró el reloj. Ya eran las seis menos cuarto—. Deja que lo consulte con la almohada. Que me recupere. Mañana por la mañana podremos empezar con ánimos renovados y faldas sin huevo, ¿de acuerdo? Este día me ha dejado para el arrastre. De todos modos, ya no sería capaz de hacer nada útil por ahora.

—Bueno. —Hailey la miró con simpatía antes de rodear la mesa y darle un fuerte abrazo—. Saldremos de esta, ¿de acuerdo? Juntas.

La señorita Geller es una completa idiota. Habríamos encontrado a su amor verdadero en cuestión de semanas. Lo sé. No estás sola —susurró.

No, no lo estaba. Sin embargo, fue ella quien presionó a su mejor amiga para que dejara su trabajo anterior para aventurarse con ella. Si fracasaban, la culpa sería insoportable.

—Seguro —dijo de todos modos, poniendo tanta confianza en su voz como le fue posible—. Estoy segura que me sentiré mejor después de ducharme y tomarme un cóctel.

—Yo también lo creo. Vete, anda. Yo recogeré el desastre.

—Eres un ángel —respondió, dándole otro gran abrazo, y luego se dirigió a la puerta. Quería terminar este día lo antes posible para que pudiera empezar uno nuevo.

Sin embargo, al salir al paseo marítimo, vio a un hombre con cara de pocos amigos y trajeado que se dirigía directamente hacia ella. A juzgar por su expresión, no venía a invitarla a un trozo de tarta.

Connor Stone era lo último que necesitaba. El arrogante abogado de divorcios de al lado era agradable a la vista, pero no le gustaba que le gritara.

—James —gruñó él en cuanto estuvo a una distancia desde la que podía oírlo—. ¡Esto cruza la raya!

—¿Qué? —respondió ella con inocencia, a pesar de que podía ver el enorme cartel bajo su brazo.

Resultaba imposible ignorarlo cuando se lo plantó justo delante de las narices.

—No —dijo él con frialdad—. Simplemente no.

—Venga ya, solo es una frase ingeniosa.

—¡No!

—Aporta esperanza.

—«¿Te estás divorciando del hombre de tus sueños? ¡Entonces encuentra uno nuevo en Match Me!» ¡Eso me produce cáncer de ojos, no esperanza!

—Promete un nuevo comienzo. —También era buena publicidad, sobre todo frente a la puerta de un abogado de divorcios.

—Promete sandeces, porque tu agencia es un chiste —espetó Connor con brusquedad mientras soltaba el cartel a los pies de ella y daba media vuelta.

Maddie apretó los labios con rabia.

—¡Siempre estás tan gruñón, Connor! ¡Necesitas más romance en tu vida! —le gritó mientras se alejaba.

—Y tú, menos pollos. Tienes una mierda en la pierna.

—Son restos de huevo —respondió enfadada.

—Ya, y parece una mierda.

Dicho esto, se marchó.

¡Ay! En serio. Estos abogados de divorcios. Ninguna sensibilidad con el amor. Bueno, al menos las cosas no podían empeorar.

Tomó el cartel, lo puso frente al escaparate de Match Me! y luego caminó tres puertas más allá hasta la entrada del edificio de apartamentos donde ocupaba el último piso. Frustrada, abrió la puerta, asaltó el buzón encontrándose un montón de facturas y un sobre blanco pesado, y subió con paso pesado los tramos de escaleras estrechas hasta su minúsculo apartamento. Quería ducharse y luego ponerse cómoda en el sofá.

Le crujieron los huesos al superar el último escalón y… Tal vez estaba pensando demasiado en un baño, pero ¿por qué oía un chapoteo? Frunciendo el entrecejo, abrió la puerta, entró en el apartamento y… fue recibida por una oleada de agua. Conmocionada, se quedó mirando la cocina abierta, cuyo suelo ligeramente hundido estaba cubierto por tres dedos de agua, como si alguien estuviera intentando convertir su apartamento en una piscina.

¡No!

Se quedó allí inmóvil, contemplando la dantesca escena mientras el agua seguía saliendo de debajo del fregadero, extendiendo el estanque hacia el salón.

No, no, no. ¡Esto no podía estar pasando!

Soltando un juramento, tiró el correo sobre la encimera y vadeó el agua. Con una extraña sensación de entumecimiento en el pecho, se arrodilló en el suelo, abrió de un tirón la puerta bajo el fregadero

y metió la mano más allá de la tubería —al parecer— rota para cerrar la llave de paso principal.

El agua dejó de brotar.

Poco importaba. El daño ya estaba hecho. Esto no era un charco. Era un estanque. Y se estaba desbordando sobre la alfombra del salón contiguo, haciendo que el barato suelo de linóleo de la cocina se levantara, empapando su ropa, destruyendo sus muebles tapizados y… Ni siquiera quería pensar en cómo estaría el techo de su vecino de abajo.

Maddie hundió los hombros mientras su única falda de tubo profesional se empapaba de agua sucia.

Era un desastre. Su vida era un desastre.

Había tenido tantas esperanzas esta mañana y ahora…

—¿Maddie? Tu puerta estaba abierta y… oh, joder. ¿Qué pasó?

Conteniendo las lágrimas, intentó enfocar la puerta y al hombre alto y rubio que estaba allí de pie. Matt se quedó boquiabierto ante el desastre en medio del cual estaba sentada.

Cierto. Se suponía que iban a salir para celebrar el gran cliente que no había conseguido hoy.

Mierda.

—Todo está... arruinado —susurró, limpiándose los mocos con la manga—. *Todo*. —Se escondió la cara entre las manos—. Dios, no doy una, Matt. Match Me! se va por el desagüe. No puedo ayudar a mi papá. Sigo estando completamente sola. Soltera, sin hijos. Y ya no tengo un hogar. —Una silenciosa desesperación se filtró por sus venas, instalándose en cada poro y quemándole los ojos—. ¿En qué momento me convertí en semejante fracaso? ¿Qué demonios se supone que haga ahora? ¡Es simplemente… demasiado! Hay demasiados desastres en mi vida. En el sentido más literal.

De repente, unos brazos cálidos la envolvieron y la sacaron del agua para ponerla en pie. Le temblaban las rodillas, pero Matt la mantuvo erguida sin esfuerzo.

—¿Se rompió la tubería? —aventuró él.

—¡Sí!

—Llevo meses diciéndote que tus tuberías están demasiado viejas y quebradizas.

Enfadada, se soltó y lo fulminó con la mirada.

—¡No estás ayudando, Matt!

Él esbozó una media sonrisa.

—Oh, estar enojada conmigo es mejor que estar triste de verdad, ¿no lo crees?

Maddie resopló.

—Puedo estar ambas cosas. ¿No has oído lo que he dicho? Estoy sola y mi vida es un desastre…

—Vamos, Maddie —la interrumpió él con suavidad—. Por supuesto que no estás sola. —La agarró por los hombros y la mantuvo a unos centímetros de distancia para poder mirarla a la cara—. Nunca. Tienes a Lucy y al resto de tu familia. Tienes a Hailey. Tienes una gallina. Y me tienes a mí.

Ella olfateó y respiró de forma entrecortada.

—Lo sé, pero siento como si…

—…¿todo estuviera arruinado? —citó él en tono despacio.

—¡Sí!

—Hay algunas cosas arruinadas —confirmó él, echando un vistazo a la tapicería sucia y al suelo hinchado—. Pero eso no significa que ya no tengas un hogar. No es más que una inundación. Tiene arreglo.

—Pero ¿cuándo? ¿Y cuánto costará? Y... ¿dónde demonios me voy a quedar mientras tanto, Matt? —Volvió a sorber la nariz y lo miró. Debía de tener un aspecto terrible, pero, aun así, él no se inmutó—. Quizá ni si quiera podré dormir aquí durante un tiempo. Tendrán que levantar el suelo o poner ventiladores enormes por todos lados y…

—No te preocupes, puedes quedarte en mi casa.

—¿Qué? —Lo miró parpadeando, confundida.

—Puedes quedarte en mi casa —repitió él y se encogió de hombros—. Tengo una habitación de invitados.

—No. No puedo quedarme contigo —afirmó ella lo evidente—. No durante semanas.

—¿Por qué no? —Perplejo, frunció el entrecejo—. Con los partidos fuera, de todas formas, no estoy en casa la mitad del tiempo. Podrías regar mis plantas.

A su pesar, tuvo que echarse a reír, aunque sonó más bien a hipo.

—Matt, todas tus plantas son de plástico.

Él sonrió.

—Bueno, pues quítales el polvo.

—¡Para eso está tu asistenta!

—Maddie. —Chasqueó la lengua con impaciencia—. Deja de buscar excusas. Tú tienes un problema y yo tengo una habitación libre. Es así de sencillo. Ahora, deja de armar un alboroto y ayúdame a sacar el agua antes de que llamemos a tu casera y avisemos a los vecinos de abajo. No es para tanto. —Le asintió con gesto alentador —. Tu apartamento volverá a secarse. El negocio despegará. Se te ocurrirá algo. Y encontrarás al hombre de tus sueños y tendrás un montón de hijos con él, en cuanto empieces a buscar de forma formal. Pero paso a paso. Eres joven, tienes tiempo. Ahora, si te abrazo, ¿prometes dejar de llorar? No como la última vez, cuando murió aquel perro viejo que Hailey rescató. Aquella vez, de verdad *empezaste* a llorar cuando te rodeé con mis brazos.

Ella sonrío temblorosa y el peso que la había oprimido el pecho como un yunque disminuyó lentamente. Tenía razón. No estaba sola.

—Lo intento —respondió con voz ronca—. Pero es un reflejo. Cuando me siento mal y alguien es amable y atento conmigo, se abren las compuertas.

—Ya tenemos bastantes inundaciones aquí, Maddie —dijo Matt muy serio, señalando el suelo—. ¡Ahora contrólate, maldita sea! Acabo de recoger esta camisa de la tintorería.

Ella soltó una risita, pero le echó los brazos al cuello y aceptó el abrazo prometido. Los abrazos de Matt eran especiales. Eran cálidos y fuertes, y cuando le daba palmaditas en la espalda con torpeza porque no sabía muy bien cómo abrazar a amigas platónicas, siempre la hacía reír.

—Gracias, Matt —susurró, apoyando la mejilla en su pecho.

—Sí, sí —dijo él, incómodo, y le dio un beso en la cabeza—. Siempre. Por cierto, ¿quieres limpiar tu falda antes de que me deshaga de esta agua? Tienes restos de huevo.

Maddie sonrío con cansancio y se acurrucó más en el abrazo. Matt siempre era tan… sólido. Literalmente, una roca en el oleaje, aunque sospechaba que sus músculos eran más duros que la roca. En cualquier caso, siempre estaba alegre y sereno, y hoy ella tomaría ejemplo de él.

—Sí, quizá debería darme otro baño. Siempre he querido tener una piscina —susurró—. Creo que mi deseo por fin se ha cumplido.

Sintió la risa de Matt vibrando en su pecho.

—Esa es la actitud correcta.

Capítulo Cuatro

Matt no solía llevarse a mujeres a casa por la sencilla razón de que le resultaba bastante desagradable echarlas a la mañana siguiente. Prefería ser él quien saliera por la puerta de ellas. Había comprado el loft hacía cinco años y podía contar con los dedos de una mano las mujeres que habían dormido allí. Y con tres de ellas compartía lazos de sangre.

A pesar de todo, seguía ofreciéndole a Maddie su habitación de invitados. Tenía casi ciento diez metros cuadrados de espacio y a su asistenta no le importaría cobrar una hora más si alguien usaba de verdad el lugar. Tendrían que compartir la ducha pero, como ya había dicho, la mitad del tiempo estaría fuera por los partidos de visitante y, de todos modos, solía ducharse en la pista después del entrenamiento, así que no veía mayor problema.

Maddie había estado inusualmente callada en el garaje subterráneo. Se limitó a sacudir la cabeza sin decir palabra alguna al bajar de su viejo Fiat, el cual aparcó junto a todos aquellos relucientes BMW, Porsche y Mercedes. Sí, los residentes del edificio eran todos de clase alta y su coche encajaba allí tanto como Matt en un tutú. Lo normal habría sido que Maddie hiciera algún chiste sobre que el contenido de ese garaje era lo más ostentoso desde la invención del diente de oro. Pero se quedó allí, parada en silencio junto a él en el ascensor, con la mirada fija en la maleta que llevaba en la mano. Limpiaron lo peor del desastre de su apartamento, pero

la casera aceptó que hacía falta hacer reformas. El seguro se encargaría del coste, pero, por desgracia, sería más fácil de gestionar si Maddie se mudaba mientras durasen las obras.

Dios, odiaba verla así, tan abatida y dolida. Maddie tenía la mejor de las sonrisas, que solía regalar como los Testigos de Jehová reparten biblias, y casi siempre desprendía una energía increíble. En ese momento, sin embargo, parecía tan agotada que a Matt le habría gustado llevarla en brazos hasta la cama. Pero aquello habría sido raro, ¿verdad? No tenía ni idea de cuáles eran las reglas sobre llevar en brazos a amigas platónicas. Maddie era su primera relación de este tipo.

—Debería haberme hecho jugadora de hockey —masculló ella mientras él le abría la puerta y la dejaba entrar primero—. Parece ser el único trabajo de verdad.

Su mirada se deslizó por el parqué pulido hasta la gigantesca pantalla plana de la pared opuesta, para pasar después al sofá, aún más gigantesco, y a la isla de mármol de la cocina donde Matt solía limitarse a dejar el café.

—Ah. Como jugadora profesional, solo ganarías una fracción de nuestro sueldo —dijo él a modo de disculpa mientras cerraba la puerta—. No es precisamente justo.

—¿Qué lo es? —preguntó ella con voz cansada mientras dejaba la maleta junto a la puerta. Se frotó los ojos—. ¿No es extraño que seamos amigos desde hace más de un año y solo haya estado en tu casa dos veces?

Hm. ¿Eso era cierto?

—Cielo santo, a veces olvido que eres rico —dijo ella mientras caminaba hacia el ventanal.

Matt resopló.

—¡Nadie olvida eso!

—Bueno, yo sí. —Se encogió de hombros y se giró hacia él—. Sueles ser tan… normal, nada ostentoso como ese horrible garaje subterráneo. Aunque lo que es peor es que ni siquiera lavas tu propia ropa y la cocina parece que no se ha estrenado.

Las comisuras de los labios de él se crisparon. Maddie volvía a ser ella misma. Era agradable ver que el día no la había derrotado

por completo.

—Gracias. Tus palabras me llegan al alma —dijo con falsa emoción, llevándose ambas manos al pecho.

Ella sonrío, y sus ojos castaños claros se llenaron de calidez.

—Un placer. Las fiestas que podrías organizar aquí —dijo, sacudiendo la cabeza y dando una vuelta sobre sí misma—. Tendrías hasta pista de baile. —Señaló el espacio entre el sofá y la isla de la cocina.

—Ah, las fiestas suelen ser en casa de Fox. —Era el capitán de los Hawks y organizaba con regularidad *eventos para fomentar el espíritu de equipo*. Su casa tenía piscina, sala de póker y una cancha de baloncesto privada. Matt consideraba que una propiedad tan enorme era demasiado jaleo; demasiadas cosas de las que ocuparse. Con el loft tenía suficiente.

—¿O sea que de verdad nunca invitas a nadie? —preguntó ella, frunciendo el entrecejo.

—No. Solo Dax viene de vez en cuando. —Se encogió de hombros—. Pero tú eres libre de invitar a quien quieras.

—¿En serio? —arqueó las cejas.

—Claro. Si quieres. Durante las próximas semanas, esta casa es tan tuya como mía. —Abrió los brazos—. Solo quiero que te sientas cómoda.

Maddie sonrío de oreja a oreja.

—¿Eso significa que también puedo ensuciar la cocina? Da un poco de miedo lo limpia que está.

Él sonrió.

—Estará encantada de que la uses.

—Igual que tu lavadora. ¿Para qué tienes una si de todos modos lo llevas todo a la tintorería?

—Bueno, el cuarto de la lavandería parecía demasiado vacío sin ella.

La chica resopló.

—El cuarto de la lavandería. Por supuesto. —Se giró y se quedó mirando por la ventana las luces centelleantes de la ciudad—. Se ve hasta el océano —murmuró.

—Sí, al final por eso lo compré.

Maddie alzó la vista.

—¿Porque te gusta el océano?

—Me gusta mirar todo lo que sea hermoso —respondió él con una sonrisa, mirándola con intención.

Ella resopló, pero una sonrisa asomó a las comisuras de su boca.

—Y luego te sorprende que tu apodo sea *Don Encantos*.

Matt frunció el entrecejo. Llevaba meses esperando que el nombre no cuajara, pero era una causa perdida. Algún reportero deportivo le puso ese apodo y ahora se le había quedado pegado como un velcro.

—No es justo. A Dax le llaman *El Diablo*, a Jack *El Santo* y Fox es… bueno, Fox. Pero todos suenan geniales. *Don Encantos* es una mierda. Todo el mundo espera que vaya a liberar a Cenicienta de su torre o algo así.

—Cenicienta era la de la zapatilla. Rapunzel era la de la torre.

—¡Lo ves! —se quejó él—. Eso demuestra que el nombre no me pega.

—No, eso solo demuestra que no prestabas atención cuando tu mamá te leía cuentos de hadas. A mí me gusta el nombre. Te pega porque te pasas el día flirteando. ¡Con *todo el mundo* y con *todo*! Ya sea un humano, un animal o un disco de hockey. —Le dio una palmadita en el bíceps como si fuera culpa suya—. Pero no pasa nada. Siempre haces que la gente se sienta bien. Así que no es algo malo.

Hm. ¿Ella siempre se sentía bien a su lado? Aquello era… agradable de oír. Tan agradable que sintió un pequeño vuelco de satisfacción en el estómago. Maddie *siempre* debería sentirse bien.

Ella volvió a mirar hacia afuera y preguntó en voz baja:

—Matt, ¿ibas en serio con lo que dijiste antes? ¿Crees que yo… no estoy buscando?

Sorprendido, arqueó las cejas.

—¿Qué?

—Al hombre de mis sueños.

Ah, a ese.

—Pues sí —dijo él sin andarse con rodeos—. Ni siquiera te esfuerzas en encontrarlo. No dejas de decir que quieres casarte y

tener hijos, pero, chica, tienes una agencia de citas y ni siquiera la has usado para ti misma.

Ella se encogió de hombros, visiblemente insegura.

—No quiero quitarle a nadie a mis clientas.

Él resopló con fuerza.

—Mentirosa. Solo tienes miedo.

La castaña le lanzó una mirada fulminante.

—¿Y de qué se supone que tengo miedo?

—No lo sé. Dímelo tú.

—¡No tengo miedo! Solo estoy concentrada en el trabajo ahora mismo.

—¡No te estaba acusando de nada, Maddie! —respondió él, dando marcha atrás—. Está bien que no estés buscando. —¡A él no le molestaba en absoluto!—. Pero no puedes pretender casarte y tener hijos pronto si no vas a citas. A menos que entres en QuiénNecesitaUnVisado.com. Entonces probablemente podrías casarte mañana mismo. Pero primero tendrías que aclarar el tema de los niños.

Ella resopló y le dio un empujoncito juguetón en el brazo con el hombro.

—Lo tendré en cuenta si todo lo demás falla. Pero de momento todo eso está en un segundo plano. Ahora que Geller se ha echado atrás, el trabajo es lo prioritario durante una temporada.

Mierda. Por su arrebato de antes, Matt se imaginó que la reunión que ella llevaba semanas esperando no había ido bien.

—¿Por qué no firmó?

—Dice que somos demasiado pequeños y novatos para ella.

—Joder.

—Sí.

—Lo siento, Maddie. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Su amiga a penas si soltó una carcajada.

—A menos que conozcas a alguien famoso que quiera… —Se detuvo de golpe y alzó la mirada hacia él.

Oh, maldita sea. Conocía esa mirada.

—La respuesta es no —dijo él con rapidez—. Como todas las otras veces.

—¡Las veces anteriores no estaba así de desesperada! —dijo ella en tono suplicante, agarrándole los antebrazos con fuerza—. Venga, Matt, sé mi cliente.

Él la miró con seriedad.

—Déjame decirte esto con todo el tacto y el cariño del mundo, Maddie: ¡Ni en un millón de años!

—¡Pero si estás soltero!

—¿Y qué? También soy Capricornio y no por eso me siento obligado a anunciar el próximo zoológico de mascotas.

—¡Pero serías el embajador de marca ideal!

—¡Claro que lo sería, porque soy guapísimo! Pero la respuesta sigue siendo no.

Frustrada, la chica gimió y lo soltó.

—Dios, ¿de qué sirve conocer a un jugador de hockey famoso si no puedo usarlo para mi propio beneficio económico?

—¿De que te aporta una amistad maravillosa?

—Sí, sí, lo que tú digas. —Puso cara de pocos amigos—. Pero en serio, Matt, tú te lo pierdes. Nuestro cuestionario funciona y vas a dejar pasar al amor de tu vida.

—Oh, yo soy más del tipo de aventuras breves, así que eso no me preocupa lo más mínimo.

—¡Matt!

—No. —Ella se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos y parpadeó con insistencia.

Luchando contra un mal presentimiento, él cambió el peso de un pie al otro. Dios, no podía dejar que ella supiera lo bien que funcionaba esa expresión. De inmediato se sintió culpable y ella se veía tan malditamente adorable e inocente. Sin embargo, sabía que aquel efecto era engañoso.

—No —sentenció, manteniéndose firme.

—¿Por qué no? Ni siquiera tienes que ir a citas de verdad. Podríamos fingir que vas en serio para que yo consiga buena publicidad.

—Hm —pronunció él; luego se inclinó hacia delante y empezó a tirarle de los lóbulos de las orejas. Frunció el entrecejo, se ladeó

primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda con los ojos entrecerrados.

Maddie se estremeció y se frotó las orejas a toda prisa. Se le había puesto la piel de gallina por todo el cuello de forma visible.

—¿Qué estás haciendo?

—Comprobando si les pasa algo a tus oídos. ¡Mi respuesta fue que no!

Después de todo, acababa de decidir tomarse un descanso de las citas.

Con un suspiro, ella dejó caer los hombros.

—¡Genial! ¿Puedes al menos preguntarle al equipo? Quizá alguien esté buscando a la mujer de sus sueños. O, incluso, al hombre de sus sueños. Me ayudaría muchísimo.

—No creo que...

—Solo pregunta, ¿de acuerdo? ¿Por mí? —Su amiga arqueó una ceja.

Él gruñó y se frotó los ojos.

—Está bien. Por ti. Dios, no juegas limpio.

Ella sonrió satisfecha.

—Supongo que se me daría bien ser jugadora de hockey, ¿verdad? —dijo, y luego pasó por su lado hacia los dormitorios, tomando su maleta por el camino. Sin embargo, en lugar de tomar la puerta de la habitación de invitados, abrió de un empujón la del dormitorio de él.

—Uh. Nunca había estado aquí —anunció, dejando la maleta en el suelo y entrando.

Él se apresuró a seguirla. Esa era su habitación. En ella dormía y… hacía otras cosas.

—Bonita foto —dijo ella, señalando con la cabeza la gran lámina de unas montañas y una mansión de piedra gris que colgaba sobre su enorme cama sin hacer—. ¿Es la viña de tus padres?

—Sí —dijo él tajante, bajándose con nerviosismo las mangas de la camisa por los brazos.

Resultaba extraño verla de pie tan cerca de su cama. Le provocaba un nudo extraño en el estómago que no terminaba de identificar. Maddie no era una mujer que asociara con su dormitorio

y, desde luego, tampoco con su cama. Como mucho, la asociaba con… su propia cama. No, en realidad, *con ninguna cama*. *Maddie* y *cama* eran dos palabras que no tenían conexión alguna.

—Parece mucho más acogedor aquí que en el salón —afirmó ella, señalando con la cabeza las estanterías de las paredes, el gran sillón marrón en una esquina y la alfombra roja del suelo—. Y ahora ya sé que tienes unas esposas por ahí tiradas. —Sonriendo, señaló el par de esposas de pelo rosa que había en el estante junto a los libros de *Juego de Tronos*.

Bien, empezaba a hacer un calor sofocante allí dentro.

—Solo son decorativas —se apresuró a responder, con la boca de repente demasiado seca, y dio un paso adelante para guiarla fuera de la habitación por los hombros. Había otras dos palabras que no encajaban en la misma frase: *Maddie* y *esposas*.

La castaña soltó una carcajada.

—Decorativas…

—Nunca las he usado. Me las regaló Nell por mi decimoctavo cumpleaños. En plan broma. —Era la verdad, pero por la expresión de Maddie supo que no le creía.

—Ya, claro —dijo ella con ligereza, y luego su mirada se deslizó hacia el techo.

Matt soltó una risita y la empujó de vuelta al salón. No hizo eso de verdad, ¿no?

—¿Qué? —preguntó ella, insegura, mientras un ligero rubor le subía por el cuello.

—¡Miraste para ver si tenía un espejo en el techo!

—¡Una vez me dijiste que lo tenías! —se defendió ella en voz alta.

¡Todavía se acordaba de aquello, aunque hubiera pasado un año!

—¡Era una broma!

—Bueno, no estaba segura —respondió ofendida, dándole la espalda de repente—. Me voy a desarmar la maleta.

Su risa se hizo más fuerte. Aquel extraño humor de derrota de antes se había esfumado. Volvía a ser Maddie. Todo estaba bien.

—¿Quieres que ponga un espejo en el techo para que te sientas como en casa? —sugirió él con inocencia.

—No hace falta. Me basta con las videocámaras que uso siempre para grabarme —respondió a la ligera, y luego se escabulló en la habitación de invitados de al lado y cerró la puerta.

Matt resopló con fuerza. Que él supiera, Maddie no había tenido nada que ver con nadie en el último año, porque tenía esa regla de buscar «el para siempre»; así que pasaba de las aventuras de una sola noche.

Sacudiendo la cabeza, regresó a la cocina, se tiró del cuello de la camisa, que hoy le apretaba por alguna razón, y buscó en la puerta de la nevera el folleto del restaurante tailandés de al lado.

Era evidente que Maddie había superado la mayor crisis. Aun así, no vendría mal pedir su adorado Pad Thai y quizá preparar un Tequila Sunrise. No tenía ni idea de qué llevaba, pero para eso estaba internet o el servicio a domicilio.

Oyó a Maddie trastear en la habitación de invitados y luego poner algo de música en su móvil: canciones pop de algún tipo. Una sonrisa asomó a las comisuras de sus labios. Le gustaba que ella estuviera allí. Eso significaba que hoy no comería solo y su enorme sofá no se sentiría tan solitario. Todo en su relación con Maddie era sencillo, relajado. Puede que incluso fuera genial que se quedara unas semanas. Nunca había compartido piso; quizá hasta incluso quería vivir la experiencia.

No. No sería raro en absoluto.

—¿Vive contigo? ¿Pero no te acuestas con ella? ¡Eso es superraro! —dijo León Álvarez, negando con la cabeza mientras se ponía la camiseta del equipo.

—Se puede vivir con gente sin tener que tirárselos, León —respondió Jack con sequedad.

—Ya, pero Maddie es la hermana de Lucy. Así que está buena, ¿no?

Matt parpadeó, perplejo.

—¿Cómo demonios sabes que Maddie vive conmigo? —¡Si se había mudado anoche!

Dax, que estaba sentado en el banco junto a él, atándose los patines, levantó la cabeza.

—Ah, eso me lo tienes que agradecer a mí. Maddie se lo contó a Lucy, Lucy me lo contó a mí, y yo se lo he contado a casi todo el mundo.

Matt lo miró sombrío.

—Pues muchas gracias.

—De nada —dijo Dax, sonriendo—. Pensé que sería un gran entretenimiento. De momento, no me equivoco.

—Entonces, ¿está buena? ¿La he visto antes? —preguntó León. El joven defensa era conocido por sus precisos codazos y su falta de sensibilidad.

—No importa si está buena —respondió Matt enfadado.

—Siempre *importa* si está buena —lo contradijo León de inmediato—. Que digas eso significa que es fea.

—Maddie no es fea. —Dax chasqueó la lengua—. Es guapa. De una forma discreta.

Matt parpadeó. ¿Discreta? ¿Maddie? ¿Es que Dax no tenía ojos en la cara?

En fin, ¡esa no era la cuestión! Tenía que concentrarse en lo importante.

—Dejen de darle bola al asunto —dijo, molesto—. Todo esto es increíblemente irrelevante. Solo somos amigos. Nosotros… no nos vemos de esa manera. Necesitaba ayuda. Eso es todo.

León le dedicó un gesto grosero.

—No puedes ser solo amigo de las mujeres.

—¡Claro que se puede!

—No, no se puede. No si están solteras —insistió León.

—Yo creo que es posible —dijo Jack—. Pero solo si no te sientes atraído sexualmente por ella. No tienes química con cada mujer que conoces.

—Habla por ti —replicó León con brusquedad—. Yo he sido capaz de hacer saltar chispas con todas las mujeres.

—Ah, Dios —gruñó Dax, buscando su casco—. Deja de decir cosas así. Tienes veintitrés putos años. ¡«Todas las mujeres» no pueden ser tantas en tu corta vida! Además, si hablas con las

mujeres como hablas con nosotros, apagarás cualquier tipo de llama o posibilidad.

—Oigan —dijo Matt ya harto—, no es que no aprecie una buena metáfora sobre el fuego, pero como he dicho, solo somos amigos. No es como si…

—¿Nada de nada? —preguntó Jack, arqueando las cejas—. ¿O sea que nunca has pensado ni un segundo durante tu amistad con ella en cómo sería llevártela a la cama?

A Matt se le secó la boca y se aclaró la garganta.

—No —mintió.

Aunque, en realidad, no era del todo una mentira. Nunca había pensado en el sexo con Maddie durante su amistad. Solo una vez, al principio, cuando la conoció. Cuando aún no eran amigos. Cuando creyó que estaba ligando con él, para que luego resultara que todo lo que quería era que le cargara un banco hasta su casa.

Eso no contaba de verdad. No era culpa suya que sus pensamientos se hubieran desviado hacia territorio nudista cuando Lucy se la presentó. Maddie había sido divertida. Y amable. Y no le había dicho que sí a todo lo que él decía y hacía, como las groupies. Además, lo salvó de unas cuantas fans demasiado fervientes y, en cierto modo, le permitió tener una vida normal.

Aquellas eran cualidades atractivas. Y no venía mal que tuviera esos ojazos castaños de Bambi y la sonrisa más amplia y liberadora que él había visto jamás. *Discreta*, mis narices. Y su piel era suave y todo su carisma…

Bueno, daba igual. En aquel momento pensó que Maddie se sentía igual de atraída por él; sin embargo, al parecer, se equivocó. Eso pasaba cuando su radar no funcionaba bien. De hecho, fue una experiencia bastante embarazosa para él, salvo que Maddie nunca le hizo sentir avergonzado por intentar besarla. Ella marcó el límite y, al final, fue algo bueno que no estuviera interesada, porque se había convertido en su maldita mejor amiga y no quería perder eso. No había tensión sexual entre ellos; ni siquiera pensaba nunca que pudiera pasar algo. Por tanto, el componente sexual ni siquiera estaba en debate. Si lo estuviera, entonces… Oh, no valía la pena preocuparse, porque no era así.

—Es una amiga, nada más —repitió con calma—. Ella no piensa en mí de esa forma y yo no pienso así de ella. Por eso no hay ningún problema.

—Típicas últimas palabras —masculló León.

Ah, el chaval no tenía ni idea.

—Sí, eso me recuerda —dijo Matt despacio—, Maddie quería que les preguntara si alguno buscaba una relación a largo plazo y quería ser su cliente. Lleva una agencia de citas en el muelle de Santa Mónica y le vendría bien la publicidad. Así que, si alguien busca el amor verdadero…

Uno por uno, los jugadores pusieron cara como si Matt les hubiera sugerido que usaran su disco de hockey favorito como marcapáginas.

—Sí, ya me lo imaginaba. ¡Pero asegúrense de decirle que les he preguntado, si la llegan a ver!

Los demás gruñeron su asentimiento justo cuando la puerta se abrió de golpe y el entrenador Parker Gray entró.

—¿Qué demonios hacen todavía aquí? El partido está a punto de empezar. ¡Tienen que calentar! Los demás ya están en el hielo.

—Lo siento. Tenía algo que hablar con Matt —dijo Dax, irguiéndose—. Ya estamos listos.

Gray frunció el entrecejo y dirigió su mirada hacia él.

—¿Se trata de que Maddie se mude contigo? En serio, Payne, ¿crees que es buena idea?

Matt gruñó. Pues sí. Dax se lo había contado a *todo el mundo*.

Capítulo Cinco

—No sé si es una buena idea, pero era la única que tenía —dijo Maddie encogiéndose de hombros mientras estudiaba los números verdes y rojos en la pantalla que tenía delante—. Lucy no tiene habitación de invitados y tu lujosa minicasa tampoco, ¿verdad? Y preferiría dormir en la playa antes que volver a mudarme con mi padre.

—Supongo que tienes razón. —Se reclinó en su silla y estiró el cuello. Llevaban allí sentadas cinco horas, repasando ingresos y gastos para trazar un plan de batalla con el que salvar a Match Me! No solo era agotador para la mente y los nervios, sino también para el cuerpo—. Además, es una forma estupenda de ahorrar dinero. ¿No pagas alquiler, verdad?

—Cierto —admitió ella. Consideró por un momento ofrecérselo a Matt, pero el tipo era tan rico que resultaría absurdo, y él se lo tomaría como un insulto—. Hablando de dinero, ¿cómo fue que cambiamos de tema exactamente? ¿No estábamos a punto de calcular nuestras probabilidades de supervivencia? —Dio unos golpecitos en la pantalla del ordenador.

—Bueno, solo me refería a que estamos teniendo mala racha y entonces mencionaste que se había inundado tu apartamento…

—Ah, sí, ya me acuerdo —dijo de mal humor—. Da igual. ¿Ibas a decirme qué estamos haciendo mal según los números?

Hailey suspiró y frunció los labios.

—Bien. He trazado algunos gráficos y he revisado las finanzas paso a paso, y nuestro sitio web funciona de manera aceptable —dijo despacio, recogiendo a Eggsy del suelo para ponérsela en el regazo. Era una gallina cariñosa, y Hailey era una persona afectuosa —. No va de maravilla, pero al menos entra algo de dinero. Así que esa parte de nuestro plan está bien. El problema es el otro lado. Necesitamos clientes exclusivos a los que atender personalmente. De preferencia, mejor si están forrados. Es decir, ese era tu plan, ¿no? En concreto, clientes de alto nivel que no pueden usar una aplicación sin acabar con un acosador. De lo contrario, no tiene sentido mantener esta oficina. En realidad, deberíamos dejarlo y seguir desde casa…

Maddie inhaló profundo. Lo sabía. Sería el siguiente paso lógico. Sin embargo, nunca volverían a conseguir otro local en una ubicación tan privilegiada por tan poco dinero, y ella tenía esa visión… una visión de personas que estaban cansadas de las aplicaciones o que eran famosas y no podían usarlas, y que agradecían el toque personal. Había querido dar a todo el mundo la oportunidad de encontrar su verdadero amor sin tener que soportar amargas decepciones como… bueno, como le pasó a sí misma.

—No quiero rendirme todavía.

—Bueno, yo tampoco —dijo Hailey, aliviada—. Entonces, ¿cómo conseguimos un cliente famoso? ¿No podrías…?

—Ya lo he intentado —la interrumpió Maddie—. Le supliqué a Matt que se hiciera cliente. O que al menos fingiera serlo. Dijo que no y me miró como si hubiera perdido la cabeza. Como me estás mirando tú ahora mismo.

—Te miro así porque no puedo creer que haya dicho que no. Debería echar una mano sin dudarlo. ¡Quién sabe, a lo mejor le encontramos al amor de su vida!

—¡Eso también se lo dije yo! Pero sonó como si no fuera importante.

—¿No es importante para *quién*? —preguntó Hailey incrédula.

Maddie asintió, dándole la razón.

—Bueno, está bien. ¿Y algún otro tipo de hockey?

—Está preguntando por ahí, así que… ya veremos. —Se encogió de hombros, se levantó y revisó el correo que había sacado antes de su apartamento y del que se había olvidado por completo ayer: las facturas y el grueso sobre blanco.

Ignoró las múltiples facturas que solo le recordarían su miserable situación financiera y agarró el sobre grueso. Olía como si lo hubieran perfumado.

Frunciendo el entrecejo, lo abrió, sacó la tarjeta de cartulina y se quedó petrificada.

Se quedó mirando las letras doradas con la boca abierta.

—¿Qué pasa? —preguntó Hailey preocupada, dejando a Eggsy en el suelo y levantándose de un salto—. ¿Por qué pones esa cara tan rara?

Maddie tragó saliva y, sin decir palabra, le tendió la carta.

¡Nos casamos! ¡Clemens Shaw y Becky Glaze te invitan a su gran día el 12 de diciembre!

—Ay, carajo. No puede ser verdad —exclamó Hailey, soltando el anuncio con rabia.

Maddie apenas sonrió. Su mejor amiga reaccionó justo como debía, pero eso no disolvió el nudo apretado en su pecho. ¡Claro que iba en serio! Clemens todavía pensaba que se habían separado de forma amistosa. O, mejor dicho, que nunca se habían separado y que simplemente eran viejos amigos de la universidad.

—¡No has hablado con él en años! ¿Por qué te iba a enviar una invitación a su boda después de tanto tiempo? —espetó Hailey, agitando los brazos con tanta energía que Eggsy cacareó alarmada y huyó a su estante.

—No lo sé. Supongo que éramos… solo buenos amigos —dijo con voz débil.

—¿Buenos amigos que se acostaron durante dos años?

Maddie bajó la mirada.

—Al parecer, sí.

Hailey soltó un bufido, haciendo que sus rizos negros revolotearan.

—Eso es absurdo. No vas a ir bajo ningún concepto.

No, probablemente no iría.

—No importa, Hailey —dijo, intentando restarle importancia al asunto—. Se casa. No es para tanto.

Pero sí era para tanto. Él ni siquiera fue capaz de tener una relación decente con ella, ¿y sin embargo quería *casarse* con esa tal Becky? ¿Por qué? ¿Por qué ella y por qué no Maddie? Ella le dio *todo* lo que tenía para ofrecer. Si eso no había sido suficiente… ¿cómo iba a encontrar a alguien alguna vez?

Inspirando profundo, volvió a meter la tarjeta en el sobre a la fuerza.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

—Decíamos que ese tipo no se merece esa expresión de sufrimiento en tu cara —anunció Hailey poniéndose las manos en las caderas—. ¿Sabes qué, Maddie? Creo que es bueno que te haya enviado ese anuncio.

La chica resopló.

—¿Perdona?

—Bueno, Clemens sí que te la supo jugar. No has tenido una relación de verdad desde entonces y él es un idiota. Te mereces algo mejor.

—No es un idiota. Es solo que no nos comunicamos bien.

—Me da igual lo que sea. Esto es una señal de que deberías empezar a tener citas de nuevo. Él ya siguió con su vida, tú deberías hacer lo mismo. No creo que te estés esforzando lo suficiente. Tienes demasiado miedo a que te decepcionen.

Maddie bajó la mirada y jugueteó con la uña del pulgar. Hailey sonaba igual que Matt.

«No dejas de decir que te quieres casar y tener hijos, pero chica, tienes una agencia de citas y ni siquiera la has usado para ti misma».

Él tenía razón. Y Hailey también. Tenía miedo. Sabía que su cuestionario era bueno si se rellenaba con honestidad y… ¿y si no encontraba a nadie? ¿Y si de verdad no había nadie ahí afuera a

quien le gustara por lo que era? ¿O si creía haber encontrado a su Príncipe Azul, como le pasó con Clemens, pero ella no era su princesa?

Se le daba increíblemente bien reconocer cuándo alguien era compatible, a menos que se tratara de ella misma. Entonces se quedaba ciega.

—Y no es que no acepte que estés esperando al hombre ideal y no quieras cabos sueltos —continuó Hailey—, pero ¿no echas de menos el sexo?

Maddie echó la cabeza hacia atrás con un gemido. ¡Claro que echaba de menos el sexo! ¡Cielo santo! Un vibrador estaba muy bien, pero no sustituía a un par de manos grandes o… a otras cosas igual de grandes. El sexo con otra persona era mucho más emocionante que el sexo a solas.

Al pensar en la palabra emocionante, le vinieron a la mente unas esposas rosadas.

Se preguntó cómo las utilizaría Matt. Su cama tenía esos barrotes de hierro a los que se podían enganchar. Dios, y el colchón era tan ancho y Matt tenía unas manos grandes y preciosas…

A Maddie se le cerró la garganta y un calor denso se instaló en su bajo vientre. Juntó las piernas, parpadeó y volvió al presente. ¡Hablar de sexo no ayudaba!

—Tú eres la menos indicada para hablar, Hailey —dijo, intentando distraerse de sus propios pensamientos—. No veo que tú disfrutes de una vida sexual salvaje.

—¡Oye! Hay alguien en mi cama todas las noches.

—Normalmente de cuatro patas. —Hailey rescataba a un animal diferente cada semana, lo acogía y luego le buscaba un hogar permanente. No tenía espacio suficiente para una mascota fija, pero lo prefería así. Significaba que podía ayudar a muchas criaturas sin hogar.

—A veces del tipo de dos patas.

—¡Eggsy no cuenta!

Hailey hizo un puchero.

—Eres mala.

—Y tú estás tan soltera como yo. Pero quizá tengas razón. Quizá debería empezar a asomar la patita en el mercado de las citas. —De lo contrario, nunca se acercaría a su meta.

—Sin duda. Entonces, la invitación…

—¡Me da igual!

—Ah, ¿sí? —preguntó Hailey con escepticismo.

—¡Sí, de verdad!

Capítulo Seis

Tres horas más tarde, Maddie descargó el hacha de cocina sobre la cebolla y luego tuvo que esforzarse para extraerla de la tabla de cortar de madera. La cocina de Matt estaba absurdamente bien equipada para no usarse nunca. Tenía tres enormes cuchillos diferentes y ella no había sido capaz de elegir entre ellos. Sin embargo, el hacha sí que le pareció la herramienta más eficaz.

Dios, aquel idiota le había enviado una invitación de boda después de años de silencio. Claro, todavía se felicitaban por los cumpleaños y todos los años habían ido a tomar café cuando Clemens se lo pedía, pero por lo demás… ¡por lo demás, no tenían contacto alguno! ¡Ella, desde luego, no lo habría invitado a su boda!

¿A qué boda sería esa, Maddie?, quiso saber su subconsciente.

—¡Oh, cállate de una vez!

—Yo no dije nada.

Maddie se sobresaltó y levantó la vista. Matt había entrado por la puerta y estaba en el recibidor con el cabello húmedo, vestido con pantalones de mezclilla y una camiseta. Una bolsa de deporte grande colgada al hombro.

—Maldita sea, no asustes a una mujer con un cuchillo en la mano —dijo ella, sacudiendo la cabeza y agitando el hacha antes de volver con entusiasmo a las cebollas. En realidad, ya era demasiado tarde para cocinar, pero le llevó una eternidad averiguar de dónde podían recortar gastos y había querido hacer algo amable por Matt, por

darle cobijo. Además, él siempre tenía hambre después de un partido, así que…

—Pensé que me estabas hablando a mí —dijo Matt a modo de disculpa, soltando el bolso y quitándose los zapatos.

—No. Estaba hablando conmigo misma.

—Ah. ¿Como hace la gente normal que no está loca?

Ella lo miró con furia.

—Tampoco deberías provocar a una persona normal que no está loca con un cuchillo en la mano, Matt.

Él soltó una risita suave y se acercó a ella.

—¿Qué tal tu día?

—Desafiante. Monótono. Agotador. —Levantó la vista—. ¿Cuántos adjetivos horribles quieres oír?

—Con tres es suficiente.

—Bien. ¿Qué tal el tuyo?

Él se encogió de hombros y se apoyó contra la isla de la cocina.

—¿No viste el partido?

Las mejillas de ella se sonrojaron. ¿Estaba obligada a hacerlo, como su nueva compañera de piso?

—Ah, no, no vi. Estaba demasiado ocupada. ¿Ganaron?

Él sonrió débilmente.

—No.

Los hombros de la chica se hundieron y le apretó la mano por encima de la encimera.

—Vaya, lo siento. Al menos no me perdí de nada.

Él resopló.

—Es agradable tener a alguien en mi vida a quien no le importe el hockey.

Maddie se rio con nerviosismo y siguió picando las cebollas.

—Lo siento. ¿Debería estar más triste?

—No, no. Por favor, no lo estés. Ya pareces bastante triste de por sí. —Se inclinó sobre la isla de la cocina hacia ella, entrecerrando los ojos—. ¿Estuviste llorando?

Ella miró hacia abajo con aire de culpa.

—Un poco.

—¿Por las cebollas?

Tragó saliva y apenas asintió.

—Un poco —repitió.

—Oh, Maddie. —Rodeó la isla con un suspiro.

—¡No es nada! —Ella lo apartó con un gesto por si estaba pensando en abrazarla. Por alguna razón, los abrazos de Matt abrían sus compuertas y hoy se había esforzado mucho para mantenerlas cerradas—. Solo son unas pocas secuelas de ayer. ¡Me encuentro mucho mejor! —Al menos, ya no estaba a punto de desmoronarse—. De verdad. No te preocupes.

Matt la miró con escepticismo, pero finalmente se rindió y, en su lugar, echó un vistazo al horno.

—¿Qué estás cocinando?

—Muslitos de pollo.

—¿Con hueso?

—Sí.

Él arqueó las cejas con sorpresa.

—Pero si odias las cosas con hueso. De hecho, eres más vegetariana, ¿no?

—Sí, compré el pollo para ti porque tu dieta siempre es más saludable durante la temporada. En realidad, quería la carne de res, pero la señora que estaba a mi lado en la tienda se llevó la última y no quise montar un numerito… Pensé que sería mejor hacer los muslos al horno en lugar de freírlos. Menos grasa.

Una arruga apareció entre los ojos de Matt.

—¿Por qué no solo le pediste al encargado de la tienda…?

—No importa, solo son muslos. Sabes que no me gusta discutir.

—Decirle al de la tienda lo que quieres no es *discutir*.

Sí que lo era. En cierto modo. Al menos, era el tipo de confrontación que ella había querido evitar.

—No me importa. Estoy segura de que estarán deliciosos de todos modos.

—Esa no es la cuestión.

—¿Y la cuestión es enojarme? Porque has dado en el clavo.

Él suspiró.

—Está bien.

—Sí —dijo ella enfática—. Las cebollas son para la salsa. También hay patatas y judías verdes. —Señaló con la cabeza las ollas que tenía al lado—. Tienes una estufa muy linda.

—Ah, ¿sí?

Ella resopló.

—Eres imposible. ¿Tienes hambre? Por favor, miente si no la tienes. Llevo una hora trabajando en la cocina.

Su amigo sonrió.

—Tengo hambre. Siempre tengo hambre. Y huele de maravilla.

—Lo sé. Así que relájate en el sofá mientras termino de cocinar.

—¿No debería ayudarte?

—No hace falta. —Lo agarró por los hombros y lo empujó fuera de la cocina—. Siéntate y habla conmigo. Esta es una comida de agradecimiento por darme un techo bajo el que cobijarme. Además, debes de estar agotado de corretear sin control sobre el hielo durante las últimas horas.

Él hizo una mueca.

—Espero que no estés escribiendo en secreto para las noticias deportivas. *Don Encantos ha estado correteando sin control sobre el hielo esta noche* acabaría conmigo.

Ella se mordió el labio inferior para no reírse.

—Estoy segura de que ellos tienen más facilidad de palabra que yo —declaró, añadiendo las cebollas a los tomates cortados—. ¿Tan malo fue el partido?

—No, no de verdad. Ha estado bastante reñido. Lo que lo hace aún más molesto —dijo él, caminando hacia el sofá antes de detenerse junto a la encimera—. ¿Quiénes son Clemens y Becky?

La mirada de Maddie se levantó de golpe.

Oh, mierda. Había dejado el anuncio de la boda fuera porque por un momento se planteó quemarlo. Por desgracia, Matt tenía una estufa de inducción, no de gas.

—Nadie —respondió de forma entrecortada—. ¿Así que estuvo reñido?

Matt ignoró su intento de seguir hablando del partido.

—La tarjeta está perfumada —dijo, arrugando la nariz y sosteniéndola en alto—. ¿Quién demonios les hace eso a sus

potenciales invitados, haciendo que su salón huela a lavanda?

Ella sonrió. Tenía razón. Era una tontería.

—Luego la tiraré.

Sorprendido, Matt levantó la vista.

—¿No necesitas la información que pone?

—No. No voy a ir.

—¿Por qué no?

Ella suspiró y sus hombros se hundieron. Eran amigos y sinceros el uno con el otro, así que respondió:

—Porque Clemens es mi exnovio.

Matt soltó la tarjeta de golpe.

—¿Tienes un exnovio?

La chica resopló ante su expresión de asombro.

—Sí, Matt. ¿Qué pensabas? ¿Que soy virgen? ¿Que soy una romántica tan empedernida que nunca le di una oportunidad a nadie solo porque nunca apareció en un caballo blanco?

—Bueno, no —dijo él, perplejo, aunque ella pudo ver que había estado pensando en esa dirección—. Nunca lo mencionaste. Eso es todo.

Sí, Clemens no era un tema agradable para ella.

—Porque es irrelevante. Todo sucedió en la universidad y acabó mal. Bueno, para mí al menos. —Clemens se lo había pasado *bien*, fácil viene, fácil se va—. Discutíamos mucho y yo… —Hizo una pausa. Sería demasiado vergonzoso revelar que había creído que tenían una relación seria y comprometida mientras que Clemens *solo se estaba divirtiendo*—. Oh, no importa. En fin, me ha invitado a su boda, pero no voy a ir. —Resopló, divertida—. Da igual. Lo que quería decirte era gracias por lo de ayer. Tienes razón. Quiero casarme y tener hijos, pero no estoy buscando al hombre de mis sueños. Creo que debería empezar. —Había llegado a esa conclusión en las últimas horas—. No viene mal abordar al menos un problema de mi vida, ¿verdad? ¿Cenamos en el sofá?

Matt no respondió. Seguía mirándola con los ojos entornados.

—¿Tienes un exnovio del que yo no sabía nada y quieres empezar a tener citas?

Ella parpadeó, confundida.

—No sabía que te interesaran mis exnovios.

—No me interesan —dijo Matt, apartando la mirada—. Solo me sorprende porque tú siempre sabes de mis líos con las mujeres.

—¡No lo sé todo! —respondió ella, poniendo los ojos en blanco. ¡En serio, era difícil llevar la cuenta de todas!

—Hm —articuló Matt, sumido en sus pensamientos—. Bien, volvamos al hecho de que quieres tener citas.

Maddie arqueó las cejas.

—Sí, ¿qué pasa con eso? Prácticamente fue sugerencia tuya. Dijiste que siempre estoy hablando de matrimonio y de cosas así, pero que nunca hago nada al respecto. Así que empezaré por tener citas. Y ahora, ¿vamos a comer en el sofá? Ya está todo listo.

Él suspiró y asintió antes de retroceder y pasar el brazo por encima de ella para alcanzar los platos en uno de los estantes superiores. Maddie aspiró su aroma. Bosque de pinos —su desodorante— y Matt recién duchado. Mucho mejor que la lavanda.

Después de servirse carne, patatas y judías verdes, llevaron sus platos a la mesa de centro y se dejaron caer en el sofá.

—Tu sofá es ridículamente grande, pero también increíblemente cómodo —admitió, colocándose unos cuantos cojines tras la espalda.

—Siempre hemos tenido sofás grandes. Somos una familia numerosa —dijo él, metiéndose una patata pequeña en la boca—. Creo que, sin quererlo, espero que todas mis hermanas y mis padres entren cualquier día y se quejen de que no hay sitio para todos.

Ella sonrió de oreja a oreja. La familia de Matt estaba muy unida. Sus padres actuaban como tales. Sus hermanas le preguntaban cada semana cómo estaba.

No es que ella no estuviera unida a sus hermanas y a su padre. Es que era… más estresante. A veces incluso había un poco de tensión. Tenía que estar constantemente coordinándose con Lucy sobre quién cuidaría de su papá la semana siguiente para que no se olvidara de comer o de salir de casa. Su padre no había vuelto a ser el mismo desde que murió mamá. Y Rachel… Rachel se había mudado a Chicago hacía años y simplemente había dejado atrás su vida aquí. Claro, llamaba, y la ayudó con el cuestionario de citas, pero no tenía ni idea de lo que pasaba en su vida. Era ridículo, pero

Maddie sabía más de la vida cotidiana de las hermanas de Matt que de la suya propia. Bueno, eso no era del todo cierto. Lucy era un libro abierto. Se veían todas las semanas. Pero Rachel…

—¿En qué piensas? —preguntó Matt, dándole un golpecito con la rodilla.

—En mi hermana.

—¿En Lucy?

—No, en la otra. Es raro, pero cuando pienso en los problemas de mi vida, siempre pienso en Rachel. Antes estábamos muy unidas, pero luego murió mamá y… —No terminó la frase.

Matt la rodeó con el brazo y le dio un rápido abrazo. No dijo nada; no hacía falta.

—Cielo santo, soy una auténtica aguafiestas —dijo ella—. Lo siento. Hablemos de otra cosa. ¡Oye! ¿Les preguntaste a tus compañeros de equipo por la agencia? —Sabía que era pedir demasiado, ¿pero le había mencionado lo desesperada que estaba?

Matt se removió en el asiento y de repente se concentró en sus judías.

—Esto está realmente delicioso.

—Matt.

—Sí, pregunté —dijo suspirando—. Nadie quiere. Lo siento, Maddie.

Se le encogió el corazón y tragó saliva.

—Claro. —Los jugadores de hockey eran adictos al trabajo que creían que no tenían tiempo para el amor verdadero. La mayoría eran jóvenes y pensaban que acostarse con seguidoras era lo mejor del mundo.

Dejó el tenedor y se recostó contra los cojines, suspirando.

—Es tan agotador —murmuró—. Mantenerse positiva. Quizá Hailey y yo nos estemos engañando a nosotras mismas. Quizá deberíamos rendirnos. Me he esforzado tanto y no funciona. Quizá sería mejor que fuera más realista, tanto con el trabajo de mis sueños como con *el hombre* de mis sueños.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Matt frunciendo el entrecejo—. Por supuesto que no te vas a rendir.

—Creo que no tengo otra opción.

—Pero… has trabajado muy duro.

—Lo sé. ¡Pero estoy fracasando, Matt! —dijo frustrada—. Llevo catorce meses intentándolo, poniendo toda mi vida personal en pausa y, aun así, esto no va a ninguna parte. Sería mejor rendirse que matarme trabajando otro año inútil, ¿no lo crees?

Él la miró fijamente, con los labios apretados. Durante un minuto. Durante dos minutos. Entonces gimió y se tapó los ojos con una mano.

—¡Bien, está bien! —gritó—. ¡Me rindo! ¡Puedes usarme descaradamente para Match Me!

Al instante siguiente, Maddie se incorporó de golpe en el sofá, con el corazón acelerado.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —respondió él con pesar—. No soporto verte tan triste. Pero que quede claro: vamos a fingir. Solo usa mi cara. No tengo ganas de ir a cien citas.

—Una cita. Probablemente solo tengas que ir a una cita —dijo ella emocionada, apretando los puños contra sus piernas—. Y necesitamos una sesión de fotos donde la prensa pueda fotografiarte y anunciar que eres nuestro cliente.

—Bien —gruñó él—. Un circo mediático y una cita. ¡Y nada más! Y *tú* vas a rellenar ese estúpido cuestionario por mí, ¿está claro?

—Oh, Matt. —Su rostro resplandecía. Estaba tan llena de gratitud que le sorprendió que la emoción no la tirara del sofá—. Esto va a ser… va a ser…

—Sí, sí —dijo él con brusquedad—. Soy un héroe. Maldita sea, ¿cómo te las arreglaste para convencerme de esto?

Su amiga soltó una carcajada.

—Yo no dije nada.

—Ya, pero tu expresión y tu postura pedían ayuda a gritos. —Disgustado, agitó la mano frente a su cara—. ¡En serio, serías capaz de venderle una nevera a un esquimal!

—En realidad, los inuit usan frigoríficos para evitar que se les congele la comida, así que sería fácil venderles uno —respondió ella con una sonrisa.

Él la miró con aire sombrío.

—Sabionda.

Ella sonrió, se acercó más a él en el sofá y luego, de forma espontánea, le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Gracias, Matt! De verdad. ¡Significa muchísimo para mí! Esto podría darnos una oportunidad real de salir de este bache. Dios, las mujeres van a derribar nuestras puertas.

Matt le dio palmaditas en la espalda de esa forma suya tan rara de *¿este contacto es amistoso?* y la empujó de vuelta a su sitio.

—Todo eso está muy bien, pero no quiero salir con una grupi, ¿de acuerdo? Nada de alguien a quien yo le guste solo por ser jugador de hockey y rico.

—Te olvidas de guapo.

—¡Maddie! Hablo en serio. Esas citas son agotadoras.

—Está bien, sé a qué te refieres —respondió ella riendo y golpeándole la pierna con un cojín—. Pero, Matt, ¡esa es precisamente la razón por la que empecé Match Me!: para dar a gente como tú la oportunidad de encontrar algo a largo plazo. No algo que esté condenado al fracaso.

—Ya, pero las mujeres normales no se apuntarán por mí.

Ella abrió la boca, asombrada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque las mujeres normales nunca intentan ligar conmigo. Las mujeres normales quieren algo… normal.

—¡Tú eres normal!

Él le dedicó una mirada irónica.

—Mis horarios de trabajo son imposibles, Maddie. Siempre estoy fuera. Rara vez puedo salir a cenar sin que algún fan se me acerque para charlar.

Bueno, en eso tenía razón. Aun así.

—A las mujeres normales también les gustas —prometió divertida, ¡porque la idea de que pudiera ser cierto era absurda!

Él frunció el entrecejo dubitativo.

—Todavía ninguna lo ha hecho.

Ella soltó un bufido.

—Tonterías.

—No —dijo él, pareciendo sorprendido—. Es la verdad. La única mujer *normal* que no me idolatraba por ser un jugador de hockey buenorro, con la que tuve algo parecido a una cita... —Parpadeó y luego sonrió—. Bueno, la única mujer en esa categoría fuiste tú. Y yo no te gusté.

Atónita, abrió la boca. Eso no podía ser cierto.

—¿Fui la *única* que te trató con normalidad?

—Sip.

—¿No has salido con *nadie* que no te tratara como a un tío famoso y atractivo y te pusiera en un pedestal?

—Nop.

¡Dios, eso era horrible! Matt no podía creer seriamente que no resultaría atractivo e interesante si no jugase al hockey. No podía dejar que se quedara con esa idea.

—Bueno —respondió ella a la ligera, sonriendo y apretándole el hombro—. Entonces no tienes de qué preocuparte, porque por supuesto que me gustaste.

Él giró la cabeza con un movimiento brusco hacia ella. Parpadeó, abrió la boca y volvió a parpadear.

—¿Qué?

Maddie no pudo evitar reír y le dio un codazo en el costado.

—No me mires así. No es ningún secreto. Por aquel entonces eras divertido, inteligente y, por supuesto, estabas para comerte. Nadie podía resistirse a ti. Yo no fui ninguna excepción, desde luego.

—Pero… —Seguía parpadeando, con cara de que ella le hubiera dado un golpe directo entre los ojos—. ¿De qué demonios estás hablando? Yo no te gustaba. Intenté besarte, Maddie, y tú no me devolviste el beso.

A ella se le encendieron las mejillas y tragó saliva. Sí, recordaba aquello a la perfección.

—No fue porque no me sintiera atraída por ti. Para ser sincera, estaba un poco dividida. Si no me hubiera prometido a mí misma que solo quería algo serio o nada en absoluto, tal vez me habría acostado contigo esa misma noche. Pero queríamos cosas diferentes y… era obvio que nos iría mejor como amigos. —Tenía razón en eso, ¿verdad? ¡Se llevaban de maravilla como amigos! —Así que no tienes

que preocuparte en absoluto por si no les gustas a las mujeres normales, porque yo soy lo más normal que existe. —Lo miró con ánimo.

Matt, sin embargo, no parecía convencido. Tenía la frente arrugada y las cejas juntas sobre el puente de la nariz.

—Todo irá bien, Matt —le aseguró—. Todo esto no será nada desagradable. Ahora come, que la comida ya debe estar fría. ¿Quieres ver algo? Puedes elegir tú. Te has ganado unos seis meses de favores por mi parte. —Esta noche, él era en verdad era un héroe y, por primera vez en semanas, Maddie tuvo la sensación de que todo podría salir bien.

Capítulo Siete

Nada estaba bien.

Ya nada parecía normal.

Todo estaba… mal.

Matt había pasado una noche inquieta y llevaba horas despierto. Se quedó mirando el techo y habría jurado que oía cada crujido del colchón de Maddie a través de la pared. Era imposible volver a conciliar el sueño. Sus pensamientos se atropellaban y daban vueltas, y se sentía mareado cuando intentaba concentrarse en ella.

«Entonces no tienes de qué preocuparte, porque por supuesto que me gustaste».

¿Cómo podía usar las expresiones «no tienes de qué preocuparte» y «por supuesto me gustaste» en la misma frase sin siquiera pestañear? ¡Como si fuera evidente! ¡Como si él tuviera que haberlo sabido!

Hasta ahora, había creído que ella nunca lo miró como un ser sexual, razón por la cual no había pensado en ella de esa manera durante este último año. ¿Y ahora le decía no sé qué tonterías sobre que lo había deseado y que se habría metido en la cama con él de no haber sido por su estúpida regla?

Además, ¿estaba hablando en pasado o seguía siendo relevante?

Oyó el chirrido de una puerta y luego unos pasos suaves en el pasillo. Al momento siguiente, se encendió la ducha. Gimió y hundió la cara en la almohada.

Al parecer, Maddie era madrugadora. Ayer había empezado el día igual de temprano. Y ahora mismo estaba bajo un chorro de agua caliente, enjabonándose. Desnuda.

«Si no me hubiera prometido a mí misma que solo quería algo serio o nada en absoluto, probablemente me habría acostado contigo esa misma noche».

Sus gemidos se hicieron más fuertes.

¿Por qué los chicos del equipo tenían que hablar sobre la atracción sexual? ¡¿Y por qué Maddie mencionó de pasada que él no estaba equivocado en aquel entonces?! ¡¿Que ella se había sentido de la misma manera, pero que simplemente no quería sexo sin sentido?!

¡Eso no es algo que le dices a *tu* mejor amigo! Lo estaba volviendo loco. Sentía que había estado viviendo con una verdad durante un año —que nunca pasaría nada entre ellos porque ella no estaba interesada en absoluto— y de repente se despertaba con una completamente diferente: que tal vez ya habría pasado algo si Maddie no se hubiera aferrado a su estúpida teoría del Príncipe Azul.

Era ridículo. No sabía por qué le importaba siquiera. ¿Por qué era importante? ¿Por qué estaba obsesionado con eso? ¡No cambiaba nada para él! Seguían siendo amigos, mejores amigos, y nada pasaría entre ellos. El momento pasó hacía mucho tiempo.

De repente, sin embargo, aparecieron en su mente esas imágenes que nunca antes habían estado allí. Su cerebro nunca se lo permitía porque hasta ahora eran una imposibilidad que no valía la pena considerar.

Pero ahora, las imágenes ya no parecían imposibles. Ahora, solo parecían… improbables. Y eso, al parecer, era todo lo que su imaginación necesitaba para desbocarse.

Y, de todos modos, ¿de dónde salió de repente ese exnovio? ¿Por qué nunca lo mencionó?

«¿Qué pensabas? ¿Que soy virgen? ¿Que soy una romántica tan empedernida que nunca le di una oportunidad a nadie porque nadie apareció en un caballo blanco?».

¡Claro que ni siquiera pensó en ello! Maddie ni siquiera había coqueteado con un hombre en su presencia. Y ahora quería tener

citas y le había revelado que se habría acostado con él y…

Entornó los ojos, se puso el dorso de la mano en la frente e inhaló lo más profundo que pudo mientras el agua se cerraba en la habitación de al lado.

Se estaba comportando como un tonto. Al fin y al cabo, ella se había sentido atraída por él. Eso no cambiaba el hecho de que lo hubiera rechazado y se hubieran hecho amigos. Una eternidad atrás. No cambiaba nada. Bueno, al menos no *debería* cambiar nada. No. Nada cambiaría en absoluto.

Gracias a Dios, mañana volaba a Phoenix para un partido fuera de casa.

No vio a Maddie durante los días siguientes… y tenía razón, nada cambió. Siguieron enviándose mensajes casi todos los días, excepto que Maddie quería saber qué comprar en el supermercado y si le parecía bien la cita en Match Me! el lunes. Era algo más que lo habitual, más que querer saber si pensaba que un canguro podría defenderse en una pelea con un caimán o si Brad Pitt había envejecido bien.

En cualquier caso, el canguro obviamente podría defenderse solo y ¿a quién le importaba Brad Pitt?

Ganaron dos partidos y perdieron uno, lo cual Maddie comentó con varios gifs que mostraban animales en diversas etapas de éxtasis o tristeza. Lo felicitó cuando marcó dos goles en el partido contra los Las Vegas Kings, pero por lo demás, no dijo mucho sobre el hockey. Una vez le dijo que él ya tenía suficiente gente en su vida con la que hablar de trabajo, así que no tenía por qué pasar por eso.

Y curiosamente, esa era una de las cosas que más le gustaban de ella. Le gustaba ver hockey e iba a algún partido de vez en cuando, pero no estaba casada con el deporte. Como… bueno, todo el resto de la gente con la que se juntaba, incluso su familia.

Encontraba algo especial en ser amigo de alguien que ponía todo en perspectiva; alguien ajeno a la obsesión por el hockey, que priorizaba otras cosas y veía su trabajo como un empleo normal. Nunca había tenido eso antes.

Cuando por fin llegó a casa el domingo por la mañana, ya había tomado suficiente distancia como para poder sonreír con cansancio ante su pequeño berrinche de principios de semana. Nada había cambiado. Ella era Maddie y él era Matt. Punto final.

Cuando abrió la puerta, Maddie estaba lavando ropa. Lo supo porque llevaba sus pantalones de chándal grises salpicados de pintura y una sudadera de tallas más grande. Una suya. Era su sudadera. Tenía el cabello recogido en un moño inestable en la coronilla, con mechones cayéndole sobre la cara, mientras estaba en el sofá frente a cientos de calcetines, tratando de emparejarlos.

—No tienes cesto para la ropa sucia —dijo a modo de saludo y levantó la mirada—. He usado una de tus docenas de bolsas de deporte. También encontré esto dentro —señaló la enorme sudadera, que la engullía como a un pasajero del Titanic—. Las mías estaban todas sucias. No te importa, ¿verdad? Te habría preguntado, pero estabas en el avión. —Hizo una mueca y lo miró de forma inquisitiva.

Se le revolvió un poco el estómago, eso que probablemente le pasa al estómago de todo hombre cuando ve a una mujer hermosa con una prenda suya. O tal vez era solo cosa de él, pero le tranquilizaba creer que *todo el mundo* sentía lo mismo. Nada. Había. Cambiado.

Siguiendo su último hilo de pensamiento, respondió:

—Hola a ti también, extraño bulto de tela que deja calcetines por todo mi salón.

—Lo siento. —Ella sonrió y agitó uno de los calcetines—. Hola. Me alegro de que hayas vuelto. ¿Qué tal el vuelo? ¿Y a qué te refieres con bulto de tela? —Se miró a sí misma—. Soy un dulce malvavisco.

Él resopló y se quitó la chaqueta. Noviembre era frío incluso en California.

—El vuelo estuvo bien, aunque un poco aburrido porque Dax se sentó con Lucy todo el tiempo y León aprovechó la oportunidad para enumerar todas las razones por las que era una estupidez vivir contigo.

La castaña enarcó las cejas con sorpresa.

—¿Conmigo?

—Sí. Para ser específicos: con una mujer con la que no me acuesto —dijo sin tapujos. Si no se hubiera sentido extraño los últimos días, habría hablado con ella sobre el tema, ¿verdad?—. Al parecer, eres una «cortarrollos».

Maddie jadeó de forma dramática.

—¿Qué quieres decir? ¡¿Que estoy impidiendo que tengas sexo?!

—Algo así.

—¿Le dijiste cuántas veces he hecho de gancho para ti?

Él se rio por lo bajo.

—Dios, no. Entonces podría haber exigido que lo hicieras por él también. No quiero perder mis derechos exclusivos sobre Maddie James.

—Nunca los perderás —respondió ella con seriedad—. Mientras sigas dándome tequilas sunrise.

—Hecho.

—Genial. ¿Los demás también piensan que es una idea estúpida dejar que viva aquí? —Se pellizcó el labio inferior con el pulgar y el índice como si no hubiera pensado en ello hasta ahora.

Dudando, él se balanceó sobre sus talones.

—Algunos de ellos. Sobre todo, porque piensan que no se puede convivir siendo dos solteros en un espacio pequeño. —Curioso, esperó su reacción. Lo que pensaba ella al respecto le interesaba más de lo que quería admitir.

Su amiga resopló.

—¿Qué clase de actitud chovinista es esa? Como si todo el mundo fuera a abalanzarse sobre el otro. Vamos, eso no es un problema para nosotros.

Mh. Sí, eso pensaba él.

Lentamente, sus hombros se relajaron. Eso estaba bien. Ella lo había deseado al principio, pero eso fue hacia siglos. No importaba. Sí, ayudaba.

Un poco. También.

Entonces, ¿por qué no sabía si se sentía aliviado o decepcionado por sus palabras?

—Quiero decir, las cosas van bien, ¿no? —Maddie interrumpió sus pensamientos—. Claro, has estado fuera los últimos días, pero no tienes ningún problema con que me quede aquí, ¿verdad?

—Para nada —dijo él, sin querer que ella se sintiera mal ni por un segundo.

—No será para siempre —respondió ella con vacilación—. Dijeron que necesitarían unas tres semanas más en el apartamento… así que, si quisieras traer mujeres aquí… —Se aclaró la garganta y hundió la barbilla en su sudadera—. Obviamente, eso sería, esto…

—No quiero traer a nadie aquí —interrumpió él su tartamudeo.

¿Su «mejor amiga» suspiró aliviada?

—Bien.

—Bien. —Se rascó la nuca—. ¿Y tú? Quiero decir, dije que podías invitar gente…

—Matt —se rio a carcajadas—, quiero encontrar al hombre de mis sueños, no solo tener sexo. Mis citas no incluirán un dormitorio durante algún tiempo.

Él también exhaló de alivio.

—De acuerdo. —Siempre disfrutaba escuchando a Maddie, pero ciertas cosas…

—¡Ah, por cierto, también te lavé la ropa!

Parpadeó volviendo al presente.

—Maddie, eres mi invitada, no mi ama de llaves —respondió enfadado.

—¡Fue puro egoísmo! No soporto la idea de que malgastes agua. No me importan las tareas del hogar, limpiar y cocinar me resulta meditativo. Doblar calcetines es un poco romántico.

Él resopló.

—¿En serio?

—Sí. Estoy ayudándoles a encontrar a su compañero de vida que perdieron de vista en una inundación terrible. Si eso no es de lo que tratan las películas de Hollywood, entonces no sé de qué tratan.

Soltando una carcajada a regañadientes, pasó junto a ella hacia su dormitorio con su maleta y su bolsa. Se detuvo, irritado porque estaba casi seguro de que la puerta estaba cerrada cuando se fue.

—¿Estuviste en mi habitación? —preguntó, perplejo.

—Ah, sí. —Sus orejas se pusieron de un rosa brillante. Podía verlo incluso desde tres metros de distancia—. Bueno… en realidad, dormí en ella un par de noches.

La boca se le secó y dejó caer la maleta.

—Verás, te explico —continuó ella con rapidez—. El loft es enorme y hace un montón de ruidos raros por la noche. Y hace unos días, escuché un crujido fuerte y me asusté un poco. Pensé que tal vez alguien estaba intentando entrar. Intenté cerrar la puerta de mi habitación, pero no encontré la llave. La tuya sí tiene, así que...

Atónito, él la miró.

—¿No tienes miedo en tu propio apartamento, donde un pájaro con una ramita probablemente podría forzar la cerradura, pero aquí sí? ¿Con un conserje abajo y cámaras por todo el pasillo exterior?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Hay cámaras en el pasillo?

—¡Claro! ¡Estos apartamentos cuestan dos millones de dólares, Maddie! La mayoría de la gente que vive aquí ha tenido algún acosador en algún momento.

—Pues precisamente por eso temía que alguien entrara a robar. En mi casa no hay nada que llevarse. Pero aquí dentro... —agitó la mano de un lado a otro por encima de su cabeza—. Me dio miedo preguntarte porque podías haberme dicho que no. —Volvió a hacer una mueca.

Mierda, pues claro, ¡le habría dicho que no! Si ya se sentía incómodo desde que la vio de pie junto a su cama…

—Ah, mi intención era cambiar las sábanas. —Ella dio un salto y se apresuró hacia él.

—No, no importa —respondió con rapidez, cortándole el paso. No quería ver a Maddie gateando sobre su colchón—. Ya lo hago yo.

Ella le lanzó una mirada burlona.

—No quiero ofenderte, Matt, pero ¿sabes *cómo* se hace?

El pelirrubio entrecerró los ojos y la miró desde arriba.

—Tenía vida antes de ser una estrella del hockey millonario. ¡Tenía que cambiar mis sábanas! Éramos cinco en casa. Todos ayudábamos.

—Sí, pero desde entonces has recibido unos cuantos discos en la cabeza —contraatacó ella con escepticismo, pero las comisuras de sus labios temblaron traicionándola. Por Dios, se estaba burlando de él.

—¿Sabes qué? Cambié de opinión. Mañana no quiero ser cliente de Match Me!

—Oh, eso es un golpe bajo —respondió Maddie, negando con la cabeza—. Pero me alegra saber que no hablas en serio. —Le dedicó una sonrisa radiante y le apretó la mano—. Y, hablando de mañana, tienes que presentarte en la oficina a las diez, ¿de acuerdo? Sé que tienes partido esta noche y que estarás agotado, pero sé puntual.

Matt suspiró.

—Claro.

Ella se retorció las manos con incertidumbre.

—Ponte tres alarmas.

—Maddie.

—¿Qué? ¡Eres un vago para madrugar!

—¡Perdona, pero yo trabajo duro!

—Lo sé, pero no por las mañanas. Por eso le he dicho a Lucy que mejor pase a recogerte.

Él soltó un bufido sonoro.

—Genial. El día de mañana pinta cada vez mejor.

Su mejor amiga le dio una palmadita en el bíceps a modo de disculpa y él, por instinto, dio un paso atrás, donde ella no pudiera volver a tocarlo. ¿Lo había estado tocando todo este tiempo o es que se acababa de dar cuenta?

—Estaré a tiempo —prometió, dándole la espalda y levantando su almohada para quitar las sábanas.

Olían a limones. *Maddie* olía a limones. Nunca se había fijado en eso antes.

—Ya sé que dar entrevistas y que te hagan fotos no son tus cosas favoritas —le gritó ella—. ¡Pero te prometo que no será nada incómodo para ti!

Mintió. Solo ver la mirada de entusiasmo en el rostro de Lucy cuando fue a buscarlo bastó para que le doliera. Desde que su hermana le habló de la «fascinante oportunidad de marketing», Lucy había estado de muy buen humor. Los fans siempre respondían bien a las publicaciones personales sobre los jugadores, así que iba a publicar numerosos vídeos en directo en las redes sociales para ayudar a Maddie. Matt se alegraba de que eso fuera a dar mayor difusión a Match Me!, pero no de las tonterías que tendría que aguantar de los otros jugadores si se corría la voz de que estaba buscando a su «único y verdadero amor». Así que, cuando aparcaron en el muelle de Santa Mónica a la mañana siguiente y se dirigieron a Match Me!, donde varios reporteros esperaban, no estaba de mejor humor.

Lucy no pareció darse cuenta o lo ignoró con todas sus ganas.

—¡Leslie estaba tan emocionada con todo esto que incluso sugirió seguirte en alguna de tus citas! —anunció contenta mientras paseaban por el paseo marítimo.

Leslie era la gran jefa de marketing de los Hawks, a quien todo el mundo llamaba simplemente «La Dragona» porque era conocida en escupir fuego cuando alguno de los jugadores se veía envuelto en un escándalo.

—Por encima de mi cadáver —reprochó Matt de forma seca.

Lucy sonrió de oreja a oreja.

—Me imaginaba que no te lo tomarías bien. Pero, si cambias de opinión…

Él le lanzó una mirada fulminante. Ya era bastante malo tener que ir a una cita. Desde luego, no quería público.

Además, anoche había decidido que tal vez no sería tan malo estar abierto a la idea de que la cita saliera bien. Maddie era buena emparejando gente y, por aquellos días, Matt no era tan reacio a la idea como lo había sido un año atrás.

La cuestión era esta: Dax ya estaba pillado. Pasaba una cantidad ridícula de tiempo con Lucy. Maddie también quería tener citas y… Él sabía que, una vez que empezara a salir con hombres, uno de ellos se daría cuenta del fantástico partidazo que era en cuestión de minutos.

Apretó los dientes y miró hacia el océano. Sí. Ella no estaría con él para siempre. Claro, podrían seguir siendo amigos cuando estuviera casada y tuviera hijos, pero las cosas cambiarían. Habían cambiado con Dax y pasaría lo mismo con ella. La… perdería. No del todo, pero sí un poco. Y tal vez… Tal vez no debería oponerse a intentar tener una relación seria. No se le daba bien mantenerlas, pero no debería descartarlas por completo, ¿o sí?

—¿Eso es un no? —preguntó Lucy con inocencia.

—Eso es un *vete a la mierda* —le soltó.

Lucy se rio.

—Madre mía, qué gruñón estás hoy. Se supone que tienes que ser la mejor versión de tu alter ego *Don Encantos*.

—¡Ese nombre es una soberana estupidez! —se quejó él en voz alta.

—A mí me gusta. Es fácil de vender. Además, eres uno de los jugadores más encantadores.

—¡Solo porque los demás son una tanda estúpidos! —replicó incrédulo.

—Bueno… sí. Pero eso no quita el hecho de que tienes un don natural delante de las cámaras, mientras que a León lo mejor es ponerle cinta adhesiva en la boca cada vez que hay una cerca.

Él gruñó. Sintió el impulso de lanzarle a Lucy unas cuantas palabras *muy* encantadoras. Habría tanta prensa hoy, así que tal vez, no debería arriesgarse.

—Uh, había olvidado lo divertido que es molestarte —dijo su amiga, entrelazando su brazo con el de él—. Tenemos que volver a hacer algo juntos los cuatro. Dax, tú, Maddie y yo. Podríamos invitar a Jack. Él y Dax necesitan practicar eso de volver a ser hermanos y estaré encantada de ayudar.

—Hmm —murmuró él porque, si era sincero, echaba de menos pasar tiempo con Dax. Adoraba a Lucy, era genial, pero no había podido estar con su amigo estas últimas semanas. De verdad le vendría bien que *su* mejor amigo le dijera que no pasaba nada por ser amigo de una mujer por la que te sentías sexualmente atraído. Necesitaba oír que era cien por ciento normal tener algunos

pensamientos sucios sobre Maddie desde que descubrió que ella no se habría negado a meterse en la cama con él aquel día.

Bien. La última semana fue buena; fácil y agradable, como todo con Maddie. Nada había cambiado.

—Vaya, Maddie está muy guapa. Debe haberse arreglado para los periodistas.

Matt parpadeó, levantó la vista y… gruñó para sus adentros. Maddie llevaba un vestido amarillo sol que se ceñía a su torso y caía alrededor de sus caderas en una falda amplia. Llevaba el cabello suelto, de modo que la brisa marina se lo agitaba alrededor de la cara. Conocía ese vestido. Le gustaba ponérselo cuando salía por la noche. No era especialmente provocativo. No era nada comparado con las faldas cortas y los tops que el resto del mundo parecía llevar en este momento. Sin embargo, hacía que su rostro resplandeciera y acentuaba cada una de sus curvas a la perfección… ¡curvas que no reparaba hasta ahora! Se había fijado en ellas y luego no volvió a pensar en el asunto. Eso fue antes; ahora era diferente.

—Es increíble la de gente que se interesa por tu vida amorosa —murmuró Lucy, y Matt dejó que su mirada vagara.

Había dos reporteros con cámaras grandes y sonrisas igual de grandes, y un equipo de televisión.

Eso era bueno para Maddie y explicaba por qué estaba jugueteando con el dobladillo de su vestido de manera nerviosa. ¡Oh, mierda! ¡No estarían planeando en serio emitir esto en ESPN! A ningún aficionado a los deportes le parecería interesante que se hubiera apuntado a una agencia de citas. ¿O sí? ¡Era un jugador de hockey, por favor! Mientras no saliera con un disco, debería ser alguien irrelevante.

—Hola, héroe —le saludó una voz por la izquierda. Era Hailey, cuyos rizos oscuros brillaban a la luz del sol.

—Más bien víctima —la corrigió y le dio un abrazo a modo de saludo.

La chica se rio.

—¿Víctima de la capacidad de persuasión de Maddie?

Más bien víctima de los ojos de corderito que le hacía. Sin embargo, no llegó a responder porque esta, en cuestión, lo vio y

ahora se acercaba.

—Llegaste a tiempo —dijo con alivio y se pasó ambas manos por el cabello. Estaba tensa—. Gracias a Dios y… —Se detuvo. Su mirada se posó en su rostro. Concretamente, en su ojo derecho—. ¿Qué es eso? —preguntó horrorizada, levantando la mano y tocándole el pómulo con suavidad.

—¡Ay! —exclamó él y se apartó—. Es un moretón, Maddie. —Puede que ayer en el hielo no fuera ni la mitad de encantador de lo que Lucy pretendía.

Su amiga abrió mucho los ojos.

—¿Te metiste en una *pelea*?

—En el hielo no se pelea. Se demuestran las habilidades —afirmó él.

—¡Tus habilidades para pelear!

Bueno, sí, eso también.

—No es nada, Maddie. Apenas me duele.

—¡Me importa un bledo si te duele, se ve fatal! —siseó con incredulidad—. ¡Se supone que hoy te van a fotografiar y filmar, Matt! ¡Dijiste que tendrías cuidado!

Él se rascó la cabeza.

—¡Martínez empezó! Llamó a mi hermano hijo de perra.

—¡Pero si no tienes hermano!

—Ya, pero él no lo sabía. Además, eso convertía a mi madre en una fulana.

—¡Matt! Se supone que eres el chico de portada de la agencia. Ahora pareces una ciruela.

Las comisuras de su boca temblaron. No se le podría haber ocurrido algo peor.

—¡No pasa nada! —intervino Lucy—. Si no, la gente no lo reconocería.

Maddie gimió y entrecerró los ojos.

—Con la cara tan bonita que tiene.

Matt sintió que su «cara bonita» se encendía. ¿De verdad pensaba eso?

—En serio, Maddie, no es para tanto. Está más bueno con un ojo morado —murmuró Hailey, dándole a su amiga una palmadita

tranquilizadora en el hombro—. Seguirán aporreando nuestras puertas. Cientos de millones de mujeres se apuntarán porque quieren que las emparejen con Matt Payne. Luego cientos de millones de hombres se apuntarán porque saben cuántas mujeres se han apuntado. De verdad. ¡Va a ser genial!

Capítulo Ocho

Hailey tenía razón.

Las clientas espontáneas que estaban viendo la sesión de fotos frente a su oficina y se dieron cuenta de que un jugador de hockey buenorro buscaba pareja en Match Me! estaban, literalmente, echando la puerta abajo.

Registrarse en su sitio web no costaba mucho si no querías asesoramiento personal y apoyo exclusivo. Aun así, en pocas horas, ganaron tanto dinero como en los últimos seis meses. Sí, eso demostraba lo poco que había ingresado hasta entonces, ¡pero también era un gran repunte!

La mayoría de las mujeres se quedaron, tal vez con la esperanza de cruzarse con Matt y presentarse personalmente. A su nueva estrella le estaban poniendo el micrófono para la entrevista de televisión que se emitiría en directo en ESPN. Pronto se formó una pequeña multitud a su alrededor, bloqueando por completo el paseo. Sin embargo, todo el mundo podía rodearlos por la playa, así que no era para tanto. No obstante, Maddie habría preferido hablar con Matt antes de la entrevista y repasar lo que debía decir. Él podía ser increíblemente encantador y siempre era amable y cortés, pero a veces decía cosas como: «¿Cómo se llamaba la mujer con la que me acosté anoche?» o «Oh, por favor. ¡La frase «afinidad espiritual» es repugnante porque en realidad significa que estás cometiendo incesto!». Ahora, sin embargo, la gente de ESPN estaba demasiado

cerca como para que ella pudiera susurrarle cómo debía convencer a todo el mundo de que buscaba el amor verdadero, aunque no creyera en él.

No le quedó más remedio que cambiar nerviosa el peso de un pie a otro y pensar en todo lo que podría salir mal.

—Relájate, Maddie —dijo Hailey, rodeándola con el brazo—. ¡En serio, esto ya es genial! Por fin tenemos la oportunidad de salir del agujero.

Frunciendo el entrecejo, Lucy levantó la vista de golpe y miró de la una a la otra.

—¿Qué agujero?

Las mejillas de Maddie se encendieron.

—No, nada —dijo con rapidez, ganándose una mirada fulminante de su amiga.

—Estamos teniendo algunos problemas financieros —declaró la chica sin rodeos.

—¡Hailey! —susurró Maddie con aspereza.

—Es la verdad. He tenido problemas financieros toda mi vida, así que no me cuesta decirlo. Al contrario que a ti, por lo visto.

Su hermana la miró con la boca abierta.

—¡Dijiste que a la agencia le iba de maravilla! —dijo, atónita.

—Bueno, le va…

Hailey se aclaró la garganta de forma audible.

—…ahora —susurró.

—¡Madison! —siseó Lucy.

Oh, genial. Estaba usando su nombre de pila.

—Sí, de acuerdo, ha ido difícil —dijo en voz baja—. Por eso lo de hoy era tan importante.

—¿Por qué no dijiste nada? Soy una profesional del marketing, Maddie. Podría haberte ayudado.

Esta tragó saliva.

—No quería que te preocuparas.

—¡Tú siempre te preocupas por *todo* el mundo!

Sí, y prefería que fuera así. No le gustaba transmitir malas vibras. Su padre ya estaba para eso. Simplemente le gustaba que todo el

mundo fuera feliz. ¡Y no podrían serlo si los agobiaba a cada rato con sus preocupaciones!

—No ha sido tan malo —insistió—. Si de verdad hubiera necesitado ayuda, la habría pedido.

Otro sonoro bufido de su mejor amiga se escuchó.

—Estoy de acuerdo con Hailey —replicó Lucy descontenta—. Maddie, quiero estar ahí para ti, ¿de acuerdo? Ya haces mucho por la familia. Te ocupas de papá más que cualquiera de nosotras porque yo estoy mucho tiempo fuera y Rachel no está aquí, ¡pero eso no significa que no debas compartir tus problemas conmigo!

Maddie se limitó a asentir. Lo entendía, pero Lucy estaba muy feliz en ese momento. La muerte de su madre había sido dura para todos. Contarle a alguien que algo iba mal en su vida solo empeoraría las cosas. Repartiría la carga entre toda su familia.

Con Matt era diferente. Nada podía sacarlo de sus casillas. Su vida era tan despreocupada que el peso de su propia vida no le afectaba. Nunca sentía lástima por ella. E incluso se burló de la situación cuando estaba sentada llorando en el suelo inundado de la cocina.

Así que, con él, estaba bien. Pero con los demás, no quería ser la Maddie quejica a la que todos tenían que cuidar: como su padre. Clemens siempre decía que la vida era mejor cuando te quejabas menos y te centrabas en las cosas buenas, y era verdad. Así que se mantenía positiva, hablaba con Hailey de sus problemas porque era su socia, lloraba con Matt… y dejaba a su familia al margen.

—Lucy, todo está bien —dijo en tono alentador—. Si hubiera sido grave, te lo habría contado. Pero ahora mismo las cosas van de maravilla.

Poco convencida, su hermana apretó los labios, pero lo dejó pasar.

—Voy por más folletos—anunció Hailey con ligereza—. ¡Para la gente que esté indecisa!

Luego de eso, regresó casi corriendo a Match Me! y cruzó la puerta. Por desgracia, Eggsy aprovechó esa oportunidad para salir, moviendo su curiosa cabeza de gallina de lado a lado.

—Ay, mierda —susurró Maddie—. Tengo que agarrar a nuestra gallina.

Lucy se rio, aunque sus ojos seguían extrañamente serios.

—No hay problema, de todas formas, estoy grabando la entrevista en directo por Instagram, así que estoy ocupada.

Su hermana se abrió paso entre la multitud hacia el otro lado, desde donde tenía mejores vistas, mientras que Maddie se acercó a Eggsy con sigilo. La gallina cacareó enfadada al verla venir y se alejó unos pasos más de la entrada.

Suspirando, la chica se deslizó tras ella mientras el reportero de ESPN anunciaba la entrevista ante la cámara. Si llevaba a Eggsy de vuelta a la oficina ahora, pasaría justo por el encuadre. Probablemente sería mejor quedarse con ella en brazos hasta que todo terminara.

Con cuidado, levantó a la gorda criatura marrón entre sus brazos. El ave se acurrucó de inmediato contra su pecho —¡esa gallina tenía mucho de ser un perro!— y luego se fijó en Matt y en el periodista, que hablaban a menos de un metro de distancia.

—…no se le conoce por hablar mucho de su vida amorosa, Sr. Payne. ¿Qué le ha animado a hacer una excepción ahora?

Los hombros de Maddie se tensaron. No respondería algo como «mi mejor amiga me obligó a hacerlo», ¿verdad?

—¡Oh, no hablo mucho de mi vida amorosa porque no hay mucho de qué hablar! Además, soy jugador de hockey. ¿Por qué íbamos los Hawks a hablar de otra cosa que no sea el juego que amamos? —Bajó la voz—. Aunque mi madre se ha quejado de ello muchas veces.

La multitud y el reportero se rieron.

—Eso sigue sin explicar por qué, de repente, anuncia a todo el mundo que busca el amor verdadero.

Matt la miró de reojo e incómodo, se rascó la nuca.

—Yo… —empezó vacilante y cambió de postura—. Creo que todo el mundo anhela un poco más de amor en su vida. Y nadie debería avergonzarse de buscarlo, ¿no es así? Nadie. Muchos hombres tienen miedo de parecer débiles si admiten que buscan una compañera de vida. Más aún si tienen que admitir que no pueden

encontrar a alguien por sí mismos, y creo que eso es una tontería. ¿A quién le gusta estar solo y quién no necesita ayuda de vez en cuando? Si con esta entrevista puedo ayudar a esas personas que tienen miedo de dar el siguiente paso en su camino hacia el amor a sentirse mejor, estaré encantado de hacerlo.

A Maddie se le cerró la garganta y las mejillas se le encendieron. Eso fue… perfecto. El sonido de las muchas mujeres a su alrededor exclamando un *¡aaah!* lo confirmó. Matt tenía esa habilidad para hacer que la gente se sintiera segura de sí misma, sin importar cuántas inseguridades pudieran tener.

—Entonces, ¿por qué eligió Match Me!? —continuó el reportero.

—Ah, para ser sincero —sonrió con ironía—, la dueña es amiga mía y lleva meses dándome la lata para que me apunte y así poder conocer por fin a mi alma gemela. —Le dedicó una sonrisa a Maddie, que se tapó la cara con una mano. Estaba bien, de todos modos; era mejor eso que el hecho de que alguien descubriera después que se conocían—. Pero hasta ahora… hasta ahora, nunca me había sentido preparado, ¿saben? Para nada serio. Para… «la mujer indicada», supongo. Para el gran «para siempre».

La chica abrió la boca y apretó a Eggsy con más fuerza contra su pecho.

—¿Pero ahora sí lo está? —quiso saber el periodista.

Algo cambió en los ojos de Matt. Ahora su sonrisa tenía algo de misterioso. Y la forma en que dudó…

—Creo que sí.

A Maddie se le encogió el corazón.

¿Hablaba en serio? ¿O estaba actuando? ¡Ya no era capaz de notar la diferencia!

Matt inspiró profundo, se pasó una mano por el cabello y añadió:

—Saben, es fácil encontrar algo pasajero. Salir con gente es divertido, no hay duda. Pero últimamente eso no es suficiente para mí.

Los dedos de Maddie se deslizaron entre el plumaje de Eggsy mientras sus palabras se clavaban en su estómago como balas.

—Pero, como personaje público, me resulta bastante difícil distinguir a las mujeres que solo van tras mi dinero de las que van

en serio, y que serían capaces de sobrellevar mi estilo de vida. Necesito ayuda con eso. —Se encogió de hombros—. Además, estoy harto de deslizar el dedo por pantallas que tratan a las personas como mercancía en venta. Por eso prefiero hacerlo en persona que por internet. El amor es algo íntimo, ¿no lo creen? Además, Maddie es capaz de ver a primera vista si alguien es compatible o no. Si alguien es adecuado para otra persona o no. —Asintió en dirección a ella y sonrió—. Ninguna aplicación ni esas enormes agencias de contactos pueden hacer eso. No cuidan de cada uno de sus clientes en persona. Aparte de eso, Match Me! tiene un cuestionario increíble que va más allá de lo superficial. Realmente se nota lo importante que es para ellas encontrar a la persona adecuada. Así que, tal vez, mi mujer ideal esté frente a mí en unas pocas semanas. ¡Quién sabe! —Sonrió, asintiendo con confianza… y Maddie se sintió mareada.

¿Qué estaba diciendo? ¿Estaba actuando o… o de verdad quería una relación seria?

Eso no podía ser. Matt no estaba para nada serio. No quería casarse ni tener hijos. Esa era la razón por la que ella… por la que ella…

La sangre le zumbó con fuerza en la cabeza y apretó las manos, pero se le había olvidado que seguía llevando una gallina en brazos.

Eggsy cacareó enojada; y entonces, la gallina empezó a batir las alas antes de picotear su brazo con el pico. Sobresaltada, la castaña la soltó… y el ave voló directa hacia Matt, metiéndose en el plano.

Matt y el reportero retrocedieron tambaleándose por la sorpresa. El ala de Eggsy rozó el ojo herido de Matt y tiró el micrófono de la mano del reportero. *¡Oh!* y *¡Ah!* exclamó la multitud mientras se apartaba.

—¡Dios mío! —gritó Maddie y saltó hacia delante—. ¿Estás bien? ¡Ay, lo siento! —Recogió el micrófono del suelo y se lo puso en la mano al reportero antes de inspeccionar el ojo hinchado de Matt.

—Eh, seguimos en directo —murmuró el camarógrafo.

El periodista esbozó una sonrisa de inmediato.

—¡Hablando del rey de Roma! —exclamó en voz alta—. Les presento a Madison James, una de las dos propietarias de Match Me!

La mujer con el toque mágico para el amor. ¿Esa gallina es suya? —Le guiñó un ojo. Matt sonrió de oreja a oreja y la cara de ella intentó camuflarse con un semáforo en rojo.

Dios. En directo. Estaban en directo.

—Eh, sí —dijo con voz chillona—. Esta es Eggsy. Básicamente es… nuestra mascota. Lo siento mucho, no le gusta que le digan lo que tiene que hacer y lo que no. En ese aspecto se parece mucho a Matt.

Su amigo soltó un bufido y el reportero y algunos de los presentes soltaron algunas carcajadas.

—Bueno, ¡él ha seguido su consejo y se ha apuntado con ustedes! —dijo el chico de la ESPN.

—Es testarudo, pero también es inteligente —aclaró ella y se aclaró la garganta.

Más risas se escucharon.

—¿Pero tiene razón? ¿Es cierto que tiene buen ojo para lo que encaja y lo que no a nivel humano? ¿Y es su cuestionario realmente tan bueno?

—Eh, yo… sí —balbuceó, con el rostro todavía ardiendo, sin saber muy bien qué responder al sentir una ligera presión sobre la cintura. La mano de Matt se posó de forma tranquilizadora en la base de su espalda. Aspiró profundo e intentó sonreír. No estaba sola—. Lo diseñé junto con mi hermana, que es una distinguida terapeuta de parejas. Puede determinar cuán compatibles son dos personas en términos de valores y creencias sobre la vida. Creo que eso es muy importante cuando se trata de relaciones serias.

—¿Entonces es mejor venir en persona que usar su sitio web?

—Nuestra web es buena y, a menudo, es suficiente para buscar pareja. Por cierto, no importa si eres heterosexual o de la comunidad LGBTQ+. ¡Todo el mundo tiene derecho al amor! Sin embargo, si eres una figura pública y tienes los mismos problemas que Matt, puede ser más fácil si me hago una idea personal de tus expectativas y requisitos para una relación. Y… bueno, como pueden ver, tenemos una gallina en la oficina —añadió con voz débil—. Así que definitivamente vale la pena pasarse por aquí.

El periodista sonrió de forma abierta y volvió a mirar a la cámara.

—¡Ya lo han oído! Match Me! es para todos. Así que pásense por aquí o regístrense en su sitio web. Actualmente hay un veinticinco por ciento de descuento si introducen el código *Matt!*

Esa fue idea de Hailey. Y, a juzgar por los *ooh* generales, era una excelente idea.

—Bueno, señor Payne, buena suerte con su empeño. Estamos todos expectantes. —Entonces, la cámara se apagó.

Agotada y aliviada, Maddie se desinfló.

—Cielo santo, no tenía ni idea de lo que te estaba pidiendo —le susurró a Matt, que se limitó a reír por lo bajo.

—¡Ha estado genial, chicos! —anunció el reportero con entusiasmo—. ¡Chico, lo de la gallina estuvo fantástico! ¿Estaba planeado? —Miró a Maddie con curiosidad.

—No. Fue pura suerte. —O pura estupidez.

El chico de la ESPN soltó una carcajada estrepitosa.

—Un accidente estupendo. A la gente le encanta que las cosas salgan mal en las entrevistas en directo. ¡Bueno, gracias por todo! Mucha suerte. —Tan pronto como él y el cámara terminaron de recoger, la gente empezó a empujar hacia delante. O, mejor dicho, las mujeres rodearon a Matt.

Maddie se vio empujada a un lado mientras todas le decían lo genial que les parecía que quisiera encontrar a la elegida de esa manera. Le pasaban números de teléfono, le tocaban los bíceps, suspiraban y le decían lo maravilloso que era…

Algo amargo que le llenó la boca. ¿Se habría tragado una mosca?

Tosió y entrecerró los ojos. ¡Matt ya sabía que era genial! No necesitaba que nadie se lo dijera.

No, todo aquello era demasiado intrusivo. Además, estaban bloqueando el paso y ella le había prometido que no sería incómodo, pero esto lo era, ¿verdad?

—Muy bien, todo el mundo, regístrense y podremos poner a prueba su compatibilidad —gritó con fuerza y se abrió paso entre la multitud—. No duden en tomar un folleto de mi colega, Hailey. No olviden el descuento. Lamentablemente, el señor Payne y yo todavía tenemos algunas cosas que discutir.

Sonrió de forma amable a las mujeres, que pusieron cara de decepción, y luego agarró a Matt por brazo y tiró de él hacia la oficina.

—¿Señor Payne? —le murmuró él al oído.

Un escalofrío le recorrió la nuca. ¿Hacía viento?

—Sí. Se llama ser profesional.

Él se rio mientras entraban y ella cerraba la puerta con cuidado.

—Evidentemente. Pero de acuerdo. ¿qué quieres que discutamos?

Ella levantó la vista, sorprendida.

—Nada. Quería salvarte de ellas.

—Ah, ¿de todas esas mujeres guapas y dispuestas? —preguntó, sonriendo—. Sí, gracias. Muy amable por tu parte.

—¿O sea que no hablabas en serio? —El nudo que se le había ido formando en el corazón durante los últimos diez minutos aflojó un poco su presión. ¿Por qué se sentía tan aliviada?

—¿En serio sobre qué?

—Bueno, sobre lo de que estás listo para una relación de verdad. Cansado de las citas —soltó un suspiro—. Sé que solo era una actuación, pero casi me engañas. —Se rio.

—Hm —refunfuñó Matt, frunciendo el entrecejo. La risa de ella se desvaneció de inmediato.

—¿Cómo que *hm?*

Su amigo se encogió de hombros.

—Sé que estábamos fingiendo y todo eso, pero creo que había algo de verdad en ello. En que estoy cansado de las citas. —Levantó las cejas como si a él mismo le sorprendiera—. Me sentí fatal cuando no pude recordar el nombre de Jennifer. Como si ya no fuera yo mismo. Me sentí un completo idiota. Como Dax, quizás.

Maddie no pudo evitar reírse, aunque sus palabras le oprimieron la garganta.

—No eres tan malo como solía ser Dax.

—¡Ya, pero es que no quiero ser así en absoluto! —Se frotó la cara—. Soy un buen tipo. Obviamente, me encanta el sexo, pero no puede serlo todo, ¿no? Así que, eso. —Cuadró los hombros y la miró a la cara—. Así que búscame una pareja.

Ella se rio de nuevo. Esta vez con nerviosismo.

—Pero… —Hizo una pausa—. No pensé que quisieras algo serio. O niños. O matrimonio.

El entrecejo de Matt se frunció, irritado.

—¿Qué te hizo pensar eso?

¿Hola? ¡Había dicho «¡Madre mía!» cuando ella le contó por primera vez que justo tenía esos planes!

—Lo supuse —dijo, desviando la mirada.

—Bueno, obviamente, en los últimos años he preferido algo más informal. Pero nunca lo descarté. Sé que para mí es más difícil que para otros. No he sido capaz de mantener relaciones durante mucho tiempo. Ya sean amistades o cualquier otra cosa.

Ella lo miró parpadeando, desconcertada. ¿Nunca lo había descartado? ¿Por qué demonios no lo sabía? ¿Y qué tipo de relaciones no había podido mantener durante mucho tiempo?

—Bien —murmuró, sonriendo y alisándose el vestido—. Entonces… de acuerdo. Tú… bueno, si quieres, ya puedes irte.

—Ah, no lo sé. —Miró hacia fuera—. También podría ir a charlar un poco.

—¡No! —soltó de repente.

Él la miró con las cejas levantadas.

—¿Qué?

Ay, Dios.

—Solo digo que sería una pérdida de tiempo porque ninguna de esas mujeres es adecuada para ti.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí!

Él esbozó una media sonrisa.

—Ni siquiera has hablado de forma adecuada con ellas.

—No me hace falta. Yo… no me gusta la forma en que acuden a ti como polillas a la luz. Quieres algo normal, ¿no? Pues eso no es normal.

—Ah —asintió—. Hay parte de razón en eso. Bueno, pues tengo curiosidad por ver a quién eliges para mi cita.

Maddie tragó saliva y asintió.

—Sí, puede que me lleve un tiempo. Así que… ¿de verdad quieres tener una cita *real*? Es mucho trabajo para mí y…

Matt resopló divertido.

—¡Fue idea tuya!

—Lo sé.

—Lo hago *por* ti.

—¡Lo sé!

—¿Entonces cuál coño es el problema?

—No lo sé —se le quebró la voz y se quedó mirando las puntas de sus pies. Se aclaró la garganta, luego sacudió la cabeza y levantó la vista sonriendo—. ¡Quiero decir que no tengo ninguno! Obviamente, tendrás tu cita. Perdona, hoy ha sido un día un poco intenso para mí. Las cámaras y todo eso. No estoy acostumbrada.

Matt la miró entrecerrando los ojos.

—Ya veo. ¿Eso es todo? ¿He dicho algo inapropiado durante la entrevista?

No. Había dicho exactamente lo correcto. Y eso era lo malo.

—No, ha estado bien. —Intentó que su voz sonara normal y alegre de nuevo—. Haz lo que quieras, Matt. Adelante, ve a hablar con las mujeres de afuera. O vete a casa.

—Bueno, de todas formas, tengo que ir a entrenar. Solo me dieron permiso para esto —murmuró, mirando por la ventana de la oficina donde Lucy estaba dando golpecitos significativos en su muñeca—. ¿La entrevista fue tal cual todo lo que esperabas? ¿Te sirvió de algo? —Parecía casi inseguro ahora y a ella se le encogió el corazón, dándole un vuelco extraño que no comprendió en absoluto.

—Fue maravillosa —susurró—. De verdad. Gracias, Matt. Te debo una.

Él le dedicó una sonrisa cálida.

—Tonterías. Cocíname otra vez y quedamos en paz. Tu comida está para morirse.

Maddie se rio cuando él salió de la oficina y pudo volver a respirar un poco más tranquila. Lo observó marcharse con la mano apretada contra el pecho, sintiendo los latidos de su corazón.

¿Qué le pasaba?

Capítulo Nueve

Eso fue demasiado raro, ¿verdad? Maddie no se comportó de forma… normal.

Matt seguía dándole vueltas ocho horas después, en la ducha de su casa. La conocía desde hacía mucho tiempo y ella nunca tartamudeaba ni se quedaba sin saber qué decir en su presencia; más bien todo lo contrario.

Sin embargo, lo miró como si fuera una persona distinta, como si no lo conociera de nada. Aquello no tenía sentido para él. No se había comportado de forma diferente a la habitual ese día.

Mierda, llevaba demasiado tiempo obsesionado con el tema y ahora todo el baño estaba lleno de vapor.

Por lo general se iba directo a las duchas después del entrenamiento, pero hoy los chicos estuvieron insoportables. Todos vieron la entrevista en directo frente a Match Me! y sintieron la necesidad de analizarla con él a detalle.

León quiso hablar sobre cuándo y dónde fue que perdió la cabeza y empezó a pensar que la monogamia era una buena idea. Jack le preguntó si estaba saliendo con la gallina, porque, según él, las chispas entre ambos saltaron por todas partes… además de las plumas. En ese momento, Dax señaló que Lucy no aprobaría un lío con un pollo; podría recibir mala prensa. Luego hubo un montón de chistes sobre sexo con pollos, cuya estupidez solo era superada por su creatividad.

En resumen: Matt les dedicó una peineta y se largó lo más rápido posible para no dejar de ser *encantador*.

No obstante, la entrevista valió la pena.

Maddie y Hailey no daban abasto con los nuevos clientes. Maddie se había mostrado feliz de nuevo por un momento, al menos antes de que su expresión se volviera extraña. No importaba; cuanto mejor fuera su estado de ánimo general, más ligero sentía el corazón. Podía soportar unos cuantos comentarios estúpidos de sus compañeros de equipo, si con eso, ella estaba bien.

Matt echó la cabeza hacia atrás y dejó que el agua le corriera por la cara. En alguna ocasión, Maddie admitió que no entendía cómo la gente podía hacer eso voluntariamente. Si ella lo intentaba, sentía que se ahogaba. Pero el agua en la cara de Matt borraba cualquier pensamiento de su mente y aliviaba la tensión de sus hombros, mientras se preguntaba si podría hacer que Maddie olvidara su aversión a que el agua le corriera por el rostro. Solo por unos minutos, mientras la enjabonaba con infinita lentitud, bajando las manos por sus brazos, descubriendo justo dónde tenía cosquillas y dónde no, y luego tocándola donde definitivamente no tenía…

—Joder —dijo, haciendo una mueca. Había estado pensando demasiado. Y la ducha, por lo visto, era el peor lugar para pensar en Maddie. El peor. Sí, era hora de poner el agua fría.

Matt giró el mando para que el agua saliera helada. Entornó los ojos, soltando un juramento, y cerró el grifo.

Mierda, ¿qué estaba haciendo?

Su teléfono vibró mientras salía de la ducha y tomaba una toalla. Miró la pantalla y vio un mensaje de Dax:

Ice Lounge en una hora. Ven y no seas un gallina.

Luego venía un gif de un pollo corriendo sin cabeza. Dax solo había empezado a enviar gifs desde que se juntó con Lucy. Toda la familia James se bombardeaba con ellos.

Matt resopló con fuerza, sin estar seguro de si quería aguantar otra ronda de bromas molestas. Se echó la toalla sobre los hombros

y estaba a punto de agarrar otra, cuando la puerta se abrió.

Se le paró el corazón y se quedó helado. Había estado tan absorto en sus pensamientos que, como era evidente, se olvidó de echar la llave. Llevaba una toalla… pero sobre sus dichosos hombros, no en la cintura.

Maddie se quedó mirándolo. Se arrancó los auriculares de las orejas y abrió mucho los ojos. Luego su mirada vagó. Y vagó.

Recorrió sus hombros hasta su pecho desnudo, por donde aún resbalaban las gotas: deslizándose por sus abdominales, más abajo y…

El tiempo se detuvo.

Maddie se humedeció los labios. Tragó saliva. Entonces pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo.

De repente, saltó hacia atrás asustada y se tapó los ojos con la mano.

—Dios mío —soltó—. Ay, Dios mío. Estás desnudo. Completamente desnudo.

Separó los dedos un poco y lo miró a la cara, pero luego su mirada vagó hacia otro punto como si no pudiera controlarse.

El corazón de Matt latía con fuerza mientras el calor se extendía como la pólvora por su cuerpo. Mierda, se estaba poniendo duro. Y ninguna toalla podría ocultar eso.

Soltando un insulto, cerró la puerta de un portazo que hizo vibrar el marco.

Joder.

Joder, simple y sencillamente… joder.

—¡Ay, Dios mío, Matt! ¡Lo siento muchísimo! —gritó Maddie a través de la puerta, con un deje de pánico en la voz.

Sí, eso era justo lo que un hombre quería oír de una mujer despampanante que acababa de estar mirándole el pene con demasiada intensidad.

Él gimió y se tapó la cara con las manos, con el calor todavía pulsando por sus venas. Todo en su cuerpo se tensó.

La mirada hambrienta de Maddie. Sus pupilas dilatadas. El momento en que se lamió los labios.

—Joder —susurró, dándole la espalda a la puerta y apoyando la frente contra la fría pared de azulejos, para luego golpearla con el puño. Cualquier cosa para enfriar su cuerpo.

Tenía que controlarse, fingir que no era para tanto.

Aunque «no es para tanto» era otra frase que ningún hombre quería decir, y mucho menos oír, cuando estaba desnudo.

Eran amigos. Solo amigos. No quería estropearlo. Necesitaba a Maddie. Ella era su ancla; fuera del juego, fuera del hockey. Era la persona con la que hablaba abiertamente de todo.

De todo *excepto de esto*.

—¡Perdona, Matt! ¡Pensé que todavía estabas en el estadio! —le llegó la voz amortiguada de ella a través de la puerta mientras él quitaba otra toalla del toallero y se la anudaba a la cintura.

—No estoy allí —respondió con sequedad, echándose agua fría a la cara. Respiró hondo y prolongadamente.

—¡Ya lo veo! Pero casi siempre te duchas allí.

—Hoy no.

—Lo siento, no tenía ni idea —gritó ella más fuerte—. Ah, Dios.

Ella soltó un fuerte gemido y Matt deseó que dejara de hacerlo. De gemir.

Joder. No sabía cómo manejar la situación. ¿Debía atrincherarse allí adentro, ignorar el asunto o echar a Maddie? No, eso sería demasiado obvio. Ella se preguntaría si le había molestado y empezaría a preocuparse por si las cosas se habían vuelto incómodas entre ellos.

No, solo tenía una solución: tenía que quitarle importancia al asunto con una risa.

Sí. Una risita boba y un «Perdona, no es para tanto». Esas eran cosas que acariciaban el ego de un hombre como ninguna otra.

Mierda, *acariciar*. Hasta la palabra era fatal.

—¡Lo siento muchísimo! —repitió ella—. De verdad. Perdona…

Matt volvió a respirar profundo, se aseguró de que la toalla cubriera todo lo importante, de que ya no estuviera montando una tienda de campaña, y luego se frotó la cara varias veces. Se recompuso y esbozó una sonrisa, antes de abrir la puerta.

—No tienes por qué pedir perdón, Maddie —dijo él, admirando lo tranquilo que sonaba—. No es que hayas visto algo que no hayas visto antes, ¿o sí? —Levantó las cejas con ironía.

Ella soltó una risa nerviosa. Tenía la cara tan roja que podría haberse escondido en un campo de tomates.

—Tienes razón, claro. Pero, pero… sí, es verdad.

Quitarle peso, tenía que quitarle peso.

—¿Estás segura? Parecías bastante curiosa —increpó con naturalidad—. Casi… hambrienta.

Esperaba que ella se riera y negara con la cabeza. Que le dijera que era un idiota y que, lógicamente, estaba equivocado.

Pero no hizo nada de eso. Se limitó a quedarse allí mientras su pecho subía y bajaba con pesadez, con la mirada fija en su rostro. Entonces respondió compungida:

—Sí. Quizás.

Sintió que su mano se apretaba sobre el nudo de la toalla.

—¡Ay! —gimió y se frotó la frente—. Perdona. Me quedé mirando un poco, ¿verdad? No quería que te sintieras incómodo. Es que hace tiempo que no veo a un hombre desnudo. Cinco años, por lo menos.

Volvió a mirarlo. A su pecho. Él tenía la sensación de que su mirada no era para nada platónica. Tampoco era provocadora ni intrusiva. Pero era más cálida de lo habitual.

Sus palabras le llegaron despacio y se revolvieron en su estómago, calientes y punzantes, porque aquello significaba que ella no había estado…

Y ahora él perdió los papeles por completo. Quería ser el Matt de siempre, el Matt que se tomaba todo con calma. El Matt al que nada podía alterar, pero…

—Bueno, entonces estaré encantado de ofrecerme de nuevo —dijo, e hizo un ademán de desatarse la toalla.

Al menos esta vez causó un efecto en ella. Maddie soltó una carcajada. Por desgracia, también se adelantó y presionó su mano contra la de él para que no pudiera deshacer el nudo.

—¡Ni se te ocurra! Esto ya es bastante vergonzoso.

No. Vergonzoso no era la palabra que ardía en su cabeza.

Su mirada bajó hasta el punto donde descansaba la mano de ella, donde sus dedos cálidos rozaban su abdomen firme. Su piel suave tocaba la de él. Sus músculos se tensaron ante este hecho y un dulce tirón le recorrió el cuerpo.

Su respiración se volvió más pesada a medida que el ambiente cambiaba y el aire a su alrededor se volvía insoportablemente caluroso. Levantó la cabeza. Miró las mejillas encendidas de Maddie y sus labios un poco entreabiertos. La miró directo a sus ojos oscuros y sintió que su dedo índice —¿de forma distraída? ¿o a propósito?— se deslizaba sobre su piel, acariciando el vello fino que asomaba bajo la toalla.

Entonces llegó ese momento.

La mirada de ella se desvió hacia su boca. Permaneció allí durante una décima de segundo y él podría jurar que ambos estaban pensando lo mismo. Aunque solo fuera por efímero momento.

Ambos pensaban qué pasaría si…

Su amiga se aclaró la garganta con fuerza y dio un paso atrás.

—¡Mantén la toalla en su sitio, jovencito! —advirtió en broma. Su voz, sin embargo, sonaba más ronca de lo habitual o… ¿era solo su imaginación?—. Si quieres ser un exhibicionista, ¡agarra una gabardina y vete al Paseo de la Fama como cualquiera de esos activistas nudistas que se aprecian!

Él sonrio, forzando las comisuras de sus labios.

—Tomo nota. Así que… ¿qué planes tienes para esta noche?

—Aparte de tirarme en el sofá y luego caer en la cama, ¿quieres decir? —preguntó ella, bostezando de forma exagerada. Mantuvo la mirada fija en un punto por encima del hombro de él, tal vez porque no quería que la sorprendiera mirando otra vez.

—¿Estás segura? También podrías venirte. —Ah, joder—. Eh, venir conmigo —dijo, rectificando—. Al Ice Lounge. He quedado con los demás allí en un rato. Tal vez Lucy también esté.

—Ah, sí, me envió un mensaje. Pero no, prefiero pasar una noche en casa. Para… —Se aclaró la garganta y sonrió—. Desconectar. ¿Te parece bien?

—Claro que me parece bien. Puedes hacer lo que quieras. —*Con quien quieras, tan a menudo como quieras, tan desnuda como*

quieras…

¡Madre del amor hermoso!

—Genial. —Se aclaró la garganta y asintió—. Pues nada, pásalo bien.

—Sí —dijo él y pasó por su lado hacia su habitación de forma apresurada. Necesitaba vestirse y desconectar él también.

Capítulo Diez

No podía calmarse porque, maldita sea, su mirada lo había puesto duro. Solo su mirada. Ese era el pensamiento que seguía dando vueltas en su cabeza una hora después.

¡Menos mal que hacía un frío de los mil demonios en el Ice Lounge! El dueño, Carl, un hombre mayor, se empeñó en que esa fuera la temática. Eso significaba que su mostrador parecía un muro alto de bloques de escarcha apilados unos sobre otros, la barra estaba casi siempre llena de vapor de hielo seco y mantenía el aire acondicionado a toda potencia para que los jugadores de hockey se sintieran cómodos.

Varias veces le habían asegurado que los Hawks también pasaban tiempo fuera de la pista y que les gustaba tumbarse en la playa tanto como deslizarse por el hielo. Sin embargo, Carl se decidió por ese tema y se mantenía fiel a él.

Por desgracia, eso también significaba que todos sus posavasos tenían las caras de los jugadores de los Hawks, así que Matt estaba en ese momento haciendo girar una foto de Dax entre los dedos mientras repasaba la reciente conversación con Maddie.

Intentó recordar cada mirada que ella le lanzó. ¿Se estaba comportando de forma diferente? Gimió para sus adentros. ¡Daba igual de todos modos! ¿Qué demonios estaba esperando?

—¿Qué te pasa, Matt? —Parpadeó y levantó la vista. Su defensa, León Álvarez, estaba sentado a su lado, observándolo—. ¿Perdiste la

voz, Ariel? —preguntó burlón—. No has dicho ni una palabra en toda la noche, y eso que hoy la conversación está animada. —Señaló al resto del grupo, formado por Jack; Fox, el capitán del equipo, y su portero, Lucas Moreau. Matt se dio cuenta de que todos lo estaban mirando fijamente.

Eso lo sacó de su trance.

—No. Lo siento. Solo estoy cansado.

—Ya, pelearse con gallinas es agotador —masculló Jack, sonriendo a su cerveza sin alcohol.

—Ah, solo es eso. —León pareció aliviado—. Pensé que habías tomado a Moreau como tu nuevo modelo a seguir.

Su portero, bastante callado y con el carisma de un asesino en serie, le lanzó una mirada sombría que hizo que León se estremeciera.

—Lo siento —respondió con rapidez—. Me parece genial que seas tan reservado. ¡Es una cualidad estupenda!

Moreau resopló con fuerza y León se encogió y añadió aun poco más alto:

—¿Escucharon que Darron Clark se jubila pronto y quiere dejarle el equipo a su hijo?

—No —discrepó Fox, frunciendo el entrecejo—. He oído que se lo va a dar a su hija.

—¿Tiene una hija? —replicó Jack, arrugando la frente—. Solo había oído hablar del hijo.

—Sí, la hija no tiene buena mano con los medios. Hubo unos cuantos escándalos relacionados con ella, así que se fue del país y, desde entonces, hay un silencio absoluto. —El capitán se encogió de hombros.

—Ah, no me importa quién tome el mando —dijo León—, simplemente le diré a la prensa que me da demasiado miedo nuestra mujer de Relaciones Públicas para hablar.

—Es lo primero sensato que te oigo decir, León —dijo una voz femenina, impresionada. Lucy y Dax habían aparecido detrás de él —. Quizá te estés superando poco a poco.

León sonrió de oreja a oreja.

—No necesito crecer más. Ya tengo todo desproporcionadamente grande.

Gimiendo, Lucy se ocultó la cara entre las manos mientras los demás se limitaban a suspirar. León nunca aprendería a ser prudente.

—¿Hay algo de cierto en eso, Lucy? —preguntó Jack, frunciendo el ceño—. ¿De verdad el viejo Clark va a ceder el cetro del hockey?

—Sin comentarios —declaró ella con naturalidad y se dejó caer en el último asiento del reservado, mientras Dax se sentaba al lado de Matt.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó él—. Puedes decírnoslo. Y si no a nosotros, ¡a mí!

—No voy a alimentar rumores —respondió la pelirroja, negando con la cabeza—. Deberían concentrarse en mejorar su juego.

León empezó a quejarse de que los jugadores de hockey no tenían suficientes derechos y de que se les discriminaba. Lucy replicó, a la defensiva, que al fin y al cabo eran propiedad del club; lo que provocó que casi todo el mundo tuviera algo que decir o gritar.

Al menos ya no hablaban de gallinas, lo que le dio a Matt otra oportunidad para pensar en sus cosas. Entonces Dax le dio un codazo.

—¿Qué te pasa? Estás muy callado.

Matt resopló con fuerza. ¿Acaso solía hablar demasiado o qué?

—No es nada. Solo estoy pensando.

Su amigo frunció el entrecejo.

—¿En qué? Has estado jugando de forma sólida estos días.

Casi se echó a reír. Sí, aunque Dax tuviera una relación, la idea de pensar en algo que no fuera su juego seguía siendo territorio desconocido para él.

—Sé que estoy jugando con constancia. Se trata de otros temas. —Se aclaró la garganta—. ¿Quieres que salgamos a tomar un café o a cenar algún día de la próxima semana?

Aquí no podían hablar de verdad, no sin que docenas de jugadores, aficionados o Lucy los oyeran.

Dax frunció el ceño.

—Me encantaría, pero estos días tengo el horario a tope. Solo tenemos dos noches libres de partidos en las próximas semanas en las que estaremos aquí en Los Ángeles, y una está reservada para Lucy y la otra… Bueno, mi hermana insiste en que Jack y yo pasemos más tiempo junto con ella. Ya sabes… —Vaciló, y luego añadió con un suspiro, bajando la voz—: como familia. Se supone que debemos mantenerlo en secreto porque nadie puede enterarse.

Matt apenas asintió y se frotó la mandíbula. Lo entendía. Nadie excepto Maddie, Lucy y él sabían que Jack y Dax eran hermanos. Los hermanos tenían que volver a conocerse. Y, como era de esperarse, su mejor amigo también tenía a su pareja.

Todo eso era comprensible y estaba bien.

Aun así, a Matt se le hundió el corazón. ¿En quién más iba a confiar para hablar de Maddie?

También era amigo del resto del equipo, y la persona más probable con la que podría hablar, sería Fox: era ridículamente comprensivo con todo. ¡Es solo que casi siempre hablaba de sus mierdas personales con Dax! Siempre había podido contar con ello. Pero como él estaba en una relación…

—Bien —respondió con brevedad. ¡Dax podía hacer lo que quisiera! Quizá encontraran tiempo para hablar en otro momento.

—Ah, por cierto —dijo este, tomando una Coca-Cola de uno de los camareros—. Sé que bromeamos sobre esto el otro día, pero Maddie y tú solo son amigos, ¿verdad? —Entornó los ojos y lo miró pensativo. No, también había un toque de advertencia en su expresión.

Espera, ¿advertencia?

—Sí. Maddie y yo solo somos amigos —respondió de forma mecánica porque, de repente, tuvo la sensación de que esa era la única respuesta correcta.

—¿Estás seguro?

No.

—Sí.

—Hm. —Dax seguía estudiándolo—. Tengo la sensación de que mientes. Lucy también lo cree, porque los dos parecieron un poco extraños durante la entrevista de televisión. —Se aclaró la garganta

—. Ahora viven juntos y ella quiere que te recuerde que Maddie busca algo serio, para toda la eternidad… así que no eres su tipo.

Matt hizo crujir su mandíbula y arqueó una ceja.

—¿Tengo que darte un sermón al respecto? —continuó Dax—. ¿Solo para que no se te olvide si se pasea desnuda por tu salón?

El rubio cruzó los brazos detrás de la cabeza y se reclinó lentamente. Sabía que Lucy era la primera relación seria de Dax. Su colega nunca se había enamorado hasta que apareció ella. No tenía práctica haciendo malabarismos entre las relaciones y las amistades. Y, joder, en ese momento a Matt le molestó un poco que su amigo pareciera haber sido absorbido por ella.

¿Desde cuándo había empezado a ponerse del lado de Lucy y no del suyo? ¿Por qué no le preguntaba cómo iban las cosas con Maddie o cómo se sentía al vivir con ella en lugar de acusarlo de albergar intenciones poco honrosas? Dax y él eran mejores amigos desde sus malditos días de novatos. De hecho, ni siquiera habrían sobrevivido a los primeros tiempos el uno sin el otro. Quizá Matt había confiado demasiado en tener a alguien de su parte en los últimos años. Alguien que lo entendiera incluso fuera del hielo. Pero le cabreaba que Dax apenas le hubiera hablado durante semanas y sintiera que ahora tenía que darle ese sermón.

—No necesito un sermón, necesito a alguien con quien hablar —espetó de forma brusca y se levantó—. Hay una diferencia.

No tenía ganas de discutir ni de dar explicaciones. Se dirigió hacia la barra, lejos de las miradas de los demás, que, como era de esperar, enarcaron las cejas, aunque —con suerte— no hubieran entendido sus palabras con exactitud.

Como era de esperarse, Dax lo siguió.

—¿Qué pasa? —preguntó, mostrándose perplejo.

Matt apretó los labios y respiró profundo.

—Dax, mi vida es un caos total en este momento…, pero tú no lo sabes, ¿verdad? Primero, nunca estás; segundo, no pareces ser la persona adecuada con la que hablar sobre mi vida actual y, tercero, no estás de mi parte ahora mismo, ¿o sí?

Dax lo miró sin palabras.

—¿De qué narices estás hablando? Siempre estoy aquí y siempre estoy de tu parte.

—No, ¡tú estás siempre con Lucy y actualmente solo estás de su parte! Al menos cuando importa.

El moreno se quedó boquiabierto.

—¿Pero qué te pasa? ¿En serio me estás echando la culpa de tu infelicidad?

Matt entornó los ojos y suspiró con fuerza. Era un idiota, ¿cierto?

—No. No quiero hacer eso. Me alegro por ti, viejo, ¿de acuerdo? Pero es que… no estás presente de verdad ahora mismo. Y me parece bien que pases más tiempo con Lucy, pero siendo sincero, solo porque lleves en una relación dos segundos no significa que seas un experto. Y que yo te diera un sermón sobre Lucy no significa que tengas el mismo derecho cuando se trata de Maddie. ¡Porque, honestamente, no sabes nada sobre nosotros!

—Yo… ¿qué?

Sí, no lo entendía. ¿Cómo iba a hacerlo, si no habían tenido oportunidad de hablar en las últimas semanas?

—No importa, Dax —masculló con cansancio—. Avísame cuando tengas un hueco libre en tu apretada agenda. Me voy a casa. No tengo ganas de compañía.

Se dio la vuelta y se abrió paso hacia la salida. Ignoró a las fans y seguidoras que lo agarraban del brazo, intentando animarlo a que se detuviera a charlar. Joder, estaba tenso. No se había dado cuenta de lo mucho que había dependido de su mejor amigo durante los últimos años. ¿Cómo sería cuando Maddie encontrara a alguien y fuera absorbida por una relación como Dax?

—Joder —masculló, frotándose la cara cuando el aire fresco por fin lo golpeó. Había demasiados cambios. Demasiado movimiento. Así era como siempre empezaba todo. Su padre anunciaba que se mudaban de nuevo y sus compañeros de equipo le aseguraban que mantendrían el contacto. Sin embargo, era difícil mantener el contacto cuando todo el mundo tenía cosas mejores que hacer. Y él siempre lo entendía, pero seguía siendo una mierda.

—¿Estás bien?

Se giró de golpe para ver a Jack saliendo del bar.

—Sí —respondió a secas.

El pívot asintió despacio y luego dijo:

—Sabes que solo hacíamos las bromas del pollo para fastidiarte, ¿verdad?

Matt soltó una risita a regañadientes.

—No se trata de las bromas del pollo.

—¿Entonces de qué? Sabes que me parece genial que ayudes a Maddie. No tienes nada de lo que avergonzarte por ese segmento en televisión.

—No me avergüenzo de nada, Jack —dijo con naturalidad—. Casi nunca lo hago. Creo que sentirse avergonzado es una pérdida de tiempo. Es una de mis mejores cualidades, por si no lo sabías. Tu hermano simplemente me está tocando el culo ahora mismo, eso es todo.

Jack sonrió.

—Sí, eso era obvio. Créeme.

Matt resopló.

—Bien.

—Puede que no te des cuenta, pero cuando se trata de estar enfadado con Dax, soy la mejor persona con la que hablar.

El pelirrubio se frotó los ojos con un suspiro y le lanzó una rápida mirada de soslayo.

—Lo sé, pero no tengo ganas de hablar.

—Ah, de acuerdo. —Jack asintió, se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared junto a la entrada del Ice Lounge—. Sabes que si fueras mujer, la gente diría que acabas de montar una escena. En tu caso, solo dicen que estás de mal humor. Ambas cosas son una tontería. Las mujeres no montan escenas. Los hombres simplemente no están de mal humor. Todos hacemos lo mismo: expresamos nuestros sentimientos. No veo nada de malo en eso. Si yo no hubiera expresado los míos, Dax todavía no me hablaría. Seguiría fingiendo que no existo.

Matt apenas sonrió.

—Todavía actúa así, Jack.

—No. Saluda. Me pasa el disco con una sonrisa en la cara. Les habló de mí a ti, a Lucy y a Maddie. Ya no me odia. Este es un paso

enorme para él. Dax es… más lento que los demás cuando se trata de la mayoría de las cosas emocionales.

—No me digas. —Resopló—. Sabes, me alegro por él y por Lucy. De verdad. Quiero que el cabrón sea feliz, pero…

—No se le da bien la multitarea —dijo Jack con inocencia.

—¡Exacto!

—Sabes, puedes alegrarte por Dax y seguir enfadado con él.

—Ya. Pero me hace sentir como un imbécil.

—¿Por qué?

—¡Porque solo debería alegrarme por él! No estar enfadado porque no tiene tiempo para mí. Como si fuera un estúpido niño cuando su madre vuelve al trabajo. —Tuvo que reírse de sí mismo.

—¿Es eso lo que le dijiste?

—Algo así —respondió con aspereza—. Pero no quiero arruinarle la fiesta.

Jack entornó los ojos.

—¿Puedo darte un consejo, Matt? Las relaciones cambian. Todo el tiempo. No importa de quién se trate. Dax y yo somos el mejor ejemplo de eso. Así que, pase lo que pase entre tú y mi hermano; o entre tú y Maddie…

Matt abrió la boca, perplejo.

—Entre nosotros…

—No quiero saberlo —interrumpió Jack, callándolo—. Pero Dax no es que hable precisamente bajo y ha salido su nombre. Lo que quiero decir es: no te quedes callado sin hacer nada. Cuando algo va mal, la otra persona suele ya haberse dado cuenta. Y a veces, las palabras no dichas pueden destruir mucho más que las dichas. No es bueno poner las cosas en pausa o ignorarlas durante demasiado tiempo. Se hacen más difíciles cada maldito día.

Jack enarcó las cejas de forma significativa mientras sonaba su celular. Suspirando, lo sacó del bolsillo y miró la pantalla; una profunda arruga se formó entre sus cejas.

—Mierda —masculló—. Hablando del rey de Roma. No lo fastidies, Matt. —Agitó su teléfono y luego desapareció tras doblar la esquina.

Matt se quedó mirándolo mientras se iba.

No lo fastidies. Eso era más fácil de decir que de hacer. La mayoría de las veces solo te das cuenta de que has fastidiado algo cuando ya es demasiado tarde.

Capítulo Once

Maddie estiró las piernas y se subió la manta mientras miraba la pantalla gigante sin enterarse de qué estaba pasando en la película.

Este día había sido… demasiado. Muchísimo.

Eggsy se había hecho viral. Una gallina atacando a un jugador de hockey buenorro en verdad merecía un clic, al menos según Hailey, quien llamó entusiasmada para decir que el vídeo ya superaba las seiscientas mil visitas en YouTube.

Sin embargo, los pensamientos de Maddie no estaban en la película ni en la gallina, lo cual era toda una proeza considerando que adoraba las películas románticas y que estaba en una nube porque Match Me! había dado un salto tremendo hacia adelante.

Es solo que… hubo un momento.

Hoy. Con Matt.

Un breve y fugaz momento que cambió todo. El aire se volvió denso y pesado, y su piel se encendió, igual que su mirada.

Y luego estaba la forma en la que se comportó esta mañana. ¡Si no lo supiera mejor, diría que estaba celosa de todas esas mujeres que se le lanzaban a Matt! ¿Pero por qué?

¡Prácticamente lo había empujado a irse a casa con otras mujeres durante un año! ¡Ella misma *seleccionó* a esas mismas mujeres para él y nunca le molestó!

El accidente del baño fue la gota que colmó el vaso.

Debería haber sabido que Matt se vería increíble estando desnudo. Todas las pistas apuntaban a ello, las camisas que se le pegaban al pecho como una segunda piel. Sabía que sus bíceps tenían muy buena pinta. ¡Y además estaba el hecho de que era un maldito deportista profesional!

Pero la imaginación y la realidad eran muy diferentes. La realidad… Dios, *¡la realidad!*

El cuerpo de Matt no era normal. Ya sabía que era un atleta profesional, pero ¡aleluya! En aquel momento, había oído a unos cuantos ángeles tocar las trompetas… y a otros desmayarse.

Sí, lo vio todo, no solo su pecho ancho y sus abdominales marcados, sino… *todo*. Y *todo* hizo que los ángeles cayeran rendidos.

Maddie no quiso quedarse mirando. Pero era la verdad: el último hombre al que vio desnudo —aparte de aquel horrible incidente con su padre, que parecía incapaz de mantener el albornoz cerrado— fue Clemens. Cinco años atrás. Además, no quería compararlo con Matt. No sería justo para él.

Así que Maddie se había quedado allí con la boca abierta, casi acosándolo sexualmente con una mirada tan intensa que le sorprendía que la policía no hubiera llamado a la puerta.

Soltando un gemido, apoyó la cabeza contra el respaldo y se apretó una almohada contra la cara. ¡Todo aquello era tan inapropiado! Pero ¿no estuvo coqueteando con ella antes, cuando se ofreció a desnudarse delante de ella?

No.

Bueno, tal vez sí; Matt coqueteaba con todo el mundo. ¡Hasta con Eggsy! Sin duda ella ponía el cincuenta por ciento de sus huevos para él. Después de todo, su apodo era *Don Encantos*.

Maldita sea, estaba confundida. También podía ser porque Matt estaba jodidamente bueno solo con una toalla. Llevaban siendo amigos durante un año, pero nunca lo había visto sin ropa. ¡Como era de esperarse! Eran amigos vestidos, no desnudos.

Al oír la llave en la cerradura, se sobresaltó y se quitó la almohada de la cabeza; luego hundió los dedos en ella, concentrándose con terquedad en la película romántica de Netflix

que se reproducía en la enorme pantalla plana de Matt. Eran las diez y media y a esa hora solía estar dormida, pero había estado tan inquieta… y pensó que regresaría tarde, así que no creyó que no acabaría viéndolo una vez más esta noche.

Sin embargo, ahora él empujaba la puerta y le dedicaba un breve asentimiento mientras ella giraba la cabeza hacia él.

—Hola —dijo en voz baja, pausando la película. Porque eso es lo que haría en circunstancias normales, ¿verdad?—. ¿Qué tal ha ido la noche?

Matt se encogió de hombros y evitó su mirada.

—Vaya, bien entonces —bromeó e intentó sonreír.

Él suspiró con pesadez, se quitó los zapatos sin decir palabra y se quitó el abrigo, revelando su sudadera azul oscuro de los Hawks.

—Ah, estás de un humor excelente —continuó ella con la conversación unidireccional. Esto era algo nuevo: un Matt de mal humor.

Él masculló algo incomprensible y se apresuró a ir a la nevera, de donde sacó un paquete de quesitos Babybel. Matt era de los que comían queso por estrés. Se había dado cuenta de eso en las últimas semanas. Era un poco extraño, pero también un poco tierno.

—Para ser sincera, no te esperaba. No has estado fuera ni dos horas.

Volvió a mascullar algo.

—¿Matt? ¿Una bruja malvada te convirtió en oso o algo así? Si quieres que vaya a buscar al mago que tiene el único antídoto, ¡parpadea dos veces, por favor!

Las comisuras de su boca temblaron y Maddie le devolvió la sonrisa.

—El mago no te miraría con una varita —explicó él en voz baja mientras otra porción de queso desaparecía en su boca—. Y no, no fue una bruja. Solo Dax.

—Ah. —Ella asintió—. El gnomo. El secuaz de la bruja.

Matt sonrió y señaló el queso que tenía delante.

—¿Quieres uno?

—No, quédate con tus hábitos alimenticios poco saludables. Dame más información sobre el asunto de Dax. —Parecía un tema

seguro del que podían hablar, como buenos amigos que nunca se habían visto desnudos.

Matt suspiró de nuevo.

—Ah, es un poco absurdo.

—Los problemas absurdos son los que más me gustan. —Dio unas palmaditas en el sofá a su lado y se deslizó a propósito hacia la derecha, aunque todavía quedaba espacio en el cojín para una familia pequeña. Una familia pequeña de elefantes.

Matt guardó el queso, se pasó ambas manos por el cabello y se acercó para sentarse a su lado. Sin embargo, mantuvo una distancia prudencial. ¿Habían mantenido esa distancia antes?

Era extraño, pero hacia una semana ni siquiera pensaba en lo cerca que se sentaban y ahora, de repente, parecía importante. No, no importante, solo… interesante.

—Discutimos —murmuró despacio.

—¿Ah, sí? ¿Ustedes discuten? —preguntó sorprendida.

Matt frunció el entrecejo.

—Hasta ahora, no mucho, la verdad.

—Okey. ¿Por qué fue?

Él frunció el entrecejo mientras su mirada pasaba por un momento sobre ella y luego volvía a la imagen congelada en la televisión.

—Bueno, fue porque ya no tiene tiempo para mí. —Bufó como si se sintiera incómodo diciéndolo—. Es estúpido, ¿verdad? Soy un hombre adulto y…

—¿Eso qué tiene que ver? —preguntó atónita—. Siempre duele cuando alguien cercano parece estar distanciándose de ti. ¡Eso no cambia con la edad y mucho menos con el género! Y tienes razón, ¿sabes? Lucy y Dax están un poco… absortos en sí mismos. Quiero decir, lo entiendo: nunca han tenido una relación seria y están recién enamorados. Pero también entiendo tu postura. Te molesta. No debes olvidar a tus amigos cuando tienes una relación, aunque sea inevitable tener menos tiempo. Las amistades son… importantes. —Maddie le sonrió.

Él la miró durante unos segundos y luego asintió.

—Lo son.

—Creo que mejorará, Matt —murmuró en respuesta, apretándole la mano, que descansaba en el sofá junto a su pierna—. Eres importante para Dax. Yo soy importante para Lucy. Si estuviéramos en una mala situación, estarían ahí para nosotros en un abrir y cerrar de ojos.

—Deberían estar ahí para nosotros en otros momentos también. Cuando necesitamos… hablar de cosas —murmuró Matt, frunciendo el entrecejo.

—¿Cosas? —preguntó ella sorprendida.

—Cosas.

Su amiga asintió y fingió que no sentía una curiosidad increíble por saber de qué tipo de cosas tenía que hablar Matt que no pudiera tratar con ella.

Este, sin embargo, suspiró y se hundió más en los cojines del sofá.

—No sé por qué me molesta tanto.

—¿Tienes miedo de que te cambie por Lucy?

Él giró la cabeza con un movimiento brusco.

—¡Me alegro por él!

—Esa no fue mi pregunta.

El chico soltó un chorro de aire y se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el dedo medio.

—No tengo muchos buenos amigos, Maddie.

Ella levantó las cejas con sorpresa.

—¿De qué estás hablando? ¡Tienes docenas de amigos! Todo un equipo de hockey lleno de ellos. Y tienes una familia enorme que te adora, tienes…

—… gente que tiene la obligación de quererme, Maddie —susurró él, levantando una comisura de los labios con cinismo—. No me malinterpretes, adoro a esos tipos. Confiaría mi vida a cualquiera de ellos. ¡Incluso a León! Pero estar en un equipo es diferente a elegir conscientemente formar una relación estrecha con alguien. He estado en docenas de equipos y entre nosotros es ley que nos cubramos las espaldas. Lo cual es fantástico, no querría prescindir de ninguno de ellos. Pero… en cuanto los dejaba, perdía el contacto. Con Dax, en cambio, siempre he tenido la certeza de que eso nunca

pasará. —Frunció el entrecejo—. Probablemente pase lo mismo con Fox, pero ese viejo tiene un serio problema de «figura paterna». Da igual. Dax es mi mejor amigo. El tipo con el que puedo hablar de cualquier cosa. Bueno, al menos lo era.

Maddie tragó saliva y lo miró durante unos instantes.

—Lo sigue siendo. Matt, es obvio que los dos están en un equipo, pero estoy segura de que todos esos hombres seguirían siendo tus amigos si fueras…

—Sí, quizá. O quizá no —la interrumpió con un suspiro—. Al final del día, todo lo que tengo es mi equipo, mi familia… —sonrió por un momento—, y tú.

Ella lo miró con la boca abierta.

—Lucy…

—Es parte de mi equipo.

—Pero todas esas mujeres con las que vas…

—Se acuestan conmigo porque soy guapo y juego al hockey.

—Y porque eres rico —añadió ella.

Él soltó una ronca carcajada.

—Seguro. Por eso. Pero mi argumento es el mismo: no tengo muchos amigos cercanos que no estén obligados a que yo les caiga bien. No tengo viejos compañeros de clase a los que vea cada Navidad, ni excompañeros de equipo con los que mantenga el contacto. Mi familia se mudó demasiado durante mi infancia y adolescencia.

Sí, eso lo sabía. Su madre trabajó como consultora para varias empresas vinícolas y su padre como artesano aquí y allá antes de comprar su propio viñedo y establecerse por fin. Para entonces, Matt casi había terminado el colegio.

—¿Así que Dax es tu mejor amigo y ahora temes que se convierta en otro conocido casual?

—Tal vez —masculló él, cerrando los ojos—. Intento no darle demasiadas vueltas.

—Oh, Matt —susurró ella. El corazón se le encogió con dolor y se acercó más a él para poder pasarle el brazo por los hombros—. No todas las amistades se desmoronan.

—Las mías lo han hecho hasta ahora.

—La nuestra no —le aseguró con cariño—. Pase lo que pase, la nuestra no lo hará.

—¿Pase lo que pase? —murmuró él, abriendo los ojos e inclinando la cabeza para mirarla a la cara. Su mirada era inquisitiva, curiosa, como si intentara averiguar si mentía o si hablaba en serio.

—Sí. —Sonrió y le revolvió el cabello. —Pase lo que pase. —Estaba segura de eso—. Ahora, mira la película conmigo. ¡Está a punto de llegar la mejor parte!

Matt se volvió hacia la pantalla con el ceño fruncido mientras la chica volvía a poner Netflix.

—¿Cuál es la mejor parte? —quiso saber.

—El primer beso, por supuesto. Esa *siempre* es la mejor parte.

Él resopló.

—¿No la primera vez?

—Ah, eso no se suele mostrar de forma explícita —respondió agitando la mano—. El beso, en cambio, siempre sale. Y este es especialmente bueno.

—¿Te conoces la película? —preguntó sorprendido.

—Sí. Cuando quiero relajarme, suelo ver una de romance que ya haya visto —dijo, feliz de que todo entre ellos volviera a parecer normal.

Matt la miró con el ceño fruncido.

—Ajá. ¿Y por qué es especialmente bueno el beso?

—¡Solo mira, Matt!

—Okey. —Se quedó mirando la pantalla, donde el protagonista y la actriz principal estaban uno frente al otro bajo la lluvia. El sol se ponía tras ellos, desapareciendo en la superficie brillante de un lago, mientras el hombre preguntaba: *«¿Puedo besarte?»* y ella respondía sorbiéndose la nariz: *«¡Pensé que nunca lo pedirías!».* Inclinaron la cabeza y él la rodeó con sus brazos…

Matt resopló con fuerza.

—¡Ah, por favor, Maddie!

Ella se sobresaltó.

—¿Ah?

—No puedes hablar en serio. —Señaló el televisor—. Esperaba más de ti.

—¿Qué? —preguntó perpleja, y pulsó el botón de pausa.

—A ver, atardecer y lluvia. ¿No es un cliché redondo?

—Es romántico.

—Es una cursilería. ¿Y le «pregunta» si puede besarla?

—¡Eso demuestra respeto!

—¡Es la prueba de un mal guion! Claro, ambas partes deben estar de acuerdo con un beso y, preguntas como «¿Te parece bien?», deberían formar parte de la primera vez. Pero, vamos, eso fue patético. Nada romántico. Debería haberla agarrado y besado sin más.

Ella puso los ojos en blanco.

—Eres un Neandertal. Es de lo más dulce que se lo haya pedido.

—¡Arruina el momento! Debería haber comunicado la pregunta con la mirada.

Maddie resopló.

—¿Cómo se pregunta con los ojos si puedes besar a alguien?

—¡Pues con *la* mirada!

—¿Qué clase de mirada, Matt?

—Esta —dijo él con total naturalidad, antes de volverse hacia ella y acunarle el rostro entre las manos. Se aclaró la garganta y parpadeó un par de veces, como si preparara la mirada para una tarea importante… hasta que, por fin, la miró. Sus ojos se clavaron en los de ella y sus pulgares le acariciaron las majillas en un roce ausente, suave, enviando por su cuello un ligero escalofrío. Maddie se preguntó si lo hacía a propósito.

¿Aquello formaba parte de «la mirada», que había comentado? No obstante, se quedó en blanco porque la expresión de Matt cambió.

Fue como si pequeñas llamas bailaran en sus iris. El marrón claro de sus ojos se oscureció y se convirtió en chocolate líquido. La respiración de la chica se aceleró. Tenía la sensación de que él estaba escudriñando en lo más profunda de su alma. Entonces, su mirada se deslizó despacio hacia abajo. Por sus pestañas y su nariz hasta sus labios, demorándose allí lo que pareció una eternidad. Acariciándola. Haciéndola sentir que él no pensaba en otra cosa que

en tocarla únicamente con sus labios. Que su mundo giraba en torno a su boca… y de repente pestañeó y sonrió de par en par.

Tal vez se debiera a que notó cómo sus mejillas se volvían coloradas.

—Ah, esa mirada —graznó y tragó saliva, intentando ahuyentar el calor que le recorría las venas, acelerándole el corazón.

—Sí. —Matt retiró las manos y asintió—. Ahora dime, ¿a las mujeres de verdad les resulta excitante que les pidan permiso para besarlas?

—Es de ser educado —reafirmó con firmeza, distraída por el hormigueo en su piel allí donde él la había tocado.

—¡Es una tontería! Le quita toda la… intensidad al beso.

—¡Te lo estás inventando! —le informó con voz ronca—. Y te equivocas.

Durante unos segundos, Matt se limitó a mirarla sin expresión, antes de agarrarla y plantarle un beso.

Sus labios aterrizaron sobre los de ella, rudos y dulces al mismo tiempo, de forma tan repentina que Maddie jadeó por la sorpresa, lo cual él aprovechó para profundizar el encuentro y… el corazón se le detuvo. El tiempo. Todo.

Saboreó algo amargo y muy de Matt, antes de derretirse bajo su contacto. El pulso en su cuello latía con violencia, frenético, y el calor del beso se extendió por su cuerpo como la pólvora. Su barba incipiente le raspó la piel, haciéndola temblar; y él la agarró por la nuca mientras succionaba su labio inferior entre los suyos con un movimiento suave. Y las manos de ella… se deslizaron por su pecho masculino, porque necesitaba equilibrarse, necesitaba bajar a tierra, porque los labios de él seguían presionando contra los suyos, tomando, pero dándole espacio suficiente para explorar por sí misma.

Sin embargo, antes de que pudiera empezar a hacerlo de verdad, se apartó.

Retiró la mano de su nuca mientras se inclinaba hacia atrás y se alejaba de ella. Tenía las pupilas dilatadas. Sus mejillas estaban encendidas, al igual que sus labios, mientras murmuraba con voz ronca:

—¿Ves? Mucho mejor que si te lo hubiera pedido, ¿no lo crees?

Ella lo miró con la boca todavía abierta. Todo su cuerpo vibraba y el calor le subía en oleadas por el abdomen.

Parpadeó y respiró profundo, sin entender qué había pasado exactamente.

—¿Qué… por qué fue eso? —fueron las únicas palabras que su cerebro pudo de articular.

—Quería demostrar mi punto —susurró él, con la mirada todavía fija en su rostro, desplazándose entre su boca y sus ojos—. Los besos espontáneos son mejores que los que se piden.

Maddie tragó saliva y clavó los dedos en el cojín del sofá.

—Ajá. Bien —dijo, con la voz temblorosa… pero también sonando desafiante. ¿La besó para tener razón? Oh, no. Eso sí que no. Enderezó los hombros—. Bueno, me mantengo en mi postura. Eso no es cierto.

Él curvó una comisura de los labios mientras su mirada vagaba hacia los suyos y volvía de nuevo.

—¿Ah, sí?

—Sí. De verdad. —Se tragó los nervios y levantó la barbilla. A ese juego podían jugar los dos. Ella podía demostrar su punto con la misma eficacia que él—. Por ejemplo, si yo hiciera esto… —Con calma, se puso de rodillas y se acercó a él, rozándole el muslo, para luego ponerle una mano en el cuello con suavidad, sintiendo su pulso martillear contra su dedo índice—. ¿Matt? —murmuró, recorriéndole el rostro con la mirada. Se demoró en sus labios mientras él la miraba a los suyos—. ¿Puedo besarte? ¿Solo una vez? Pero como un beso de verdad. —Lo miró a los ojos—. No he pensado en otra cosa durante días y me preguntaba… ¿si tú también sientes lo mismo? Si es así, ¿estaría bien que tomara lo que quiero? ¿Ahora? ¿Aquí? —Deslizó el pulgar por su cuello, pasándolo sobre su mandíbula marcada—. ¿Está bien si hago que pierdas la cabeza durante unos minutos? —Se irguió más y pasó una de sus piernas sobre su regazo de modo que casi estaba sentada en su regazo, con los muslos a ambos lados de los de él, pero seguía de rodillas y sin tocarlo, por lo que quedaba unos cuantos centímetros más arriba—. ¿Puedo besarte aquí…? —Recorrió sus labios con el dedo índice y vio

cómo sus ojos se oscurecían—. ¿O qué tal aquí…? —Le frotó el punto justo detrás de la oreja—. ¿O aquí? —Se deslizó hasta su clavícula, hacia el triángulo de piel tensa que asomaba por el cuello de su camisa—. ¿Y más abajo…? —Pasó la palma de la mano por su pecho—. ¿Estaría bien? ¿Estaría bien si llego más abajo?

Matt la miró con fijeza y se humedeció los labios con la lengua. Su respiración era más superficial que hacía unos momentos. Y, si Maddie se dejara caer ahora, acomodándose en su regazo… ¿estaría excitado? ¿Buscaría sus caderas?

—Bien —susurró con la voz ronca.

Ella se detuvo y el estómago se le comprimió. Bien, así que…

—Punto para ti —dijo él en el momento siguiente—. Tienes razón. Preguntar también puede ser muy estimulante. —Un segundo después, la agarró por la cintura y la levantó de encima de él, prácticamente lanzándola de nuevo sobre el sofá como si fuera un pedazo de papel y no una mujer adulta—. Me voy a la cama, ¿de acuerdo? Hoy ha sido un día agotador. Buenas noches, Maddie.

Se puso en pie, cruzó la habitación y desapareció en su dormitorio.

Maddie se quedó mirándolo con los labios entreabiertos, con el calor de su contacto todavía hormigueando por todo su cuerpo. Entonces, oyó el cierre de la puerta.

Capítulo Doce

Respirando con dificultad, Matt tiró la llave de la puerta sobre el colchón y luego la tapó con la manta para tener que buscarla si de repente sentía el impulso de usarla.

Porque, joder, eso era justo lo que quería.

Quería echar la puerta abajo y decir que sí. A todo lo que Maddie acababa de plantear. Quería volver y sentir sus labios sobre los suyos. Detrás de la oreja. En el cuello. En el pecho. Más abajo. Quería más de aquel beso que había iniciado tan imprudentemente. Quería tumbarla en el enorme sofá y aprovechar cada centímetro de él. Besarla en cada uno de los rincones que se atrevió a mencionarle antes. Quería saber qué sonido emitía al correrse. Si le gustaba suave y lento o duro y rápido, si le gustaba reírse en la cama o si prefería estar arriba o abajo. A qué sabía, cómo olía… Quería todas esas cosas que nunca sabría siendo solo un… amigo.

Y eso le aterrorizaba. Por mucho que lo deseara, no podía perderla. No como amiga. No como una persona fundamental en su vida. Porque si el hockey y su familia se desmoronaban… solo quedaría ella. Así que, ¿cómo iba a arruinar aquello?

Era como él decía: no tenía muchos amigos íntimos, y ella era el epicentro.

Caminó de un lado a otro, inspirando y expirando con voz temblorosa, y se pasó las manos por el cabello con rabia. Sabía que era culpa suya. Él la besó primero. Fue quien no pudo controlarse y

quiso provocarla. Quiso saber si hablaba en serio cuando dijo lo de no arruinar su amistad. Lo de no interponer nada, pasase lo que pasase. El beso solo fue el comienzo de lo que podría suceder.

Ella lo pensó, igual que él. Lo leyó en sus ojos, en su pecho, que subía y bajaba frenético. En sus pupilas dilatadas y en sus labios enrojecidos, así como en su tacto.

Puede que fuera un idiota, pero sabía leer el lenguaje corporal, razón por la cual le parecía una estupidez pedir permiso para besar a alguien. Tal vez no fuera tan estúpido en realidad, porque sin duda quería que la otra parte estuviera tan entusiasmada como él, solo que… *lo sabía*. Incluso dejaba que las mujeres dieran el primer paso la mayoría de las veces, así que estaba clarísimo.

¡No importaba! No era más que un desliz, nada a lo que no pudiera restársele importancia como una provocación tonta; algo que podía olvidarse. Si hubieran ido más lejos, si hubieran llegado a más…

Las imágenes inundaron su mente y maldijo su vívida imaginación.

Autocontrol. Necesitaba autocontrol.

¡Mierda, tal vez tendría que preguntarle a Jack cómo se las apañaba para tener ese maldito dominio sobre sí mismo!

Jack.

El nombre desencadenó un recuerdo.

«Cuando algo no va bien, los dos suelen darse cuenta».

«A veces las palabras que no se dicen pueden destruir mucho más que las habladas».

Se le formó un nudo en la garganta.

¿Este era uno de esos momentos en los que el silencio hacía más daño que unas cuantas palabras?

¿Estaría Maddie ahí fuera sentada sin tener ni idea de qué había ocurrido? ¿Le evitaría mañana? ¿O se enfrentaría a él sin más, tensa y confundida?

No quería eso, ni tampoco quería echar la vista atrás dentro de tres años y darse cuenta de que aquel momento extraño había empañado su amistad para siempre.

—Joder —jadeó, tomando una honda respiración.

¿Por qué no podía ser sincero sin más? Eso era lo mejor de su amistad con Maddie, que siempre podían ser honestos el uno con el otro.

Soltando un juramento, saltó a la cama, apartó las mantas y rebuscó la llave. Tardó más en encontrarla de lo que sus nervios podían soportar. Empezaba a temer que fuera demasiado tarde, que ella se hubiera levantado hacía rato y hubiera desaparecido en su habitación para cuando él por fin abrio la puerta. Resultó que sus preocupaciones fueron infundadas: seguía en el sofá, mirando por encima del respaldo hacia su puerta. O, mejor dicho, hacia él.

Tenía los labios entreabiertos, los ojos muy abiertos y, maldita sea, ¡era tan bonita! Siempre lo había sabido, pero… ah, Dios.

Entornó los ojos y respiró profundo. Luego se recompuso. Buscó ese autocontrol que Jack emanaba, al igual que León emanaba imprudencia juvenil.

Finalmente, suspiró e inició la conversación con elegancia:

—¡Sería una estupidez, Maddie!

Ella parpadeó. Luego dijo con vacilación:

—¿Qué sería una estupidez?

Sí, sabía a qué se refería. «Cuando algo no va bien, los dos suelen darse cuenta».

—Acostarnos ahora —soltó antes de perder los nervios—. Los dos estamos excitados porque te besé y perdí un poco la cabeza. Porque me viste desnudo y también perdiste un poco la cabeza. Sería tan estúpido.

Ella lo miró estupefacta.

—¿Qué? —chilló, como si no pudiera comprender lo que estaba diciendo.

Bueno, él lo comprendía. También pensaba que era valiente por su parte… o estúpido. Pero para él era importante no fastidiarlo, ser honesto.

—Bien, escucha, Maddie —dijo, dando un paso adelante y caminando frente a ella—. Desde que dijiste que en realidad te gustaba cuando nos conocimos y que consideraste por un breve momento meterte en mi cama, me he vuelto un poco loco. —Se rio sin gracia y se pasó la mano por el cabello—. Porque siempre di por

sentado que no te sentías atraída sexualmente por mí. Así que habría sido absurdo interesarme por algo más que por tu increíble personalidad. Tuve que olvidarme de todo lo físico. Eso me facilitó descartar el tema por completo. Pero entonces dijiste que te parecía que estaba bueno, y entonces aparecieron esas imágenes en mi cabeza, y… —Tragó saliva, se detuvo en seco y se frotó la cara—… El tema ha vuelto a ponerse sobre la mesa. Está tumbado desnudo sobre ella, por así decirlo. Pero eso no significa que vaya a lanzarme sobre ti, ni que vaya a cambiar nada. Solo quería decírtelo. Quería ser sincero y explicarte por qué puede que me haya portado de forma un poco extraña. Para que no te devanes los sesos. ¿De acuerdo? —Inspiró profundo.

»Eres demasiado importante para mí como para dejar que algo tan tonto como el sexo lo arruine todo. Así que, lo siento, Maddie. Por haberte besado. Creo que quería provocarte porque dijiste que nada podía arruinar nuestra amistad. No ha estado bien por mi parte. Somos amigos y he cruzado una línea. De verdad, lo siento. No pretendía incomodarte ni enviarte señales contradictorias. —Hizo una pausa y entrecerró los ojos antes de asentir—. Sí. Eso es todo. ¿Alguna pregunta?

Maddie seguía con la boca abierta. Parecía tan desconcertada que Matt bien podría haber sido un camión que se dirigía directo hacia ella y ella ni se habría inmutado.

No habló durante una eternidad, una eternidad en la que el corazón de Matt latía con una inseguridad que lo consumía por dentro. ¿Había sido idiota? ¿Tal vez… demasiado abierto?

Finalmente, la escuchó tragar saliva con fuerza. Ella asintió, hizo otra pausa de unos segundos y sonrió.

Era una sonrisa tímida. Lenta. Un poco divertida, y dubitativa a la vez. Por fin, preguntó en voz baja:

—¿Eso era lo que te preocupaba? ¿Que en realidad me hayas cautivado más de lo que creías? —Él asintió—. Yo… te preocupa… —Parpadeó y sacudió la cabeza, luego suspiró y volvió a asentir—. Bien.

Él enarcó las cejas con sorpresa.

—¿Bien?

—Sí. Bien.

—¿Entonces todo normal?

Su amiga asintió.

—Yo también siento haberte… bueno, haberme montado encima de ti. —Se le encendieron las mejillas.

Él se rio.

—Yo empecé.

—Pero no tenía por qué haber seguido. En realidad, se me da mejor ignorar las provocaciones.

Así era ella, fantástica evitando conflictos.

—Bien. —Inspiró profundo y sonrió, aliviado—. Eres la mejor amiga que he tenido nunca, Maddie, así que para mí es importante que no arruinemos nada simplemente porque vivamos juntos.

—Matt, ya te lo dije: pase lo que pase —respondió ella con suavidad—. Seguiremos siendo amigos. Eso ha sido… divertido. Un poco demasiado poco platónico, pero eso no significa que cambie nada.

—Bien. —Aliviado, exhaló con fuerza—. Genial. Pues me voy a dormir.

—De acuerdo. Yo voy a terminar de ver la película.

—Claro. ¿Hasta mañana?

—Hasta mañana. —Él sonrió, dio media vuelta y cerró la puerta.

Nada cambiaría.

Capítulo Trece

Todo era diferente.

—¿Has dicho *qué*? —preguntó Hailey, horrorizada.

—Sí.

—Pero… ¿qué? No.

—¡Sí!

—Pero… ¿qué?

—¡No estás ayudando, Hailey!

—Bueno, sí. Perdón. ¿Pero qué hombre es así de sincero? ¿Quién diría algo así?

—Bueno, Matt. Obviamente. —¡Ese hombre estaba loco!

—Pero… —Hailey hizo una mueca—. ¿No fue incómodo para él?

—No lo sé, pero no parece haber muchas cosas que lo incomoden.

—¿Fue incómodo para ti? —preguntó su amiga.

—¿El beso? —respondió, perpleja, pensando —¡por centésima vez!— en los labios de Matt.

Hailey abrió mucho los ojos.

—¡Bueno, ya que estamos, tenía intención de sacar el tema! Aunque, en realidad, me refería a la confesión de Matt, ¡pero oye, siéntete libre de responder a las dos cosas!

Maddie apoyó los codos en la mesa y escondió la cara entre las manos.

—No lo sé —susurró—. Estoy tan confundida.

No esperaba que Matt la besara. Así como tampoco esperaba que ella terminaría, bueno, casi sentándose encima de él. Y, desde luego, tampoco estuvo esperando que fuera tan honesto como para anunciarle a voz en cuello que había estado pensando mucho en acostarse con ella durante los últimos días, ¡solo porque *ella* le dijo que no era inmune a sus encantos!

Hailey tenía toda la razón. ¿Quién haría algo así?

—¿Los besos de Matt son… confusos? —concluyó la rizada, parpadeando.

A regañadientes, la castaña se rio.

—¡No! Él es el confuso. El beso fue… —fantástico—. Bueno, fue sorprendente. Y besa muy bien.

—¡Lo sabía! —Hailey la señaló con el dedo triunfante.

—Claro que lo sabías —respondió con enfado, apartándole el dedo de un manotazo—. Ha tenido tanta práctica que sería una pena que no se le diera bien.

Tenía mucha práctica en otros ámbitos también. ¿Cómo serían sus habilidades en *esas* áreas?

—Dios mío, estás pensando en acostarte con él —exclamó su amiga, riendo.

Atrapada, Maddie hizo una mueca.

—¡No, no lo estoy!

—Sí, lo estás. Oh, ¡por supuesto que lo estás! —Hailey sonrió con picardía—. El color de tu cara lo dice todo. —Maddie soltó un fuerte quejido—. Sí, eso es lo que harías si de verdad te estuvieras acostando con él.

—¡Ah, cállate! —respondió enfadada, levantándose—. Voy un momento afuera. Necesito que me dé el aire.

—¿Te entra calor al pensar en estar a solas con él en una cama? —preguntó Hailey con inocencia.

Maddie levantó el dedo corazón mientras caminaba hacia la puerta. Su amiga era una tonta; y se equivocaba. Ya había estado a solas con Matt y con esas esposas que miró junto a su cama.

La risa de la rizada la siguió.

—Está bien, lo dejo. Pero vuelve pronto. ¡La cantidad de trabajo que hay aquí es de locos!

Maddie se limitó a asentir y salió al paseo marítimo. Noviembre llegaba a su fin y la temperatura había bajado a unos trece grados. La mayoría de la gente estaba convencida de que nunca hacía frío en California, pero cuando el sol se ocultaba tras una masa de nubes y un viento fresco soplaba desde el océano… Se arrepintió de haber olvidado su chaqueta. Quizá debería dar media vuelta. Su amiga tenía razón. No tenía tiempo para pasear. Estaban recibiendo tantas solicitudes nuevas que estaban desbordadas de trabajo. ¡Era maravilloso! No podían estar más contentas por ello. Por desgracia, mucha gente también estaba interesada en lo que pasaba con Matt y en si ya había tenido su primera cita. ESPN incluso preguntó —¡dos veces!— si consideraría hacer otra entrevista sobre la búsqueda del amor de Matthew Payne.

Lo entendía. ¡Era interesante! Para bien o para mal, tendría que encontrarle una cita. Y después… después no tenía ni idea de lo que pasaría.

Lo mejor, naturalmente, sería que Matt encontrara a su alma gemela y los medios de comunicación difundieran exactamente eso. Así se demostraría que su agencia funcionaba. Pero, si Maddie encontraba a su alma gemela —entonces él habría encontrado a *su* alma gemela. ¿Y con quién vería las Chicas Gilmore si Matt solo salía con su novia?

Frunció el ceño y caminó hacia el océano hasta que sus zapatos se hundieron en la arena.

Él no quería arruinar su amistad.

Ella lo comprendía. Al parecer, había tenido malas experiencias en su vida y no quería correr riesgos con relaciones importantes. Y, por supuesto, el sexo entre amigos siempre era una mala idea. Alguien siempre salía herido y…

—Mierda —susurró, presionándose el pecho con las manos ante los latidos de su corazón.

Era bueno que fuera sincero, porque ya se estaba volviendo loca pensando en qué significaba aquel beso. Al mismo tiempo, era terrible que hubiera sido tan directo sobre el hecho de que la deseaba. El caso era que ella también lo deseaba a él. Puede que él

tuviera imágenes en la cabeza, pero ella estaba imaginando escenarios enteros.

¿Y si solo tenían sexo casual? ¿O, y si empezaban una relación? ¿Y si decidían intentarlo… y todo salía mal y no podían seguir siendo amigos? ¿Y si decidían intentarlo… y era maravilloso y eran felices? ¿Y si lo intentaban y ella se enamoraba perdidamente de su mejor amigo —y después de unas semanas, él le decía que solo quería algo pasajero? ¿O que le gustaba, pero que no era la mujer de sus sueños, solo el fruto prohibido que lo mantuvo excitado durante un tiempo?

No, Matt tenía razón. Era demasiado arriesgado. Las amistades eran para siempre. Las relaciones, no tanto. Además, no podría soportar la idea de que le rompiera el corazón.

Apenas si sobrevivió a lo de Clemens, y eso que él ni siquiera fue su mejor amigo, su confidente.

Se sobresaltó cuando su móvil vibró con un mensaje.

Esperaba que fuera Matt, que lo hubiera invocado con sus pensamientos. Pero el mensaje era de Lucy.

¿Sabes qué pasa entre Dax y Matt? Dax dice que no quiere hablar con él hasta que se disculpe. Matt dice que Dax puede irse al infierno. ¿Se robaron su disco favorito entre los dos o algo así?

Maddie suspiró, entornó los ojos y escribió:

Sé lo que pasa. Pero es asunto suyo, así que me sentiría como una chismosa si te lo contara. Pídele a Dax que te lo cuente él.

¡Pff! ¡Vaya respuesta más frustrante, Maddie! Pero de acuerdo. ¿Sabes qué?, ¿por qué no vienes a cenar pronto? Hace siglos que no te veo y así los chicos pueden solucionarlo.

No era mala idea. Echaba de menos a su hermana.

Claro. ¿Esta semana? ¿Quizá el jueves, después del partido? Juegan a las cinco, así que terminarán pronto, ¿no? E invita a alguien más,

si no, será incómodo. Como si los estuviéramos enviando a una cita a ciegas.

Hecho. Se lo pediré a Jack. Necesita más contacto social. Te escribiré con los detalles.

Maddie respondió con el pulgar hacia arriba, seguido de un gif de un perro feliz. Quería que Dax y Matt se llevaran bien. Los haría más felices a ambos.

Se guardó el teléfono en el bolsillo, respiró hondo y volvió a la oficina. Una mujer con un impecable traje de chaqueta gris se acercaba. Con un sobresalto, Maddie reconoció a la señorita Geller, la productora musical que rechazó sus servicios hacía unas semanas.

—Hola —dijo con sorpresa, y la multimillonaria se giró hacia ella —. ¿Qué hace por aquí?

—Quería verla —respondió con calma y señaló con la cabeza hacia el escaparate.

—Bueno, pues ya me ha encontrado —respondió con cautela—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Yo… —Se aclaró la garganta—. Puede que actuara de forma precipitada cuando rechacé su oferta.

Maddie levantó las cejas con sorpresa.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Bueno, fui a unas cuantas citas de Love Triumphs y los hombres eran todos agradables y atractivos, pero… carecían de la sustancia que busco.

¡No me diga!

—Lo siento —respondió con diplomacia.

—Sí, yo también. En fin, vi el reportaje sobre ustedes y creo que me gustaría darle una oportunidad a Match Me!

El corazón de Maddie dio un vuelco de emoción y un grito de alegría se le quedó atascado en la garganta, aunque no dejó que se notara. ¡Aquello era muy importante! Geller iba a ser una clienta exclusiva, de esas que aportaban mucho dinero; de las que más se

beneficiarían de la agencia, las que necesitaban un toque personal para encontrar a la pareja adecuada.

—Pase, señorita Geller. Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo y luego nos pondremos de inmediato con su cuestionario.

Dos horas más tarde, la productora musical había firmado con ellas, rellenado el cuestionario y hablado con Maddie en detalle sobre lo que buscaba y de qué podía prescindir exactamente.

Después de que Geller se marchara, Maddie y Hailey se quedaron mirando en silencio durante dos minutos. Entonces, se levantaron de un salto, se fundieron en un abrazo y gritaron.

—¡Es muchísimo dinero! —susurró Hailey.

—¡Le ha parecido que el profesor de primaria es prometedor! —le devolvió Maddie el susurro.

—Dios, somos buenas.

—¡Matt es bueno!

—También lo es —dijo Hailey—. ¡Pero Match Me! es nuestro bebé y por fin está entrando en la pubertad!

—Qué asco, los padres nunca deberían decir eso.

Hailey se rio y la soltó.

—Tal vez tengas razón. Pero ¡joder, Maddie, esto es un hito!

—¡Lo sé!

—Dale las gracias de mi parte a Matt, ¿okey? Nos ha salvado el culo.

Sí, ella también lo sabía.

—Se lo diré —prometió.

—Maravilloso. ¿Te importa si me tomo ahora un descanso rápido para comer? Tengo algo importante que hacer.

Maddie sonrió.

—Son las cuatro, un poco tarde para comer. ¿Por casualidad esa cosa importante tiene cuatro patas?

Hailey le devolvió la sonrisa.

—Si no saco a pasear a los perros del refugio, no lo hará nadie, Maddie.

—Está bien —respondió, poniendo los ojos en blanco—. Te lo mereces. Yo me encargo de lo que queda.

—¡Me pongo al día esta noche!

—Vete ya, Hailey.

—Gracias. —Su amiga le plantó un beso sonoro en la mejilla, muy parecido a los que le daría uno de sus amigos de cuatro patas —. Y, Maddie, todo irá bien. Con nosotras. ¡Y con Match Me!

Maddie sonrió de par en par.

—Yo también lo creo.

Hailey salió por la puerta y Maddie volvió a centrarse en introducir el resto de los datos de la señorita Geller en el algoritmo. Tenía una corazonada muy fuerte sobre ella y Sam Cho, el profesor de primaria. El programa arrojó un ochenta y siete por ciento. Vaya, su intuición de verdad que era buena.

Hablando de emparejamientos, le debía una cita a Matt.

Le debía tanto que lo menos que podía hacer era encontrarle una mujer prometedora, aunque la mera idea le molestara.

Acercó el teclado. Podía rellenar el cuestionario de Matt con demasiada facilidad y probablemente lo respondería con más sinceridad que él. Por ejemplo, estaba convencido de que le interesaba cualquier tipo de película o serie, pero en realidad solo veía películas de acción aleatorias, Juego de Tronos y Las chicas Gilmore. También pensaba que siempre daría prioridad al trabajo sobre su vida personal… pero ya había llegado tarde a un partido —y recibió una multa de tres mil dólares— solo por subir una cómoda de segunda mano a su apartamento. Ella se ofreció a pagársela, pero él estuvo riéndose durante unos treinta minutos antes de que negara con la cabeza y le dijera:

—Tú salvaste la cómoda, déjame pagar mis deudas.

Así que aquello de su trabajo tampoco era del todo cierto. Su empleo no era siempre su máxima prioridad.

Preparó todo lo necesario para Matt y, de paso, se inscribió ella misma en la agencia. Oficialmente, daba por iniciada la Misión Príncipe Azul. Matt tenía razón. Se querían demasiado como para arruinar su amistad con algo tan estúpido como el sexo. Él no quería eso, y ella tampoco.

Respiró hondo. Entonces, ¿quién sería la pareja perfecta para Matt?

Una hora más tarde, tenía la respuesta.

—¡Christina Henley! —le anunció por teléfono.

—No, no —respondió él con paciencia—. Matthew Payne. ¿Te acuerdas?

Maddie se rio… lo que hizo que las siguientes palabras fueran aún más difíciles. Sin embargo, tenía que ser valiente.

—¡Christina Henley es tu cita! Pasado mañana. Tienes el miércoles libre, ¿verdad? Y no vamos a casa de tus padres hasta el sábado por la mañana.

—¿Cómo sabes eso?

—Tu calendario está colgado en la puerta de entrada. Así que no tienes excusa. La llamé y tiene muchas ganas. Y ya he elegido el restaurante.

—Ah, vaya —respondió él despacio y ella oyó unas risas de fondo. Quizá todavía estaba en el vestuario—. Has estado ocupada.

—Sí. ¡Mucho! Y, para motivarte un poco más… —se aclaró la garganta—, también organicé una cita para mí esa noche.

Él se quedó callado por unos momentos.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Bien. Eso es… —Otra pausa—. ¡Me alegro por ti! ¿Cómo se llama el tipo?

—Alfie McDonald. —Su reacción fue una carcajada—. ¡Oye, no seas malo! No es su culpa llamarse así.

—Perdona, perdona. Solo me sorprende que viva aquí en Los Ángeles y no en una granja.

Ella se mordió el labio para no reírse.

—¡Matt!

—Bueno, bueno, está bien. ¿Quién es mi cita?

—Christina Henley, ya te lo dije. Es agente en Hollywood. Tiene unos horarios de locura. Tiene un gran sentido del humor. Y una actitud ante la vida de «simplemente dejar que las cosas pasen».

—Mmm, eso suena…

—…¿bien? —preguntó ella con nerviosismo.

—Sí. Es solo que…

—¿Qué? —Se enderezó en la silla—. ¡No puedes echarte para atrás!

—No lo haré. Es solo que las primeras citas son siempre tan incómodas, Maddie. Solo pensaba que quizá considerarías una cita doble, ya que planeaste una para ti esa misma noche.

La chica se quedó callada y el bolígrafo con el que había estado golpeando su rodilla se le cayó de la mano.

—Eh —dijo.

—Las primeras citas siempre son incómodas —repitió él—. Hay baches en la conversación y no sabes dónde mirar. Si fuéramos cuatro, eso aliviaría un poco la tensión, ¿no crees?

Maddie se agachó para recoger el bolígrafo y se frotó la nuca. Una cita doble. Estarían juntos en una cita. Pero no el uno con el otro, sino con otras personas.

Mmm. No estaba segura de si sería algo raro o una buena idea.

—Es una buena idea. Podemos salvarnos el uno al otro si la cosa se tuerce —respondió Matt, leyéndole el pensamiento.

Las comisuras de su boca temblaron.

—No se torcerá. Christina es perfecta. Pero, sí, de acuerdo. —Tenía razón. Serviría para aligerar el ambiente. Y ella podría recopilar más… datos. Podría ver qué le gustaba a él y qué no. Echarle un ojo. Se tragó este último pensamiento—. Bien, se los preguntaré— respondió—. Si no les importa, cambiaré la reserva a cuatro personas.

Matt exhaló un suspiro de alivio.

—Genial. ¿Nos vemos luego entonces?

—Creo que sí.

—Bien, voy a cocinar algo esta noche.

Maddie bufó.

—¿Vas a cocinar tú?

—¡Oye, que tuve que cocinar mucho de niño! Sé hacer salteados de verduras. Pasta. Incluso hice un gratinado una vez.

—¿Echándole queso por encima a la pasta y a los salteados de verduras?

—¡Exacto! Así que prepárate para una comida de gourmet.

—Prefiero prepararme para el restaurante gourmet del miércoles —respondió ella—. El cual, espero, no tener que pagar.

—¿Crees que Alfie te invitará?

—Ni de broma. ¡Lo harás tú! —dijo, sonriendo—. Eres rico.

Él resopló.

—Y te llamas a ti misma emancipada.

—Se puede estar emancipada y seguir dejando que la estrella millonaria del hockey pague. Así que, nos vemos más tarde.

—Hasta luego —dijo él, divertido—. Y gracias… por la cita.

La chica tragó saliva.

—No hay de qué. Será estupendo.

Capítulo Catorce

Matt no admitiría que estaba nervioso cuando él y Maddie entraron en *La Vie en Rose* el miércoles, un refinado restaurante que ocupaba la última planta de uno de los rascacielos de Los Ángeles. Pero eso se debía únicamente a que un jugador de hockey nunca confesaba estar nervioso. Sabía que sus oponentes se aprovecharían de ello sin escrúpulos. Y, de acuerdo, esta cita doble no era su adversario, pero tampoco era su amiga. Tampoco lo era el vestido a la rodilla que llevaba Maddie. No se había puesto medias debajo, a pesar de que hacía bastante frío, lo que significaba que quería impresionar al tipo con el que se iba a ver; con sus piernas, que siempre decía que eran demasiado gruesas pero que él consideraba más bien perfectas, lo estaba logrando por completo.

No le molestaba que el vestido fuera ajustado y que ella estuviera preciosa. Maddie podía ponerse lo que quisiera. No habría dicho nada si hubiera aparecido con tirantes o un saco de patatas. Bueno, si hubiera sido esto último, le habría preguntado si picaba. Un hombre podía mostrar preocupación. Sin embargo, en general, las mujeres debían hacer lo que quisieran con su cuerpo. Lo que sí le molestaba era que, antes de salir juntos del loft, le hubiera preguntado varias veces si de verdad estaba bien. ¡Parecía tan terriblemente insegura que se sintió tentado de agarrarla por los

hombros, empujarla contra la pared más cercana y demostrarle con la boca lo *bien* que estaba!

Sin embargo, no quería volver a caer en esa trampa, así que se limitó a seguir asintiendo y diciendo que estaba increíble. Lo cual era cierto, aunque le sacara un poco de quicio que ella hubiera soltado en broma al salir que tenía que asegurarse de que el vestido azul oscuro palabra de honor no se le resbalara, ya que no le cabía ningún sujetador debajo.

Le encantaba que ella no tuviera problemas en compartirlo todo con él, pero, por Dios, algunas cosas eran demasiado para su imaginación.

—¿En qué estás pensando? Estás muy callado —dijo, interrumpiéndolo y dándole un toquecito con el hombro.

«En tus pechos» quizá no era la respuesta correcta.

—Solo estoy un poco nervioso —murmuró—. Hace siglos que no tengo una cita de verdad.

—Digo lo mismo. Todo irá bien. ¡Ah, allí están! —Lo guio hacia la derecha y sonrió a una mujer alta y morena que llevaba un vestido rojo escandalosamente bonito. Se parecía mucho a una joven Naomi Campbell. Luego levantó la mano hacia un hombre delgado y de pelo castaño sentado a dos asientos de ella en la barra.

Vaya. Christina Henley era preciosa. Maddie no exageró cuando dijo: «Es perfecta». Sabía que debería centrarse en ella —al fin y al cabo, era su cita—, pero le resultaba difícil no inspeccionar de cerca a Alfie McDonald. Parecía un completo idiota.

Matt sabía reconocer a uno. Jugaba contra ellos todos los días. A veces con ellos, dependiendo de si León estaba en el hielo o no.

Llevaba el cabello oscuro engominado hacia atrás y ondulado en la nuca, una camisa de color rojo oscuro con demasiados botones desabrochados para que se pudiera ver el vello del pecho, y pantalones arrugados. Matt solía proponerse no juzgar a nadie a primera vista basándose solo en su apariencia… ¡pero con el Grasiento Alfie hizo una excepción!

—Hola —dijo Maddie con amabilidad, adelantándose—. Tú debes de ser Christina… y tú eres Alfie. —Los señaló a cada uno con el

dedo, como si quisiera rodar un wéstern cuyo presupuesto era demasiado pequeño para las pistolas.

Christina respondió primero:

—Sí, ¿y tú eres Maddie? Te reconozco por la entrevista de la tele. Es una pena que no hayas traído a la gallina contigo.

Maddie soltó una risita y la saludó. Mientras tanto, Alfie miraba a Matt con la boca abierta.

—Oh, joder, de verdad eres Matt Payne —susurró, casi tropezando con sus propios pies para ir a saludarlo, ignorando a Maddie en el proceso, lo cual estaba mal.

Antes de que pudiera decir algo grosero, Maddie se volvió hacia él.

—Sí, este es Matt. Matt, esta es Christina… ¿y Alfie? ¿Mi cita?

Ese idiota pareció haberse dado cuenta de su metedura de pata porque se sonrojó y rápidamente le tendió la mano.

—Sí, claro. Perdón. Es que soy un gran fan de los Hawks. Encantado de conocerte. —Le dedicó una sonrisa genuina… y para disgusto de Matt, Maddie le devolvió la sonrisa con la misma intensidad. Cuando Maddie sonreía de verdad, las bombillas parpadeaban intentando estar a la altura de su potencia.

Matt apartó la vista de los dos y le tendió la mano a Christina.

—Yo también estoy decepcionado de que Eggsy no esté aquí. Esa gallina infernal ayuda mucho a romper el hielo —dijo, y su cita se rio mientras le estrechaba la mano.

—¿Se llama Eggsy?

—Sí. —Se dio la vuelta—. Maddie, ¿quién de las dos le puso Eggsy, tú o Hailey?

—Ah, fui yo —respondió con las mejillas sonrosadas—. Mi socia quería llamarla *Los Pollos Hermanos*. O Cluck Norris. Pero pensé que ambos nombres eran demasiado largos.

Matt soltó una risita suave.

—Cluck Norris.

Christina sonrió encantada.

—Ese es bueno. Para la próxima gallina.

—Sin duda. ¿Nos sentamos?

Los demás asintieron mientras Matt notaba que el Grasiento Alfie no dejaba de mirarlo con asombro.

Qué completo idiota. Maddie estaba de pie a menos de un metro y él ¿no tenía nada mejor que hacer que quedarse embobado mirándolo a él?

Un camarero los condujo a una mesa junto a la ventana, de modo que tenían una buena vista del horizonte de Los Ángeles. Mientras estudiaban el menú, intercambiaron frases de cortesía: el tiempo, la entrevista en Match Me!, dónde habían ido a la universidad, cosas así.

Christina era, como Maddie dijo, agente de varios actores y actrices, pero se abstuvo de mencionar nombres, lo que a Matt le pareció atractivo. Alfie era instructor de submarinismo y mencionó muchos nombres de clientes famosos que había tenido.

—Pero nunca un jugador de hockey, por si te interesa —dijo, guiñándole un ojo a Matt antes de hacer su pedido al camarero, antes que Maddie o Christina.

Ya, bueno, puede que hoy en día no hubiera reglas en el mundo de las citas, ¡pero siempre se dejaba que la mujer pidiera primero! Eso era lo que su madre le había enseñado y nunca la decepcionaría.

Matt apretó los labios e hizo un gesto para que Christina y Maddie le dijeran al camarero lo que querían, y luego pidió él. Cuando el chico estaba a punto de marcharse, Maddie añadió con rapidez:

—Ah, ¿podría traerme la ensalada del entrante sin aceitunas? ¿Y una copa pequeña de vino blanco, por favor?

—Por supuesto. —El camarero asintió y desapareció.

Matt levantó una comisura de la boca y la miró, estaba sentada a su lado.

—¿Hoy no hay tequila sunrise?

Ella se encogió de hombros.

—Me gusta probar cosas nuevas.

Él soltó una risita.

—¿Desde cuándo?

—¡Desde siempre!

—Llevas comprando los mismos zapatos diez años y el otro día me llamaste loco porque compro cualquier jabón, no siempre el mismo.

Maddie puso una mueca y se dirigió a Christina y Alfie:

—Es difícil encontrar zapatos cómodos que no parezcan estúpidos. ¿Para qué arriesgarse comprando unos nuevos? ¡Y es de locos no saber a qué te van a oler las manos cada día! ¡Elige un aroma, Matt, y no cambies!

Él se encogió de hombros.

—Me gusta vivir una vida peligrosa, Maddie.

En respuesta, resopló.

—¿Ah, sí, señor Merendola de Babybel? Comes las mismas tres cosas cuando no cocino yo. ¡Una de ellas es queso! Queso malo, además. Esos envoltorios de cera roja de tus queridos Babybel están tirados por todo el apartamento.

—¿Viven juntos? —preguntó Christina sorprendida, mirando con curiosidad de uno a otro.

Matt notó por el rabillo del ojo que las mejillas de Maddie se volvían rosadas, como si hubiera dicho algo sucio.

—Solo temporalmente —se apresuró a aclarar—. Mi apartamento se inundó y Matt es el único de mis amigos con una habitación de invitados.

—Oh, no. ¿Una tubería rota? —preguntó Christina con simpatía.

—¿Cuántas habitaciones de invitados tienes? —la interrumpió Alfie dirigiéndose a Matt—. ¿Tienes una mansión? ¿Piscina? ¿Mayordomo? Viejo, lo que ganamos todos nosotros son miserias comparado contigo, ¿verdad? —Se rio a carcajadas.

Hm. Matt ya sabía dónde le gustaría meterle sus miserias.

—No me hace mucha gracia tener que caminar cinco kilómetros de la cama a la nevera —respondió—, así que no, nada de mansión. Ni piscina. Ni mayordomo. —Solo un loft de un millón de dólares, pero prefirió guardárselo para sí, sospechando que Alfie podría mearse encima de pura emoción.

Le hizo a Christina unas cuantas preguntas más sobre su trabajo mientras Alfie, por una vez, intentaba concentrarse en Maddie, que le contaba los altibajos de ser casamentera. Matt no conocía todas

sus historias y se sintió tentado de escucharla al mismo tiempo. Sin embargo, eso habría sido extremadamente grosero, y las anécdotas de Christina sobre actrices testarudas de Hollywood eran igual de interesantes, así que…

Al cabo de un rato, el camarero regresó con las bebidas y los entrantes. El servicio era lento hoy para lo que se suponía que era un buen restaurante… y cuando Matt miró la ensalada de Maddie, lo único que vio fue un montón de aceitunas negras. Y su copa de vino blanco tenía el tamaño de una de tinto.

Esperó a que la castaña detuviera al camarero y le señalara su error, pero sus ojos solo recorrieron la ensalada un momento antes de que frunciera el entrecejo y sacudiera la cabeza, como si acabara de llegar a un acuerdo consigo misma para no decir nada.

El camarero se alejó al trote, Christina y Alfie se lanzaron sobre sus entrantes, y Maddie miró con desgana las aceitunas.

—Maddie —murmuró—, pediste la ensalada sin aceitunas. Y un vino blanco pequeño.

—Lo sé. —Le restó importancia con un gesto—. No pasa nada.

—Maddie. *Odias* las aceitunas.

—Ya lo sé.

—Las han cortado muy pequeñas, así que no vas a poder quitarlas.

—Ya, da igual…

—Devuélvela.

—No.

—Vas a tener que tragártelas a la fuerza.

—¿O te la comerás tú? —preguntó esperanzada.

—¡No! Llama al camarero y dile: «Perdone, pedí la ensalada sin aceitunas».

Sus mejillas se volvieron del color de un camión de bomberos tímido mientras miraba nerviosa a sus dos citas, que los observaban con curiosidad.

—Matt, no quiero llamar la atención y… discutir con el camarero en un restaurante tan elegante.

Él suspiró.

—Ya hemos pasado por esto. No es una «discusión» cuando le dices al camarero que se equivocó.

—Es un enfrentamiento más de los que estoy dispuesta a tener —siseó ella.

Oh, Dios, esa chica y su miedo constante al conflicto.

—Maddie, esta ensalada cabe en mi mano y solo cuesta quince dólares; no pasa nada por devolverla cuando no te trajeron lo que pediste.

—Déjalo ya, Matt —respondió con brusquedad, lanzándole una mirada fulminante antes de volverse hacia Alfie McPlasta y preguntarle en voz alta—: Alfie, cuéntame algo sobre ti. Tu perfil dice que te gusta el senderismo. ¿Cuál ha sido tu ruta más reciente?

McPringue aprovechó la pregunta de inmediato y, con el pecho inflado, relató que pasó dos semanas haciendo senderismo por los valles del Gran Cañón y todas las demás cosas increíbles que logró. No dejaba de mirar a Matt como para asegurarse de que lo estaba escuchando y apreciaba sus asombrosas historias.

—Creo que Alfie quiere acostarse contigo, no con Maddie —murmuró Christina, totalmente en serio.

Matt sonrió. Tenía gracia.

—En mi cama no cabe su ego —respondió con calma.

La chica resopló y dijo algo a lo que se limitó a asentir. En serio, ¿en qué estaba pensando Maddie al salir con semejante idiota engominado? Quizá su adorado cuestionario no era tan bueno como decían. Aunque Christina parecía agradable. Daba gusto hablar con ella. No parecía excesivamente impresionada por él. Tenía unos ojos inteligentes, una cara bonita y, como era obvio, sentido del humor. Y, aun así, por alguna razón, no sentía ningún deseo de acostarse con ella.

Claro, no tenía por qué hacerlo; al fin y al cabo, era la primera cita. Pero pensar en «sexo» y en «tener que intentarlo» en la misma frase no parecía el mejor comienzo.

Maddie cambió de postura de modo que su pierna rozó la de él. Se le erizaron los vellos de la nuca y pequeños impulsos eléctricos bailaron sobre el lugar donde ella lo tocaba.

Joder. Estaba en un aprieto.

¿Por qué no se le pasaba esa sensación? Fue sincero y hablaron de ello. Y hacía tiempo que decidió que sería una estupidez empezar algo con ella.

Se recompuso y miró a Christina, que observaba un punto por encima de su hombro.

—Creo que te buscan a ti —murmuró.

—¿Qué? —Se dio la vuelta y vio a dos hombres de traje que se dirigían directo hacia él con los mismos ojos enormes y llenos de asombro que Ronald McDonald.

—¡Viejo, de verdad es él! —exclamó el más alto de los dos y le dio una palmada en el hombro a su amigo—. Y tú no me creías. —Sin embargo, aunque el hombre parecía rebosar confianza, volvió a preguntar cuando llegaron a la mesa—: Perdone, pero ¿es usted Matthew Payne?

Matt ni siquiera tuvo oportunidad de abrir la boca.

—¡Sí, lo es! —respondió Alfie con entusiasmo—. Es incluso mucho más alto en persona que en la tele, ¿verdad? ¡Y tiene un pelo fantástico!

—¡Sí, totalmente! —coincidió el más bajo de los hombres, el que no había creído a su amigo.

—¡Somos grandes fans! —dijo el más alto, como si no hubiera quedado claro.

Matt sonrió por compromiso.

—Me alegra oírlo. Los Hawks siempre agradecen el apoyo. —Bien, Lucy se habría sentido muy orgullosa de esa respuesta. Tendría que pedirle a Maddie que se lo contara.

—¡El partido contra los Kings en Las Vegas fue increíble! —dijo uno de los dos, inclinándose hacia delante de modo que su cara quedó más cerca de la de Matt de lo que a este le gustaba—. Tus goles…

—Gracias. —El otro abrió la boca, seguramente para deshacerse en más elogios. Matt agradecía que tanta gente amara el juego y animara a los Hawks, pero a veces solo quería que lo dejaran en paz. Al fin y al cabo, estaba en una cita, y si no los frenaba, se quedarían allí media hora—. Miren, les agradezco mucho su apoyo —declaró con naturalidad—. Me encanta conocer a todos los fans y

podría hablar con ustedes de hockey durante horas. Pero, ahora mismo, estoy disfrutando de una cena privada. ¿Les importa si lo posponemos? Cuando termine de comer, estaré encantando de acercarme, hacerme unas fotos con ustedes y firmar autógrafos si quieren.

Los dos hombres intercambiaron una mirada vacilante y parecieron llegar a la misma conclusión.

—¿Podríamos hacernos las fotos ahora? Si no, luego solo te marcharás.

—Prometo que me acercaré.

—Ya, no… —dijo el más bajo—. ¿Solo unas? No se tardará nada.

—Estaré encantado de hacerme las fotos cuando haya terminado de comer —repitió él, esta vez con un poco más de firmeza.

—Ya lo escucharon, chicos —dijo Maddie en tono amable, pero con una cierta dureza en la voz que Matt no reconoció—. Vuelvan a sus asientos.

El más alto de los dos resopló, pero se dieron media vuelta. Sin embargo, no bajaron la voz.

—Sabía que Payne es un imbécil arrogante. Ni siquiera tiene unos minutos para sus fans.

—Sí —asintió el otro—. Y los goles de Las Vegas tampoco fueron para tanto. El tipo simplemente tiene mucha suerte en el hielo. El delantero más sobrevalorado de toda la NHL.

Vaya.

Matt sacudió la cabeza. Cómo cambiaban las cosas de rápido. Oh, a quién le importaba. Estaba acostumbrado a que la gente sintiera que podía hablar de él como le diera la gana por ser una figura pública y un estúpido jugador de hockey. No le molestaba. Que hablaran.

Maddie, al parecer, no estaba de acuerdo.

—¡Escuchen, par de perdedores! —gritó indignada, levantándose de su silla.

Él suspiró y le apretó la mano por un momento.

—Maddie, para. No merece la pena.

Ella lo ignoró.

—¿Qué les pasa?

Los dos hombres se dieron la vuelta sorprendidos.

—¿Perdona? —preguntó el más bajo.

—¿Que qué les pasa? —repitió en voz más alta—. ¡Matt fue la educación personificada! ¡Tiene derecho a disfrutar de su velada y a decidir por sí mismo cuándo sacarse fotos con pendejos como ustedes!

Los dos tipos la miraron con incredulidad y regresaron unos pasos hacia su mesa.

—¿Acabas de insultarnos?

—¿Y qué si lo he hecho? —espetó desafiante—. ¡Ustedes dos insultaron a Matt! Es un ser humano, ¿saben? No un muñeco al que le han dado un palo. Puede oír lo que dicen. Y no tiene simplemente «suerte» en el hielo. Se rompe el lomo para jugar así. Así que, la próxima vez que tengan un comentario sarcástico en la punta de la lengua, ¡adelante, atragántense con él!

Matt abrió la boca, perplejo. Bueno, eso había sido un poco extremo. ¿Qué demonios le pasaba a Maddie? ¡Ella *odiaba* los enfrentamientos!

—Si le molesta la forma en que hablamos de él, que levante el culo y abra la boca —dijo el hombre más alto, apartando a Maddie de un empujón para poder verlo mejor. Maddie tropezó, pero se mantuvo en pie.

Matt, sin embargo, sintió como si alguien la hubiera empujado por un tablón hacia el océano. Se levantó de golpe, haciendo que su silla tambaleara de forma amenazadora. Ya era suficiente.

Pero, una vez más, fue demasiado lento. La mente de Maddie parecía funcionar mucho más rápido que la suya.

—¡Oye! —repitió más fuerte y se plantó de nuevo frente a él—. ¿En serio me acabas de empujar?

—No.

—Sí, lo hiciste.

—Oiga, eso no fue un empujón.

—¿Ah, no? Pues esto tampoco es un empujón.

Ella presionó sus manos contra los hombros de él y lo empujó hacia atrás.

Por desgracia, había una mesa detrás de él. Y, por desgracia, varias copas de vino tinto también. Las copas no estaban clavadas al mantel impecable y lo único bueno fue el mantel no se ensució tanto como el traje de su *fan*.

Las copas tintinearon y los comensales gritaron cuando el hombre que estúpidamente había hecho enfadar a Maddie se estrelló contra la mesa. El vino tinto salpicó por todas partes. El filete y el pescado se deslizaron de los platos a los regazos de los clientes; y los camareros, horrorizados, acudieron al lugar… mientras Maddie permanecía con los brazos en jarras antes de, por fin, voltear a verlo.

—No voy a pedir perdón por eso —dijo con frialdad.

Bastaba decir que los echaron de inmediato.

Alfie se marchó enseguida. No podía soportar más estrés desde el incidente con la manguera de buceo que goteaba. Nadie le preguntó por el tema y todos parecieron aliviados cuando anunció que se iba. Y mientras Maddie pagaba su cuenta: «¡no creo que pueda pedirte que pagues tú, Matt!», le había dicho, él y Christina esperaron afuera, en el aparcamiento, sin saber muy bien qué decir.

Finalmente, Matt se decantó por preguntar:

—¿Fue la cita que esperabas?

Christina se rio y sacudió la cabeza.

—No exactamente, no.

—Ya. —Él se rascó la cabeza—. Siento que haya sido semejante desastre.

—No pasa nada. —Le restó importancia con un gesto. Vaya, de verdad era educada.

—No esperaba que los fans fueran tan persistentes. La mayoría de las veces no es para tanto…

—Los fans no fueron el problema, Matt —interrumpió Christina, riendo entre dientes.

Confundido, parpadeó.

—¿Qué?

—Los fans no son la razón por la que no volveremos a vernos —explicó con paciencia—. No me molestan las situaciones locas. Toda mi vida es una locura y está llena de dramas en los que la gente se tira bebidas a la cara. No me importa. Pero no voy a seguir saliendo con un chico que obviamente no está interesado en mí.

Abrió la boca, perplejo.

—Christina, creo que eres muy…

—Lo sé. —Hizo un gesto con la mano y su mirada se deslizó hacia la puerta del rascacielos por la que Maddie acababa de salir—. ¿No crees que esta noche has venido a la cita con la persona equivocada? —Le dedicó una sonrisa de ánimo, le dio un rápido apretón en el brazo y se alejó por el aparcamiento.

A Matt se le formó un nudo en la garganta mientras la observaba unos segundos antes de bajar la mirada. ¿Tanto se notaba? Mierda. Era hora de purgarse de esa ridícula atracción sexual hacia Maddie. Quizá entonces podrían empezar por fin a ser amigos normales otra vez… y él podría dormirse sin estar excitado imaginándose qué estaría haciendo Maddie en la habitación de invitados. Solo que no sabía muy bien cómo lograrlo.

Capítulo Quince

Maddie creía que era una persona introspectiva. Se conocía a sí misma y a sus estados de ánimo, y tenía la suerte de poseer un carácter relajado y apacible. Lucy, por el contrario, perdía los estribos a la primera oportunidad. Ella no. Rachel empezaba a dar gritos cuando algo no le gustaba. Ella no. Su padre se ponía desafiante cuando pensaba que algo era injusto. ¡Pero *ella* no!

Entonces, ¿qué demonios acababa de pasar?

Por más que se quedara mirando la carretera a través del parabrisas, no lograba comprenderlo.

—Nos echaron —susurró, todavía perpleja.

Matt sonrió con sorna.

—A *ti* te echaron —la corrigió.

—*A mí me echaron* —repitió, asombrada—. Madre mía, nunca me habían echado de ninguna parte. ¡Odio las confrontaciones!

—Pues no fue eso lo que pareció hace un momento.

—¡Lo sé! Pero… ¿qué pasó, Matt?

—Perdiste la cabeza.

—Ah. Sí. Eso —tragó saliva. No tenía ni idea de qué demonios le había sucedido, pero lo que dijeron aquellos dos hombres la puso ¡furiosa!—. No era mi intención empujarlo contra la mesa. Yo… supongo que calculé mal mi fuerza.

Matt soltó una risita.

—¿A qué fuerza te refieres?

Ella le propinó un fuerte puñetazo en el brazo.

—¡A esta!

—No sentí nada. ¿Me acaba de golpear una polilla?

Maddie puso los ojos en blanco.

—Sinceramente, no sé por qué toda esa gente te admira cuando eres… un idiota.

—Ya los escuchaste, tengo un pelo estupendo —respondió con ironía.

Maddie no pudo evitar reírse.

—Ay, Dios, uno de ellos dijo eso, ¿verdad?

—Sí.

—Pero si tienes el pelo hecho un desastre.

—Oye, es intencionado.

Maddie sonrió.

—Peor me lo pones.

—Lo que pasa es que tienes envidia porque no te han pedido hacer un anuncio de champú.

—¡No me digas que de verdad te lo pidieron!

Él suspiró.

—Preservativos, champú, agua embotellada… de todo.

Ella se rio… hasta que recordó que había empujado a un extraño y gimió, ocultando el rostro entre las manos. Pero no era porque se arrepintiera. Aquellos idiotas se lo buscaron.

—¿Maddie? —preguntó Matt al cabo de un rato, mientras estaban parados en un semáforo.

—¿Sí?

—Gracias. —Él esbozó una media sonrisa—. Por defender mi honor.

Hizo una mueca y dejó caer la cabeza contra el respaldo.

—Esa no era mi intención.

—Sí que lo era.

Sí, lo era.

—Bueno, puede ser. ¡Pero es que de verdad me enojaron!

—Es evidente.

—Fueron unos irrespetuosos.

—Uno se termina acostumbrando.

—¡Pero eso no está bien! No es solo que tengas «suerte». Y no eres un arrogante. Y desde luego tampoco eres un imbécil.

—Eso es discutible.

—¡No! —jadeó con vehemencia—. No es discutible. Dax, tal vez. León, sin duda. ¡Pero tú no! —Era un buen chico. Educado. No hería a nadie a propósito. Era… *lindo*.

Levantó la vista y notó que seguía mirándola.

—Es absurdo —masculló él al final. No apartó la mirada hasta que el semáforo cambió.

—¿Qué es absurdo?

—Lo fácil que te resulta enfrentarte a la gente en mi nombre, pero lo difícil que te resulta cuando se trata de ti.

—Fue una excepción.

—No —negó con la cabeza—. Cuando Lucy se sintió tan mal por culpa de Dax, no tuviste ningún problema en decirles a ella y a tu padre lo que pensabas. Cuando se llevaron el remolque de la casita de Hailey con la grúa, ¿quién fue la primera en presentarse en el depósito y cantarle las cuarenta al tipo? —Se quedó callada—. Exacto. Se te da bien pelear, Maddie, pero por alguna razón, solo peleas por los demás, no por ti.

Ella puso los ojos en blanco. Estaba exagerando.

—¿Todavía siguen con lo de mi ensalada? Pedir que se lleven la comida no es una pelea.

—Para ti, es obvio que sí —respondió tajante.

La chica se mordió el labio. Maldita sea. Tenía razón.

—Es diferente. Lo de las aceitunas no importa. Simplemente elijo bien mis batallas. Y, la mayoría de las veces, otras personas necesitan que luche por ellas más que yo misma.

—Yo no lo necesitaba. No me importa lo que diga la gente.

Maddie tragó saliva.

—A mí sí.

Él sonrió.

—Eso también quedó claro.

Suspirando profundo, tamborileó sobre su pierna.

—Es que no me gusta pedir demasiado para mí. No necesito mucho.

—¡Pero necesitas una ensalada sin aceitunas! Y ¿a qué te refieres con eso de… pedir demasiado?

Sus mejillas se encendieron. A veces, era una pena que Matt no fuera un imbécil; así tal vez lo habría dejado pasar. Habría sido más fácil.

—He tenido y sigo teniendo a mucha gente en mi vida que pide demasiado, Matt —susurró—. No quiero ser una de ellas.

—Tu padre —respondió en voz baja.

—Por ejemplo. Rachel. Solo… porque no está aquí. Muchos clientes. Y… —Clemens también le había exigido demasiado: demasiada comprensión, demasiada indulgencia.

—¿Y? —preguntó Matt.

—Y nada más. Cuando hay demasiada gente a tu alrededor que necesita algo, Matt, no te sientes cómoda queriendo demasiado para ti. Porque resulta agotador. Para todos.

Él suspiró con pesadez.

—Deberías decir que «no» más a menudo, Maddie, cuando algo sea demasiado para ti. Y decir que «sí» a las cosas que te hacen bien.

Cierto, ese no era su punto fuerte.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Bien. Entonces hablemos de ese payaso con el que quedaste para esta noche.

Ella gimió y entrecerró los ojos.

—Retiro lo dicho. Hablemos de mi incapacidad para decir que no, mejor.

—Ni hablar. Porque, en serio, ¿en qué carajos estabas pensando?

—Su perfil no sonaba tan mal —respondió, defendiendo a Alfie, aunque Matt tenía razón. Alfie resultó ser horroroso.

—Pero ¿cómo se te ocurrió elegirlo a él? Quiero decir… tu cuestionario no parece haberte funcionado muy bien, ¿no?

Suspiró. No podía culpar a la tecnología.

—Oh, el cuestionario estaba bien. Alfie y yo solo teníamos una compatibilidad del cuarenta y ocho por ciento.

—¿Qué? —preguntó confundido mientras entraba en el aparcamiento subterráneo—. ¿Y eso a qué viene?

Entrelazó los dedos en el regazo y agradeció la penumbra para que Matt no pudiera ver cómo le ardían las mejillas.

—Bueno, pensé que sería mejor empezar un poco por abajo e ir subiendo. Como hacía tiempo que no tenía una cita quise probar un poco las aguas del mundo de las citas.

—Pero… ¿qué? —Matt aparcó de forma un poco más brusca de lo que su BMW merecía—. ¿Ni siquiera un cincuenta por ciento de compatibilidad?

—No —admitió, desabrochándose el cinturón y huyendo del coche. Por desgracia, Matt era un atleta profesional y actuó con rapidez.

—¿Escuché bien? —exclamó incrédulo, dando un portazo—. ¿Se supone que *yo* me tengo que tomar en serio las citas, pero tú puedes quedar con el señor Cuarenta y Ocho Por Ciento?

—Fue decisión *tuya* lo de tomarte en serio las citas —le recordó ella—. Y yo lo estoy intentando.

—Oh, por favor. —Le lanzó una mirada fulminante y entró en el ascensor tras ella—. Un cuarenta y ocho por ciento no es «intentarlo».

—¡Quería empezar sin grandes expectativas! Hablando de eso, ¿qué te pareció Christina? —trató de sonar lo más despreocupada posible, pero sintió como si su voz hubiera subido una octava.

Matt se encogió de hombros y pulsó el botón de su planta.

—Es guapa.

Se le formó un nudo en la garganta.

—Lo sé.

—Y es inteligente. Y divertida. Y también abierta.

Maldita sea.

—Mmm… —reaccionó ella.

—Tu algoritmo no iba muy desencaminado.

Era lo que se temía. Maddie asintió y se concentró en el botón iluminado mientras el ascensor se ponía en marcha.

—Pero… —alargó Matt, y eso la sobresaltó.

—¿Pero?

—Bueno, dijo que esa sería la única cita.

Se le desencajó la mandíbula. ¿Christina estaba loca?

Con los ojos bien abierto, miró a Matt y, durante unos segundos eternos, sus miradas se cruzaron. Maddie estudió cuidadosamente su expresión, buscando decepción o… alivio, quizá, pero no encontró nada, solo calidez y el recuerdo de sus palabras: «sería una estupidez que nos acostáramos ahora».

¡Esas siete palabras que no lograba sacarse de la cabeza!

—No pasa nada —murmuró Matt, curvando la comisura de los labios—. De todos modos, le faltaba ese «algo».

¿Pero de qué demonios estaba hablaba este hombre? Si a Maddie le gustaran las mujeres, habría besado a Christina hasta perder el juicio allí mismo, en la mesa.

—¿Qué «ese algo»? —preguntó y parpadeó, deseando ver dentro de su mente, leer cada uno de sus pensamientos.

Matt frunció el entrecejo y se inclinó hacia delante de forma casi imperceptible.

—Química, supongo —murmuró al fin—. Ese hormigueo en la nuca que promete *más*.

A Maddie le hormigueó el cuello. Sabía a qué se refería. Y el interior del ascensor se encogía a cada segundo.

—¿Más? ¿Qué es más? —repitió como en un eco.

La mirada de él se desvió a sus labios. Fue solo una décima de segundo, pero ella lo vio. Lo sintió.

—Más —repitió en voz baja—. Cosas que sientes pero que no comprendes. Que te resultan atractivas sin motivo aparente. La atracción que surge de la nada pero que sigue ahí.

Los dedos de ella se aferraron a la tela de su vestido.

—¿Sientes eso… a menudo?

Negó con la cabeza.

—No. Pero cuando está ahí, no se limita a desaparecer.

El ascensor dio un aviso sonoro y Maddie se sobresaltó. No estaba hablando de ellos, ¿verdad?

Se aclaró la garganta y salió, apresurándose por el pasillo hacia la puerta.

—Así que, si Christina no cumple tus expectativas, entonces es porque son demasiado altas —afirmó, deseando volver a temas inofensivos.

—Oh, no tienes ni idea. Y Maddie, deberías ser lo bastante valiente como para buscar el cien por cien. O al menos el noventa por ciento.

—El cien por cien me asusta —admitió, abriendo la puerta—. ¿Y si no existe? ¿Y si mi hombre ideal no existe? O, ¿y si creo que llegué a encontrarlo, pero… resulta que me equivoco?

Matt no respondió de forma directa, así que ella miró por encima del hombro con aire inquisitivo. Se sorprendió al ver que él la miraba con los ojos entrecerrados.

—Tienes una lista, ¿verdad? ¿Una lista de requisitos para el hombre ideal o algo igual de tonto?

—¡No es tonto escribir lo que quieres! —rebatió.

—Bien, cuéntame. ¿Cómo es tu hombre ideal? —Cerró la puerta y fue directo a la cocina, probablemente porque seguía teniendo muchísima hambre, igual que ella. Los echaron antes de que pudieran disfrutar de gran parte de la comida.

—No quieres oírlo —dijo con un bufido.

—Oh, claro que sí. Necesito conocer a esa criatura legendaria de la que llevas hablando un año —respondió con seriedad mientras colocaba dos platos, pan, mostaza, lechuga y queso en la encimera —. Así que adelante mientras preparo la cena.

Tal vez tuviera las mejillas de un rosa intenso de nuevo, pero ¡qué demonios, él lo estaba preguntando!

—Bueno, si tanto quieres saberlo, ¡mi hombre ideal no me obligaría a devolver mi ensalada porque tendría claro lo incómoda que eso me haría sentir!

—Ah, entonces quieres a un hombre que no te ponga a prueba. Ya veo.

Ignoró eso. Suspirando, se acercó a él y se apoyó en la isla de la cocina.

—Para mí, mi hombre ideal es alguien que pregunta cómo me fue en el día y que escucha de verdad. Alguien que ayuda en casa sin que tenga que pedírselo; y que ama a mi familia, aunque sé que a veces es difícil de hacerlo. Quiero que sea inteligente, pero que no tenga problemas con que otra persona lo supere. Que sea generoso, cálido y que esté dispuesto a abrirse. Para mí, el hombre perfecto es

aquel que sabe cuándo me siento mal, aunque no lo demuestre. Que llama solo porque está pensando en mí y que me apoya en mis proyectos y en mi trabajo, pero también sabe darme mi espacio cuando lo necesito.

¿Se le olvidaba algo? Creía que sí, pero la expresión de Matt la distrajo. Tenía las cejas tan juntas que formaban una línea recta y los labios apretados con escepticismo. Parecía un niño al que le hubieran planteado un problema de matemáticas imposible.

—No lo entiendo —respondió al fin, pasándole uno de los sándwiches que había preparado; con mucho queso, como era de esperarse, aunque no fuera Babybel—. Si no hay señales externas de que no te encuentras bien, ¿cómo se supone que ese tipo va a saberlo?

—Simplemente lo sabrá.

—Pero ¿*cómo*? ¿Lo lee en tus ojos o algo así?

—Por ejemplo.

Frunciendo el entrecejo, la miró con fijeza.

—No me malinterpretes, Maddie, tienes unos ojos muy bonitos, pero nunca han gritado: «Me siento fatal, aunque finja estar bien». Esperar que alguien sea capaz de leer tus emociones es una estupidez.

Ella le lanzó una mirada sombría.

—No, no lo es. En cualquier caso, es un hombre ideal.

—El énfasis está en *ideal* porque no es real —dijo Matt con la boca llena—. Entonces, ¿en serio quieres que tu novio sea capaz de leer la mente? Imagino que eso sería increíblemente incómodo. Odiaría que mi novia me leyera el pensamiento. ¿De qué hablaríamos entonces? ¿Y si mi intensa imaginación sexual la asusta?

Maddie tuvo que reírse.

—Ese es un buen argumento. Pero es importante que sea sensible. —Asintió con firmeza y dio un bocado a su sándwich. ¡Se podría decir lo que se quisiera de la cocina de Matt, pero el hombre sí que sabía preparar un buen emparedado!

—Creo que cada uno es responsable de sus propias emociones. ¡Si quieres que alguien sepa cómo te sientes, tienes que decírselo de

una maldita vez! Para hacérselo más fácil a la otra persona.

Ella hizo una pausa y tragó saliva. El calor familiar que había estado sintiendo los últimos días cada vez que Matt la miraba durante demasiado tiempo, le hormigueó en el estómago.

—¿Como… cuando me dijiste cómo te sentías hace unos días?

Vio que a él le temblaba la mandíbula antes de responder con dureza:

—Sí. Así.

—¿Y crees que eso me lo ha puesto *más fácil*? —susurró ella, bajando el emparedado mientras se le encogía el estómago—. ¿De verdad crees que, desde que te confesaste, estoy *menos* preocupada por lo que sientes y quieres, y por lo que estás pensando? ¿Que ya no me estoy *volviendo loca*? ¿A pesar de que eso es precisamente lo que querías evitar?

Vio cómo tragaba saliva. Cómo subía y bajaba su manzana de adán y cómo se lamió los labios resecos, en un intento vago de suprimir la vacilación, antes de murmurar:

—Al menos no has tenido que leerlo en mis ojos.

No. Pero se dio cuenta de que él lo había leído en los suyos, que ella sentía lo mismo. De lo contrario, nunca lo habría mencionado. La chica bajó la mirada y asintió.

—¿Y el aspecto físico?

Parpadeó confundida.

—¿Qué?

—¿Qué aspecto tiene tu hombre ideal?

Ah, claro. Su hombre ideal. Estaban hablando de eso.

—No me importa. El físico es secundario —masculló, dando un bocado al sándwich, aunque ya no tenía hambre.

—Y, ¿qué hay de… el sexo?

Se atragantó y tosió un trozo de pan que aterrizó en la encimera.

—¿Qué? —graznó.

—El sexo —repitió con seriedad, sin dejar de mirarla, clavando sus ojos en los de ella con las manos apoyadas en la isla de la cocina y las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, de modo que Maddie pudo ver sus fibrosos antebrazos.

Él parecía tan tranquilo y sereno, mientras que el corazón de ella latía a triple velocidad.

—Ehm… bueno, lo ideal sería que quisiera tenerlo conmigo —respondió en voz baja.

Matt se rio por lo bajo y los tonos cálidos y oscuros le pusieron la piel de gallina.

—«Lo ideal sería que quisiera tenerlo conmigo» —repitió.

—He podido vivir sin eso durante mucho tiempo y seguir siendo feliz, Matt —susurró Maddie—. Así que el sexo no es una prioridad en una relación.

Él asintió despacio.

—Si eso es lo que crees, entonces *nosotros* tenemos una relación.

La chica aferró los dedos a la encimera de la cocina.

—La tenemos —confirmó en voz baja, y luego añadió con vacilación—: Solo que no es sexual.

—Exacto. No es sexual —repitió él como si tuviera que recordárselo. Como si tuviera que recordárselo a ambos.

Y, en ese preciso momento, pareció que los dos necesitaban un recordatorio.

A Maddie le hormigueó el cuello. El corazón le latía con fuerza. Y el calor de su estómago no procedía de la mostaza en el sándwich.

—¿No lo extrañas? —preguntó Matt, rodeando la isla de la cocina. Solo dio un paso lento, pero a ella le pareció que corría hacia ella—. ¿El sexo y todo lo que conlleva, con los besos largos y pausados? ¿El calor de la piel de otra persona? ¿O las caricias que se vuelven más íntimas y ávidas a cada segundo? ¿No la extrañas? ¿La anticipación que te consume y se vuelve cada vez más urgente hasta que no puedes pensar en otra cosa que en cumplirla? ¿No echas de menos poder tocar a alguien, poder explorar todo lo que quieras sin que nadie te detenga… Hasta ser parte del otro por un momento?

Matt seguía mirándola, con las pupilas más dilatadas que antes. Estaba permitiendo que ella leyera su mirada.

Maddie tragó saliva. ¿Cómo conseguía excitarla sin ponerle un dedo encima? ¿Cómo podía desencadenar tantas imágenes con solo palabras?

Era incapaz de apartar la mirada de él. Incapaz de controlar su respiración, que se volvía cada vez más superficial. Incapaz de detener el rubor que, seguramente, le estaba trepando por el cuello.

Se le secó la boca y una mano seguía aferrada a la encimera cuando susurró:

—Sí… echo de menos el sexo.

Vio que Matt tensaba los antebrazos.

—¿De verdad?

—Sí. Lo echo de menos. Mucho. —Era la verdad. Ahora mismo, de hecho, no podía pensar en otra cosa—. Echo de menos sentirme deseada. De… no tener que hacerlo yo sola. —Tragó saliva, sorprendida por sus palabras—. Echo de menos las caricias y todo lo que sigue. Y… —Se mordió el labio y respiró hondo, sabiendo que estaba yendo demasiado lejos y que tal vez no se recuperarían de lo que estaba diciendo en este preciso momento. Sin embargo, no podía hacer otra cosa. Su vientre seguía tensándose de esa forma tan placentera con cada momento que pasaba; había tanto deseo, tanto calor, tanto que quería. ¿Y por qué no iba a tomarlo? Aunque fuera solo por hoy. Y, si decidía tener una aventura de una noche, ¡que fuera con Matt! Confiaba en él. Y, Dios, lo *deseaba* ahora mismo.

—¿Y? —preguntó él con voz ronca.

—Y… —repitió ella y tragó saliva—. Y, desde hace semanas, no he podido pensar en otra cosa que en esas esposas junto a tu cama. Y en el hecho de que quiero que me encadenes a tu maldito cabecero y hagas todo lo que dijiste que harías hace unos días.

Matt se quedó en silencio. Sus palabras, su postura, todo se detuvo en seco. Incluso el tiempo se detuvo.

—Supongo que tienes razón —murmuró, con las manos apretadas como si le costara controlarse—. No necesariamente facilita las cosas el ser sincero y decirle a la otra persona cómo te sientes.

Ella rio con tensión.

—No. No mucho.

El chico respiró tembloroso antes de murmurar:

—Maddie, ¿qué pasa con lo de encontrar a tu príncipe azul?

—Puedo buscarlo mañana.

Las comisuras de su boca temblaron.

—Si hacemos esto, será solo cuando ambos entendamos…

—Que es algo de una sola vez, por supuesto. —Tragó saliva—. Solo estamos excitados y… ayudándonos el uno al otro.

—Cierto. Porque nuestra amistad…

—…es más importante. Siempre será más importante —respondió con seriedad. Porque sabía que él había tenido miedo de eso desde que hablaron sobre Dax—. Alguien acabará herido a menos que ambos entendamos de qué se trata exactamente esto. Pero lo entendemos. Lo único que hago es decir «sí» a algo que es solo para mí. Tú mismo lo sugeriste. Y… una vez no hará daño.

Él se rio de forma ronca.

—¿Hablas en serio? —Asintió—. ¿Una vez?

—Una vez.

—Bien —susurró él, antes de presionarla contra la isla de la cocina y bajar su boca hacia la de ella.

Capítulo Dieciséis

Parecía que había besado a Matt cien veces. Como si cada uno de sus sueños pasados se hubiera hecho realidad. Como si estuvieran abalanzándose el uno sobre el otro en todo momento.

Los labios de Matt eran ásperos y su tacto le resultaba familiar. Una mano le sujetaba el cuello y la otra estaba en su cintura mientras él seguía empujando contra ella, dejando caer su peso, atrapándola entre su cuerpo y la isla de la cocina.

Él ya estaba duro. Sintió su erección contra su vientre. Y la idea de que fuera la responsable, solo con sus palabras y un beso, alimentó el deseo que se movía con una energía desbordante por su cuerpo. Matt deslizó los dedos por sus costados, explorando los contornos de su cuerpo antes de acariciarle el pecho sobre la delicada tela del vestido y frotar los pulgares sobre sus pezones erectos.

Ella jadeó e instintivamente le mordió el labio, necesitando una vía de escape para todas las sensaciones que recorrían su cuerpo; y también se puso a explorar. Metiendo la mano bajo la camisa de él, recorrió su piel cálida y suave antes de subir por sus abdominales, tocándolo dondequiera que alcanzaba. Sintió cómo sus músculos respondían bajo cada caricia. Quería sentir más, pero había demasiada tela de por medio.

Así que le desabrochó los botones de la camisa y le quitó la prenda de sus fuertes hombros. Entonces, Matt la levantó y la sentó en la encimera de la cocina, le subió el vestido y se metió entre sus muslos desnudos. Suspiró satisfecha mientras la presionaba con la lengua todavía entre sus labios. Pequeños relámpagos cruzaron su boca y penetraron en lo más profundo en su abdomen. Todo le producía un cosquilleo. Todo era demasiado y, sin embargo, no era suficiente. Quería mirarlo, disfrutar por fin de la vista de sus músculos definidos, pero estaba demasiado ocupada tocando.

Empujó sus caderas hacia él y envolvió su torso con las piernas, atrayéndolo aún más. Quería más fricción. Necesitaba más. Sus pantalones, sin embargo, estorbaban. Quería tocarlo. En todas partes. Lo quería todo. Ahora mismo. Pero…

—¡Matt! —jadeó, apartándose de él—. Es poco higiénico. Tener sexo aquí mismo sería *muy* poco higiénico.

Él se rio con suavidad y sacudió la cabeza.

—Joder, si todavía puedes pensar en lo que es higiénico y lo que no, es que debo de estar haciendo algo mal. Supongo que tendré que esforzarme más.

Al momento siguiente, la tomó en brazos y la llevó hacia el dormitorio. Ella chilló y se aferró a sus hombros mientras Matt besaba el punto de su cuello donde su pulso latía con fuerza. No alcanzaba a comprender cómo podía seguir volviéndola loca sin estrellarlos contra el marco de la puerta, pero menos de veinte segundos después, la dejó sana y salva sobre su cama.

No obstante, aún no estaba lista para pasar al evento principal. No había terminado de besarlo y de disfrutarlo a su manera. Quería más. Quería saborearlo. Si solo tenían esta noche, quería hacerlo todo. Pasarían meses o años antes de que encontrara al hombre de sus sueños y volviera a tener sexo, así que tenía que saborear esto.

Lo empujó hacia atrás y se levantó de la cama.

—No te muevas —susurró.

—¿Por qué…? —No terminó la frase. En su lugar, siguió con la mirada sus manos mientras ella las deslizaba por su pecho a través del vello fino. Besó el lugar sobre su corazón y le desabrochó el cinturón. El metal hizo clic mientras se ponía de puntillas para

sembrar besos en su mandíbula con barba de varios días. Cuando el cinturón estuvo completamente desatado, se dejó caer de rodillas, arrastrando sus calzoncillos y sus vaqueros antes de deslizar los dedos por sus musculosas piernas. Besó su vientre…, lamió su longitud. Porque no podía esperar.

Matt se estremeció y su respiración se detuvo. Ella lo miró y sonrió.

—¡Te dije que no te muevas! —Él la miró con fijeza, con las pupilas dilatadas, antes de tragar saliva y asentir casi de manera imperceptible.

Lo tomó una vez más en su boca. Centímetro a centímetro. Con la mirada aún anclada en la de él, lo chupó y lo lamió, disfrutando de cada segundo.

Un gemido escapó de la boca masculina y eso solo aumentó su excitación. Había olvidado lo bien que se sentía dar tanto placer a alguien, saber que era la responsable de los sonidos roncos que salían de la garganta de su acompañante. Que era la razón por la que estaba tan increíblemente duro. Palpitaba en su boca, en su paladar. Así que apretó más los labios a su alrededor. Lo saboreó y lo…

—Joder, Maddie —gruñó Matt—, tienes que ir más despacio. —Ella rodeó su punta con la lengua—. Maddie —gimió de nuevo.

La chica se apartó y le sonrió entre párpados entornados.

—Pensaba que no gemías nombres.

—Bueno, tampoco me acuesto con mis amigos —susurró él.

—Dax se sentirá muy decepcionado.

—Lo sé. Pero él no es mi tipo.

—¿Así que estás haciendo una excepción conmigo? —replicó, succionándolo de nuevo, haciendo que cerrara los ojos.

—Oh, mierda. Eso parece. Yo... yo... ¡Maddie, tienes que parar! —Le puso las manos a los lados de la cara y la obligó a mirarlo—. Nuestra única vez no va a terminar *así*.

No su primera vez: su única vez.

Sí, tenía toda la razón en eso.

Ella dejó que la pusiera en pie, lo besó con la boca abierta, empujando sus caderas contra su erección mientras Matt tiraba del

dobladillo de su vestido, hasta quitárselo por la cabeza.

—Maldita sea, no mentías. No llevas sujetador.

—No cabía.

—Le estoy agradecido a tu vestido por eso —susurró él, levantando las manos, quizá para tocarla… pero cambió de opinión a mitad de camino. En su lugar, dio un paso atrás y se limitó a mirarla. Dejó que su mirada recorriera su cuerpo desnudo. Escaneando cada centímetro de ella.

Maddie debería haberse sentido tímida, quizá incómoda con Matt mirándola de esa forma tan descarada.

Pero no lo estaba, y no lo estaría. Era Matt. Ella siempre confiaría su vida en él. No se reiría de ella, nunca la haría sentir que no era perfecta tal y como era.

—Dios, eres preciosa —susurró y tragó saliva—. Será mejor que te metas en la cama ahora antes de que me ponga demasiado rudo.

A Maddie se le encendieron las mejillas.

—A lo mejor me gusta lo rudo —susurró.

Los ojos de Matt se oscurecieron, sus iris ahora casi tan negros como sus pupilas.

—Ah, ¿sí? —respondió con voz ronca, dándole la espalda y caminando hacia un estante. Agarró algo y lo sostuvo detrás de su espalda mientras se volvía de nuevo hacia ella—. ¿Por qué no estás en la cama?

Sacudió la cabeza con reproche ante su inmovilidad y le rodeó la cintura con un brazo, levantándola y lanzándola sobre el colchón antes de gatear sobre ella. Su pecho rozó el suyo mientras la empujaba hacia arriba en la cama con un muslo duro entre sus piernas. Le sujetó los brazos con las manos, le hundió los dedos en la piel y se los inmovilizó por encima de la cabeza… donde sintió que algo mullido se cerraba alrededor de su muñeca. Primero en una, y luego en la otra.

Su respiración se aceleró y miró hacia las esposas que él había sujetado al marco de su cama.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó, con la excitación recorriéndola.

—¿Qué te parece que hago?

—Pero…

—No quiero que te escapes, Maddie —susurró con voz oscura, besándola en el cuello. En la clavícula. En la parte superior del pecho —. Ahora me toca jugar a mí. —Al momento siguiente, cerró los labios alrededor de uno de sus pezones y lo chupó.

Maddie levantó el torso del colchón mientras se arqueaba hacia él, con destellos de placer disparándose por su centro.

—Aparte de eso… —Levantó la vista, le pasó la mano por el vientre y la deslizó dentro de sus bragas—. En realidad, nunca las había utilizado y quiero saber qué clase de sonidos haces cuando hago esto —su pulgar encontró su punto más sensible con precisión y lo acarició con fuerza—, y no puedes defenderte.

Ella gimoteó y levantó las caderas del colchón. Él, sin embargo, iba demasiado despacio. Quería agarrarle la muñeca y hacer que fuera más rápido, pero las esposas se lo impedían.

Gimió de pura frustración.

Matt sonrió con picardía.

—Sí, es más o menos lo que imaginaba. ¿Y qué pasa aquí? —Hundió dos largos dedos en su interior. De delante hacia atrás, frotando el punto exacto una y otra vez.

La chica jadeó y entrecerró los ojos. Volvió a alzar la pelvis en su dirección, pero él retiró la mano.

Maddie tironeó de las esposas; no podía hacer nada.

—¡Matt! Por favor…

—Aún no terminó —le respondió en voz baja—. Quiero saber cómo reaccionas a esto… —Al momento siguiente, presionó sus labios contra su centro ardiente y… también lamió, chupo y succionó.

Maddie se agitó. No podía soltarse, así que aferró con las manos los barrotes de hierro de la cama mientras Matt la torturaba con su lengua, trazando círculos contra ella. De pronto, usó un dedo y hundió la lengua en su abertura al mismo tiempo.

Fue demasiado. Sintió el orgasmo atravesarla como un latigazo y su abdomen se contrajo; justo cuando la primera ola amenazaba con abrumarla, Matt apartó la mano y los labios de golpe.

Abrió mucho los ojos y lo miró con incredulidad.

—¡Matt! Necesito… Quiero…

Vio cómo tragaba saliva antes de inclinarse sobre ella y abrir de un tirón el cajón de su mesilla de noche para sacar un condón.

—Lo sé. Yo también. Pero quiero estar dentro de ti cuando te corras. *Necesito* estar dentro de ti cuando lo hagas. —La besó profundo mientras manipulaba sus muñecas y la presión de las esposas cedió de repente—. Vas a necesitar ambas manos— murmuró, y atrapó una vez más su labio inferior entre los dientes mientras su erección endurecida presionaba contra su vientre. Al deslizarse hacia abajo, su dureza resbaló por su humedad.

Maddie se puso nerviosa.

—Matt —dijo, tomando su rostro entre sus manos para que la mirara—. Ha pasado mucho tiempo para mí y… y…

—Lo sé. —La besó con ternura. Rozó con sus labios su mandíbula y tras su oreja—. Tendré cuidado, Maddie. ¿Confías en mí?

Ni siquiera tuvo que pensárselo, se limitó a asentir. A veces era ventajoso acostarse con tu mejor amigo.

—Bien —susurró él y se puso el condón antes de posicionarse entre sus muslos. Sintió la cabeza de su erección. Estaba nerviosa, pero al mismo tiempo quería que fuera más rápido.

Él volvió a besarla, recorriendo sus costados con las manos y… se hundió en ella. Centímetro a centímetro, la llenó, tomándose su tiempo. Retrocedía a penas un poco, antes de volver a deslizarse en su interior. Más profundo. Más fuerte. Hasta que, por fin, quedó enterrado dentro de ella hasta la empuñadura.

Fue fantástico. Se sintió… completa, incluso antes de que empezara a moverse.

Maddie gimió y rodeó sus anchos hombros con los brazos, elevando la pelvis hacia él al mismo ritmo que sus embestidas. Sentía su miembro duro deslizándose sobre el punto exacto y supo que no aguantaría mucho más; las sensaciones ya estaban tomando el control. Lo besó, lloriqueando contra sus labios mientras él pasaba su mano entre sus cuerpos. La acarició una vez. Dos veces.

Eso fue todo lo que necesitó. El orgasmo la arrolló con la fuerza de un huracán, quemando su interior mientras Matt se hundía en ella una y otra vez.

—Joder, me encanta —le susurró al oído, siguiéndola. Mientras ella aún se contraía a su alrededor, sintió que todo el cuerpo de él se tensaba al embestir una última vez, con los labios presionados contra su cuello.

Durante unos instantes eternos, no se movieron, simplemente se quedaron uno en brazos del otro, tan cerca como se puede estar cuando la piel lo permite de aquella manera.

Entonces, Matt soltó un suspiro tembloroso, se retiró y se quitó el condón.

—Eso fue… —dijo ella sin aliento.

—¿Una buena única vez?

—¡Buena se queda corto!

Él sonrió.

—Ah, ¿sí? Sigue hablando.

Soltó una carcajada y le dio un manotazo en el hombro.

—¡Ni hablar! Eso solo alimentaría tu ego.

—Creo que mi ego se lo merece.

Ella resopló aunque no pudo evitar sonreír y deslizó uno de sus pies entre las piernas de él. Se sentía tan… satisfecha. Todo en aquel momento era hermoso. Sin preocupaciones. Libre. Hacía siglos que no se sentía así. Había olvidado lo que sucedió esa tarde y no estaba pensando en lo que pasaría mañana. Y aquello era increíblemente valioso.

Puso una mano sobre el pecho desnudo de Matt y trazó círculos sobre él antes de preguntar por fin en voz baja:

—De verdad, ¿nunca habías usado las esposas de antes?

—No. —Él le apartó un mechón de cabello tras la oreja—. Como dije, fue un regalo de broma de una de mis hermanas.

—De Nell —adivinó de inmediato.

Él resopló.

—Sí, de Nell. —Maddie sonrió. Era obvio. Su hermana mayor tenía ese sentido de humor—. Abrí el regalo de las esposas delante de mis padres y de todos mis amigos. Fue toda una celebración.

Ella se rio.

—Me cae bien.

—No se lo digas este fin de semana. Empezará a competir conmigo para ver a quién prefieres.

—Oh, tú llevas un orgasmo de ventaja.

—Qué suerte la mía.

—No, no, qué suerte la mía —dijo, sonriéndole desde abajo.

Matt resopló y le puso una mano en la cara.

—Será mejor que no le digas eso. Podría tomárselo de forma equivocada.

—¿Pero no se alegrará de que por fin hayas utilizado su precioso regalo? —preguntó con inocencia. Él la miró con pesadumbre y Maddie soltó una carcajada—. Bien. Nada de historias de esposas en la mesa de tus padres. Anotado.

—Muy bien. —Cerró los ojos y ella se acomodó en el hueco de su brazo.

Estaba agotada, de la mejor manera posible. Tenía los párpados pesados, el cuerpo feliz pero cansado. Si quisiera, podría quedarse dormida ahora mismo, pero entonces recordó algo.

—Ah, por cierto, mañana tenemos una cita con Dax, Lucy y Jack —murmuró y se acurrucó más contra su hombro… que se tensó de inmediato.

—¿Qué?

¿Por qué se ponía difícil?

—Sí, nos vemos en casa de Dax después del partido.

—Pero yo no quiero…

—Sssh, estoy cansada —dijo, poniéndole la mano sobre la boca —. Esto ha sido agotador. Necesito descansar.

—Maddie…

—Por favor, Matt —susurró cerrando los ojos—. Por mí.

Él suspiró, pero fue una aceptación silenciosa. Y aquello era todo lo que necesitaba en ese momento.

Estaba increíblemente satisfecha. Hacía calor y el colchón era tan suave… pero justo antes de quedarse dormida, sintió que Matt apoyaba su cabeza con cuidado sobre una almohada y que la cama cedía cuando él se levantó.

Cierto. Era cosa de una sola vez. Quizá lo mejor sería no dormir juntos. Solo era sexo. Nada más. Y todo saldría bien mientras fueran

sinceros al respecto.

Aun así, la cama se volvió extrañamente fría y dura sin él.

Capítulo Diecisiete

Fue cosa de una vez. Solo sexo. Nada más.

Matt se repetía esas palabras en la cabeza una y otra vez, mientras se metía en la cama fría de Maddie, ya que ella estaba en la suya. Sinceramente, esperaba comenzar a creérselas pronto. Si no lo hacía, cabía la posibilidad de que acabara de cometer el mayor error de su vida, aunque también hubiera sido la mejor maldita noche de su vida.

Sin embargo, no podían despertarse el uno al lado del otro. Eso sería demasiado… íntimo. Entonces sería algo más que sexo. Desdibujaría límites innecesarios en su amistad. Ese pensamiento lo asustaba. Así que se marchó. Puso entre ellos esa distancia que necesitaba con desesperación.

Se había pasado la tarde preguntándole por el hombre de sus sueños mientras sabía muy bien hacia dónde se dirigía todo —¡porque, maldita sea, fue él quien lo manipuló así!—, diciéndose a sí mismo que lo único que tenía que hacer era deshacerse del deseo acumulado que sentía por ella y que luego todo volvería a la normalidad.

Sin embargo, no se durmió sino hasta el amanecer, porque no dejaba de intentar decidir si quería acostarse con Maddie una segunda o una tercera vez… y ese pensamiento no dejaba de ponerlo duro. Aquello era una respuesta en sí misma.

Solo eran las secuelas de su noche juntos, se dijo. Todo iría bien. Las cosas se enfriarían y volverían a tener una relación sensata y platónica. ¡En todo caso, su amistad habría mejorado gracias al sexo! Al fin y al cabo, ahora se conocían aún mejor.

¿O no?

Cuando se despertó a la mañana siguiente, casi se lo creyó. Maddie se fue temprano a trabajar, pero dejó un post-it en la nevera.

Hice omelettes. El tuyo ya estará frío, pero parecías tan agotado que pensé que sería mejor dejarte dormir. ¿Tuviste una noche estresante ayer? ¡Mucha suerte con el partido de hoy!

Me acabo de dar cuenta de que podría haberte escrito todo esto por mensaje y ahorrar papel. Da igual, ¡voy a aprovecharlo ahora!

Debajo había un dibujo espantoso de una gallina poniendo un huevo. Al parecer, esa era su idea de «aprovecharlo».

Matt soltó una risita y respiró aliviado. Eso estaba bien. Eso era normal. Todo estaba bien entre ellos. Lo único que quedaba era el asunto con Dax. Bueno, si tenía suerte, no tendrían ocasión de hablar antes del partido de hoy. La semana pasada solo se estuvieron comunicando mediante gruñidos y asentimientos con la cabeza. Jack decía que se estaban comportando de forma infantil. Matt decía que, al menos, no eran gruñidos y malas señas. Y, en cuanto a la reunión de la tarde, a la que Maddie prácticamente lo estaba obligando a asistir… Bueno, ¡habría mucha más gente con la que hablar! No tenía por qué ser tenso ni incómodo en absoluto. Si todo lo demás fallaba, bien podía mantener la boca cerrada.

—No puede ser que ese sea tu plan en serio —barbotó Jack unas horas más tarde, poniendo los ojos en blanco mientras subían las escaleras hacia el apartamento de Dax—. Pensaba que ya habían hecho las paces y que la cena de esta noche era para celebrar su inigualable amistad masculina.

—No, esto es una reunión forzada que Maddie y Lucy organizaron porque no soportan vernos a Dax y a mí enfadados. Intentan obligarnos a hablar de nuevo.

El pívot lo miró, perplejo.

—¡Pero Lucy dijo que sería una velada relajada!

—Lucy mintió.

Jack apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Sabes que jugué en Nueva York casi diez años, y nunca hubo nada ni remotamente parecido a este tipo de drama entre los jugadores. Pero, dos meses contigo…

—… ¿te lo estás pasando de maravilla?

—¡No!

—Hm. —Matt frunció el ceño y lo miró—. Pero ¿llegaste a ser muy amigo de alguien del equipo?

El mayor se rascó la cabeza.

—Mmm…

—Exacto. Por eso somos mejores que el resto. Porque el entrenador nos dice todos los días que somos una familia y, al final, nos lo creemos. ¿Habrías ganado de forma tan espectacular con los Predators como lo hiciste con nosotros esta noche?

—¡Sí! Porque yo habría estado en su equipo —dijo Jack, agitando la mano—. Ganar es lo que se me da bien.

Matt resopló.

—Sí, definitivamente tú y Dax son hermanos.

Jack asintió con firmeza.

—Gracias.

—No es un cumplido.

Curvó una comisura de los labios.

—Oh, claro que lo es.

Genial. Otro animador para Dax. Matt no dijo nada, alegrándose de haber llegado por fin a la puerta de aquel extremo. Llamó al timbre.

Se oyeron varias voces. Una era la de Lucy, que decía, molesta:

—¡Por Dios, Dax, tienes casi treinta años! ¡Los dos se van a pedir perdón y punto!

Matt frunció el entrecejo. ¡No tenía ningún motivo para pedir perdón!

Cuando la puerta se abrió de par en par, le habría gustado saludar a los demás con esas mismas palabras… pero fue Maddie quien abrió.

El corazón le dio un vuelco.

Era una tontería. La veía todos los días. Bueno, no es como si se hubiese estado acostando con ella los días anteriores también. De una forma… ardiente y… Al parecer, aquello hacía que sus entrañas dieran vuelcos extraños.

Llevaba vaqueros y una sudadera con capucha con el logotipo de los Hawks. Por instinto, quiso tomarla de los hombros y darle la vuelta para ver qué nombre y qué número llevaba a la espalda.

Era un auténtico neandertal.

—Hola —dijo la chica sin aliento, sonriendo a uno y luego al otro —. Bienvenidos al infierno. Es muy divertido escuchar a Dax y Lucy discutir.

Matt intercambió una mirada de incertidumbre con Jack, pero ambos llegaron a la misma conclusión silenciosa: era demasiado tarde para dar marcha atrás. Además, Lucy ya los había visto.

—Ya están aquí. Qué bien —dijo esta, arrastrándolos a ambos al interior del apartamento por las mangas—. Dax todavía está ocupado quejándose y cocinando. Pero no tardará mucho. Para ser un atleta profesional, es alarmante lo rápido que se queda sin aire.

—¿Dax cocina? Cuánto esfuerzo. ¿Solo por nosotros? Es una joya humana —respondió Matt con sarcasmo.

—Por ustedes no. Por Maddie y Lucy —replicó este con agresividad—. Porque Jack quema hasta el agua y tu especialidad son los sándwiches y el Babybel.

Maddie, la traidora, soltó una carcajada.

—Tiene razón. Y en serio, Jack, ¿cocinas incluso peor que Matt? ¿Es algo propio de los jugadores de hockey?

—Qué va —espetó Matt—. Fox puede servirte una cena de tres platos y León prepara las mejores copas. Es algo personal.

—No soy mal cocinero, simplemente no cocino —se defendió Jack—. Antes Dax cocinaba para nosotros y luego… me hice rico. —

Se encogió de hombros como si eso lo explicara todo, y así era.

—En nuestra casa, Maddie siempre ha sido la mujer de la cocina —dijo Lucy, dándole una palmadita a su hermana en el hombro.

Sí, igual que era la chica ideal para todo. Era quien se encargaba de las cosas. Eso le había quedado demasiado claro a Matt en las últimas semanas; se aseguraba de que su padre estuviera bien, de que Rachel se pusiera en contacto con más frecuencia y de que Lucy no olvidara sus responsabilidades familiares. Ella era el pegamento que mantenía unida a la familia James. A duras penas. Y eso suponía una presión increíble sobre sus hombros. Matt se preguntó si sus hermanas se daban cuenta.

—Bueno, yo creo que huele de maravilla —comentó Maddie mientras Matt y Jack se quitaban las chaquetas y los zapatos—. Gracias, Dax. Es un lindo detalle por tu parte.

—Hm —gruñó este, mirando a Matt con los ojos entrecerrados—. Así soy yo: un encanto. No hay absolutamente ninguna razón para estar enfadado conmigo o culparme.

Lucy le dio un pellizco en el bíceps con enfado y siseó:

—¡*Siempre* hay razones para culparte, Dax! Deberías asistir a una reunión de marketing de los Hawks. Ahora, deja de escupir veneno. Hará que la salsa se ponga ácida.

—¡Venga ya! ¡He sido más santo que Jack el *Santo* estas últimas semanas! —se quejó su novio con incredulidad—. ¿Y por qué estás enfadada conmigo cuando fue Matt el que dijo que deberíamos separarnos?

—¿Perdona? —exclamó Matt, perplejo—. ¡Yo no dije nada de eso!

Lucy suspiró profundo.

—Lo sé, Matt —lo tranquilizó—. Dax siente que su orgullo está herido porque asume que se le da bien todo, pero todavía tiene que aprender a compaginar las amistades y las relaciones. Yo también, por cierto. —Frunció el ceño y miró a Maddie con tono de disculpa—. Nos damos cuenta de que hemos estado un poco… absortos el uno en el otro estas últimas semanas.

—Deja de decir eso. —Dax la miró frunciendo el entrecejo—. Parece una confesión de culpabilidad. Y mi orgullo no está herido… ¡*Todo* se me da de maravilla!

—Ah, eso sí no lo creo —masculló Jack—. ¿Recuerdas aquella vez que intentaste montar un armario de Ikea y rompiste una ventana, un dedo y tu cama?

Su hermano lo fulminó con la mirada.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto a mi vida, Jack.

El pívot sonrió.

—Gracias. Yo también.

Lucy los miró con interés.

—Quiero oír esa historia.

Matt no. Él ya se la sabía. Al igual que se sabía *todas* las historias de Dax… aunque, espera, ¡el bastardo traicionero se calló que tenía un hermano secreto! Vaya, quizá no estaban tan unidos como siempre creyó. Quizá debería limitarse a aceptarlo y olvidarlo.

—No —respondió Dax con brusquedad.

Anda. ¿Le estaba respondiendo a Lucy o es que le había leído el pensamiento?

La pelirroja resopló de frustración. Maddie agarró unos platos del armario y se los tendió a Matt, presumiblemente para que pusiera la mesa. Luego, colocó unas copas de vino sobre la isla de la cocina.

—Está bien —capituló la novia de Dax—. Pues guárdate la historia y cambiemos de tema. ¿Algo nuevo de su parte? —Miró expectante las caras de cada uno de ellos.

Matt desvió la mirada porque, sí, había algunas novedades, pero ni en sus sueños más locos se le ocurriría…

—Sí, Matt y yo tuvimos sexo —declaró Maddie con ligereza—. ¿Quién quiere una copa de vino?

Unas cuantas sinapsis estallaron en el cerebro de Matt y, de repente, se le cayeron los platos. Se hicieron añicos contra el suelo con un estrepitoso estruendo, enviando fragmentos por toda la cocina y el salón. A Dax se le resbaló la cuchara dentro de la olla, salpicando salsa roja por todas parte; Jack se atragantó con el agua que acababa de beber y la escupió al suelo. Y Lucy se limitó a mirar a Maddie con la boca abierta.

La sangre le zumbó con fuerza en los oídos y todo su cuerpo se tensó. Joder. En serio, no hizo… No podía haber…

—¡¿Que hicieron qué!? —chilló Lucy finalmente, mirando frenética entre Matt y su hermana—. Ustedes… pero, ¿*qué*?

—¿Pero qué carajos? —exclamó Dax, y Matt tuvo que darle la razón. Se había esperado que esta velada fuera horrible, pero no *así*.

—Maddie —espetó entre dientes.

Ella levantó la vista, confundida. Tenía las mejillas un poco sonrojadas, pero su expresión no era de culpabilidad en absoluto.

—Preguntó si había algo nuevo. Esto es algo nuevo.

A él se le cerró la garganta. Vio que los ojos de Lucy se abrían tanto que amenazaban con caerse dentro de la salsa de tomate junto a la cuchara de Dax.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? —gritó.

Matt se preguntó si ya era hora de desmayarse. ¿Podría hacerlo a voluntad? Si no, debería aprender lo antes posible.

—Viejo, me alegro de haber venido —murmuró Jack con sorna—. No es nada incómodo, qué va.

Maddie puso los ojos en blanco cuando Dax espetó:

—Lo sé, Jack, no te gusta el drama. Aguántate. Y repito: ¿*pero qué carajos*? —Entonces sus ojos se posaron con reproche en el rostro de Matt.

¡Como si fuera culpa suya! Como si hubiera usado magia negra para convencer a Maddie de saltar a la cama con él. Como si Dax tuviera derecho a culparle por la noche más increíble de su vida.

Pero no lo hizo. Lo ignoró y, en su lugar, se quedó mirando a Maddie, estupefacto.

—*¿Por qué?* —exclamó con incredulidad—. ¿Por qué demonios ibas a decir eso en voz alta?

Ella parpadeó, perpleja, y luego se encogió de hombros.

—¡No lo sé! ¡Porque tal vez a ella le interesaría!

—Oh, desde luego que sí —dijo Lucy, fingiendo seriedad—. Muchísimo. Cuéntame más.

—Deja de hablar—exclamó Dax en voz alta.

—Ah, joder —masculló Matt, tapándose los ojos con una mano.

—¿Por qué estoy yo aquí exactamente? —preguntó Jack alzando la voz—. No quiero estar aquí.

—¡No es para tanto! ¡Por eso se los estoy contando! —afirmó Maddie con énfasis—. Fue cosa de una sola vez. No cambia nada. Solo que no quería que fuera un secreto, para ponérnoslo más fácil. Para que nadie acabe haciendo una montaña de un grano de arena.

Matt apretó los labios y gruñó entre dientes. Tenía el firme presentimiento de que ese «nadie» era ella, de que lo estaba revelando para poder fingir que su noche juntos solo era una anécdota divertida, y no el mejor sexo que hubieran tenido en sus vidas.

¿Cómo diablos había podido meterlo en semejante lío? ¡Tenía que haber sabido lo que él iba a tener que aguantar después! ¿Por qué no lo habló con él antes de decidir si lo revelaban o no? Entonces, él habría dejado clara su postura: *¡Ni de broma!*

—Solo por curiosidad —dijo Lucy en tono de charla informal—, ¿Matt es más bien tipo mosquito o tipo elefante?

—¡Lucy! —respondió Dax con brusquedad.

—Solo tengo curiosidad.

—No digas ni una palabra más, Maddie —gruñó Matt.

—*Bro*. —Jack lo miró negando con la cabeza—. ¡Me refería a que hablaras con ella! ¡No que te acostaras *con* ella!

Dax y Maddie se giraron hacia él de inmediato.

—¿Hablaron de esto? —gritaron los dos al mismo tiempo, igual de impactados.

—No, no lo hicimos —espetó Matt con dureza—. Al menos, no directamente. —Enfadado, se volvió hacia Maddie—: ¿Y de verdad me acusas a *mí* de dar demasiada información?

La castaña suspiró.

—No entiendo por qué se están volviendo locos. Como dije, no es para tanto.

—¿Te refieres al «mosquito» de Matt o a su noche juntos? —quiso saber Lucy con interés.

La mandíbula de Matt crujió.

—Cállate ya, Lucy.

—Oye, no le hables así —replicó Dax enfadado, y luego añadió con suavidad hacia su novia—: tú deberías dejar de hablar.

Ella le dedicó el dedo medio y volvió a mirar a su hermana.

—Me alegro mucho de que hayas sido tan sincera, Maddie. De verdad. ¡Mucho!

Dubitativa, esta se encogió de hombros.

—Bueno, no me pueden echar en cara que no me abra a los demás.

—Tienes toda la razón —dijo su hermana con una sonrisa—. Con Clemens, no me dijiste hasta nueve meses después que te estabas acostando con él.

Clemens. Ese nombre otra vez. ¿Quién era ese tipo? ¿Y cómo pasó Lucy tan rápido de estar hablando de Maddie acostándose con él a estar hablando del exnovio? Eso no le gustó para nada.

¡No le gustaba nada toda esta situación!

—La verdad es que no pensé que les fuera a sorprender tanto —dijo Maddie—. Quiero decir, ustedes dos se estuvieron acostando con medio Los Ángeles todo este tiempo. —Señaló con un gesto a Lucy y Dax—. ¿Por qué es algo tan descabellado cuando se trata de nosotros?

—Maddie… —murmuró Matt suplicante, pero Lucy lo acalló.

—¡No lo es! Solo nos tomó… desprevenidos —respondió a la ligera—. Así que tuvieron sexo. ¿Qué tal fue? —Miró a Matt con inocencia.

Él resopló con fuerza. No había ni la más remota posibilidad de que dijera nada al respecto. Y Maddie nunca…

—Oh, Matt es increíblemente bueno —afirmó con naturalidad—. Pero ya me lo esperaba. Tiene puro instinto. En todo lo que hace.

—Dios, que alguien me mate ahora mismo —masculló Jack; luego hizo una mueca y añadió—: Ojalá creyera en Dios.

—¿Cuántas veces lo hicieron? —preguntó la pelirroja de inmediato.

—Bueno…

Matt no dejó que Maddie terminara. Cruzó la cocina en dos zancadas, le pasó el brazo por el cuello y le tapó la boca con la mano.

—Te juro por el dios en el que Jack no cree —le gruñó al oído—, que, si dices una palabra más sobre esto, le diré a la ESPN que

Match Me! no es más que una tapadera de lavado de dinero para una red de prostitución.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, como si no comprendiera la situación. ¡Joder, pues ya eran dos!

—¡Maddie! —dijo de repente, soltándola—. No vamos a discutir nuestra noche juntos con estos idiotas.

—¿Por qué no? —preguntó sorprendida—. No tiene nada de malo. Somos dos personas adultas que decidieron ceder a sus… necesidades y…

—Creo que voy a vomitar —interrumpió Dax.

—Tú quédate con el baño grande, yo iré al de invitados —masculló Jack.

—¡Me encanta esta velada! —declaró Lucy con los ojos brillantes.

—¡Lucy! —siseó Matt con voz sombría.

—¿Qué? Yo...

—La cena está lista —interrumpió Dax sin expresión—. ¿A alguien le apetece pasta boloñesa con guarnición de historias sexuales aventureras?

—A mí sí —exclamó Lucy cantarina—. ¿Y luego una partida de Uno?

Matt entrecerró los ojos y se frotó la cara. Al menos ya nadie hablaba de su discusión con Dax.

Pero, joder, eso era lo único positivo que podía decir de la velada. Eso, y que terminó después de una hora y media. Por desgracia, tuvo que llevarse a Maddie con él, aunque no le apetecía estar a solas con ella estando tan enfadado. ¿Cómo había podido… cómo pudo… *por qué* querría ella…?

—Pareces enfadado —dijo una voz suave a su derecha.

Se detuvo en seco ante un semáforo y se giró hacia ella.

—¡Es que *estoy* enfadado, Maddie! —espetó atónito.

Ella levantó las cejas con sorpresa.

—¿Por qué?

—¡Porque les anunciaste a todos nuestros amigos que follamos! —exclamó indignado.

—Ah, entiendo. Eso. —Hizo un gesto de desdén con la mano—. No pasa nada. Quería que todo siguiera siendo normal, así que por

eso se los dije.

—Tú… ¿En qué mundo es *normal* decirles que nos acostamos?

—Si hubieras sido cualquier otro tipo con el que hubiera tenido un rollo de una noche, Matt, se los habría contado —insistió, removiéndose inquieta en su asiento—. Habría soltado unas risitas y le habría contado a Lucy lo del sexy jugador de hockey que acabó con mi racha de sequía. Dax se habría sentado allí fingiendo que no escuchaba, aunque estuviera prestando toda su atención. Así que no quería que fuera algo trascendental que se interpusiera entre nosotros para siempre. Por eso me fui de la lengua.

—¡Pero no te fuiste tú sola, Maddie! —le espetó—. Fue *nuestra* noche. No la *tuya*. ¡Así que era *nuestra información*, maldita sea, no exclusivamente *tuya*! No puedes decidir por los dos. —Apretó los labios y negó con la cabeza—. ¡Eso no está bien!

—¡Pero, Matt! —Su voz subía de volumen por momentos—. Cuando pasa algo que no es demasiado significativo, pero sí interesante, se lo cuentas a tus amigos, ¿no?

Se le quedó la boca seca. Cuando algo «no es demasiado significativo…». ¡¿Pero qué cojones?!

—Pensé que sería mejor si fuéramos abiertos sobre el tema —continuó ella sin inmutarse.

—¡Abiertos el *uno con el otro*, sí!

—¡Matt, no pensé que fuera a suponer tal problema para ti!

—¡Pues lo es!

—Bien. Ahora que lo sé…

—No puedes retirarlo. —¡Igual que esa mierda de «algo no demasiado significativo» de hace un momento!

Maddie suspiró.

—Lo siento, ¿de acuerdo? Solo quería ser… sincera.

Apretó los labios y clavó la vista en la carretera.

—Genial. ¡No se te ocurrió hablarlo conmigo antes?

—No, porque, normalmente, no lo habría hecho con el tipo con el que estoy…

—¡Ya lo capto! —soltó con brusquedad—. Lo que pasó no es para tanto. No merece la pena mencionarlo. No es un secretito sucio. Así

que tal vez lo habrás publicado en Instagram con el hashtag *#MeTiréAMattPayne*.

Ella se quedó en silencio unos segundos. Luego susurró:

—No. Eso sería de mal gusto. Es *#MattPayneDiosDelSexo*.

Él resopló y maldijo a su cuerpo traidor por la sonrisa que pugnó por salir. ¡Joder, quería seguir enojado!

¿Cómo podía haber hablado de ello con tanta naturalidad? ¿*Cómo*?

Dios, y el sábado se iban a casa de sus padres, ya que también habían invitado a Maddie, y… Maldición.

—No pasa nada, Matt —murmuró ella, dándole una suave palmadita en el hombro—. De verdad. Lo siento. Debería haberlo hablado contigo. Solo pensé que acordamos que no habría dramas. Y el drama solo ocurre cuando hay secretos.

—Ya —respondió.

No entendía por qué lo había arruinado. Podría haber sido la noche perfecta. Una noche *significativa* que no cambiaba nada.

Arrancó cuando el semáforo se puso en verde… y una vocecita en su cabeza le susurraba: *¿lo habría sido, Matt? ¿Habría podido ser una noche que no cambiara nada?*

Tragó saliva y clavó las uñas en el volante de cuero.

¿Por qué cojones no se había reconciliado con Dax? ¡Era evidente que necesitaba ayuda!

Además, ¿cómo iba a sobrevivir a un fin de semana en casa de sus padres sin que Maddie les contara que su único hijo le hizo cosas sucias? Jesús, María y José. Seguro que hasta daba un discurso. ¡Y encima de eso, antes les esperaba un viaje de siete horas en coche a solas, que iba a ser de lo más incómodo!

—Genial. Simplemente genial —masculló.

Maddie no respondió. Sin embargo, tuvo la sensación de que sabía a qué se refería.

Capítulo Dieciocho

Maddie se pasó durmiendo casi todo el camino hacia el viñedo de los padres de Matt, y el tiempo que no estuvo dormida, fingió estarlo. Si no, se quedaba mirando su teléfono, que Lucy estuvo bombardeando a mensajes desde la noche anterior:

¿Qué pasó exactamente?

¡Llámame! ¡Ya!

O:

¿Los echaron de un restaurante?

¡Me debes muchísima información, Maddie!

Y:

Tienes suerte de que anoche atraparan a León orinando en público. ¡A ustedes solo les dedicaron una nota pequeña, él salió en toda la portada!

Maddie los ignoró. Primero, porque Matt no aprobaría que revelara más detalles sobre su noche juntos, y segundo, porque leyó el minúsculo artículo sobre su expulsión de *Vie en Rose* y le restó importancia. Y tercero, porque las cosas ya estaban bastante tensas entre Matt y ella, y solo empeoraría si hablaba de cualquiera de los dos temas.

No estaban tensos por el sexo… sino por todo lo que pasó después.

Había mentido la pata. Sabía que a Matt le molestaría que les contara a Lucy y a los demás lo de su noche juntos. No era tonta. Lo

conocía a la perfección. ¡Pero es que no sabía cómo gestionar la situación!

Se despertó sola en la cama de Matt el jueves, extrañamente satisfecha e insatisfecha al mismo tiempo. Estaba bien que él se hubiera marchado. Después de todo, dejó clara su postura. Y ella… ella también sintió la necesidad de dejar clara la suya. De demostrarle que podía ser tan despreocupada respecto al sexo como él.

Lo cual era mentira, como era obvio, pero Matt no tenía por qué saberlo. Y sí, no querían darle mucha importancia al asunto. Pero ¿cómo se gestiona algo que se supone es sin importancia cuando llevas dos días rebobinando y reproduciendo los detalles en tu cabeza?

Así que se le escapó cuando Lucy le preguntó por las novedades, ¡porque era la única maldita novedad en la que había estado pensando en todo el día! Tenía la esperanza de presentarlo como una anécdota divertida de la que podrían reírse algún día.

Pero, joder, Matt *no* se rio.

Nunca lo vio tan enfadado, y menos con ella. Tenía una vena palpitándole en la frente y casi rompió el volante.

Sí, ya sabía que no le haría gracia que compartiera con sus amigos lo de su noche juntos. El caso es que, si se lo guardaban para ellos, se convertiría en un secretito bajo la almohada, lo que volvería las cosas aún más conflictivas de lo que ya eran. Y, durante cuarenta y ocho horas, estuvo intentando quitarle trascendencia a aquella noche. Quitarle el calor al asunto para que pudieran volver a la normalidad. En el momento en que finalmente subieron por el serpenteante camino de grava hacia la gran mansión de piedra rodeada de viñedos y reconoció a la madre de Matt a lo lejos, corriendo feliz hacia ellos, se le formó un nudo en la garganta.

Oh, Dios mío. Su madre. ¡Se daría cuenta de lo que hicieron en segundos! Las madres tienen un ojo clínico para eso, ¿no? ¿O era al revés, porque las madres no quieren saber nada de ese tipo de cosas?

¿Cómo debían comportarse delante de sus padres? ¿Qué era lo «normal»?

Tragó saliva cuando se le secó la boca y empezaron a sudarle las palmas de las manos.

—¿Estás bien? —preguntó Matt a secas, mirándola con escepticismo. Seguía enfadado. Apenas le había dirigido la palabra desde ayer, y ahora esto.

—Ajá —dijo con voz aguda.

—¿No estarás pensando en cómo contarle a mi madre con todo lujo de detalles que su hijo te ató a su cama? ¿O sí? —preguntó con sorna.

Maddie soltó una risa nerviosa.

—No, no. No se lo diré a nadie más, Matt. Te lo prometo.

—Bien —espetó.

Ella no sentía que todo estuviera *bien*.

¡Vaya, cómo odiaba los conflictos! Odiaba que las cosas estuvieran tensas entre él y ella. Odiaba las discusiones. No soportaba que alguien estuviera enfadado con ella.

¡Todo era horrible!

—¡Ah, es maravilloso que estén aquí! —anunció la madre de Matt en voz alta mientras Maddie salía del vehículo—. Es estupendo que tú también estés aquí, Maddie. Matt nos cuenta tan poco de su vida que de verdad esperamos que tú puedas contarnos algunos de sus secretos. —Le guiñó un ojo y la rodeó con sus brazos con fuerza.

Litros de sangre subieron de golpe a la cabeza de Maddie mientras Matt tosía de forma exagerada en el asiento del conductor. Le pareció oír un «ni se te ocurra».

Gracias a Dios no tuvo que responder, porque cuando la señora Payne terminó con ella, corrió hacia el otro lado del coche para abrazar a su hijo. Fue algo tierno de ver. Intentó darle palmaditas en la cabeza, pero él le sacaba veinte centímetros; la coronilla de la mujer apenas le llegaba al hombro. La señora Payne medía solo un metro cincuenta y llevaba zapatillas de deporte con un vestido naranja holgado que engullía su cuerpo redondeado. Se le veía… increíblemente cómoda.

—Ay, Matty, ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que viniste a casa —dijo con voz ahogada, limpiándose una lágrima

del rabillo del ojo mientras se apartaba de él—. ¿Has crecido? Pareces más alto.

Matt sonrió con ironía y besó a su madre en la mejilla.

—No he crecido en años, mamá, así que tú debes estarte encogiendo.

Ella se rio aliviada.

—¡Debe ser eso! ¿Tuvieron buen viaje? —Sus ojos se iluminaron y volvió a mirar a Maddie, cuyo rostro enrojeció de inmediato.

Claro. «Bueno» no era la palabra que ella usaría para describir siete horas de silencio incómodo.

—Estuvo bien —respondió Matt, al rescate—. Solo que… se hizo largo.

—Debieron haber venido en avión —dijo su madre, chasqueando la lengua.

—Es malo para el medio ambiente —replicó Matt, apresurándose al maletero para sacar su bolsa de viaje y la maleta pequeña de Maddie—. Ya vuelo demasiado por trabajo.

Podría haber sido un viaje divertido si ambos hubieran actuado con normalidad, se percató Maddie. Quizá por eso Matt no quiso volar: en otras circunstancias, podría haber sido un día genial en el coche.

Oh, Dios, ¿lo habían arruinado todo?

—Bien, es un argumento válido —aceptó la señora Payne a regañadientes—. ¡Pero ya están aquí! Tu padre contaba con que cancelarías.

Caminaron por el sendero de grava hacia las grandes puertas dobles de la casa de piedra cubierta de hiedra. Una pequeña veranda adornaba la fachada. Todo parecía tan terriblemente encantador y bonito que a Maddie se le ensanchó un poco el corazón. Al menos hasta que la madre de Matt volvió a fijar la vista en ella.

—¿Cómo estás, Maddie? Sé de ti por Matt de vez en cuando, pero no hemos hablado en mucho tiempo. Nell me ha dicho que el negocio está que arde ahora mismo ¿Hay alguna otra novedad?

«Me acosté con tu hijo. Y fue fantástico».

Los ojos de Matt se abrieron de par en par con alarma, quizá porque la elección de palabras de su madre fue demasiado desafortunada, así que Maddie se limitó a mirar a Sandra Payne con los labios un tanto entreabiertos, sin saber qué decir. Terminó negando con la cabeza.

—Oh, estoy segura de que eso no es cierto. —Sandra sonrió con calidez—. ¡Pero tendrás tiempo de sobra para contármelo!

Se apresuró hacia la puerta. Maddie notó que Matt la miraba de reojo.

—¿Pasa algo? —preguntó él, irritado—. Aún no le has dicho ni una palabra.

No respondió, solo lo miró durante un segundo, antes de apartar la vista. Nunca en su vida se había sentido tan incómoda.

—Mejor lleven sus cosas a las habitaciones —gritó la señora Payne por encima del hombro y les indicó que pasaran a un pasillo estrecho con un montón de chaquetas colgadas en el perchero, y luego a un salón espacioso con una alfombra azul claro, una chimenea negra y muchos muebles desgastados. Una gran escalera de madera subía desde la estancia al segundo piso—. Maddie, tu dormitorio está junto al de Matt, la primera puerta a la izquierda después de las escaleras. Él puede enseñártelo. Luego bajen y saluden bien a todo el mundo. ¡Todas tus hermanas están aquí, Matty! ¡Están en el patio y en el jardín! El resto de los invitados llegará en una hora. Incluso organizamos un catering para esta noche porque no queríamos el estrés de cocinar. Hay carpas y surtidores de cerveza fuera y… ¡ay, echen un vistazo por ustedes mismos! ¡Ay, qué feliz estoy! —Dio unas palmaditas alegres, le dio a su hijo otro abrazo rápido y luego señaló las escaleras. Atravesó el salón a toda prisa hacia las puertas acristaladas que daban al patio.

Era una casa preciosa. Eso era ideal para concentrarse en cualquier cosa menos en Matt.

—Maddie, da un poco de miedo lo callada que estás.

Tragó saliva.

—No quiero decir nada inconveniente —susurró al fin con culpabilidad y empezó a subir su pequeña maleta por las escaleras.

—Maddie. —Matt le quitó la maleta con impaciencia y la llevó el resto del camino. Suspiró profundo y se volvió hacia ella—. No pretendía que sintieras que no puedes hablar en absoluto. Lo siento, ¿de acuerdo? Sé que he estado un poco molesto y enfadado los últimos días. Deberíamos hablar de lo que…

—No —se apresuró a interrumpirlo.

Él parpadeó, confundido.

—Pero…

—No, no —repitió, negando con la cabeza—. No deberíamos hacer nada.

—Maddie, *necesitamos* hablar de lo que ocurrió—rio con sequedad.

—¡No!

—Sí —insistió ahora con dureza.

—No quiero discutir, Matt. Cada vez que discuto, me siento mal.

—Pero si discutes todo el tiempo. Por otras personas. ¿Por qué no por ti misma?

—Sobre eso. ¡Ya lo hablamos! No merece la pena.

—¿Qué? —espetó y sus ojos se ensombrecieron al instante.

Ella entornó los suyos.

—No me refería a eso. Lo que quería decir es que no necesitamos hablar. Todo está genial entre nosotros. Olvidemos lo que pasó.

—¿Olvidar qué? —preguntó de forma tajante—. ¿El sexo o la discusión?

—¿Las dos cosas? —sugirió, dolida.

Él resopló.

—Maddie…

—¡No! ¡No me gustan las discusiones, Matt! —lo interrumpió.

—Lo sé, pero a veces hay que tener una.

—¡No!

—¡Joder, que sí! —exclamó, levantando la voz.

Ella opinaba lo contrario. Ahora mismo, todo estaba agrietado, pero si discutían… ¿y si se rompía?

—No —repitió con urgencia—. Necesito armonía.

—Pero no conseguirás eso si reprimes tu enfado y tus sentimientos. *Tienes* que discutir para restaurar el equilibrio.

—¡No!

—Sí. Esa palabra me está empezando a sacar de quicio.

—Me da igual. Todavía puedo recuperar la armonía si desaparezco sin decir palabra. —Sonrió por un momento, se metió en la habitación de la izquierda y cerró la puerta.

—¿Hablas en serio, Maddie? —la llamó Matt incrédulo.

No respondió y él se fue, maldiciendo en voz baja.

Aliviada, dejó caer los hombros.

No solo evitaba las confrontaciones, sino que también se le daban fatal. Al menos en lo que respectaba a sus sentimientos. Lo que Matt aparentemente no entendía era que discutir por los demás era una apuesta segura. Mostrarse combativa en nombre propio conllevaba el riesgo de arruinar las relaciones.

Si no se hubiera enfrentado a Clemens en aquel entonces, ¿habrían llegado a estar juntos de verdad?

No tenía ni idea. El fondo de la cuestión era que no quería discutir con Matt. Quería meterlo todo debajo de la alfombra y olvidarlo. ¿Acaso era mucho pedir?

Su teléfono vibró con un mensaje de Matt.

Esta conversación no ha terminado.

Suspirando, se sentó en la cama individual y se dejó caer de espaldas.

Evidentemente, para ella sí lo había hecho.

Capítulo Diecinueve

La familia de Matt era enorme, y se alegraba de ello, porque significaba que ninguno de los dos estaría solo ni un solo instante. En realidad, a la única que conocía era a Nell, la hermana mayor de Matt, y a sus padres. Sin embargo, sus otras tres hermanas la recibieron con muestras de cariño, dándole un abrazo tan fuerte como el de sus parejas hasta que, finalmente, le presentaron a todos sus hijos. En total, eran nueve. Matt era el único que aún no estaba casado ni tenía descendencia, algo que le recordaron varias veces en los primeros diez minutos.

No obstante, este último mantuvo su actitud desenfadada habitual. No dejaba de recordarles que no invitaría a ninguno a su boda si seguían por ese camino.

Maddie se preguntó si de verdad quería casarse algún día o si solo lo decía por decir.

—Matty, si llegas a las eliminatorias este año, nos conseguirás entradas, ¿verdad? —preguntó Cassidy, su hermana pequeña, mientras colocaba jarrones con flores sobre las numerosas mesas cerveceras del jardín. Como era una invitada, a Maddie no se le permitió ayudar. Mientras tanto, Matt se veía obligado a cargar piedras de un lado a otro de la terraza; piedras que en algún momento debían formar un muro alrededor de la propiedad, pero que aún no se utilizaban porque «¿Quién tiene tiempo para construir

su propio muro? Se lo dije a Jeff desde el principio, pero el cabezota no me hizo caso». Al menos, eso fue lo que dijo la señora Payne.

—Por supuesto que nos conseguirá —intervino el padre de Matt de inmediato—. Y esta vez no queremos ir a esa tonta zona VIP, Matthew. Queremos estar justo donde está la acción.

Maddie reprimió una sonrisa. Los aficionados solían pelearse por la tonta *zona VIP*.

Matt hizo una mueca mientras cargaba con las piedras. Vestía una camisa blanca y pantalones de traje… «¡Ponte algo decente, Matty!». No sudaba. Probablemente esa era la única razón por la que su madre se lo propuso: sabía que la fuerza de su hijo era inmensa y, como era de esperarse, no le importaban unas cuantas manchas en su camisa blanca. Lo principal era que se esforzara, al fin y al cabo.

—Ah, no lo sé, papá. Traes mala suerte. El último partido al que viniste, perdimos.

—¿Mala suerte? —exclamó Nell, poniéndose las manos en las caderas—. Solo perdieron el partido porque Dax Temple no sabía distinguir su stick de las vallas.

Maddie sonrió. Tendría que contarle eso a Dax. Los ojos de Matt se encontraron con los suyos. Su sonrisa se reflejó en el rostro de él… porque estaba pensando lo mismo. Ella lo sabía. Y, por un momento, todo volvió a ser normal. Todo parecía en armonía. Sentía el corazón ligero solo porque él sonreía y habían vuelto a conectar.

—Bueno, bien —respondió Matt despacio—. Me lo volveré a pensar. Pero solo si todos traen una pancarta que diga: *Matt, eres el mejor de nosotros y nunca volveremos a burlarnos de ti por no saber lavar la ropa*.

—Ah —dijo Jen, la segunda mayor, sacudiendo la cabeza—. Entonces tendremos que replanteárnoslo. A mamá no le gusta que mintamos. Y, Matty, dejas que suficientes mujeres toquen tus calzoncillos. No hay necesidad de que una empleada de la tintorería sea una de ellas.

Las otras hermanas se carcajearon y Matt puso cara de pocos amigos, aunque no había rastro de aspereza en su expresión. Era evidente que sus hermanas lo adoraban y que él las quería por

encima de cualquier cosa. A Maddie le dolió el corazón con dulzura ante la escena. No recordaba la última vez que estuvo en la misma habitación con Lucy y Rachel, o la última vez que hablaron de sus vidas y no solo de su padre.

Debió de ser antes de que su madre muriera. Hacía años de eso. Solían estar… unidas. Lo discutían todo juntas y compartían sus preocupaciones.

—De acuerdo, tendrán entradas —dijo Matt con un suspiro—. Y, mamá, estoy empezando a sudar.

—Oh, entonces será mejor que pares o vas a oler mal —respondió con presteza—. Y tienes suciedad en la mejilla. ¿Por qué no vas a refrescarte? Los invitados llegarán pronto.

—¡Me hiciste acarrear rocas!

—Sí, y yo pagué para que tuvieras esos musculotes, así que compré tu mano de obra —respondió la señora Payne con una sonrisa.

—Tiene toda la razón —asintió su marido con seriedad—. Así que no te quejes.

—Eso, Matty, no te quejes —secundó Cassidy.

—Es una delicia estar en casa —murmuró este con un suspiro. Pero mientras entraba a lavarse, una sonrisa asomó en las comisuras de su boca.

Maddie se mordió el labio para no reírse. Como único chico entre tantas mujeres controladoras, debió tener una infancia difícil.

—Oh, simplemente lo hicimos más fuerte —la contradijo Nell de inmediato, dejándose caer en el banco a su lado porque, por supuesto, Maddie lo había dicho en voz alta—. ¡Y se ha beneficiado mucho de tener tantas hermanas! Siempre le dábamos consejos sobre mujeres. No le llamarían *Don Encantos* si no fuera por nosotras.

Maddie sonrió.

—Y desde luego no tendría los pies tan en la tierra.

—Ni eso —coincidió enseguida, entrelazando su brazo con el de ella—. Por cierto, me alegra mucho volver a verte. Eres la prueba de que Matt tiene vida privada y de que no todo gira en torno al

hockey. Eso no sería bueno. Todo el mundo necesita otras cosas además del trabajo, ¿no crees?

—Oh, sin duda. He tenido muy poco más que trabajo en los últimos años. Aunque ahora las cosas van mejor.

—Sí, vi la entrevista de la ESPN. Cielo, no se lo digas a nadie, pero mi hermano sabe qué decir para que la gente sienta que está en el lugar correcto, ¿verdad?

La castaña se rio.

—Sí, lo sabe.

De hecho, siempre la hacía sentir así. Al menos, cuando no estaba enfadado con ella.

—Aunque no podemos decírselo nunca, o se volverá insoportable. Antes solíamos acusarle de no saber hacer nada más que golpear a otros jugadores de hockey.

—Oye, Matt no se pelea tan a menudo —declaró con rapidez, defendiéndolo.

—No, lo sé. Pero era una buena forma de molestarlo. —Nell se encogió de hombros con inocencia—. Pero hablemos de algo más interesante que mi hermano: ¿Cómo estás? Has dicho que el negocio va bien. ¿Qué hay de otras áreas de tu vida?

Resopló… y eso fue todo lo que dijo, porque el tono reflejaba bastante bien cómo iban las demás áreas de su vida en ese momento.

—Eso significa que mal —tradujo Nell. Sus ojos castaños eran tan parecidos a los de su hermano que a Maddie a veces le incomodaba mirarla a la cara. Le provocaban una sensación extraña—. ¡Entonces estás de suerte! Voy a mejorar tu vida.

—¿Ah, sí? —preguntó escéptica.

—Sí. ¡Apuesto a que la gente que dirige agencias de citas nunca encuentra pareja! Porque todo el mundo piensa que se quedan con los mejores para ellos mismos, pero eso es mentira, ¿a que sí? Te guardas a todos los hombres buenos para las demás señoras.

Las mejillas de Maddie se pusieron coloradas. Bueno, Matt la había puesto a prueba.

—Sí —respondió apenas.

—Maravilloso. ¡Porque tengo al tipo perfecto! Dirige una viña en San Diego, no muy lejos de Los Ángeles. Es increíblemente guapo. Si te gustan los hombres masculinos, que tienen pene y esas cosas. No es mi tipo, pero para gustos los colores. —Sonrió de oreja a oreja—. Hace buen vino, lo cual siempre es un punto a favor, y es bastante inteligente. ¡Necesitas a alguien inteligente!

Maddie parpadeó, perpleja, y abrió la boca sin saber qué decir.

—Quiero decir, estás soltera, ¿no? —preguntó Nell.

En ese momento, Matt volvió a salir al porche y echó un vistazo al jardín.

—Sí —murmuró—. Lo estoy.

—Bien. Entonces le hablaré de ti —dijo Nell arqueando las cejas con picardía—. Veremos si podría haberme ganado la vida como seleccionadora de parejas.

Sí. Maddie supuso que ya verían.

Todos los invitados empezaron a llegar a las seis. Por lo visto, el señor y la señora Payne no habían escatimado en invitaciones. Cuando se abrió el bufet a las siete, todos tardaron una buena media hora en servirse la comida. Pero eso no importaba, porque significaba que Maddie podía evitar el tormento de estar apretujada junto a Matt en uno de los bancos corridos durante un poco más de tiempo. Habría sido demasiado evidente *no* sentarse a su lado… pero al menos Matt no había intentado volver a discutir con ella. En lugar de eso, se mostraba insoportablemente educado, como si se acabaran de conocer esa misma tarde, y hablaba con Harriet, la mujer de Nell, que estaba sentada justo enfrente de ellos.

Aquello estaba bien. No era ideal ni normal, pero era mejor que estar discutiendo.

Sin embargo, al cabo de un rato, ya no estaba tan segura, porque una discusión habría sido, tal vez —solo tal vez—, menos agotadora que aquel trágico espectáculo de una amistad deteriorada.

Un agudo tintineo captó su atención y levantó la vista.

El padre de Matt se había puesto en pie, golpeaba una cuchara contra su copa y ahora miraba a su alrededor.

—Deseo que todos se la estén pasando fabuloso —dijo, y los invitados prorrumpieron en aplausos—. Sí, ya los oigo. Aún sabemos cómo hacer una buena fiesta. —Hizo un gesto con la mano y sonrió de oreja a oreja. Igual que Matt: sincero, amable e increíblemente cálido—. No se imaginan lo feliz que me hace ver a tantos de ustedes aquí. Reunir a mi maravillosa familia ya es bastante difícil, pero sumar también a mis amigos… Bueno, al menos ninguno de los demás son jugadores de hockey con horarios imposibles.

Algunos se rieron y Matt suspiró, pero la sonrisa no se le borró de la cara. Sabía que nadie en su familia lo decía con mala intención.

—No, es broma. —El señor Payne se aclaró la garganta—. No podría estar más orgulloso de mi hijo ni de mis hijas. Se hace raro que tus hijos crezcan, que dejen de necesitar ayuda y que, de repente, te ofrezcan la suya todo el tiempo… y al principio tienes que fingir y decir que no porque no la necesitas, pero al final acabas agradecido por todo y dices que sí y amén.

Maddie tragó saliva y se masajeó los dedos en el regazo.

—Vaya, Jeff, ambos sabemos que cada mañana tu espalda suena como un muro de piedra desmoronándose. Deja que nuestros jóvenes vástagos se rompan las suyas —añadió Sandra.

Todos rieron de nuevo, sus hijos más que los demás.

—¡Yo necesito mi espalda! Así que pueden seguir haciendo bromas sobre mi trabajo —terció Matt.

—Eso es importante, obviamente. —Su padre asintió con seriedad—. Saben, Sandra y yo le dijimos en su día que buscara algo sensato. O al menos que estudiara algo para tener un título en el que apoyarse si esto del hockey no funcionaba. ¿Pero saben con qué volvió el chico? ¡Con un contrato de la NHL y una licenciatura en Historia! —Exhaló un suspiro de fingida melancolía—. Por tanto, Matt es ahora un culturista instruido y un sabelotodo.

La multitud se rio.

—¡Bueno, al menos sus músculos son útiles! —intervino su madre.

—Es verdad. —Su marido le guiñó un ojo—. Y sí, es solo una coincidencia que la vendimia esté a punto de empezar o que haya que levantar un muro justo cuando vienes de visita, Matthew.

—Ah, sí, por supuesto —respondió Matt con sarcasmo—. Igual que es casualidad que de repente surjan trabajos importantes de canguro.

Las hermanas de Matt soltaron risitas y lo miraron con aire de inocencia.

Había tanta calidez, tanta familiaridad.

Matt no venía a menudo, pero era indudable que todos le confiaban a sus hijos. Lo incluían en cada desafío y era importante para él. Todo era tan armonioso. Todos estaban tan unidos. Todos estaban ahí para los demás. Compartían sus problemas, aceptaban ayuda y también la brindaban…

A Maddie le escocieron los ojos y apretó con fuerza los dedos en la falda de su vestido.

Eran una familia. No tenían más que amor y unos cuantos comentarios pícaros los unos para los otros. Estaban tan intactos. Tan felices.

Aquello la entristeció, una tristeza tan increíble que le costó respirar durante unos segundos. Llevaba tres años diciéndose a sí misma que todo estaba bien: que su padre se recuperaría o buscaría ayuda, que Rachel no estaba distante, solo ausente físicamente, que su familia no se había desmoronado tras la muerte de su madre y que Lucy no se rendía con todos ellos, que solo estaba demasiado ocupada con el trabajo.

Pero se estaba mintiendo a sí misma. Su padre se negaba a buscar ayuda. Sin ella, se consumiría en su propia casa. Rachel rara vez se ponía en contacto, así que Maddie no tenía ni idea de lo que pasaba en su vida, igual que Rachel no tenía ni idea de lo que pasaba en la de ella. Solo contaba con la ayuda de Lucy. Pero Lucy ahora tenía a Dax y era feliz, y se olvidaba de todo lo que la rodeaba. Maddie se alegraba por ella. Su hermana *debía* ser feliz, pero al mismo tiempo, se sentía… abandonada. Estaba tan cansada de ser el pegamento que los mantenía a todos unidos por un hilo. Era agotador, frustrante y…

—Oye —susurró una voz profunda y cálida con preocupación en su oído—. ¿Está todo bien?

Parpadeó y levantó la vista. Miró el rostro inquisitivo de Matt, esforzándose por contener las lágrimas, pero algunas rebeldes lograron escapar de sus ojos, y se sintió increíblemente agradecida de que todos, excepto él, siguieran concentrados en el discurso de su padre.

—No lo sé —dijo, y tragó saliva con dificultad—. He… Supongo que solo olvidé lo que es una familia completa. —Inspiró de forma temblorosa—. Y lo echo de menos.

Matt la miró en silencio por un momento. Luego le secó las lágrimas de las mejillas con el pulgar y la abrazó con tanta fuerza que le sacó el aire de los pulmones, a pesar de que estaba enfadado con ella. A pesar de que las cosas estaban raras entre ellos. Pese a todo, la estrechó contra sí y le acarició la cabeza con dulzura, le dio un beso en la coronilla y… estuvo allí. Porque Matt era un buen tipo. El mejor.

—Tu familia te quiere, Maddie —susurró—. Es difícil perder a una madre. Todo saldrá bien.

—¿Pero cuándo saldrá bien, si nadie más que yo lucha por ello? —Se le quebró la voz—. Dependen de mí. Y es bonito ser alguien en quien la gente confía, pero es tan agotador, Matt. No tengo descanso porque la responsabilidad siempre recae sobre mis hombros.

—Lo sé —murmuró él—. Por eso tienes que luchar por *ti* también, Maddie. No solo por los demás. Porque tú lo vales. Está bien que las personas que te quieren sepan lo difícil que es para ti. Y que necesitas ayuda. Que mereces ayuda. Por eso a veces tienes que buscar la confrontación; de lo contrario, nada cambiará.

Sabía que tenía razón, ¡pero era tan difícil!

—Lo siento, Matt. De verdad. Por contarles a todos lo de… lo nuestro. Fue una reacción instintiva. Me entró pánico.

—No pasa nada —susurró.

—¡No, no está bien! Debería haberlo hablado contigo. Debería haber discutido antes contigo en lugar de haber abierto la boca.

Él se apartó un poco y esbozó media sonrisa.

—Sí, deberías haberlo hecho.

Asintió.

—Perdona. Pero podemos hablar de ello. Quiero que todo vuelva a estar bien, ¿sabes? Somos amigos. Así que… si quieres discutir, haré lo que pueda.

Él volvió a sonreír de lado y asintió antes de apretarle suavemente la nuca.

—Ahora no. Luego, ¿de acuerdo?

Ella exhaló un suspiro de alivio.

—Bien.

A lo mejor se olvidaba del tema. Quizá esa era la charla que necesitaban y ahora ya todo volvía a la normalidad.

Capítulo Veinte

No podía seguir enfadado con Maddie por más tiempo. Era imposible. Al fin y al cabo, ella solo se había asustado y soltado lo primero que le vino a la boca. Y ella odiaba discutir. Y él odiaba verla infeliz, lo que no significaba que no tuvieran que hablar sobre cómo gestionar todo el asunto del sexo.

Lo que dijo era cierto: a veces hacía falta una confrontación para mejorar las cosas. Aun así, era probable que la confrontación no le ayudara a desearla menos. Si todavía se preguntaba cuánto podía reclinar el asiento de su coche, y si ella estaría abierta a un poco de diversión antes de que tuvieran que comportarse frente a sus padres, entonces no tenía remedio.

Sabía que el sentimiento no iba a desaparecer. Se había estado mintiendo a sí mismo durante demasiadas veces en las últimas semanas como para creérselo de verdad.

No obstante, eso no significaba que supiera qué hacer al respecto. No quería que nada cambiara, pero ya era demasiado tarde porque algo *cambió*. No podían deshacerlo. Maddie ya no era la mujer con la que hablaba de sus aventuras amorosas. Ella era *su* aventura amorosa, aunque esa palabra no le hiciera justicia. Así que…

—¿Qué quieres hacer?

Hizo una mueca y se giró. ¿Nell había estado hablándole todo este tiempo?

—¿Qué? —preguntó, confundido.

—¿Qué quieres hacer con el regalo de cumpleaños de Simón?

Ah, claro. Estaba hablando del regalo de su cuñado. El marido de Cassidy.

—¿Darte el dinero y pedirte que escribas mi nombre en la tarjeta, como hacemos siempre?

Nell suspiró y asintió.

—Bien. Supongo que, como falsifico tu firma todo el tiempo, una más no hará daño.

—Me consta que solías subastar discos de hockey «firmados» en eBay.

—Bueno, financiar una boda sale caro.

—¡Yo quería pagarla entera! —jadeó él con incredulidad.

Ella sonrió.

—Y lo hiciste. En cierto modo. Simplemente me sentía mejor ganando el dinero yo misma.

Él resopló.

—La falsificación es un delito.

—Un disco de hockey no es un documento. Y, oye, la firma parece de verdad. No puedes pedir más que eso, ¿verdad?

Sacudiendo la cabeza, aunque con una sonrisa, la miró mientras Johnny Cash cantaba sobre un anillo de fuego de fondo.

—No has cambiado ni un pelo. Sigues siendo la pesada hermana mayor que lo sabe todo.

—Oh, siempre será así —le aseguró ella—. Pregúntale a Harriet. Lo sé todo, así que, ¿por qué debería guardarme mi opinión? —Señaló con la cabeza hacia la pista de baile, donde su mujer estaba bailando con su padre. La parte formal de la celebración había terminado. El sol se había puesto y varias hileras de luces iluminaban los cenadores, donde la mayor parte de la multitud bailaba para entrar en calor frente al frío de la tarde que se aproximaba.

Maddie no. Ella combatía el frío con una copa de vino tinto que le puso las mejillas sonrosadas mientras hablaba con un hombre con gafas que la miraba con tal fascinación que ella bien podría ser la

Stanley Cup. Matt lo entendía. Maddie *era* fascinante, pero ¿el tipo tenía que ser tan obvio con su interés? Resultaba irritante.

—Y dime, Matty. ¿Cómo estás?

Él parpadeó y apartó la mirada de Maddie.

—¿Mmm?

—¿Cómo estás?

—Ah, bien —respondió a la ligera.

—Ya, voy a necesitar más información que ese categórico *bien*. No soy tu psicóloga deportiva, soy tu hermana favorita. Puedes hablar conmigo de lo que quieras.

Suspirando, hizo girar la botella de cerveza entre sus manos. Era sin alcohol; estaba en temporada de entrenamiento.

—No tengo una hermana favorita. Y, no sé, no ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos —mintió.

—¿O sea que aún no te has cansado de golpear un disco de hockey? ¿Ni de tu romance de colegas con Dax, ni de tu relación amistosa con Maddie, ni de tu vida tranquila?

Él bajó la mirada y luego esta volvió automáticamente hacia Maddie. ¿Tenía la mano puesta en el brazo de ese papanatas?

—¡Matt! —Nell chasqueó los dedos frente a su cara.

—¿Qué?

—Ay, por Dios bendito. Te pregunté si…

—Ah, sí. —Él asintió—. No, no me he cansado. Dax y yo estamos bien. Y sí, Maddie es mi… mi amiga… —Un momento, ¡¿ese idiota le estaba apartando el cabello de la mejilla?! ¡Maddie tenía sus propias manos para hacerlo!—. Maldita sea, ¿quién es ese tipo, Nell? —increpó con brusquedad entre dientes y señaló hacia el bufé vacío donde Maddie y el payaso estaban de pie.

Nell curvó una comisura de los labios con complicidad.

—¿Quién? ¿El hombre que está junto a tu amiga Maddie? —preguntó con inocencia.

Demasiada inocencia. Matt miró a su hermana con ojos sombríos.

—¿*Quién* es y qué estuviste tramando?

—Ah, es Barry McStein —respondió despreocupada—. Es dueño de una viña cerca de San Diego. Los presenté.

Pues claro.

—¿Y por qué hiciste algo como eso? —espetó él con brusquedad.

Nell se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Me pareció que hacían buena pareja. Y parece que se están llevando bien, ¿no lo crees?

Matt entrecerró los ojos mientras la risa de Maddie le llegaba desde allí. Joder. En verdad parecía que se estaban llevando bien.

—Él no le conviene —dijo en voz baja.

—¿Ah, sí? ¿Así que lo conoces?

—No, pero…

—¿Pero qué? ¿Por qué no le conviene?

—Basta ya, Nell —dijo molesto—. No me provoques.

—¿Cómo iba yo a provocarte? —Inspiró aire fingiendo estar escandalizada—. Quiero decir, Matty, ¡solo son amigos! ¡No me digas que estás celoso! —Se llevó una mano al pecho fingiendo dramatismo.

Mierda. Ella lo sabía. ¡*No podía* saberlo, pero lo sabía!

—Nell —dijo en tono de advertencia.

—¿Qué? ¿Hice algo malo? Ella siempre te está ayudando a conocer mujeres. ¿Por qué no se le va a permitir conocer a alguien?

—Puede conocer a quien quiera —gruñó—. Pero eso no significa que tengas que empujarle a algún vinicultor encima.

—Pero si es dulce y amable. ¿Te importa?

Lanzando un gemido, echó la cabeza hacia atrás y se frotó los ojos.

—¿Por qué me estás torturando, Nell? Ya sabes lo que está pasando.

—¿Qué es lo que sé? ¿Qué se están acostando?

—No lo hacemos —insistió él.

—¡Entonces no son amigos con derecho, Matty! Vamos. ¿Sabes que Maddie se estremece cada vez que alguien te empuja contra las vallas? ¿Y que lo hizo en aquel partido de hockey al que fuimos hace meses?

Frunció el entrecejo. ¿Ella… se estremecía?

—No pasaba nada entre nosotros, Nell. Por aquel entonces.

—¡Oh, por favor!

—Sí, de verdad.

Su hermana resopló.

—Matty. ¿Por qué crees que te pedí que vinieras con Maddie? ¿Y por qué crees que le dije que estaba intentando buscarle pareja? Pensé que podría echarte una mano. Pero, obviamente, ya se las apañaron solitos.

Él inspiró aire con fuerza.

—No es lo que piensas.

—¿O sea que no se acostaron?

—Bien, *es* lo que piensas. Pero solo fue una vez.

—¡Lo *sabía*! —Le dio un golpe en el hombro, sonriendo—. Harriet me debe diez dólares. Solo amigos, mis narices.

—Pero es que solo éramos amigos, Nell —insistió en voz baja—. De verdad. ¡No hubo nada entre nosotros durante el último año!

—¿En serio? —Arqueó las cejas, asombrada—. Pero si todo el tiempo están tan compenetrados.

Él gimió para sus adentros.

—¡Como amigos, sí!

—Okey. ¿Qué cambió?

—No lo sé. —Se miró las manos con vacilación.

—Ya veo. ¿Y quieres… más? ¿Una relación?

—Tampoco lo sé —dijo con voz ronca.

—Bueno, más te vale averiguarlo.

—No sé *cómo*. El riesgo es demasiado grande, Nell.

—¿Qué riesgo?

—El de perderla. Mi amistad con ella es segura. Pero si decidimos empezar algo juntos…

—No lo entiendo. ¿No decidieron ya comenzar algo? ¿Al meterse en la misma cama juntos?

—Fue cosa de una vez. Ambos estuvimos de acuerdo en eso.

—¿Antes o después?

Él parpadeó, confundido.

—¿Cómo?

—¿Decidieron que sería cosa de una vez antes del acto, o después?

—Antes, pero…

—Entonces eso no significa nada de nada. —Su hermana sacudió la cabeza—. Tienes que volver a preguntárselo.

Él abrió la boca, desconcertado.

—¿Qué?

—Matty, el sexo lo cambia todo. Al menos, cuando ya se conocen. Cuando son amigos. Y, sinceramente, ¡Maddie no se acuesta con cualquiera! Ella misma me dijo que no quería volver a tener sexo hasta que estuviera lista para algo serio con el chico correcto.

Soltó un jadeo y se frotó la cara con nerviosismo. Por supuesto, él lo sabía. Del mismo modo que sabía que Nell tenía razón; que él y Maddie, por descontado, ya habían empezado algo.

Pero, si tuviera que elegir entre una aventura apasionada con ella o una amistad de por vida, siempre elegiría la amistad.

¿Y si pudiera tener ambas cosas? ¿Y si simplemente le dijera que quiero intentarlo con ella? ¿Algo a largo plazo?

Pero si decía que no, la perdería por completo. No sería capaz de seguir siendo su amigo, teniendo en cuenta lo que sentía por ella.

¡El riesgo era demasiado grande!

Pero, ¿y si dice que sí?

—Ey, Matty —interrumpió Nell sus pensamientos.

—¿Qué? —espetó.

—No quiero meterme en tu vida…

Él bufó.

—¿Desde cuándo?

—Bueno, cierto. Así que déjame que me meta en tu vida: puede que le haya dicho a Barry que Maddie se muere por una noche ardiente sin compromisos para que él se interesara un poco más por ella y tú por fin te dieras cuenta de que quieres algo más que una simple amistad. Y… de alguna manera, tengo la sensación de que Maddie no se opone demasiado. Madre mía, si hasta está compartiendo su vino. Eso no se hace con cualquiera. ¿Está intentando demostrarte algo, o qué? No deja de mirar hacia acá antes de tocarle el brazo o lo que sea. Así que, si no quieres que ella…

Mierda. *Quería* demostrarle algo.

Matt se puso de pie. Era obvio. Quería demostrarle lo relajado que estaba todo entre ellos. Porque eso era lo que quería: que las cosas volvieran a ser *relajadas*. Quería demostrar que su noche no había significado nada, que solo eran amigos.

Bueno, pues Matt no estaba nada *relajado*.

—Discúlpame —dijo con voz sombría.

—¡Oh, venga, monta un numerito! —respondió su hermana con esperanza—. Me parece que no hay suficientes peleas en nuestras reuniones familiares. Todos nos queremos demasiado. Es espantoso.

Puso los ojos en blanco.

—No voy a montar ningún numerito. —A menos que aquel hombre volviera a tocarle la cara a Maddie, porque eso era un gesto íntimo y tenía que guardarse sus sucios dedos para sí mismo, ¡por el amor de Dios! ¿Por qué Maddie no le apartaba la mano? En lugar de eso, sonreía y cerraba los ojos, y luego… ¿le estaba soplando los dedos a ese sujeto?

La mandíbula le crujió y aceleró el paso. La forma en que ella fruncía los labios, y ese imbécil…

Antes de ser consciente de lo que hacía, la agarró del brazo y tiró de ella unos pasos hacia atrás.

—Muy bien —gruñó—, ya estoy listo para discutir.

—¿Qué? —Levantó la vista sorprendida—. Estoy hablando, Matt. Yo…

—No me importa. Quiero discutir ahora. Me prometiste que discutirías conmigo.

Maddie abrió los ojos como platos y a él le pareció ver un ligero destello de pánico en su mirada. Bien. Eso era mejor que la expresión ridículamente dulce que le acababa de dedicar al sujeto del vino.

—Pero… dijiste que luego —le recordó.

—Ahora es luego. Bastante más tarde.

—Eh…

—Perdona, ¿puedo ayudar en algo? —preguntó Barry, confundido.

—No —respondió Matt con brusquedad—. La señorita tiene una promesa que cumplir.

Maddie suspiró profundamente y puso los ojos en blanco antes de dedicarle una sonrisa de ánimo a su amigo.

—Lo siento, Barry. Vuelvo enseguida.

—Yo no apostaría por ello —reviró Matt con tono sombrío.

—¿Qué? —Maddie lo miró con escepticismo.

—Nada. Entremos.

Y como no quería que ella cambiara de opinión, mantuvo su mano bien agarrada a su codo.

Ella lo miró soltando un bufido.

—Matt, ¿puedes, por favor, no sujetarme como si fuera tu palo favorito? —preguntó con ironía mientras cruzaban el patio hacia el salón—. ¡No voy a salir corriendo! Dije que podíamos volver a hablar de ello y cumplo mis promesas.

Él la soltó.

—Bien. Eso está bien —dijo, pensando que tal vez no debería decir nada más sobre promesas—. ¿Por qué exactamente ese idiota estuvo tocándote la cara con las manos en todo momento?

Con los ojos como platos, ella se volvió hacia él, atónita. Ahora estaba de espaldas a la barandilla, la misma que había sido reparada varias veces después de que él y sus hermanas bajaran las escaleras en un colchón siendo adolescentes y chocaran contra ella. Se habían mudado mucho, pero este era su hogar. Resultaba que Maddie encajaba demasiado bien aquí. No se había fijado en ello hasta ahora, porque había estado demasiado irritado por su silencio ante su madre.

—¿Matt? ¿Qué idiota me ha hecho qué en la cara?

Oh, Dios, se estaba distrayendo.

—*Barry* —se recompuso—. Tenía las manos encima de ti constantemente.

Ella le lanzó una mirada irónica.

—¿Constantemente? Dos veces. Fueron dos veces. Además, me quitó una pestaña de la mejilla, eso es todo.

Oh, por favor, eso nunca era *todo* para un tipo cuando tiene delante a una mujer como Maddie. ¡Él lo sabía mejor que nadie!

—¡Sé que Nell te emparejó con él, Maddie!

Ella arqueó una ceja.

—¿Y?

Abrió la boca para decir: «¡Y eso no está bien!».

Pero le obligaría a dar explicaciones, y no sabía si sería capaz de darlas.

Maddie suspiró mientras él continuaba mirándola en silencio.

—Matt, ¿hice algo malo? —preguntó con aire incierto, jugueteando con la uña del pulgar—. Durante las últimas horas me ha parecido de verdad que… no estabas enfadado conmigo. Pero ahora me miras como si acabara de decir que León Álvarez es mejor persona que tú.

Él bufó.

—Ya le gustaría a León. Quería hablar.

—Lo sé —asintió ella con paciencia—. Pues habla. No me voy a escapar. De verdad.

—Bien —asintió, respiró profundo y abrió la boca… pero ya no sabía de qué era de lo que quería hablar. Ni por qué discutían. Ni cuál era exactamente su plan.

En cambio, se quedó allí plantado mirándola, atrapando su mirada expectante. Sin saber si quería terminar algo o empezar de nuevo, si las palabras podrían siquiera hacer justicia a cómo se sentía.

¿Era consciente de lo increíblemente hermosa que era?

La cuestión era que la necesitaba en su vida como necesitaba el hockey. Fuera como fuera. Se conformaría con lo que ella le diera. Y sí, debería tener miedo, pero en lugar de eso, de repente se sintió aliviado: por fin sabía lo que quería. Algo y todo.

En ese preciso instante olvidó por qué estaba enfadado con ella. Sus manos cobraron vida propia. Una mano se deslizó hacia su cuello, la otra hacia su cintura, y luego se inclinó y la besó. Con un beso largo, suave y profundo.

Su piel estaba suave bajo su tacto, igual que sus labios bajo los de él. Sabía a vino tinto y a Maddie. Y le dolió el corazón porque ella le devolvió el beso. Le dolió el corazón porque no era suficiente. Le dolió porque era demasiado. Más de lo que estaba dispuesto a dar, a arriesgar.

¿Era posible anhelar algo incluso mientras lo estabas haciendo? ¿Posible echar de menos su tacto y sus besos, a pesar de que sus manos seguían en su estómago y sus labios se abrían bajo los suyos?

Tenía el pecho oprimido y pesado, lleno de deseo y arrepentimiento al mismo tiempo, de alegría y miedo. Tenía calor y frío. Quería *más,* pero tenía miedo de no recibir *nada*. Maddie hundió los dedos en su camisa mientras él le pasaba los suyos por el cabello, haciendo que se pusiera de puntillas y apretándola contra su cuerpo...

¿Era un principio o un final?

Siempre le resultaba difícil distinguir los dos. Eran tan similares, tan dulces y amargos al mismo tiempo.

Quizá no debería dejar nunca de besarla, prolongar este momento hasta la eternidad hasta que fuera fino y quebradizo, hasta que finalmente pudiera ver a través de él… no, por fin ver con claridad…

—Matty, ¿dónde estás?

Él se sobresaltó y soltó a Maddie con un movimiento brusco. Ella recuperó el equilibrio y dio un paso atrás. Su respiración era agitada y abrió mucho los ojos mientras se llevaba los dedos a los labios. Él vio latir su pulso en su cuello. Ella tragó saliva varias veces.

—¿Matty? —la voz de Sandra Payne resonó de nuevo por la casa —. ¡Queremos bailar, sal!

Matt inhaló profundo y cerró los ojos. No podía pensar con claridad. Lo último que necesitaba ahora era a su entrometida madre. Esto era *importante*. Más importante que cualquier otra cosa.

—Dame media hora, mamá —gritó él y luego añadió con un gemido—: Tengo que ir al baño.

—¡Está bien, ya sé que las tripas no esperan! —respondió contenta—. Pero date prisa y no olvides dejar todo limpio.

Él entrecerró los ojos. Vaya. Qué sexy era estar en casa.

—Subamos —masculló con un suspiro, buscando la mano de Maddie para tirar de ella hacia las escaleras—. Yo… no puedo discutir así.

—Tú… ¿Eso es discutir para ti? —preguntó perpleja, pero entrelazó sus dedos con los de él—. Porque, vaya, si sí lo es, resulta que siempre he entendido mal el concepto de discutir.

Las comisuras de su boca se elevaron.

—¿Ves? No es tan malo, ¿verdad?

Ella bufó y soltó una risita suave, pero parecía confundida. Incierta. Y él odiaba ser el motivo.

—Matt, no lo entiendo bien.

—Arriba. Espera un momento —respondió en voz baja al oír a alguien trasteando en la cocina. No quería que lo interrumpieran. La llevó escaleras arriba, respirando hondo, con el corazón golpeándole el pecho. Sabía que debían hablar primero. Pero no había terminado de besarla. De tocarla. Y mucho menos de saborearla y de sentirla. Quería más.

—Matt —susurró Maddie, apartando su mano de la de él cuando llegaron al descansillo frente a la puerta de su dormitorio—. A partir de ahora, no puedes besarme cada vez que tengas celos de un hombre que me quita pestañas de las mejillas. Solo porque tengas corazón de neandertal, eso no está bien.

Mierda. Se frotó los ojos con el pulgar y el dedo medio. Así que, primero tendrían que hablar.

Capítulo Veintiuno

Maddie todavía podía sentir sus labios sobre los suyos, así como el calor en lo más profundo de su estómago, que no había disminuido en días.

Dios, era tan terriblemente… *masculino*. Y *estúpido*. A decir verdad, a veces ambas palabras podían usarse como sinónimos. Besarla cuando quería hablar con ella. ¡Era como si quisiera quitarle el poder de razonar para poder llevar las de ganar en una discusión!

Eso no estaba bien, sobre todo porque le estaba funcionando.

—No lo hice… —Se pasó la mano por el pelo con nerviosismo—. No es que estuviera celoso, aunque lo estuviera. Tú… —Rechinó los dientes y la miró con reproche—. ¡Me estás confundiendo!

—¡Yo no estoy haciendo nada! —dijo ella con incredulidad.

—¡Sí! Estás ahí parada mirándome con expectación, como si yo tuviera todas las respuestas.

—No quiero *todas* las respuestas, solo quiero saber por qué me besaste. Justo cuando las cosas estaban volviendo poco a poco a la… normalidad.

Matt soltó una carcajada sin alegría y sacudió la cabeza.

—¿Has estado viviendo en un universo paralelo los últimos días?

Ella resopló y desvió la mirada.

—Así que, de eso es de lo que querías discutir, ¿verdad? —preguntó, levantando la barbilla—. ¿De que esto no siga siendo

normal? Así que pensaste: «Oye, deja que bese a Maddie, así todo volverá a ser como antes».

Él entrecerró los ojos.

—No pensé en nada excepto en que quería besarte, ¿de acuerdo? No sé si quiero que todo sea como antes, Maddie —dijo.

A ella casi se le encogió el corazón.

—¿Qué? —Odiaba lo aguda y quebradiza que sonaba su voz—. No lo entiendo, Matt. Sé que estabas enfadado porque les conté a todos que nos acostamos, pero te pedí perdón y…

—Maddie —la interrumpió en voz alta, golpeando el suelo impaciente con el pie—. ¿De verdad crees que esa era la única razón por la que estaba enfadado?

—Bueno, cuando íbamos de vuelta…

—Sí, me molestó. Pero no fue por eso por lo que estaba furioso. Por lo que estoy furioso.

Ella tragó saliva.

—¿Entonces por qué?

Él apretó los dientes y se metió las manos en los bolsillos.

—«Cuando pasa algo que no es muy trascendental pero sí interesante, se lo cuentas a tus amigos, ¿no?» —la citó fríamente.

La boca se le secó. Bien. Quizá eso había sido un poco duro. Había tenido problemas para poner en perspectiva la noche que pasaron juntos.

—Tú fuiste quien dejó su propia cama para buscar espacio, Matt. No fui yo.

—Sí. Porque acordamos que sería cosa de una sola vez.

—¡Lo sé! —Se frotó las palmas sudorosas contra el dobladillo del vestido—. Por eso no me lo tomé demasiado mal.

—¿Demasiado mal? —repitió él.

Ella cruzó los brazos.

—Bueno, fue un poco rastrero de tu parte —explicó sincera—. No despertarme para al menos decirme que te ibas. Supongo que habría sido demasiado… íntimo para ti o lo que sea.

—¡Me fui porque *lo habíamos acordado*! —exclamó él con incredulidad—. ¡No acordamos hacer que nuestra noche pareciera insignificante!

—¡Una vez no hace daño, Matt! Los dos dijimos eso.

—¡Pero eso no significa que esa vez sea *irrelevante*! —Se pasó la mano por el pelo y miró hacia las escaleras—. Quiero decir, sé que no te tomas el sexo a la ligera. Insistes en tener solo sexo serio o nada en absoluto. ¿O todo es una patraña? Porque si se te da tan bien el sexo esporádico, lo has mantenido muy bien en secreto durante el último año.

—¡Claro que no es ninguna patraña! —estalló ella—. El sexo es *increíblemente* importante para mí. Es íntimo. Y… desnudas tu alma, ¿de acuerdo? ¡Muestras un lado de ti mismo que no le enseñas a nadie más! Sé que tú no piensas así, ¡pero así es como *yo* pienso! —Entornó los ojos con frustración—. ¡Por eso no puedo saltar a la cama con cualquiera, Matt! Y tú *no eres* cualquiera. De lo contrario, nunca habría… —Se calló y sacudió la cabeza—. Necesito confianza. ¡Y yo confío en ti!

—Es agradable oír eso —dijo él con brusquedad—. ¿Entonces por qué tuviste que hacerme sentir que no te importaba? ¿Por qué te esforzaste tanto en hacerme creer que deberíamos reírnos de ello? Como si fuera una simple anécdota. ¿Una noche loca que fue un episodio de relleno en nuestras historias de vida?

—Porque eso era más fácil que… el resto —respondió desesperada.

—¿Qué resto? —Matt increpó, impaciente.

—¡Pues el resto! El caos creado porque nuestra noche *sí* que importó, aunque no lo quisiéramos. Que no fue una idea loca, después de todo. El enorme y caótico lío de sentimientos y expectativas que no tiene fin ni principio y que es imposible de desenredar.

—Entonces, ¿cuáles son tus sentimientos y expectativas? —susurró, pareciendo agotado de repente—. Maddie, no creo que haya *nada* que no podamos desenredar. Siempre que seamos honestos. Como siempre lo somos. ¡Lo único que quiero es que seas sincera!

Ella abrió la boca con incredulidad y apretó las manos mientras luchaba por encontrar las palabras, tratando de obligarse a decir lo que había querido echarle en cara durante semanas. ¡A admitir qué

era lo que la había metido en este lío para empezar! Sin embargo, era difícil, porque era personal. Pero él quería discutir y ella le aseguró que lo intentaría. Así que…

—¿Se supone que *yo* tengo que ser sincera cuando fuiste tú quien dijo más que tonterías durante el último año? —preguntó tajante, con las palabras quemándole en la lengua.

Él parpadeó hacia ella, irritado.

—¿De qué estás hablando?

—¡Del hecho de que dijiste que no querías nada serio, Matt! —espetó—. Me dijiste que solo querías rollos de una noche. Y me lo has demostrado durante los últimos doce meses. Pero ahora, de repente, ¿le dices a un completo desconocido —¡a un periodista, nada menos!— que después de todo podrías estar considerando el matrimonio y los hijos? Mientras que a mí me dices, mientras que yo… ¡No!

Matt la miró, boquiabierto.

—¿Por qué es eso relevante? —preguntó perplejo.

—¿*Por qué*? —Su voz sonó demasiado alta, pero no le importaba —. ¡La única razón por la que no salí contigo en aquel entonces fue porque los dos queríamos cosas diferentes! —Furiosa, le golpeó el pecho con el puño—. Solo evité que me besaras porque pensé que nunca estarías abierto a nada serio. ¡Dijiste «vaya por Dios» cuando te hablé de mis planes, por el amor de Dios! ¡Y ahora resulta que cambiaste de opinión, de la noche a la mañana, sin decírmelo! —Los ojos le escocían y, esta vez, le golpeó el brazo—. Y hablas de que no quieres más aventuras. ¡Y quieres tener citas con mujeres perfectas que no son yo! ¡Y luego me dices que me deseas, pero que mi amistad es más importante para ti y que sería estúpido empezar algo! ¡Estúpido empezar algo con… *migo*, pero no con cualquier otra mujer que quieras que *yo* te encuentre! —Ambos puños aterrizaron en su hombro—. ¡Y luego me besas de todos modos y te acuestas conmigo y me haces sentir como si fuera la criatura más hermosa de la tierra, y luego simplemente te largas de la maldita cama sin decir una palabra! ¡Igual que con cualquier otro acostón que hayas tenido!

Volvió a levantar el puño, pero esta vez no logró alcanzar su objetivo porque Matt le atrapó las manos en el aire como si fueran

un disco de hockey. Luego las presionó contra su pecho. Justo sobre su corazón, que sentía latir de forma sorda y frenética.

Se quedó mirándola fijamente. Le clavó la mirada. Su expresión estaba cerrada, a pesar de que ella vio cómo un músculo palpitaba en su mandíbula.

—Maddie —susurró él—, tú *no fuiste* como cualquier otro rollo de una noche. —Tragó saliva y sus hombros subieron y bajaron una y otra vez—. ¿De verdad habrías salido conmigo, en aquel entonces, si no hubiera dicho que solo buscaba algo casual?

—Por supuesto que lo habría hecho —dijo ella, lanzándole una mirada furibunda—. ¿Cómo puedes no saberlo?

—¡Nunca dijiste nada parecido! ¿Por qué no me besaste si es lo que querías en aquel momento? ¿Por qué no me dijiste que no te interesaba un rollo de una noche, pero que sí te apetecía una cita?

Ella se rio, sacudiendo la cabeza.

—Porque no soy una de esas mujeres que piensan que un hombre cambiará si conoce a la persona adecuada —susurró, negando de nuevo—. No soy de las que piensan: «¡Oh, no sabe lo que quiere! Dice que no quiere una relación, pero no lo dice en serio. Solo necesita aprender lo que es el amor para poder comprometerse en una relación a largo plazo, y solo va a aprenderlo conmigo». —Cerró los ojos—. Matt, veo muchas películas románticas, pero eso no significa que no sepa cómo es la realidad. Creo que todo el mundo tiene derecho a ser sincero sobre lo que quiere. ¡Incluso me parece bien! Si no eres sincero, acabas herido. Y no importa lo que diga la otra persona... hay que aceptarlo. Sin intentar cambiarla. ¡Así que asumo que la gente es honesta cuando se trata de cosas como esta! Porque soy lo bastante ingenua como para creer que quieren evitar crear falsas expectativas. Por eso, yo también soy honesta. ¡Fui *honesta* desde el principio! —Hundió los dedos en la tela de su camisa—. Así que no me digas que soy *yo* la que tiene secretos y no te dice la verdad, cuando fuiste *tú* quien cambió de opinión. Tú *siempre* supiste lo que yo quería. Tú, en cambio, nunca…

—Maddie, te quiero a ti —la interrumpió él suavemente.

Ella se detuvo de golpe y su corazón dio un vuelco.

—¿Qué?

—Te quiero a ti —repitió ahora con voz ronca—. Tengo derecho a decir lo que quiero, ¿no? Y, joder. —Se rio con sequedad—. Ahora mismo, te quiero contra esa pared. —Señaló con la cabeza por encima del hombro de ella—. Luego en la cama otra vez. Luego quiero bailar contigo ahí abajo y ver cómo te debates entre si tomar o no un segundo postre. Luego quiero saber cómo le va a Match Me!… y después quiero llevarte a mi casa, ponerte sobre la maldita isla de la cocina y hacer que te corras en mi boca. Y, joder, no tienes ni idea de cuántas veces me he quedado mirando esas putas esposas preguntándome si has estado fantaseando con estar atada a la cama... o si quieres atarme a *mí*. —Tragó saliva y apretó la mano alrededor de su muñeca mientras deslizaba la mano libre por su espalda; sus dedos se demoraron, ligeros como una pluma, en el límite entre la tela y la piel—. Porque no tendría absolutamente ningún problema con eso.

El calor inundó su abdomen y su pecho, un calor agitado que la obligó a humedecerse los labios, haciendo que el deseo que llevaba días hirviendo bajo su piel estallara. Dios, quería que él hiciera todas esas cosas.

Sin embargo, no podía.

—Matt, no podemos solo... tener sexo de la forma que queremos y esperar que todo salga bien —susurró.

—Lo sé —respondió él con seriedad—. Pero no me has entendido. Te quiero a *ti*. No el sexo. Bueno, eso también. —Las comisuras de su boca se elevaron—. Pero no solo eso. Dije la verdad. Nuestra amistad es importante para mí. Pero... aún no he terminado contigo. Quizá nunca lo haga, pero no hay forma de saberlo a menos que lo intente. Así que, ¿puedo? —Le soltó las manos y pasó el pulgar por su labio inferior. Por dondequiera que la tocaba, dejaba tras de sí un rastro de vello erizado—. No puedo pensar en nada más que en nuestra noche juntos. No puedo dormir. No puedo concentrarme cuando estás cerca de mí.

—Entonces no deberías conducir conmigo en el asiento del copiloto —susurró ella, mientras el calor se extendía sin control por su cuerpo.

Él soltó una risita suave.

—No, tal vez no. Lo que intento decir es que tienes razón. Fuiste honesta. Desde el principio. —Le rodeó la nuca con su mano grande y pasó el pulgar por el punto sensible bajo su oreja—. Y no quiero que rompas tus reglas por mi culpa.

—¿Qué reglas? —preguntó ella, a la que le costaba recordar nada que no fuera su tacto.

—Quieres algo serio o nada de nada. —La boca de Maddie se secó, pero asintió—. ¿Estarías dispuesta también a… —Su mirada se deslizó vacilante sobre su rostro, deteniéndose en sus labios—. ¿Estarías dispuesta a tener algo serio conmigo también?

El pecho se le apretó. «Sí», dijo su estómago. «Pánico», gritó su mente.

—Yo… tú… —Se aclaró la garganta y se mordió el labio inferior. Quería apretarse contra él y saborearlo, sentirlo, no pensar más. ¡Pero esto era importante!—. Matt, ¿pensaste bien en esto? —preguntó.

Él levantó una comisura de sus labios y asintió.

—Durante la última media hora. Tú no quieres nada casual y yo te quiero a ti. Y la idea de que estés con otro… —Apretó los dientes y sacudió la cabeza—. Entonces, ¿lo intentamos?

Las manos le temblaron mientras se quedaba mirándolo. Estudió su expresión vacilante. Él no estaba absolutamente seguro. *No* sabía si ella era la mujer de sus sueños. Y ella no sabía si él le destrozaría el corazón en mil pedazos.

—Yo también tengo miedo, ¿de acuerdo? —murmuró en respuesta como si le hubiera leído el pensamiento. La miró directo a los ojos e hizo una pausa—. Eres muy importante para mí, Maddie. Te necesito mucho en mi vida. Tus consejos, tus comentarios ingeniosos, toda tu actitud. A *ti*. ¿Cómo será cuando seamos algo más que amigos? Así que, sí, tengo miedo de que lo estropeemos y acabe perdiéndote por completo. Pero… —Tragó saliva—, creo que podría valer la pena. Sé que *tú* vales la pena. No creo que pudiera arrepentirme nunca de haber tenido sexo contigo… de pasar *tiempo* contigo.

¿Cómo no iba a tirar todas sus dudas por la ventana al oír esas palabras? ¿Cómo no iba a dejar a un lado sus preocupaciones? ¿Cómo podía olvidar su miedo a cometer el mismo error que cometió con Clemens?

Era lo más excitante que nadie le había dicho jamás. Era Matt, ella lo quería a él y él la quería a ella.

Así que lo agarró por el cuello de la camisa, lo atrajo hacia ella y respondió a su pregunta con los labios. Lo besó despacio, con intención. Se tomó todo el tiempo del mundo para demostrarle que nadie podía arrepentirse de algo tan bueno.

Eso esperaba.

Cuando Matt le devolvió el beso, Maddie dejó de pensar y de dudar. Cuando Matt la besaba, no había lugar en su mente para nada que no fuera él.

Capítulo Veintidós

Matt no sabía si había cometido un error o tomado la mejor decisión de su vida.

Pero cuando Maddie se apretó contra él, nada le importó. No sabía que unos simples besos pudieran ser tan malditamente buenos, que un par de labios presionados contra los suyos bastaran para poner su mundo del revés.

Probablemente porque eran *esos* labios.

Su beso era ávido y un poco rudo, como si llevara horas pensando en besarlo y estuviera cegada por el deseo. Y, joder, a él le gustaba la idea, mientras todo a su alrededor se volvía borroso. El resto del mundo se volvió silencioso y carente de importancia. Solo existía el zumbido en sus oídos, el aroma a limón, y Maddie, la sensación de sus dedos recorriendo impacientes bajo su camisa en busca de piel desnuda. Ella exploró su espalda y luego bajó por su pecho hasta su estómago. ¡Era como si le hubieran dado un mapa de su cuerpo con una útil etiqueta que decía: *¡todo lo que tengo que tocar para volver loco a Matt!* Para ser justos, ¡cualquier parte de su cuerpo servía!

Él gimió, la agarró del pelo, la puso de puntillas y pasó la lengua sobre la de ella tomándose su tiempo, haciéndola temblar en sus brazos mientras ella continuaba su exploración. Entonces Maddie encontró su cinturón, lo desabrochó y metió la mano en sus pantalones.

Matt soltó una bocanada de aire cuando la chica le rodeó el miembro con la mano. Lo acarició de arriba abajo con la presión justa. Ella también empujó su lengua contra la suya y, al mismo tiempo, rodeó la cabeza de su pene con el pulgar, de modo que él empezó a latir de forma incontrolable bajo su agarre. De igual manera, Maddie presionó sus caderas contra las de él, duplicando la fricción…

—Maddie —jadeó él—. Vas demasiado rápido.

—Solo tenemos el ahora, Matt —susurró contra sus labios, con la respiración entrecortada y las pupilas dilatadas—. Estamos en el pasillo de tus padres y la cama está demasiado lejos…

—¡La cama está justo detrás de esta puerta!

—Exacto, demasiado lejos. Te quiero *ahora*, así que…

No pudo evitar reír porque sentía la desesperación de sus palabras vibrando por sus venas. Estaba tan duro que le dolía. Ella lo deseaba y, al parecer, todo lo que él había necesitado para ser feliz durante la última semana era que Maddie lo deseara, así que…

—Bueno, entonces —murmuró, bajando de nuevo su boca hacia la de ella y empujándola contra la pared. Recorrió su cuello con los labios y saboreó su piel mientras apretaba con rudeza un pecho con una mano, frotando el pezón a través de la tela, y deslizaba la otra bajo la falda de su vestido.

Cuando tocó el borde de sus bragas, Maddie contuvo el aliento y clavó los dedos en su espalda desnuda.

Él hizo una pausa y sonrió de par en par.

—¿Qué dijiste antes? —susurró contra su oído antes de cubrir su mandíbula de besos y seguir frotando su pezón erecto con caricias pausadas—. ¿Que no tenemos tiempo? —pasó dos dedos sobre la tela de su ropa interior, demorándose en cada uno de sus movimientos, pero sin deslizarlos debajo—. Entonces probablemente debería saltarme esto.

—Matt —jadeó ella, empujando la pelvis hacia su caricia.

—¿Hm? —Él la frotó con más fuerza a través de las bragas.

—Matt, *por favor*…

—Bueno, ya que pides por favor —susurró, apartando su ropa interior y penetrándola con dos dedos mientras, al mismo tiempo,

frotaba el pulgar justo sobre su centro.

Maddie gimoteó y, Dios, a él le encantaban los sonidos que hacía mientras le daba placer. Le encantaba cómo se estremecía bajo su tacto y jadeaba su nombre como si fuera algo sagrado. Le encantaba cómo se convulsionaba cuando él añadía un tercer dedo. La forma en que se aferraba a sus hombros y lo besaba como una mujer que se ahoga, mientras él hacía círculos cada vez más rápidos con el pulgar. Ella se lo entregaba todo. Podría haberse corrido solo con sus intensas reacciones.

Sin embargo, quería más. Así que retiró la mano y levantó su falda para… Oh, no.

—Joder, ¡no tengo condón! Yo…

—Tomo la píldora, además, tú *siempre* usas condón —susurró Maddie, besándolo mientras se apretaba contra él y sus uñas se enterraban en su nuca—. Confío en ti, Matt.

Esas solas palabras hicieron que se pusiera insoportablemente duro. Y, de repente, ya no pudo esperar más. No quería esperar más.

Maddie, como bien sabía, sentía lo mismo. Le bajó los bóxers con impaciencia antes de deshacerse de su propia ropa interior y atraerlo más hacia ella.

—Levántame —susurró, y él obedeció.

Matt le rodeó la cintura con un brazo mientras ella lo abrazó con las piernas. La presionó contra la pared, se alineó y dejó que se deslizara sobre él con ese movimiento tan lento y pausado.

La forma en que ella se hundió en él fue tan agónica.

Y aquello fue su muerte.

Su dulce muerte, la cual deseaba que durara para siempre. Estar dentro de ella sin condón… sentir su estrecha, cálida y húmeda cavidad rodeándolo, le costó todo su autocontrol hasta el punto de no correrse de inmediato. El sudor le asomó a la frente mientras ella tomaba hasta el último centímetro de su miembro y hacía una pausa, sin aliento. Matt la miró fijamente, hundiéndose más profundo en su interior mientras las sensaciones agitaban cada terminación nerviosa de su cuerpo. Maddie era perfecta. Sobre él, contra él, alrededor de él.

Entonces ella comenzó a rotar la pelvis, con las manos entrelazadas tras su nuca. Frotó su dura longitud y un deseo ardiente lo atravesó. Esa mujer le nublaba la mente hasta que sus músculos empezaron a trabajar por voluntad propia.

Siguió mirándola a los ojos sin dejar de moverse dentro de ella. No podía apartar la vista de su rostro. No quería perderse ni una sola reacción: sus labios ligeramente abiertos y temblorosos, el puro deseo reflejado en sus pupilas mientras echaba la cabeza hacia atrás contra la pared; o el pulso latiendo en su cuello con salvajismo; sus mejillas se encendían cada vez más, con cada una de las embestidas que le propinaba, hasta que, obviamente, no pudo aguantar más y el movimiento de sus caderas se volvió frenético. Cada vez más rápido. Ella se frotaba contra su miembro mientras él entraba y salía de ella.

Tampoco podía esperar más. Hundió la cara en el hueco de su cuello, besando cada punto que tocaba, y arremetió con más fuerza en su interior. Siguió su ritmo, metió la mano entre sus cuerpos y presionó el pulgar contra su centro palpitante, entrando y saliendo de ella una y otra vez de forma incontrolable.

Maddie gimió con voz ronca en su oído y se contrajo con una fuerza infinita a su alrededor. Empezó a tener espasmos… y lo arrastró con ella. Fue demasiado.

Él se corrió con un jadeo oscuro y se derramó en su interior. Oleadas de éxtasis recorrieron su cuerpo, pero no dejó de frotar su pulgar sobre su punto más sensible, prolongando su orgasmo. Se retiró una vez más y volvió a enterrarse en aquel dulce lugar, con los muslos de Maddie temblando por el esfuerzo. Era demasiado bueno. Demasiado excitante.

Maddie se aferró a su espalda, mordiéndole el hombro antes de quedarse finalmente lacia entre sus brazos.

Jadeando, levantó la cabeza y la besó. Deslizó el pulgar por sus mejillas encendidas y presionó sus labios contra los de ella una vez más. Tenía razón: no había tenido suficiente. Aún enterrado en su interior, ya la echaba de menos.

Mierda, estaba por completo a su merced.

Un sentimiento trémulo de pánico se extendió por su pecho y envió inquietud a sus venas. ¿Y si no funcionaba o ella cambiaba de opinión?

Pero cuando Maddie pasó sus labios por su mandíbula, ligeros como una pluma, y lo atrajo aún más con sus brazos… no le importó. No le importó nada. Simplemente…

—¡Matt, han pasado mucho más de treinta minutos! ¿Dónde estás? —exclamó una voz femenina agitada: su madre.

Se sobresaltaron, mirándose el uno al otro con la boca abierta. Luego empezaron a reírse en silencio. Maddie le puso una mano sobre la boca porque los sonidos contenidos se le escapaban, pero ella también sonreía de oreja a oreja.

—¡Sssh! ¡Nos va a oír! —siseó antes de retirar los dedos de su cara.

—Pensaba que tenías tantas ganas de contarle a todo el mundo que lo estábamos haciendo —respondió, divertido.

Sus mejillas se pusieron de un rojo intenso.

—¡A tu *madre* no!

—Ah, o sea que ese es tu límite.

—¿Matty, estás arriba? —llamó su madre mientras la madera crujía.

—Oh, mierda —siseó Maddie y empujó contra sus hombros, probablemente para que la bajara. Sin embargo, no estaba dispuesto a soltarla todavía.

—¡Sí, ya bajo, mamá! —respondió con calma por encima del hombro, incluso cuando sentía que volvía a ponerse duro dentro de ella. Maddie se retorcía en sus brazos, riendo por lo bajo en su oído y frotándose contra él; aquella mujer lo estaba volviendo loco.

—¡Bien, pero date prisa! —ordenó su madre, y luego volvió el silencio.

Su mirada regresó a Maddie, que se había quedado quieta, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Estás…

—Lo sé.

Ella tragó saliva y se lamió los labios.

—Pero no podemos volver a hacerlo…

Él levantó una comisura de su boca, la besó con firmeza y luego susurró:

—También lo sé. Pero cuando lleguemos a casa, repetiremos esto —besó su cuello y su sien, y le dio un tironcito en el lóbulo de la oreja con los dientes—. En mi sofá. En tu cama. En la ducha. En la maldita isla de la cocina. Y quiero que también me esposes. Parece justo estar completamente a tu merced de una vez por todas.

Notó cómo se le ponía la piel de gallina en los brazos mientras ella se mordía el labio y recorría su rostro con las yemas de los dedos.

—Bueno. Pero te advierto que puede que no sea tan amable como lo fuiste tú aquella vez.

Él soltó una risita.

—Cuento con ello.

Capítulo Veintitrés

Matt hizo todo lo que le prometió en el pasillo de casa de sus padres.

Y más.

Maddie nunca más podría volver a mirar la isla de la cocina sin sonrojarse. También habían tenido que comprar unas esposas más grandes, porque las rosas no le cabían a Matt en las muñecas. ¡Había sido la mejor inversión de su vida! El martes por la mañana, Matt se marchó para una serie de partidos fuera de casa, así que ella se quedó durmiendo, holgazaneando en su cama porque olía a él y guardaba todos los dulces recuerdos de los últimos días. Además… ahora era su novia.

Dios mío, era la *novia* de Matt. Si en ESPN se enteraban de que se había liado con su mejor cliente… ¡ah, qué más daba! El frenesí mediático que lo rodeaba se había calmado desde el incidente del restaurante y, en este momento, nadie estaba interesado en él. Excepto ella, por supuesto. Estaba interesada en cada centímetro de su cuerpo. Aun así, aún no daban… un *título* oficial a todo esto en voz alta. Estaba bastante segura de que Matt se refería a una relación seria cuando habló de *algo formal*, pero para ella era suficiente saber que, al menos, los dos estaban en el mismo nivel emocional.

Estaba casi segura de que ambos estaban en el tren del enamoramiento, lo cual no era difícil, ya que, por su parte, ya quería

a Matt como amigo. Así que el siguiente paso no le pareció un gran salto.

Bueno, sí lo era. Era gigantesco. Enorme. Pero también era precioso. Porque disfrutaba de cada instante.

El miércoles, su casera la llamó para anunciarle que su apartamento estaba casi listo y que podría volver a mudarse el fin de semana. Maddie, sin embargo, se guardó la noticia para sí misma. Aún no quería irse. Le gustaba despertarse con él cada mañana cuando Matt estaba en la ciudad. Esperarlo por la noche y preguntarle qué tal le había ido en el partido, el entrenamiento o lo que fuera. Discutir con él sobre quién debía encargarse de lavar la ropa. Besarlo siempre que quisiera. Y disfrutaba de que volviera a ser *fácil* estar juntos. Sin preocupaciones. Ninguna conversación era una discusión. Ya no había encuentros incómodos. Volvían a ser ellos mismos. Pero más.

Mejor.

—Oh, no, otra vez esa cara no —se quejó Hailey cuando se encontraron frente a la oficina el jueves—. ¡Pensaba que Matt se acababa de ir! ¿Por qué estás radiante como si acabaras de tener un orgasmo?

Maddie sonrió y sacó sus llaves. Hailey era la única que estaba al tanto de su relación con Matt. Lucy haría demasiadas preguntas.

—Una dama nunca cuenta sus secretos, Hailey.

—¡Oh, Dios, no me digas que tuvieron sexo telefónico!

—Bien, no te lo diré —dijo con inocencia—. Pero en serio, no sabía que podía ser tan excitante oír a alguien explicándote con todo lujo de detalles…

—¡Maddie! —gritó la chica, tapándose los oídos con ambas manos—. ¡Hay cosas que no quiero saber!

—¡Tú preguntaste!

—¡Por supuesto que no! Dije que *no* me dijeras que habían tenido sexo por teléfono. Además, ¿es ético que salgas con un cliente? —Frunció el ceño—. ¿Qué dirán en la ESPN?

Ella también frunció el entrecejo. Solo esperaba que la cadena no se enterara nunca. De todos modos, no tenía ganas de darle muchas vueltas ahora mismo.

—¡Eso no importa! —Hizo un gesto con la mano—. Ya no están interesados este asunto.

—Ya, ya. Mientras que a ti te interesa cada vez más. —Hailey arqueó las cejas con picardía—. Quiero decir que si tú…

Maddie nunca sabría qué iba a decir su mejor amiga porque se detuvo a mitad de la frase y abrió mucho los ojos. Su mirada se clavó en la puerta de la agencia frente a ellas.

—¿Qué demonios es eso?

—¿Eh? —La castaña se giró interrogante y su cara se puso de tres tonos de rojo distintos: los mismos colores del folleto que ensuciaba su puerta.

Si buscas el amor, mejor reza a los dioses o llama a una línea de astrología, decía en gruesas letras negras sobre un fondo rojo sangre en el que alguien había garabateado corazones retorcidos en rosa claro, todos ellos rotos.

Supo de inmediato de dónde venía *ese* folleto. ¡Solo una persona en todo el paseo marítimo podía dibujar unos corazones tan feos! Un estúpido abogado de divorcios calle abajo… donde ayer mismo habían vuelto a poner un cartel.

—¡No habrá sido capaz! —exclamó indignada.

—Parece que sí —respondió Hailey. Parecía tan indignada como ella.

Apretó los dientes y arrancó el folleto del cristal.

—¡No! No, no y no. ¡No en mi puerta!

Matt le enseñó que, a veces, hay que buscar la confrontación para que las cosas mejoren. Sospechaba que se sentiría mucho mejor si le gritaba a Connor Stone. No iba a dejar que él le arruinara su buen humor. ¡Hoy empezaría a luchar por sí misma! Y como no le importaba lo que Connor pensara de ella, era la víctima perfecta para su ira.

Arrugó el folleto en sus manos y caminó pesadamente por el paseo hasta el edificio del final.

—¡Acaba con él! —le gritó Hailey.

Ella asintió con firmeza, planeando aporrear la puerta de la oficina y echarla abajo si era necesario, pero para su desgracia, Connor salió justo cuando estaba cerrando el puño.

—Hola —dijo el tipo mordaz, trajeado con frialdad, con el rostro totalmente neutro y la corbata impecable. Dios, ¿cómo era posible que nadie lo hubiera ya estrangulado con ella?—. ¿Tu mañana va bien?

—¡Tú! —espetó Maddie—. ¿De qué va *esto*? —preguntó enfadada, levantando la bola de papel.

—¿De qué va qué? —preguntó con indiferencia—. Yo no arrugué el bonito folleto.

—Pero sí lo pusiste.

—Ah, sí. Es cierto. —Se balanceó sobre sus talones, con aire de suficiencia—. Y con buen nivel, para que quedara recto. Acabas de arruinar quince minutos de trabajo. Normalmente cobro seiscientos dólares por quince minutos, así que…

—¡Connor, no puedes poner algo así! ¡Es malo para el negocio! —le espetó ella.

—¿Eso crees? —Se tocó la barbilla pensativo con el dedo índice —. Sí, supongo que la verdad a menudo es mala para el negocio.

—¡*No* es la verdad!

—Madison, no sé por qué estás tan alterada. Tú tienes sus carteles y yo tengo los míos.

—¡Pero nuestro cartel no es malo para ti! El tuyo, en cambio…

—¡Oh, sí! —respondió el abogado con frialdad—. Es malo para mi salud mental.

—¡Siento decepcionarte, Connor, pero eso ya no tiene remedio!

Este resopló.

—Deja de poner tus estúpidos carteles y yo me guardaré mis folletos.

¿Folletos? ¿En plural? Dios mío, ¿cuántos habría impreso este troglodita?

—¡¿Cuál es tu problema?! —gritó frustrada—. ¿Es que odias el amor o algo así? ¿Alguna pobre chica te rompió el corazón y desde entonces quieres que todos los demás sean infelices también?

El chico arqueó una ceja, divertido.

—Me rompió el corazón…

—Bueno, ¿qué es entonces? No hay nada malo en informar a tus clientes de que podemos ayudarlos a superar su divorcio.

Los ojos marrones de Connor se oscurecieron de repente y la sonrisa desapareció de su rostro.

—¡Mi *problema* es que estás diciendo sandeces! Que estás prometiendo milagros. Todas esas aplicaciones y sitios de citas con tus test psicológicos son una absoluta tontería.

Ella se quedó sin aliento.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es —respondió con frialdad—. Estás vendiendo una mentira. Y no soporto que las mentiras se conviertan en dinero.

—¡No es una mentira! Nuestro sitio funciona. ¡Tenemos un cuestionario creado por una psicóloga de renombre! Y Hailey, que tiene un maldito título del Caltech, programó el algoritmo.

—Ah —dijo Connor sin expresión—. Lo que he oído es: Papá Noel me regaló un arco y flechas y ahora juego a ser Cupido con el dinero de los demás. ¡Emparejar gente funciona tan bien como las danzas de la lluvia, Madison! Ahora, ¿podrías largarte, por favor? Algunos tenemos trabajos de verdad.

—Tú eres un…

—Lo sé —respondió tajante y desapareció en la oficina.

Se quedó mirándolo con la boca abierta. ¡No era de extrañar que estuviera solo y fuera abogado de divorcios! Tal vez hasta disfrutaba viendo cómo se desintegraban las relaciones de los demás.

—Dios —susurró molesta, dejando el folleto arrugado en su puerta cuando su teléfono sonó—. ¿Qué? —respondió con brusquedad.

—Maddie, me quedé sin comida en casa.

Suspiró lo más profundo que pudo y cerró los ojos.

—Lo siento, papá. Pero tienes un supermercado a menos de cinco minutos de casa. Incluso podrías ir a pie.

Oyó a su padre soltar una exclamación de asombro.

—No estoy vestido para ir al supermercado, Maddie.

—Pues ponte algo —le aconsejó con paciencia—. Papá, tengo que trabajar, así que… Solo ve a comprar.

—Ah… no. Está bien. Hoy me quedaré sin comer. —Y colgó.

Se quedó mirando el móvil con incredulidad.

¡No! Eso era inaceptable. Estaba harta de que todos en su familia hicieran lo que les daba la gana y contaran con ella para solucionar el estropicio. Había olvidado cómo funcionaba una familia normal, pero el fin de semana en casa de los padres de Matt se lo recordó y… ya era suficiente.

Matt tenía razón. Tenía que empezar a luchar por sí misma. Tenía que dejar de evitar las discusiones. Las cosas no podían seguir así.

Con los dedos temblorosos, pulsó el botón de llamada. Su padre respondió al segundo tono.

—¿Cambiaste de opinión? —preguntó esperanzado.

Apretó los labios con tanta fuerza que su mandíbula amenazó con estallar. ¿Lo hizo a *propósito*? ¿Intentaba hacerla sentir culpable para no tener que superar sus demonios internos?

—No, no lo he hecho —respondió tajante—. ¡Papá, no soy tu criada! ¡Báñate, vístete y ve a hacer la compra tú mismo! Puede que tu duelo te impida ver a tus viejos amigos o, Dios no lo quiera, conocer a alguien nuevo, pero la gente triste también puede echar cosas en un carrito de compras y usar una tarjeta de crédito.

—Maddie, hoy no es un buen día…

—¡*Nunca* es un buen día, papá! —gritó desesperada—. No lo ha sido en años. ¿Y quieres que te diga un secreto? *Nunca* es un buen día para que yo gestione tu casa. Para asegurarme de que comas. Papá, tengo una vida. No pasa nada si te sientes sucio y no quieres hacer nada al respecto, ¡pero no está bien que me hagas sentir sucia a mí también!

Le oyó tragar saliva y luego se hizo el silencio al otro lado.

—Yo… no sabía que te sentías así —murmuró finalmente.

—No, porque no quería discutir —respondió, agotada—. Pero… a veces hay que discutir. Para conseguir lo que quieres. Así que, a partir de ahora, vas a ir a hacer la compra tú mismo, papá. Y vas a reunirte con Lucy y conmigo una vez al mes. Fuera de casa.

Tenían que empezar por algún sitio.

Su padre suspiró contra el teléfono.

—Está bien. Puedo ir a comprar. Pero lo otro…

—No. No quiero oír más réplicas ni excusas —espetó en voz alta, a pesar de que le ardían los ojos y se le oprimía el pecho. A pesar de

que se le trababa la lengua—. Ya tuve suficiente, papá. Nuestra familia lleva rota demasiado tiempo y eso no cambiará si no nos esforzamos entre todos.

—Madison, cariño, no estamos…

—Sí, sí lo estamos —lo contradijo por lo bajo—. Además, no quiero oírlo. Este domingo hay un partido de los Hawks en casa e iremos. Todos juntos. Como solíamos hacer. Porque no tenemos por qué estar rotos. Sí, nos falta una parte de nosotros y ¡eso duele! Pero no significa que no podamos ser un rompecabezas completo sin esa pieza que falta. Así que, el próximo domingo, estaré en tu puerta a las seis. Estarás duchado, vestido y con ganas de ir. ¿Nos entendemos?

Se hizo el silencio durante unos segundos interminables. Luego pronunció una palabra que no le había oído decir en años.

—Está bien.

Un nudo se abrió paso en su garganta y su voz sonó ronca mientras continuaba.

—Bien. Eso está… bien. —Quería decirle que debía volver a terapia, que debía salir a caminar más, pero eso sería demasiado por hoy. Paso a paso—. Papá. Te echamos de menos, ¿sabes? Echamos de menos a mamá y te echamos de menos a ti. La única diferencia es que tú sigues aquí. Así que… más te vale estar allí, maldita sea.

Entonces, colgó.

Presa del pánico, el corazón le latía con fuerza en el pecho. ¿Acababa de decir todo eso? ¿Estaba buscando el enfrentamiento? Oh, se sentía fatal. Al mismo tiempo, una sonrisa asomó a su rostro. ¡Había servido de algo! Matt tenía razón. A veces las cosas tenían que ponerse feas antes de poder mejorar. La adrenalina seguía bombeando por sus venas… ¡y aún no había terminado!

Le temblaban las manos, pero no quería frenar esta inercia de decirle a los demás lo que en verdad pensaba. Ya no tenía miedo de entablar discusiones. ¿Y si mañana perdía el valor?

Así que marcó el número de la única persona a la que deseaba que llamara más a menudo. La persona que no tenía ni idea de lo que estaba pasando en Los Ángeles, pero que debería saberlo.

—Doctora Rachel James —respondió su hermana al tercer tono. Sonaba tan carente de emociones y objetiva como Connor Stone. Sinceramente, Maddie nunca había oído a su hermana levantar la voz… y se preguntó si hoy sería la primera vez.

—Hola, Rachel, soy yo, Maddie —respondió, erguida.

—Maddie —replicó esta, sorprendida, quizá alarmada—. ¿Está todo bien? ¿Están bien papá y Lucy?

Cerró los ojos y suspiró profundo. Al parecer, se había llegado al punto en que su hermana mayor solo esperaba una llamada suya si un miembro de la familia había tenido un accidente o algo por el estilo.

—Están bien —respondió con vaguedad, riendo sin ganas—. No, ¿sabes qué? Lucy está bien, pero papá sigue mal. Como ya sabes. Por eso decidí… que tienes que venir a casa por Navidad.

Siguió un silencio.

—¿Qué? —se limitó a decir su hermana.

Maddie se aclaró la garganta.

—Sé que cancelaste, pero no pienso aceptar eso, Rachel. No te vemos desde hace dos años. Te echamos de menos. Papá está recluido y tú no estás aquí para ayudarle, ¡y eres la maldita psicóloga! Así que, espabila, súbete a un avión y trae tu trasero aquí.

Silencio de nuevo. Luego, en voz baja, respondió:

—Tienes razón.

La chica parpadeó, perpleja.

—¿La tengo?

—Sí. Yo… —un profundo suspiro—. No debería seguir huyendo. Estaré allí para Navidad. Es posible que vuelva a mudarme allí la próxima primavera de todos modos.

Maddie se quedó boquiabierta.

—¿A qué te refieres?

—Yo… han cambiado algunas cosas para mí últimamente y he estado pensando en empezar de nuevo. Con ustedes. Si les parece bien.

—¿Qué cambió? —preguntó, confundida. Era la primera vez que lo oía—. Puedes venir cuando quieras, ya lo sabes.

—Sí, supongo que sí. —Volvió a tragar saliva—. Maddie —susurró con voz débil—. Lo siento. Siento que te tocara a ti cargar con todo. Soy la mayor y debería haber asumido la responsabilidad cuando murió mamá, pero… —se interrumpió.

—A ti te afectó aún más que a nosotras —susurró Maddie—. Lo sabemos. Eras totalmente la niña de mamá. Ustedes dos tenían una relación especial.

—Sí. Nosotras… —Sonaba agotada—. Da igual. Podemos hablar de ello en Navidad.

Maddie frunció el entrecejo y se le encogió el corazón. Si era sincera, no sabía nada de la vida de Rachel, ¿verdad?

—¿Está todo bien, Rach? ¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

—He estado mejor —respondió sin tono—. Pero gracias por llamar. Creo que me vendrá bien volver a verte. Yo también los echo de menos a todos.

A Maddie se le cerró la garganta. En su cabeza, Rachel era inquebrantable: orgullosa, inteligente y exitosa, no agotada ni triste.

—Oye, si necesitas que te animen, acabo de descubrir que es divertido gritarle al arrogante abogado de divorcios de la calle de al lado. Quizá eso también sea para ti.

Rachel soltó su risa alegre que siempre le recordaba a Maddie a su madre.

—¿Qué hizo para incurrir en tu ira? Después de todo, eres conocida por evitar las discusiones.

Las comisuras de sus labios se curvaron. Quizá su hermana la conociera mejor de lo que dejaba entrever.

—Ah, solo insultó tu cuestionario y lo comparó con la astrología.

Rachel jadeó indignada.

—¡No hizo eso!

—Sí. ¡Y dijo que *las agencias de citas funcionan tan bien como las danzas de la lluvia*!

—Qué imbécil.

Maddie se rio.

—Ni siquiera lo conoces.

—No hace falta. ¡Las personas que no creen en la psicología y en la terapia son siempre las que más necesitan de ambas cosas! Sus

afirmaciones apuntan a un trastorno psicológico que me encantaría investigar.

Maddie sonrió.

—Por favor, dile eso. Siempre y cuando yo esté allí para oírlo.

—Hecho. ¿Alguna otra novedad?

—Bueno… —Sus mejillas se encendieron y de repente sintió la necesidad de compartir algo de su vida, algo que la hiciera sentirse de nuevo cerca de Rachel. Más unidas. Más como una familia—. Tengo novio —murmuró por fin.

—¿En serio? —preguntó su hermana, sorprendida—. ¡Oh, me alegro mucho! Es el primero desde Clemens el Payaso, ¿verdad?

Sonrió.

—Sí.

—¿Quién es?

—Un… jugador de hockey.

—Oh, no, ¿tú también?

Maddie se rio.

—Resulta que los jugadores de hockey son unos tipos bastante geniales.

—Me lo creeré cuando lo vea. Pero bueno. Tengo que colgar. Gracias de nuevo… por la patada en el culo.

—Cuando quieras —respondió con suavidad—. Entonces, ¿hasta Navidad?

—Hasta Navidad —respondió Rachel de forma cariñosa y colgó.

Una sonrisa relajada se extendió por el rostro de Maddie y bajó el celular, pero solo para poder escribir mejor.

Le grité a mi padre. Y le dije a mi hermana que traiga su trasero aquí.

La respuesta de Matt no se hizo esperar.

Toda una rebelde. Estoy orgulloso de ti.

Sonrió y respondió: *Me chocan las rodillas y siento que me voy a desmayar en cualquier momento. Casi empiezo a pensar que es bueno discutir a veces.*

Cierto. A menos que sea por mi ropa sucia.

Ella se rio y su corazón se llenó de calidez. Al parecer, también de helio, porque se volvió increíblemente ligero.

Era feliz, más feliz de lo que había sido en mucho tiempo. Se sentía más valiente que de costumbre, más viva que nunca. Más sabia que de costumbre.

Dios, debería haberse acostado con Matt mucho antes.

Capítulo Veinticuatro

Matt debería haberse acostado con Maddie desde hacía mucho tiempo.

Pensó en todas las cosas que podrían haber hecho durante el último año. Todo este tiempo se habían limitado a sentarse uno junto al otro en el sofá viendo *Las chicas Gilmore*, cuando podrían haber estado teniendo sexo apasionado con la serie de fondo. No entendía cómo había logrado no ponerle las manos encima. Cuando por fin regresó de los partidos fuera de casa el sábado por la noche, tardó ochenta segundos en tenerla desnuda y gimiendo bajo él en el sofá.

Por fin sabía por qué decidió comprarse uno tan grande: para que él y ella no se cayeran cuando su chica lo apartó para subirse encima. Para que ella pudiera usar el ancho respaldo como apoyo mientras se movía sobre él y susurraba: «Te eché de menos». Para que tuvieran espacio suficiente para que él se incorporara con ella y la besara aún más profundo mientras seguía embistiéndola, algo que era una consecuencia inevitable de sus palabras. Era adicto a ella.

La última vez que no había podido saciarse de algo fue el primer día que pisó el hielo y le entregaron un palo de hockey. Maddie, sin embargo, era casi mejor que estar sobre el hielo; con ella siempre ganaba. Cuando se corrió con un gemido, mordiéndole el hombro, él la siguió en el instante, con el pecho tan lleno y cálido que no pudo respirar durante varios segundos.

Estaba enamorado de su mejor amiga y se sentía un idiota por haber necesitado todo un año para darse cuenta.

Esa revelación no llegó de la noche a la mañana. No había tenido un momento de claridad absoluta. En cambio, en cierto modo, siempre lo había… sabido. Solo que nunca le puso nombre al sentimiento. Decir que sus emociones lo aterraban era quedarse corto. Estaba entrando directamente en pánico. Su miedo a perderla lo envolvía todo.

Solo había hecho un puñado de amigos a lo largo de su vida y los había perdido a todos. Tanta gente había entrado en su vida para luego desaparecer. Con el tiempo, se volvió algo normal. Nunca había tenido una relación seria; todas las aventuras se habían agotado en algún momento. El hecho de que todo tuviera que terminar era tan evidente para él como el hecho de que Dax se merecía un golpe en la nuca con un palo de hockey de vez en cuando.

Su mejor amiga, sin embargo, era diferente. Ella *tenía* que ser diferente porque ni su cabeza ni su corazón podían permitirse perderla. Era su constante, su invariable fuera del hockey. La necesitaba y no podía estropear esto. Estas frases eran un mantra que repetía una y otra vez en su cabeza. Aplacaba el pánico que se agitaba en su estómago de vez en cuando. Solo se olvidaba de esa sensación cuando estaba con ella. Entonces, se volvía irrelevante. En cada uno de esos momentos, sabía que por el resto de su vida aceptaría cualquier migaja que Maddie le ofreciera. Y ahora mismo, ella se lo estaba ofreciendo *todo*: cuerpo, mente, sonrisa. Era un idiota afortunado.

—Sabes… —le susurró, respirando con dificultad en su oído y besando el punto justo detrás de este mientras ambos recuperaban el aliento—, siempre pensaba que la noche perfecta éramos yo y un tequila sunrise en el sofá con mi móvil apagado, pad thai en la mesa y viendo alguna película romántica que me hiciera feliz. Pero me equivocaba. *Esto* es la noche perfecta.

Él sonrió y deslizó la punta de sus dedos por la espalda desnuda de su chica. Acariciando cada una de sus vértebras y disfrutando de la piel de gallina que provocaba a su paso.

—¿Un orgasmo nunca formó parte de tu noche perfecta? Eso es increíblemente descuidado por tu parte.

Maddie se rio. Matt nunca se cansaría de ese sonido. Era como la luz del sol. Uno pensaría que ya había suficiente de eso en California, pero no.

—Lo sé, ¿verdad? —susurró en respuesta—. Eso es porque pasó mucho tiempo desde mi último orgasmo no electrónico.

—Qué lástima —respondió, fingiendo seriedad, aunque en realidad no fingía. Maddie era demasiado entusiasta con el sexo como para abstenerse de él—. Sabes, si me hubieras dicho antes que había un hueco del tamaño de un pene en tu vida, sin duda me habría ofrecido como generoso voluntario desde hace meses.

Su risa se hizo más fuerte.

—¿En serio? ¿Un hueco del tamaño de un pene? ¿Eso en qué te convierte? ¿En un donante de orgasmos o en un donante de amor? Si nos ponemos tradicionales.

Él frunció el ceño.

—No me gusta ninguna de las dos. ¿Qué tal donante de felicidad? Porque mis habilidades van mucho más allá de un orgasmo trascendental.

Maddie soltó un bufido de diversión.

—¿Te gusta más ese apodo que el de *Don Encantos*? Pero está bien. Me encantará mencionarlo en mi próxima entrevista para ESPN. Si eso te hace feliz…

Él tomó su rostro entre sus manos, le apartó el cabello de la frente y entrecerró los ojos.

—Eso se quedará en una amenaza vacía, porque sabes que yo les diría que te acuestas con tus clientes.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, ¡estoy segura de que muchos hombres se apuntarían con nosotras! No sería tan malo —respondió a la ligera—. Y, Dios, necesito beber algo. La vida contigo es mucho más atlética de lo que estoy acostumbrada.

Se bajó despacio de encima de él y Matt echó de menos de inmediato su peso, su piel contra la suya.

Sí. Era adicto. Y quizá de una manera poco saludable.

Se rio suavemente.

—Es solo más sexo. No te estoy obligando a correr un maratón conmigo.

—¿Hola? El sexo es agotador para la gente que no tiene músculos, Matt —le recordó ella con seriedad mientras se levantaba —. ¿Quieres algo de beber? Pero primero voy al baño.

Asintió agradecido mientras ella desaparecía en dirección al baño y se recostó en los cojines, respirando profundo. Maddie tenía razón. Esta era la noche perfecta, incluso si tanto Lucy como Nell, además de Dax, le habían enviado mensajes hacia una hora interesándose por qué estaba pasando realmente entre él y Maddie. Nell se sentía esperanzada. Lucy se mostró insistente. Dax solo escribió: «¿Qué te pasa?».

Matt se tomó la libertad de ignorarlos a todos.

Como si hubiera invocado otro mensaje solo con el pensamiento, un teléfono vibró.

No el suyo; el móvil de Maddie se iluminó sobre la mesa del salón. Su mirada se dirigió de forma automática al mensaje de texto que apareció y, aunque —en verdad— no quería leerlo…

Hola, ¿cómo estás? Aún no has confirmado tu asistencia a la boda. ¿Vienes?

XX, Clemens

Matt entrecerró los ojos y se inclinó más hacia adelante mientras algo amargo y desagradable inundaba su pecho, antes cálido.

XX, Clemens.

¿La gente todavía escribía besos con esa forma de equis? ¿No se había abolido junto con los pantalones de campana? ¿Y por qué Clemens se ponía en contacto con ella? Maddie dijo que las cosas con su exnovio terminaron mal. Entonces, ¿por qué diablos seguía en contacto con él?

—Oh, ¿podemos pedir comida ya? Me muero de hambre —preguntó Maddie, interrumpiendo sus pensamientos mientras salía del baño y se dirigía a la cocina. Por desgracia, ya no estaba del

todo desnuda. En su lugar, llevaba una de sus camisas, que le llegaba hasta los muslos. Tendría que persuadirla para que llevara exclusivamente sus camisetas o nada en absoluto. Cualquier otra cosa no le parecía correcta.

—Sí, claro —respondió, con los ojos todavía fijos en el mensaje —. ¿Tailandés?

—Siempre. Pero si vuelves a poner Babybel en tu curry, puede que tenga que matarte. En nombre de todos los tailandeses y los amantes de la comida.

Sintió que una sonrisa asomaba a las comisuras de sus labios. Se recostó de nuevo. No importaba. Clemens era un tipo de su pasado. Podía estar en contacto con él. No le molestaba.

Sin embargo, llegó otro mensaje.

También podemos volver a hablar por teléfono. Me gustaría saber cómo te va. El domingo por la noche quizás. XX.

Su mandíbula se apretó, sus dientes rechinaron y su espalda se tensó tanto que no le sorprendería haberse provocado un tirón muscular.

Bien, joder, sí le molestaba que los dos hablaran por teléfono con regularidad.

—¿Estás bien? —preguntó Maddie, dejando dos vasos de agua junto al revelador teléfono móvil.

—Sí —soltó.

—¿Estás seguro? —Maddie frunció el entrecejo—. Gruñiste.

Tomó el vaso de agua que le tendía y bebió un sorbo antes de hacer lo que siempre hacía cuando estaba con Maddie: ser honesto. Era sorprendentemente fácil decir la verdad cuando estabas con alguien que nunca te había hecho sentir mal, con quien siempre habías sido abierto por principios porque, en las amistades, podías decir todo lo que quizás te guardarías en una relación.

—Bien, tengo que confesarte algo. Mi visión periférica es tan buena que, sin querer, leí dos mensajes en tu móvil de parte de…

No tuvo oportunidad de terminar porque Maddie ya estaba echando mano a su celular y mirando la pantalla. Parpadeó ante las palabras de Clemens durante unos segundos y luego soltó un bufido de desdén que resultó muy satisfactorio.

—No habla en serio. ¿De verdad esperaba que le confirmara mi asistencia?

—Eso parece —dijo Matt con inocencia. Ella no parecía muy contenta al respecto, lo cual interpretó como una buena señal.

—En realidad es un buen hombre en la superficie, pero un poco idiota en el fondo —explicó con vacilación, lanzándole una mirada escéptica—. ¿Y esos mensajes son el motivo por el que estuviste gruñendo?

Su novio hizo una mueca.

—Me dolía la garganta.

Se rio.

—Eres muy dulce cuando te pones celoso —susurró y le dio un beso tierno en la mejilla—. Fue hace una eternidad. Pero si eso te hace sentir mejor…

No puedo ir. Ni el día de tu boda ni el domingo por la tarde. Esos dos días tengo partido de hockey. Te deseo toda la suerte del mundo, tecleó en su teléfono y le dio a enviar; luego agitó la pantalla frente a la cara de Matt.

—Ya está. ¿Ves? Hecho —dijo con una amplia sonrisa—. Porque el hockey es más importante que él.

A Matt le tembló la comisura de los labios. Bien, era un detalle por su parte decirlo así, pero… no sentía que el asunto hubiera terminado. Todo lo contrario. Tenía la sensación de haber destapado un barril enorme lleno de algo flotante y apestoso.

Sinceridad. Lo suyo funcionaba gracias a su sinceridad.

—De acuerdo, Maddie, tengo que preguntártelo —dijo con impaciencia—. ¿Quién es exactamente Clemens y qué pasó? Llevas semanas dándome detalles insuficientes que, poco a poco, me están carcomiendo por dentro. Porque, en serio, hasta hace un mes ni siquiera sabía que existía un exnovio, mientras que es probable que tú tengas todos los nombres e, incluso, quizá hasta los números telefónicos de todas las mujeres con las que he estado en el último año.

Maddie frunció los labios.

—Seguro que es buena idea recordarle a la mujer medio desnuda que tienes delante cuántas muescas tiene tu cama.

—*Tú* me liaste con la mitad de ellas —le recordó él, estupefacto.

—Ya, ya —respondió con fastidio, restándole importancia con un gesto—. Yo tampoco soy siempre la más lista de la clase, ¿de acuerdo? En cuanto a Clemens… No hay mucho que contar. Fue mi única relación seria. Aunque, según él, no fue mi novio en absoluto.

Él frunció el ceño, irritado.

—¿A qué te refieres?

Maddie se removió inquieta en el sofá, le lanzó una mirada de duda y luego se concentró en el vaso de agua que tenía en la mano.

—Es un poco vergonzoso. Fui tan tonta entonces que no me gusta contar la historia.

Él asintió despacio.

—Lo entiendo. Obviamente, no tienes por qué hablar de ello. Solo… puedo consumirme poco a poco en este sofá, muriéndome de curiosidad.

Un amago de sonrisa cruzó sus labios.

—Hoy está muy dramático.

—Vimos *Dirty Dancing* en el vuelo de regreso. Puede que se me haya pegado algo.

Maddie se rio y luego soltó un hondo suspiro. Pensativa, dejó el vaso de agua sobre la mesa, se estiró en el sofá y apoyó la cabeza en el muslo de Matt. Por lo tanto, su boca quedó cerca de las partes íntimas de él, todavía al descubierto. En circunstancias normales, aquello lo habría distraído. Sin embargo, todavía sentía una opresión en el pecho y un sabor amargo le llenaba la boca.

—No tienes por qué contármelo, Maddie —susurró, acariciándole la frente con suavidad y deslizando el índice por su mejilla hasta los labios—. Si prefieres guardártelo para ti, puedo aceptarlo.

—No, está bien. —Sonrió con timidez—. Ahora estamos… juntos. —Sus mejillas adquirieron un precioso tono carmesí—. Deberías saberlo. Verás, nos conocimos en la universidad. En segundo año. Clemens también estudiaba Ciencias Sociales. Era guapo, brillante… Nos hicimos amigos y acabamos acostándonos. Y luego una y otra vez. Se suponía que esa era toda la historia. Nos conocimos y nos enamoramos; éramos pareja, o eso pensaba yo, y prácticamente

vivíamos juntos. Hasta que lo encontré con otra y nuestra relación saltó por los aires. —Una sonrisa sin alegría se dibujó en su rostro.

—Joder —masculló él, trazando círculos con suavidad en la clavícula de ella.

—Oh, eso no es lo peor. Sabes, si eso hubiera sido todo, habría sido una mierda, pero habría estado bien. Clemens habría sido un idiota y yo la víctima. Pero… —Se frotó los labios con vacilación—. Bueno, el caso es que, cuando lo encontré y le grité que era un bastardo y que no quería volver a verlo nunca más… solo me miró confundido y dijo que no entendía cuál era mi problema. Porque no estábamos juntos. Nunca habíamos hablado de ser exclusivos. Teníamos un rollo, pero no una relación seria. Él dio por hecho que yo también me acostaría con otros por mi cuenta. —Entornó los ojos y se frotó la frente, como si el solo hecho de pensar en la escena le resultara doloroso—. Y tenía razón, ¿sabes? Nunca hablamos de tener una relación estable. Pero, joder, nos acostamos con frecuencia durante dos años, nos veíamos todas las semanas… Yo lo quería. —Tragó saliva —. Pero para él yo solo era un revolcón. Una forma agradable de pasar el rato. —Sacudió la cabeza con un suspiro y soltó una carcajada amarga—. Tardé años en superarlo. Pero ni siquiera fue culpa suya que me sintiera tan mal. Fue mía. No lo entendí. No presté atención. No pregunté. Solo asumí que estábamos juntos. Así que, básicamente, yo misma me rompí el corazón. —Se mordisqueó el labio inferior con inquietud—. Por eso, desde entonces, siempre le he dicho a todo el mundo que he conocido que quiero algo serio o nada de nada. Para que mis cartas estén sobre la mesa desde el principio. Para que no vuelva a pasar lo mismo. ¿Lo entiendes? —Todavía con incertidumbre en su expresión, lo miró.

—Lo entiendo —murmuró él, aunque su cerebro trabajaba a toda marcha. ¿Se habían acostado durante dos años y Clemens no sabía que estaba en una relación? ¿O al menos, Maddie creía que lo estaban? Qué absoluto idiota. Por otro lado… Dax y Lucy tampoco se habían dado cuenta de que estaban juntos. Así que, tal vez, ocurría más a menudo de lo que la gente pensaba.

Aun así, la historia no terminaba de convencerle. Lo que más lo irritaba era que Maddie se culpara a sí misma por haber acabado con el corazón roto. Lo que más le molestaba, sin embargo, era que ella todavía llamara a Clemens *un buen hombre*; el tipo que ella había creído que era su alma gemela.

Y había algo más que le preocupaba.

—¿Solo eran amigos antes de que empezaran a acostarse? —preguntó en voz baja.

Ella asintió.

—Sí. Bastante buenos, la verdad. Tal vez por eso me lo tomé demasiado en serio demasiado pronto. Porque nosotros… ya teníamos una historia juntos. —Frunció el ceño y entrelazó sus dedos con los de él, que todavía descansaban en su clavícula—. Los sentimientos crecen más rápido y con más profundidad cuando ya te conoces con la otra persona. —Le sonrió con timidez—. ¿No lo crees?

Él le devolvió la sonrisa y le dio un tierno beso en la frente, aunque el corazón le aleteaba en el pecho como un colibrí. Sabía a qué se refería, pero necesitaba saber algo más.

—¿Y siguen siendo amigos y hablan por teléfono a menudo?

Se dijo a sí mismo que necesitaba saberlo; era la única forma de descubrir si sus celos estaban justificados. Pero eso no era todo, porque la relación de Clemens y Maddie empezó de la misma manera que la suya. Y le tranquilizaría casi tanto como le perturbaría que el tipo siguiera formando parte de su vida. Eso significaría, al menos, que si lo suyo no funcionaba…

Maddie soltó un sonoro bufido.

—No. Nos ponemos en contacto una vez al año por nuestros cumpleaños. De vez en cuando quedábamos para tomar un café, pero de eso hace mucho tiempo y no hemos hablado por teléfono en una eternidad. Creo que él cree que seguimos siendo amigos, de lo contrario, quizá ni siquiera me habría invitado a su boda, pero… No. —Sacudió la cabeza con vehemencia—. No puedo seguir siendo amiga del hombre con el que pasé dos años imaginando un futuro. Si solo hubiera sido sexo casual, pues a lo mejor. Pero esto no. Es

demasiado raro. Siempre habría algo entre nosotros, ¿sabes? Nunca puedes volver a una especie de normalidad.

Se encogió de hombros y le besó el dorso de la mano. Él, mecánicamente, le acarició el cabello y se enrolló un mechón en el dedo índice. Disfrutaba de la intimidad de sus caricias, de la naturalidad con la que se recostaba en su regazo. De su cercanía.

Siempre se había sentido unido a Maddie, más que a nadie en su vida, incluso cuando solo eran amigos. Y mientras tuviera esa cercanía…

Se quedó mirando la pantalla apagada del televisor en la pared de enfrente.

No puedo seguir siendo amiga del hombre con el que pasé dos años imaginando un futuro.

Tragó saliva. No, por supuesto que no podía. Y había sido la decisión correcta intentarlo.

¿O no lo era?

No. Sí lo era. Lo que había entre ellos era fantástico. Y él quería que Maddie imaginara el futuro con él. Al fin y al cabo, ella *tenía* que estar en el suyo, fuera como fuese.

Preferiblemente de esta manera.

Aunque si no funcionaba…

Tragó saliva y respiró hondo. ¡Iba bien! Mejor que bien. Estaba tan enamorado que no podía pensar con claridad. Realmente no debería preocuparse.

Capítulo Veinticinco

Incluso cuarenta y ocho horas después, mientras celebraban su última sesión de entrenamiento antes del partido del domingo, seguía dándole vueltas a las palabras de Maddie, unas palabras que acechaban sus sueños.

«No puedo seguir siendo amiga del hombre con el que me he pasado dos años imaginando un futuro».

Chocó contra algo duro con el codo y se estremeció.

—Viejo, Payne. ¿Qué te pasa? —León soltó un juramento y se frotó la barbilla—. ¡Soy de *tu* equipo! Lo sabes, ¿verdad?

—Perdona, no estaba atento —masculló.

Joder. Estaba totalmente descentrado.

—Pues concéntrate de una vez —replicó el defensa, molesto—. Solo somos tres en el hielo ahora mismo. ¿Tan difícil es *no* estamparse contra mí? Ten cuidado o se lo diré a Lucy. Aunque ya parece estar enfadada contigo. —Inclinando la cabeza, miró hacia el borde de la pista.

Sí, allí estaba ella, con su con su pelirrojo ondeando al viento —¿de dónde diablos salía esa brisa?—, de pie con las manos en las caderas y fulminándolo con la mirada desde el otro lado de la pista. Confundido, Matt se giró. Esperaba que Dax estuviera allí, porque ese tipo de mirada solía ir dirigida a él. Pero no.

Antes de que pudiera seguir pensando en los errores de su vida, Lucy lo rescató.

—¿Así que Matt y Maddie son *pareja* ahora? —gritó enfurecida—. ¡¿Y a mí no me dicen nada de nada?!

Ah, eso.

Dax iba de camino hacia su novia, pero se detuvo al oír sus palabras. Su mirada también se clavó en él. Sin embargo, no era de enfado, sino más bien de… reproche.

Matt patinó vacilante hacia la valla, pero manteniendo una distancia de seguridad con la pelirroja que, aunque no era a menudo, a veces usaba los puños para expresar su descontento con gran precisión.

—¿Te lo dijo Maddie? —preguntó con escepticismo. Maddie había dicho que le avisaría antes de decírselo a su hermana.

—No. ¡Me enteré por Rachel! —Apretó los labios—. Increíble. De verdad. ¿Maddie suelta la información tan contenta cuando follan, pero cuando la cosa va en serio se calla?

—¿Va *en serio* entre ustedes? —preguntó Dax con incredulidad—. ¿Y no me dijiste nada?

—¿Quién va en serio? —quiso saber León, deteniéndose junto a ellos—. ¿Y por qué? ¿Qué les pasa a todos?

Matt gimió para sus adentros.

—No es asunto suyo, ¿verdad?

Lucy y Dax soltaron una exclamación dramática al mismo tiempo.

—¿Perdona? —exclamó Lucy.

—¿Qué es lo que no es asunto nuestro? —preguntó el defensa, metiéndose entre ellos.

—Chicos. —A Matt le crujió la mandíbula—. ¿Podrían solo…?

—¡No! —interrumpió Dax, con la voz resonando en el techo—. No y no. Todo esto está *muy* mal.

Asombrados, León y Lucy le miraron.

—¿Qué es lo que está mal? —preguntó la pelirroja con cautela.

—Que Matt debería haberte contado a *ti* primero qué está pasando —respondió él cáusticamente—. Así que, todos los demás fuera del hielo. Quiero hablar con Matt.

—Yo no estoy en el hielo, Dax —replicó Lucy, perpleja.

—¡Me da igual, váyanse ya! —dijo él con brusquedad.

León resopló.

—Viejo, no puedes mandar a…

—¡Vete, León! —le gritó.

—Bien. Madre mía. —El defensa puso los ojos en blanco y se largó del hielo.

—Maravilloso —gruñó Dax mientras Lucy y León desaparecían por el túnel, antes de gritarles—: ¡Diez minutos, necesito diez minutos, así que díganles a los demás que el entrenamiento tendrá que esperar!

Lucy hizo un gesto con la mano para indicar que lo había entendido y Matt oyó a León murmurar: «¿Pero es que todo el mundo se volvió loco hoy?».

Era una pregunta muy válida.

Matt se quitó el casco y entrecerró los ojos con irritación.

—¿Ahora qué te pasa?

—¿A mí? —gritó Dax incrédulo—. ¿Qué te pasa a *ti*? ¡Ya tuve suficiente! ¡En serio! ¿Qué mierda es esta? Llevo semanas esperando a que te disculpes… y si no vas a hacerlo voluntariamente, entonces voy a obligarte.

Matt resopló y se cruzó de brazos.

—¿De qué se supone que tengo que disculparme, Dax?

—¡Por comportarte como un idiota!

—¿Ah, sí? Pues como hiciste tú —respondió con frialdad.

—¡Pero si yo no *sabía* que lo estaba haciendo! —exclamó Dax con incredulidad—. Mierda, Matt, tú mejor que nadie deberías saber que a veces me cuesta entender cuándo estoy haciendo algo mal.

El rubio resopló con desprecio.

—No es que te cueste entenderlo. ¡Es que tienes un talento increíble para ignorarlo!

—Viene a ser lo mismo —replicó el moreno con brusquedad—. La cuestión es que me conoces y sabes quién soy y cómo soy y… de repente, me sueltas rollos sobre que ya no estoy de tu parte sino de la de Lucy, ¡cuando todavía estoy intentando entender por qué hay dos bandos *distintos*! —Agitó los brazos en el aire—. Y sí, dejamos de tirarnos en mi sofá una noche sí y otra no. Nos vimos menos fuera de los entrenamientos. ¿Pero no es normal olvidarse un poco de los amigos sin querer al principio de una relación? —Se quitó el

casco y se frotó la cara—. Bueno, no *olvidarse,* sino, bueno… ignorarlos. No con mala fe. Igual que ignoro el hecho de que a veces soy un idiota. Hasta lo busqué en Google, ¿de acuerdo? Y la revista *Happy Girlfriend* dice que es *normal* pasar más tiempo con tu novia que con tus colegas al principio. Pero que la cosa se estabiliza después de unos meses. Y joder, Matt, Lucy y yo ya éramos un caso extremo antes de estar juntos; lógicamente, lo seguimos siendo. Así que, ¿por qué cojones no puedes alegrarte un poco por mí?

Matt resopló.

—¡Pues claro que me *alegro* por ti! —espetó con dureza—. Mierda, Dax, no te culpo por estar enamorado, ¡te culpo por no responder cuando te escribí varias veces pidiéndote ayuda, indirectamente, y porque te importó un bledo lo que estaba pasando en mi vida! Y entiendo que Lucy sea tu prioridad porque nunca antes habías estado enamorado. Pero no debería ser la *única*.

—¿Me pediste ayuda? ¿Cuándo me la pediste? —preguntó Dax, escéptico.

—¡De forma indirecta! —repitió Matt, molesto—. Vamos, viejo, te escribí dos veces en una semana preguntándote si querías ir a tomar algo conmigo. Era obvio que necesitaba hablar de alguna tontería emocional. Ninguno de los dos bebe durante la temporada, ¿te acuerdas? Así que era una clave para decir: «¿Podemos hablar?».

—¿Entonces por qué no solo dijiste: «¿Podemos hablar?»?

—Porque sonaba ridículo. Y, de todas formas, estaba claro que necesitaba conversar…

—¿De qué narices estás hablando? —interrumpió Dax con aspereza—. No había nada claro. Tú *nunca* necesitas ayuda con tonterías emocionales. Soy yo el que se confunde cuando se trata de sentimientos, no tú —le recordó en voz alta.

—Bueno, pues esta es la excepción que confirma la regla —resopló, molesto—. ¡Y al menos pudiste haber preguntado! El hecho de que ahora tengas a Lucy no significa… —Se detuvo y apartó la mirada. Se sentía estúpido. Totalmente estúpido. ¿Pero qué podía hacer? Lo único que conocía en la vida eran amigos que, con el tiempo, nunca volvían a ponerse en contacto con él.

—¿No significa… qué? —Los ojos de Dax se abrieron de par en par—. Bro, Matt… ¿creías que iba a reemplazarte por Lucy o algo parecido?

Oh, mierda. Ahora sonaba como Maddie.

Apretó los labios y su vista se quedó clavada en la entrada del túnel.

—No seas tonto —dijo con voz ronca, pero Dax lo ignoró.

—Oh, no —murmuró de mal humor—. ¡No habrás pensado en serio que yo era como esos idiotas de tus antiguos equipos que se dejaron de contactar contigo! ¿Acaso estás… esto…? —Avergonzado, Dax se rascó la barba incipiente—. ¿No estabas seguro de cuánto… eh… significas para mí o lo que sea?

Oh, Dios. Sí. Lo había estado. Pero no podía decirlo. Simplemente *no podía*.

Oyó a Dax jadear.

—Es raro, ¿verdad? —murmuró al cabo de un rato—. Las mierdas personales con las que todo el mundo tiene que lidiar. Cada uno carga con un lastre distinto, así que nunca puedes estar seguro de cuál es el problema. Porque cada uno… funciona de forma diferente.

Matt se pasó la manga por la frente sudorosa.

—Sí —susurró—. Raro.

Dax suspiró.

—Matt, soy el más maduro de los dos, así que empezaré yo… Siento que sintieras que no estaba ahí. Pero, siendo honesto, ¡se te da bien esto! Las relaciones. Dar consejos. Supongo que nunca imaginé que necesitarías ayuda en ese ámbito. Siempre ves el panorama general. Por eso no me di cuenta de las señales. Y, por supuesto que… significas mucho para mí. Y, por supuesto que siempre seré tu mejor amigo, pase lo que pase. Que esté con Lucy no significa que… *nosotros* ya no estemos juntos.

A Matt le tembló la comisura de los labios.

—Oh, qué tierno eres —respondió con sequedad.

Dax se sonrojó y añadió en un susurro:

—Por favor, no le digas a ninguno de los chicos que dije eso.

Matt soltó una carcajada y se pasó la mano por la cara.

—Bien, se lo diré solo a Lucy.

Dax lo miró, sombrío.

—Te abro mi corazón…

La risa de Matt se hizo más fuerte. Eso había sido realmente sensible para lo que era Dax.

—Dax, nunca he tenido un amigo como tú, ¿de acuerdo? —dijo de repente—. Alguien con quien pueda hablar de cosas serias. Al igual que nunca he tenido una amiga como Maddie con quien hablar de *todo*. Supongo que solo… me sentiría fatal si perdiera a alguien así.

—Ah, sí, Maddie. —Dax asintió pensativo—. Ese es el tema con el que necesitas ayuda, ¿verdad? ¿O hay otra mujer?

—Por supuesto que es por Maddie, idiota —respondió él, atónito.

—¡Lo ves! Y por eso te necesito. Para saber cuándo me estoy portando como un idiota. —Dax lo señaló con el dedo índice—. Entonces, Maddie y tú están juntos ahora y todo va bien, ¿verdad?

Matt vaciló.

—Biiieeen —dijo Dax lentamente—. ¿No va todo bien?

Suspiró.

—No tengo ni idea. Siento que todo debería ir bien. —Se rio sin alegría—. Joder, Dax, nunca he tenido tanto miedo en mi vida.

Su amigo parpadeó, sorprendido.

—¿Miedo de qué?

—De cagarla. Me entra el pánico cuando pienso en perderla. Ella no tiene nada que ver con el juego, ¿sabes? Es mi amiga a pesar de que juego al hockey, no *porque* juegue. Es la única constante fuera de mi familia y del hockey que he tenido nunca. Y no quiero…

—Cagarla —repitió Dax.

—¡Sí!

—Pues no la cagues —afirmó con sencillez.

—¿Y si ya lo he hecho?

—¿Por acostarte con ella y declararla tu novia?

—¡Sí!

Dax frunció el entrecejo.

—¿Por qué… ni siquiera quieres estar con ella?

Él resopló.

—No seas ridículo, ¡claro que quiero estar con ella!

—¿Porque… el sexo es malo?

Matt abrió la boca.

—Olvídalo —se retractó Dax—. No quiero saberlo. Por tu expresión, tampoco es el sexo. Así que no lo entiendo. ¿En qué la cagaste?

—En nuestra amistad —murmuró—. Nuestra… amistad segura.

—Segura —repitió Dax, y se le encendió la bombilla—. La amistad que es más segura que su relación.

—Las amistades duran más que las relaciones —murmuró en respuesta.

—Oye, eso es lo que decía la revista *Happy Girlfriend* —confirmó Dax ahora con tono alegre—. Bien, pero… —Parpadeó—. ¿La quieres?

—Sí —respondió sin vacilar.

—¿Como a una novia o… como a una novia-novia?

Matt esbozó una media sonrisa.

—La quiero de todas las formas posibles.

Dax asintió como si lo comprendiera de inmediato.

—Pero si rompen…

—Perdería a mi novia y a mi mejor amiga al mismo tiempo.

—Así que, si nunca hubieran empezado nada…

—Perdería a mi novia, pero probablemente nunca perdería a mi mejor amiga —resumió.

—Lo entiendo. —Sumido en sus pensamientos, Dax se quedó mirando el hielo y luego murmuró—: Bueno, no hay nada de malo en intentar la relación, ¿no? Si no funciona, Matt, y ambos se dan cuenta a tiempo, entonces quizás puedan volver a ser amigos. ¿Cuánto tiempo llevan de intimidad? ¿Dos semanas? No es tanto tiempo. —Se aclaró la garganta—. Maddie aún no se lo ha dicho a Lucy. Así que no está segura todavía, ¿verdad?

Matt frunció el entrecejo. No parecía que hubiera incertidumbre entre ellos. Pero, sí, Maddie solía compartir sus sentimientos con Lucy… a menos que fuera algo malo.

—Lo que intento decir —continuó Dax, interrumpiendo sus pensamientos— es que si tienes miedo de lo que pasaría si rompieran, si tú o Maddie cambiaran de opinión… no es demasiado

tarde para seguir siendo amigos, llegados a este punto. Han sido amigos durante mucho más tiempo de lo que llevan acostándose. —Se encogió de hombros—. Eso vale algo, ¿no?

El entrecejo fruncido de Matt se acentuó. Sí. Sí. Claro. Si todo lo demás fallaba… podrían volver a ser amigos, siempre y cuando se dieran cuenta de su error lo suficientemente pronto.

Sus hombros se relajaron. Dax tenía razón. Tenían docenas de opciones. Todo iría bien.

—Bien. —Asintió despacio. Todo tenía sentido: solo tenían que seguir siendo honestos.

—¿Bien? Entonces… ¿está todo bien ahora? —preguntó Dax, inseguro—. ¿Nos hemos reconciliado?

Matt sonrió.

—Oh, Dax, no estarás todavía inseguro sobre lo nuestro, ¿verdad?

—Ah, cállate…

—Está bien. Estamos reconciliados.

Dax lanzó un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios. Ahora Lucy dejará de darme la lata para que te llame. —Su amigo le dio una palmada en el hombro—. ¿Y podrías decirle también lo buen amigo que he sido, pidiendo perdón de primero y todo eso?

Matt asintió obediente.

—Desde luego. Y le diré lo adorable que estabas mientras lo hacías.

Dax sonrió de oreja a oreja.

—Ella ya lo sabe. Ella…

—¡¿Qué demonios pasa?! —ladró el entrenador desde la banda y ambos se sobresaltaron—. ¡Temple, Payne! ¡No pueden echar a todo el mundo del hielo durante el entrenamiento antes de un partido importante!

—A lo mejor no *deberíamos*. Pero *podemos*, como acabo de demostrar —respondió Dax, sonriéndole a Matt—. ¿En cuántos tonos de rojo crees que se pondrá su cara?

—Cuatro.

—Seis —replicó Dax—. El que pierda, paga.

—Hecho —dijo Matt, pero la palabra quedó ahogada por los gritos del entrenador Gray.

Capítulo Veintiséis

Debería haber obligado a su padre a asistir a un partido de hockey con ella y Lucy mucho antes, porque fue casi como en los viejos tiempos.

Maddie había tenido miedo de que el partido le recordara demasiado a su madre, pero se había equivocado. Incluso había sonreído varias veces. Vitoreado cuando se marcaban los goles como si por un momento se hubiera olvidado de que estaba triste.

Tenía que salir más. A veces no servía de nada centrarse solo en el dolor en nombre de la superación. A veces había que distraerse. Se dio cuenta de que Rachel, la psicóloga, probablemente no habría estado de acuerdo… pero por hoy, a Maddie no le importó.

Podría haberse relajado por completo y seguir estando tan feliz como en los últimos días si Lucy no le hubiera estado lanzando miradas pensativas e incluso, de vez en cuando, molestas. Sin embargo, cada vez que Maddie levantaba las cejas en señal de pregunta, su hermana se limitaba a negar con la cabeza en silencio. La morena no tenía ganas de preguntarle cuál era su problema, sobre todo cuando su padre estaba tan feliz por primera vez en lo que le parecían años. Después del segundo periodo, se ofreció a ir por otra ronda de bebidas. Dax y Matt estaban jugando bien juntos hoy y los Hawks iban a la cabeza por dos a uno. Quizá se habían reconciliado. Se daban palmaditas en la espalda a menudo, incluso

para los estándares deportivos, y también se sonreían el uno al otro de forma cómplice.

Maddie se abrió paso por las estrechas filas de asientos hasta el pasillo pavimentado que llevaba a los puestos de comida. Matt le había ofrecido el palco VIP, pero no habría sido la misma experiencia familiar que habían tenido de niñas, así que la declinó. Dobló en una esquina y se sorprendió al ver que Lucy la seguía.

—¿Cambiaste de opinión y ahora quieres beber algo? —preguntó confundida, abriendo la puerta del pasillo principal. En cuanto se cerró tras ellas, el ruido de la multitud se amortiguó.

Lucy no respondió a su pregunta, sino que, en su lugar, curioseó:

—¿Cómo lo convenciste? Me refiero a papá. Para que viniera contigo. ¿Cómo lo conseguiste?

Torció un lado de la boca.

—Tuve… una confrontación con él.

Lucy arqueó las cejas, impresionada.

—¿De verdad? Pero bueno, siempre se te ha dado bien tratar con él.

Tenía razón en eso. Aun así, alguien tenía que hacerlo, y Rachel y Lucy siempre habían evadido la situación.

—Parece bastante feliz, ¿verdad? —preguntó vacilante.

Lucy asintió.

—Quizá podríamos convertir esto en una costumbre. Una reunión mensual en el estadio. Pero sé que tú prácticamente vives aquí, así que quizá podríamos hacer otra cosa…

—¿Por qué no me dijiste que estabas saliendo con Matt, Maddie? —la interrumpió su hermana de golpe.

Perpleja, la mayor se detuvo.

—¿Cómo lo supiste?

—¡Desde luego, no por ti! ¿Y bien? ¿Por qué no me lo dijiste?

Nerviosa, se retorció las manos.

—No lo sé. Porque todavía es… nuevo. —Y había sido tan maravilloso que tenía miedo de que se le deshiciera entre los dedos si daba un paso en falso.

—Se lo dijiste a Rachel —dijo Lucy en tono de reproche.

Ah, de ahí lo había sabido. Maddie tragó saliva.

—Quería contarle algo personal, para que se abriera a compartir cosas privadas.

—Pero ¿por qué no quisiste compartirlo conmigo? Perdona, no quiero parecer una quejica, pero… no lo entiendo.

Suspiró. Sí, ahora que lo pensaba, era una pregunta legítima.

—Le habrías dado demasiada importancia —murmuró finalmente. —Rachel no conoce a Matt. Así que solo se puso contenta.

—¡Es que *es* importante! —gritó Lucy, lanzando los brazos al aire como si Dax acabara de marcar otro gol.

Maddie sonrió con cautela.

—Tal vez.

—¡Nada de «tal vez»!

—No. —Se mordió el labio inferior—. Tienes razón. Es importante.

—Exacto. ¿Y por qué no confiaste en mí? ¡Yo también me habría alegrado por ti! Maddie, de verdad que me gustaría estar a tu lado en las buenas y en las malas. Pero tienes que hablar conmigo.

Maddie se encogió de hombros. Sí, sabía que Lucy quería eso. No sabía por qué se había vuelto tan difícil. ¡Antes siempre lo compartían todo!

Aunque quizá fuera precisamente por eso. Cuando su madre murió, Maddie se hizo responsable de todo. A partir de ese momento, se hizo más fácil hablar menos, no compartir ni lo malo ni lo bueno.

—Lucy —respondió con suavidad, esforzándose para que no le temblara la voz. Estaba a punto de decir algo que lo alteraría todo. Lo que iba a decir podría hacer que todo fuera terrible o maravilloso. Había tenido muchísimos momentos como este en las últimas semanas.

Tragó saliva y respiró profundo, obligándose a seguir adelante.

—Lucy, lo siento. A veces tengo miedo de que, si empiezo a hablarte de cómo me va, de qué me hace feliz y de qué no… estalle.

La pelirroja abrió la boca con sorpresa.

—¿Qué?

Forzó una sonrisa; habría deseado que Matt estuviera allí mismo, de pie detrás de ella, poniéndole una mano tranquilizadora en la

espalda para hacerle saber que estaba allí. Para hacerle saber que no pasaba nada por decir lo que quería decir, aunque fuera a herir a otros. A falta de la realidad, tuvo que visualizarlo. Lo imaginó besándole el cuello y susurrándole al oído que podía anteponer sus necesidades por una vez…

—No es culpa tuya —dijo en voz baja y bajó la mirada—. Ni tampoco es culpa de Rachel. Pero los últimos años han sido agotadores para mí. Siento que he vivido más la vida de papá que la mía propia. He guardado mucha decepción, rabia y estrés en mi interior durante demasiado tiempo. No quería agobiarte con eso. Te quiero y quiero que seas feliz. En realidad, si soy sincera, los últimos años han sido demasiado. A veces, sentía que yo era la única hija de papá. Y creo que tengo miedo de que, una vez que empiece a contarte lo que ha estado pasando en mi vida últimamente… no pueda parar. Todo saldrá a la luz y entonces te echaré la culpa por cargarme con tanto trabajo. Tengo miedo de gritarte porque todo recae sobre mis hombros: tengo que asegurarme de que Rachel se ponga en contacto, de que nos veamos y de que papá no se muera de hambre mientras tú… vives tu vida.

Dijo las últimas palabras en voz baja porque temía que fueran las más hirientes. Y cuanto más alto hablara, más se clavarían en el corazón de su hermana. Más le dolerían, o más la enfadarían; o ambas cosas.

Esperaba que se defendiera, que enumerara todos los días en los que ella también se había ocupado de su padre, que enumerara todas las cosas que había sacrificado. Lucy, sin embargo, permaneció en silencio, y cuando pasó otro segundo sin decir nada, Maddie por fin levantó la vista con cautela.

Sorprendida, notó lágrimas en los ojos de Lucy. Grandes lágrimas relucientes que goteaban hasta sus labios temblorosos.

—Pero deberías culparme, Maddie —susurró—. Cúlpame a mí. A *nosotras*. Sabes que yo sabía que probablemente era demasiado para ti. Pero nunca dijiste nada. Así que me dije a mí misma que no pasaba nada. Pero sabía que me estaba mintiendo. Escogí el camino fácil. —Tragó saliva de forma audible—. Yo… me resultaba tan doloroso visitar a papá en ese estado tan terrible durante tanto

tiempo que, después de un tiempo, dejé de hacerlo. Y eso fue horrible por mi parte. Porque *tú* no podías parar. Por otra parte, se te daba tan bien cuidar de él. ¡Te encargabas de todo! Y solo pensé: «Bueno, ella lo hará. Dirá algo cuando sea demasiado». —Con un gesto, Lucy se secó las mejillas—. ¡Pero te conozco! Sé lo mucho que odias decirle a un camarero cuando se ha equivocado con tu pedido.

—Oye —murmuró Maddie, alargando la mano para secar el llanto de las mejillas de su hermana con el pulgar—. No es culpa tuya que no lo supieras. Una… persona sabia me dijo que no podemos esperar que los demás nos lean la mente. Que tenemos que ser sinceros y luchar por nosotros mismos.

Lucy sollozó.

—Pero podría haber preguntado más a menudo. Ofrecerme más a menudo.

—¡Y yo podría haber dicho: «Ayudadme, por el amor de Dios»! —respondió Maddie con una sonrisa temblorosa, sintiendo que le ardían los ojos—. Es solo que odio quejarme. Pensé que, si no lo decía, no sería real. Que entonces todo sería… mejor.

—Maddie, la vida no es mejor si te quejas menos. Solo es más solitaria. Cuando yo me siento mal, tú cuidas de mí. Y cuando tú te sientes mal… me gustaría devolverte el favor. Sé que no quieres agobiarme, ¡pero me molesta que no hables conmigo de tus sentimientos o problemas! Me molesta que evites los temas difíciles y no discutas conmigo. Que ni siquiera me culpes cuando me lo merezco.

—Suenas igual que Matt. —Moqueó y se limpió la nariz con la manga.

—Bueno, entonces ese hombre es mucho más listo de lo que yo pensaba —volvió a sollozar Lucy, luego la rodeó con ambos brazos y la estrechó contra sí—. Sé que los últimos años han sido duros para todos nosotros. Pero seguimos siendo una familia, incluso sin mamá. Y sé que no todo puede ser igual que antes. Pero si solo nos tenemos los unos a los otros, ¿no deberíamos aferrarnos con más fuerza? —Apretó más los hombros de Maddie—. No soy tan buena como tú cuidando de los demás. Pero de verdad quiero intentarlo. Y

lo digo muy pocas veces, pero, Maddie, eres maravillosa de arriba abajo. La más fuerte de las tres. Pero eso no significa que podamos cargarlo todo sobre ti. Ya lo sé. Es que siempre hacías que pareciera tan fácil. Debería haber sabido que era mentira. Pero ¿puedes simplemente pedir ayuda cuando la necesites? ¿Cuando seas infeliz? ¿Cuando estés enfadada conmigo?

Maddie se limitó a asentir. Era incapaz de hablar porque las lágrimas ahogaban cada palabra… ¿y no era extraño que algunas discusiones no parecieran discusiones en absoluto, sino más bien reconciliaciones?

Los Hawks ganaron por cinco a tres. Su padre estaba tan entusiasmado con *un tal Matt Payne* que Maddie se sentía tentada de decir: «Es mío, papá».

Sin embargo, le pareció demasiado pronto. Además, quería guardárselo para ella sola un poco más, permanecer con él en ese capullo de felicidad del que apenas habían salido en la última semana. Por eso, se inventó una excusa de por qué Lucy tenía que llevarlo a casa y no ella, solo para poder interceptar a Matt a la salida de los jugadores. Gracias a Dios, su padre creyó ingenuamente que el domingo siempre era su día de limpieza y que le esperaba un baño sucio.

Sonrió ante la idea. Tendría que decirle a Matt que lo había comparado con un suelo de baldosas sucias. Estaría orgulloso de ella porque había usado la excusa para conseguir lo que quería. Él siempre insistía en eso.

Dios, cómo lo echaba de menos. Era una tontería; hacía apenas unas horas que la había tenido entre sus brazos, pero le parecía como si no lo hubiera visto en una eternidad. Los jugadores se estaban tomando su tiempo, probablemente porque querían evitar a las multitudes de fans que a veces los esperaban en el aparcamiento subterráneo. Hoy había unos cuantos hombres y mujeres con camisetas y… se quedó helada.

—¿Clemens? —exclamó.

No podía ser. Debía de estar alucinando. Se frotó los ojos, pero no, allí estaba él. No llevaba una camiseta deportiva, sino un abrigo oscuro y una sonrisa amplia y conquistadora. Era la sonrisa de la que se había enamorado en su día, la sonrisa con la que había soñado y que había anhelado durante años. Era la sonrisa que ahora solo le producía piel de gallina, y no de la buena.

La boca se le secó y tuvo la extraña sensación de estar frente a su pasado. Era un pasado que ya no le interesaba, que estaba polvoriento y borroso en los bordes. El presente era mucho más hermoso y el futuro muy prometedor. Además, le dolía el cuello de tanto mirar hacia atrás.

En los últimos años, cada vez que veía a Clemens, el corazón le latía con fuerza y se sonrojaba. ¿Pero ahora? Sus latidos eran tranquilos y la sangre seguía fluyendo de forma ordenada por su cuerpo. Solo sintió una ligera punzada en la cabeza. Era el recuerdo de lo mal que se había sentido, de lo estúpida e ingenua que había sido entonces.

—¡Maddie! Qué alegría verte —la saludó con exuberancia mientras se acercaba y la estrechaba en un fuerte abrazo.

Maddie estaba demasiado sorprendida para resistirse. Se quedó allí rígida, con los brazos pegados a los costados mientras él le daba palmaditas en la espalda como si fuera su mejor amiga.

—Qué… ¿qué haces aquí? —preguntó, perpleja.

—Bueno, dijiste que no tenías tiempo porque irías a un partido de hockey, ¡así que pensé en venir a ver uno!

—¿Tú… qué?

—Sí. Quería asegurarme de que estabas bien. Nunca me habías dado plantón y pensé que quizá te había pasado algo.

Perpleja, se quedó allí en sus brazos, pensando en sus confusas palabras… entonces oyó que alguien se aclaraba la garganta. ¿O fue un gruñido?

Capítulo Veintisiete

Matt diría de sí mismo que era una buena persona. Donaba mucho dinero a varias organizaciones benéficas, llamaba a la protectora de animales cuando veía a algún imbécil encerrar a su perro en el coche a pleno sol del día y rara vez se metía en peleas, con la excepción anual sobre el hielo.

Tenía sus principios. Creía en la honestidad. Estaba en contra de la violencia con armas de fuego. Y creía firmemente que no se debía juzgar a nadie por las primeras impresiones.

Sin embargo, ¡el tipo que tenía las manos en la espalda de Maddie y la barbilla en su hombro, con la nariz casi rozando el punto sensible justo encima de su pulso, era un maldito sinvergüenza que estaba a punto de perder un par de extremidades si no la soltaba!

No era del tipo celoso; al menos eso es lo que siempre había creído. Si hubiera sido cualquier otro hombre, incluso el puto de León, no le habría molestado que Maddie lo abrazara.

Pero la mano de esa comadreja estaba cerca del culo de *su* chica, la otra casi en su cuello… Maddie no le devolvía el abrazo. Sus brazos colgaban rígidos a los lados. ¡Ese idiota debería haberse dado cuenta!

Antes de que pudiera perder la cabeza y empezara a romper miembros, un sonido ronco se escapó de su garganta, lo que hizo que Maddie se sobresaltara y que el tipo aflojara el agarre.

—Matt —dijo ella sin aliento, sonriendo de oreja a oreja, aunque la sonrisa no llegaba del todo a sus ojos—. Te estaba esperando.

—Ya lo veo —respondió despacio sin quitar los ojos del hombre, que tenía una cara afilada, ideal para recibir el impacto de un puñetazo—. ¿Y tú eres? —preguntó con frialdad.

El tipo frunció el ceño y miró de Maddie a él durante unos instantes, confundido, como si tratara de explicarse la conexión.

—Clemens Hardy. Somos viejos amigos.

Clemens.

Sí, por supuesto.

—Ah —respondió lentamente—. *El famoso* Clemens. Así que, ¿son amigos?

Casi esperaba que Maddie le lanzara una mirada de odio por aquello, pero ella no reaccionó en absoluto. Se quedó mirando a su ex con la boca abierta, como si no pudiera creer que estuviera allí. Matt no estaba seguro de si aquello era algo bueno o malo. Su rostro era demasiado inexpresivo para juzgarlo.

—Sí. Nos conocemos de la universidad —continuó Clemens de lo más contento—. Maddie prácticamente me invitó a reunirme con ella aquí hoy. Para hablar de los viejos tiempos.

Matt apretó los labios. Mentira. Esperó a que Maddie le dijera justo eso al payaso, pero ella se mantuvo en silencio.

—¿Maddie? —murmuró Matt, dando un paso adelante y poniendo una mano tranquilizadora en su cuello. Ella se hundió en su contacto y entonces volvió a la vida. Lo miró vacilante, casi con aire de disculpa, como si aquella situación tan desagradable fuera culpa suya y no de Clemens.

—¿Sobre los viejos tiempos…? ¿Qué? Clemens, ¿qué haces aquí? —preguntó al fin, tomándose el tiempo de articular cada palabra—. Sigo sin entenderlo muy bien.

Este se rio.

—Bueno, verte. ¿No te alegras?

Maddie parpadeó, miró a Matt y luego volvió a mirar a Clemens antes de sonreír con cautela; no con los ojos, pero sí lo suficiente como para engañar a cualquiera menos a Matt.

—Sí, claro. Me alegra volver a verte. Es que… no esperaba que vinieras aquí. Eso es todo.

—¡Bueno, tengo que convencerte para que vengas a mi boda! Maddie, nunca antes me has dicho que no, ¿por qué empezar ahora? —le guiñó un ojo y sonrió—. Puedes saltarte el hockey. De verdad, Maddie, no puedo hacerlo sin ti.

La castaña se estremeció ante la última frase y Matt no fue el único que se dio cuenta. La mirada de Clemens escudriñaba el rostro de su chica, como si quisiera memorizar cada una de sus reacciones. Era como si buscara… una confirmación.

La pregunta era: ¿por qué? ¿Acaso no podía soportar su indiferencia?

Mierda. En realidad, estaba allí porque ella se había negado a quedar con él por primera vez en cinco años.

—No creo que vaya, Clemens —respondió ella al fin, con la voz todavía gélidamente educada—. Lo siento, pero como ya te he dicho, espero que tengas una boda estupenda.

—¿Qué? ¿Pero por qué? Eres mi amiga más antigua —soltó él, pareciendo casi herido. Pero solo casi. Había un brillo en sus ojos.

Oh, a Matt no le gustaba aquello, ni *nada* de esta situación.

Sin embargo, no era su lucha. Era la de Maddie. Él no tenía derecho a interferir, así que se centró en controlar sus puños. Solo de pensar en lo mucho que ese cabrón había herido a Maddie…

—No creo que sea apropiado, Clemens —dijo esta con calma, dándole un rápido apretón en el brazo. Mierda, no se estaba creyendo de verdad su actuación de lástima, ¿verdad?—. Por nuestro pasado, ¿sabes?

—¿Nuestro pasado? —Clemens enarcó las cejas con sorpresa. Pero allí estaba ese brillo de nuevo.

—Su ruptura —aportó Matt con frialdad para que Maddie no tuviera que hacerlo, para no tener que asumir la degradante tarea de recordarle al hombre que una vez amó sus noches juntos.

Mierda, cuánto lo *odiaba*.

—¿Ruptura? —repitió el idiota, parpadeando con una confusión casi convincente—. No, Maddie y yo no estuvimos juntos. —Adoptó un tono empresarial que a Matt le habría encantado hacerle tragar

—. ¿Le dijiste eso? De verdad, solo tuvimos un lío pasajero, eso es todo.

Maddie abrió la boca, pero siguió sin decir nada.

Él hizo un gesto para restarle importancia.

—Eso es agua pasada. Éramos amigos y terminamos en buenos términos. Me haría feliz que vinieras a la boda, Maddie.

Esta parpadeó, respiró hondo… y Matt esperó a que estallara. A que por fin le cantara sus verdades a ese tipo como se merecía. Sin embargo, la castaña se limitó a sonreír con tensión y asintió.

—Probablemente fue un malentendido en aquel entonces.

Clemens levantó una comisura de la boca.

—Exacto.

Matt se metió los puños en los bolsillos debido a esa expresión de su rostro: engreído y tan seguro de sí mismo. Tan jovial.

Oh, ese bastardo. Lo sabía, tal como Matt sospechaba. Sabía que Maddie creía que eran almas gemelas, que estaba enamorada de él y que se había imaginado un futuro juntos.

¡Matt estaba tan seguro de eso como de que Maddie volvió a lavar la ropa sin preguntar!

Ella nunca se había equivocado: ella y Clemens habían estado juntos. En una relación. Según todas las definiciones de la palabra. ¡Cuando Maddie lo atrapó con otra, él prefirió convencerla de que ella había malinterpretado su relación en lugar de ser lo bastante hombre como para romper y pedirle perdón!

Clemens sabía lo que hizo. También sabía que había ganado una pelea que Maddie ni siquiera sabía que estaban librando.

Una rabia tan ardiente y destructiva hirvió dentro de Matt que sintió como si sus órganos fueran a derretirse. Este tipo había herido a Maddie, y ahora Matt iba a herirlo a él…

Maddie le agarró la mano y le apretó cada uno de sus dedos.

¿Qué estaba haciendo? Necesitaba esos dedos para golpear.

—Clemens, fue un placer verte —respondió ella con calma—. Pero no asistiré a tu boda. Lo siento. Buena suerte y adiós.

Este suspiró mientras su mirada se deslizaba sobre la mano que Maddie entrelazaba con la de Matt, pero luego asintió.

—Bueno. Pero llámame alguna vez, ¿sí? Así podemos ir a tomar un café.

—Claro —dijo con ligereza—. Ya nos veremos.

Ella levantó la mano; él le correspondió… y luego se fue.

Matt se quedó mirando cómo se marchaba. Sus labios eran una línea recta de tensión y la sangre le zumbaba con tanta fuerza en los oídos que casi no pudo entender a Maddie cuando le habló.

—Estuviste a punto de explotar, ¿verdad? —preguntó, riendo y mirándolo—. Dios mío, oí cómo te crujió la espalda de lo mucho que te tensaste.

Él entrecerró los ojos de golpe. ¿Por qué se estaba riendo? ¿Acaso no veía ella lo que *él* veía?

—¿Por qué demonios no mandaste al tipo a la mierda? —estalló —. ¿Por qué coño no le diste una patada en los huevos o al menos un puñetazo en la cara?

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Porque era innecesario.

Matt se rio sin gracia.

—Maddie. Solo ha venido para ver si seguías colgada de él. Para averiguar si todavía podía hacerte daño casándose. Para alimentar su ego.

—¿Ah, sí? —preguntó irritada—. A mí no me lo ha parecido así.

¡Faltaría más!

—¡No, porque tú crees en la bondad de la gente! —exclamó él.

Ella resopló.

—Y eso es algo malo de repente, ¿no?

—Maddie, estaba aquí porque le encanta saber que hay una mujer hermosa por ahí que suspira por él —susurró con brusquedad.

Poniendo los ojos en blanco, ella le apretó la mano.

—Tonterías. Cree que somos viejos amigos. Vamos, Matt. Deja de estar celoso.

—No tiene *nada* que ver con los celos —replicó con dureza—. Se trata de que Clemens es un imbécil despreciable.

Maddie apretó los labios, obviamente sin estar de acuerdo con él.

—No importa por qué estuvo aquí, ya se fue.

—Sí, sin que le dijeras lo enfadada que estás con él —masculló. Sin cerrar ese capítulo, la situación se le quedaría pegada como una lacra hasta que finalmente lograra dejarla atrás.

Maddie suspiró con frustración y retiró la mano.

—Matt, no todas las discusiones tienen que ser una batalla.

—Ya, ¡pero es que tú no haces *nada*!

—¡Eso no es verdad! He tenido dos discusiones en la última semana.

—Con tu familia.

—¿Y qué? ¿Cuál es tu problema?

—Mi problema es que Clemens se aprovechó de ti y te hizo daño, ¡y no se merece salir de este aparcamiento sin que tú le grites o yo le parta la cara! —Mejor si era ambas cosas.

—Matt —su voz era suave pero firme—, te lo estás tomando por donde no es. No necesito discutir con él porque hace mucho que lo olvidé. ¡Porque ganar no es importante para mí!

—Discutir no va de ganar. Una discusión no es un partido de hockey. Discutir va de expresar tu opinión y tus sentimientos, ¡y ese es tu maldito derecho!

—Ya lo sé —espetó, molesta—. Por eso he estado intentando hacerlo más últimamente. Pero ahora mismo, *siento* que te estás alterando sin necesidad. Matt, él no se da cuenta de cuánto me dolió. No sabía que estábamos juntos de verdad.

El chico soltó un bufido sonoro.

—¡Oh, por favor, claro que lo sabía! Por supuesto que lo *sabía*, Maddie. ¡Solo tuve que echarle un vistazo para que me quedara más claro que el agua!

Ella lo miró, perpleja.

—¿De qué estás hablando?

—¡De que el bueno de Clemens no tiene nada de inocente! Sabe que tú pensabas que estabas en una relación en aquel entonces. No. Él *estaba* en una relación contigo. ¡Joder, si un hombre te conoce, aunque sea un poco, sabe que no está teniendo una aventura pasajera, sino que está en una relación seria! Te manipuló, en nombre de hacérselo más fácil a sí mismo. ¡Te convenció de que estabas equivocada para quedar mejor delante de sus amigos! Para

que todas las mujeres con las que probablemente se acostaba además de contigo no se enfadaran. Para no tener que sentirse culpable.

Maddie parpadeó.

—No. Nunca hablamos de eso y…

—¡A veces *no hace falta* hablar de ello porque se sabe!

Ella se rio con sorna.

—¿Y eso me lo dices tú, el señor «¿no podemos hablarlo?» y «no puedo leerte la mente»?

—¡Eso es diferente!

—No lo es. En realidad, Clemens era un buen chico, Matt. Fue… mi primer gran amor. No me habría hecho daño a propósito. Simplemente no lo entendí en aquel momento.

—Maddie —dijo Matt con seriedad—, eres una de las personas más inteligentes que conozco. Eres intuitiva y lees la mente de la gente por sus expresiones. ¿En qué mundo no *entenderías* que eres solo un revolcón? Clemens sabía que odias las discusiones y que te cuesta defenderte. Se aprovechó de eso echándote la culpa a ti.

—¡Eso no es verdad! —replicó enfadada.

—Sí lo es. ¡Válgame Dios! ¿Es que todavía sientes algo por ese payaso? ¿Por qué lo defiendes?

Maddie gimió.

—Dios, Matt…

—Eso no es una respuesta.

—¡Te estás alterando sin ninguna necesidad!

—No es así. Quiero hablar de lo que acaba de pasar.

—¡Pero yo no quiero! Para mí, se acabó.

—Pero no debería ser así.

—¡Tú no decides lo que *debería* ser o no ser! —gritó furiosa—. No en *mi* vida.

—No quiero decidir nada, solo quiero ayudarte…

—Pues no quiero tu ayuda ahora mismo, Matt. —Ella entrecerró los ojos y negó con la cabeza. Y cuando volvió a abrirlos, brillaban sospechosamente, con las pupilas más grandes de lo habitual—. Mierda. ¿Va a ser siempre así? ¿Que quieras discutirlo todo, ganar

cada debate, buscar la confrontación —ya sea la mía o la tuya— y que yo… tenga que defenderme?

Y entonces lo vio. La incertidumbre en sus ojos que él llevaba temiendo una semana. La duda de si esto era lo correcto.

Se le detuvo el corazón.

—Odio discutir, Matt —susurró—. Pero, sobre todo, odio discutir con*tigo*. Así que… ¿puedes dejarlo ya?, ¿darme algo de paz?

Él la miró fijamente, con el corazón hecho un bloque de hielo.

No sabía si podría hacer eso. No sabía si podría darle paz. No de la manera que ella, tal vez, quería o necesitaba.

No quería dejar pasar lo de Clemens. Era demasiado importante. Maddie tenía que saber que ella era inocente, que Clemens era un imbécil y que ella había valorado la situación correctamente, igual que siempre lo valoraba todo de forma correcta. Matt nunca abandonaría una discusión solo porque Maddie anhelara la paz. Él no era así. Quería hablar de lo que había que hablar. Si ignoras la insatisfacción, crece de forma descontrolada hasta que explota.

Eso significaba que discutirían, que incluso esta discusión no había terminado, aunque ella quisiera que así fuera. En una relación, no siempre podías darle al otro lo que quería.

De repente, sintió un nudo increíble en la garganta.

Podría ser demasiado para ella.

Podría no funcionar por eso. Maddie podría cambiar de opinión en un año, echarlo de su vida porque no soportaba seguir siendo amiga de un hombre con el que había imaginado su futuro.

Le escocieron los ojos sin remedio mientras pronunciaba las siguientes palabras. No podía perderla por completo; y si eso significaba que solo podía tener el cincuenta por ciento de ella y no el cien por ciento, entonces estaba bien.

—Maddie —murmuró—, ¿crees que nos iría mejor como amigos?

Ella dio un paso atrás, perpleja. Como si él la hubiera empujado. Abrió mucho los ojos y sus labios se entreabrieron apenas.

—¿De qué estás hablando?

—Bueno… —Tomó aire con un estremecimiento y se pasó la mano por el cabello—. Quieres paz y nosotros… éramos más armoniosos cuando solo éramos amigos. ¿Verdad?

Ella parpadeó. Una vez. Dos veces.

—Sí, supongo que sí. Pero ¿por qué me preguntas eso?

—Porque no quiero hacerte daño. —*Y tú podrías destrozarme*—. Así que, tal vez sea mejor si paramos.

—¿Qué? —Su voz sonó tan tenue que apenas pudo oírla, pero le golpeó como si mil agujas le atravesaran el corazón.

Él desvió la mirada, clavándola por encima del hombro de ella. No se atrevía a decir lo que quería decir si la miraba a la cara. No sería capaz de seguir adelante si veía cómo le brillaban los ojos.

—De acostarnos. Dejemos de acostarnos. Seamos solo amigos. Eso será… más armonioso. —Tragó saliva—. Así no tendremos que discutir. Al menos no por exnovios estúpidos. No tendremos que andar con pies de plomo. Quiero decir… las relaciones vienen y van. Pero las amistades se quedan. Quiero que te quedes. —*No. Lo necesito*. *Te necesito*—. No quieres discutir conmigo, Maddie. Quiero conservarte. Quizá… quizá volver a ser amigos sea la solución.

Capítulo Veintiocho

Maddie sentía como si su corazón estuviera en un compactador de basura, siendo aplastado poco a poco hasta empezar a sangrar, hasta amenazar con estallar, llenándole el pecho de un dolor entumecedor.

Cada palabra que salía de la boca de Matt era una flecha que la golpeaba de lleno.

Y él ni siquiera la miraba. Lo había intentado; intentado estar con ella. Pero el intento… ¿fracasó?

Los ojos le escocieron y sentía con cada aliento como si el agua helada le llenara los pulmones.

¿Cómo podía sentir que había fracasado cuando ella había pasado la mejor semana de su vida? ¿Cómo podía Matt decir algo así cuando… cuando…

Entornó los ojos y bajó la vista.

Pero esos eran sus sentimientos, no los de él. Esa había sido su experiencia; quizá no la de él.

Él era *su* hombre ideal. Pero ella no era la mujer de sus sueños. Solo era… su amiga ideal, alguien con quien quiso acostarse durante un breve periodo de tiempo.

—Bien —dijo con voz ahogada—. De acuerdo, entonces…

Hizo una pausa, incapaz de pronunciar las palabras. Sí, odiaba la confrontación. Odiaba discutir, pero...

—No —susurró, y levantó la vista. ¡Ella también era la mujer de sus sueños! Lo había sentido en cada caricia, en cada una de las miradas que le dedicaba. Ella era lo que él quería. No podía estar equivocada. No otra vez—. No, no lo entiendo —afirmó en voz baja —. ¿Por qué…? No lo entiendo. Explícamelo.

Finalmente, Matt la miró, con su expresión tan cálida como siempre, pero también apesadumbrada. Cerrada. Cautelosa. Con la mandíbula tensa.

—Creo que a la larga nos irá mejor como amigos. Siempre que nos demos cuenta lo bastante pronto —dijo despacio, metiéndose las manos en los bolsillos—. Solo ha pasado una semana, Maddie —murmuró, como si ella necesitara un recordatorio, como si los últimos días con él no fueran en lo único que pensaba—. No es demasiado tarde… para dar marcha atrás. No es demasiado tarde para… volver a ser solo amigos.

Estaba diciendo tonterías. Por supuesto que era demasiado tarde. Para ella lo fue desde el momento en que la besó por primera vez. Quizá incluso desde que Matt le sonrió aquella primera vez, en el Sunny Umbrella. Quizá no había salido con nadie el último año porque lo había estado esperando a él.

Dios, era tan estúpida. Tan ingenua. No podía ser cierto. No podía estar pasando de nuevo. Creía que ambos querían lo mismo y que estaban en la misma sintonía. ¡Sin embargo, Matt obviamente solo quería un periodo de prueba! Y ahora ya había tenido suficiente.

Estaba locamente enamorada. Pero si para Matt no era «demasiado tarde»… entonces era evidente que él no sentía lo mismo por ella.

Sacudió la cabeza, secándose las lágrimas de las mejillas. Él no había tenido intención de herirla. Pero falló. Ella no lo quería como amigo, lo quería todo de él, con toda su alma y su corazón. Pero también quería a un hombre que estuviera seguro de que la quería a ella.

Algo serio o nada en absoluto; esa era su regla. Y la rompió sin darse cuenta.

—No —susurró. Porque era la única palabra que se le ocurría—. No.

—¿Qué? ¿No? —murmuró él e intentó tomarla de la mano, pero ella se apartó. Dio un paso atrás. Necesitaba distancia.

—No, ya no quiero ser tu amiga. —Las palabras sonaron tan amargas, tan definitivas, que casi se ahogó con ellas—. Para mí es demasiado tarde. No puedo… volver atrás. Yo… quiero decir… —Parpadeó—. ¿Cómo voy a volver atrás? —Las lágrimas le rodaron por las mejillas y dio otro paso atrás—. No.

Vio que a Matt le temblaban los labios, con los ojos brillantes.

—Dijiste que pasara lo que pasara, seguiríamos siendo amigos —murmuró.

—Y lo decía en serio. Pero no sabía lo que podía ocurrir.

Y entonces se dio la vuelta y se marchó porque esta era una confrontación que no podía soportar. Que no quería tener.

—Maddie. —Oyó a Matt corriendo tras ella.

—¡No!

—Maddie, por favor. —Le agarró la mano, pero ella se soltó—. No quise decirlo así. No quería… Lo entendiste mal. ¿No podemos hablar y…?

—No —susurró, y salió corriendo del aparcamiento subterráneo y se lanzó entre la multitud que se apresuraba hacia los aparcamientos públicos. Dejó que la arrastraran con ellos. Las llamadas de Matt no eran más que un débil eco en sus oídos cuando oyó los primeros gritos de: «¡Dios mío, es Matt Payne!».

Huía de otra discusión. ¿Pero qué podía hacer? Era demasiado. Le dolía el corazón y no sabía cuánto más podía aguantar. Ella…

—Maddie.

Se detuvo de golpe porque alguien la sujetó del brazo. Era Clemens, apoyado en un elegante BMW negro.

—¿Estás bien? —preguntó él, con la mirada deslizándose incómoda sobre sus mejillas manchadas de lágrimas.

Maddie tragó saliva, queriendo asentir, pero no fue capaz de hacerlo. Debería pensar en lo que estaba pasando, en que Matt la había herido. Pero, en cambio, sus palabras le llenaban la cabeza.

«¡Por supuesto que lo *sabía*, Maddie! ¡Solo tuve que echarle un vistazo para que me quedara más claro que el agua!».

Le ardía el corazón. No quería discutir más. Pero no podía sacarse las palabras de Matt de la cabeza y… lo haría por cualquier otro, ¿verdad? Le diría sus verdades a Clemens. Si hubiera sido el exnovio de su hermana y posiblemente la hubiera tratado mal, se lo echaría en cara de inmediato. ¿Por qué no por ella misma?

Inspiró, temblorosa, se secó las lágrimas de las mejillas y se enderezó.

—Clemens, eres consciente de que no fueron solo *unas pocas* noches las que pasamos juntos, ¿verdad? —preguntó con voz ronca, mirándolo a los ojos acuosos.

Esto era lo que había evitado antes porque le resultaba demasiado incómodo.

—Bueno, sí, de acuerdo. Puede que fuera algo más que unas pocas. —Esbozó una media sonrisa.

—Fueron dos años —murmuró—. Estuvimos juntos dos años…

Él suspiró, pero evitó su mirada.

—Maddie, sabes que no estábamos...

—No, no lo sabía —susurró, y lo miró con aire inquisitivo—. Entonces, ¿quién de los dos se equivocó? ¿Tú o yo?

—Maddie —chasqueó la lengua—, ya pasamos por eso. Hace años.

—Sí, y en aquel momento simplemente te creí, porque no pensaba que pudieras querer nada malo para mí —susurró—. Pero… ¿tuvimos una relación, Clemens? ¿Esos dos años?

—Nosotros… —Parpadeó y se detuvo.

Ella no pudo reprimir una risa seca.

—¡No es una pregunta difícil! ¿Cómo demonios pudiste no darte cuenta de que yo iba en serio? ¿Es que ni siquiera me conocías? ¡Porque la gente que me conoce, que pasa tanto tiempo conmigo como tú lo pasaste conmigo, sabe que no soy del tipo de persona de un rollo pasajero!

—Bueno, ya. —Cambió el peso de un pie a otro incómodo—. Puede que *sospechara* que esperabas algo más que algo informal. Pero nunca me preguntaste si estaba viendo a otras mujeres.

—¿Así que fue culpa mía? ¿Lo entendí todo mal? —Su voz, para su sorpresa, se volvió demasiado calmada. Quizá porque sus ojos de repente veían con mucha claridad. Ahí estaba esa expresión de la que Matt había hablado. La incomodidad en los ojos de Clemens. La culpa.

Mierda, él lo sabía.

Soltó un grito ahogado y entrecerró los ojos.

Él sabía que ella lo amaba y creía que estaban en una relación exclusiva. Se había aprovechado de ella y había tergiversado sus palabras cuando lo encontró para no tener que sentirse mal. Le hizo creer que ella era demasiado estúpida para entender lo que pasaba entre ellos. ¡Pero resultaba que había tenido la razón todo el tiempo!

Inspiró con un estremecimiento. Matt tenía razón. Ella aún no lo asimilaba. Sin embargo, ahora…

—Clemens. No voy a ir a tu boda. No porque nuestro pasado sea complicado, sino porque eres un idiota —pronunció con frialdad—. Y no puedo creer que llegaras a gustarme, porque ahora solo siento desprecio por ti y lástima por la mujer que está dispuesta a casarse contigo. Probablemente porque aún no te conoce lo suficiente.

Y esta vez se sintió bien. Marcharse. No como con Matt antes. Esta vez no quedaba nada que decir. Nada que discutir. No más argumentos que zanjar.

No como con…

—Mierda —susurró y se frotó los ojos.

No debería haber salido huyendo. Debería haber dejado que Matt hablara; no, ¡*ella* debería haber hablado! Debería haberle dicho lo que pensaba y luchado por lo que quería.

En lugar de eso, se limitó a aceptarlo. ¡Anhelaba tanto sentirse tranquila que prefirió irse en lugar de quedarse y discutir! Y eso era… estúpido.

Porque las últimas semanas no habían sido solo las mejores de su vida. Ella lo sabía. ¡No se equivocaba! Al igual que sabía que había tenido razón con Clemens. Él no era el hombre que ella creía. Pero Matt… a Matt lo conocía. Sabía todo lo que debía saber sobre él.

Para empezar, que era un tremendo miedoso.

Sorbió por la nariz… y entonces sonrió.

Capítulo Veintinueve

—Hm, eso no ha salido como me imaginaba —murmuró Dax pensativo—. Pensé que ella lo entendería.

Matt no respondió. Se sujetaba la cabeza con las manos, concentrado en su respiración e intentando luchar contra el pánico que le estaba nublado el cerebro desde hacía dos horas. No lo estaba logrando. La sensación era tan penetrante como la voz de Dax.

¿Por qué lo había…? ¿Por qué…?

—Quiero decir —continuó Dax impasible, dándole una suave palmada en la espalda—. Maddie siempre es tan sensata. Di por hecho que le parecería bien si cambiabas de opinión. Que no le importaría que volvieran a ser solo amigos, si se lo sugerías…

—¿*Tú* le aconsejaste que hiciera eso? —exclamó Lucy, horrorizada. Matt no tenía ni idea de por qué estaba ella en su apartamento. Su voz era incluso más insoportable que la de Dax, quizá porque estaba diciendo la verdad—. ¿Estás loco? Cielo santo, la única vez que te dejan sin vigilancia. ¡Dax, que estemos juntos no significa que seas experto en relaciones!

—¿Y tú sí lo eres, o qué? ¡Yo también soy tu primer novio a largo plazo!

—No soy experta en relaciones, ¡pero sí en todo lo relacionado con Maddie, idiota! Dios mío, esto es lo que pasa cuando se deja a

dos hombres solos demasiado tiempo. Y no puedo creer que se lo sugirieras en serio, Matt.

Sí, él tampoco se lo podía creer.

Sin embargo, había tenido miedo… y miró dudas en los ojos de ella. *Sus* dudas, que lo asustaban mucho más de lo que las suyas propias podrían jamás. ¡Después de todo, él nunca tendría ninguna duda!

—Quiero decir, ¿qué se te pasó por la cabeza? —continuó Lucy enfadada—. No vas a encontrar a nadie mejor que Maddie.

—Lo sé —dijo con la mandíbula apretada.

—¿Entonces cuál fue el problema? ¿Qué le hiciste para que apagara el teléfono, huyera y, por lo visto, no quiera hablar con nadie?

Entrecerró los ojos y apretó las manos.

—Yo… la necesito en mi vida.

—¡Y lo mejor que pudiste hacer fue echarla de ella!

—Yo no he…

—¡Sí, claro que lo *hiciste*!

—Sí, yo… ¡Maldita sea, basta ya, Lucy! —Retiró las manos y la fulminó con la mirada—. ¿Crees que necesito tu ayuda para sentirme como una mierda? ¡No! Tenía miedo, ¿bien? Tenía miedo de que cambiara de opinión. De que, en algún momento, se cansara de que yo la presionara para discutir y para decirles la verdad a las personas de su vida. De que… se rindiera conmigo. ¡Si solo somos amigos, ese día nunca llegará! Porque no le afecta. Pero, si estamos juntos y yo soy demasiado para ella… —Sacudió la cabeza—. Así que, sí, me asusté y le dije que deberíamos volver a ser amigos y…

—Bueno, eso fue increíblemente estúpido por tu parte —dijo una voz femenina.

Matt levantó la cabeza de golpe… y se le detuvo el corazón.

Maddie estaba en el umbral de la puerta con una llave en la mano y los brazos cruzados sobre el pecho.

Se le secó la boca y el pecho se le oprimió al instante, tanto que le costaba respirar. Quería decir algo. Lo que fuera. Pero para eso necesitaría sus pulmones y…

—¡No podía encontrarte! —señaló Maddie en tono de reproche, entrando en el apartamento y dando un portazo tras de sí—. En el aparcamiento subterráneo. Te fuiste.

—Yo… —comentó él con voz ronca y parpadeó—. Yo, bueno, una horda de fans me persiguió como después de cada partido y… ¿Qué?

Vio cómo tragaba saliva, cómo inspiraba y espiraba con fuerza. Al parecer, se estaba preparando para sus siguientes palabras.

—Bueno —dijo por fin, con voz temblorosa—, volví para discutir contigo sobre tu estupidez, pero no te encontré por ninguna parte. Fue demasiado frustrante. Quería mantener mi enfado para que mis palabras fueran más afiladas, pero no sé si eso va a funcionar. —Se rascó la mejilla sonrojada—. Así que, ¿podrías enojarme de nuevo?

Matt se levantó del sofá, boquiabierto.

—Yo… pensé que habías huido.

—¿Que *yo* huí? —exclamó con incredulidad antes de apretar los labios—. ¡Gracias! Eso ayuda a mi enojo —añadió en voz baja, y luego dio un paso amenazador hacia él y entornó los ojos—. ¡Ahora escúchame con atención, Matthew Payne, yo hoy no he huido en absoluto! Claro, mis pies se movieron, pero fuiste *tú* quien salió disparado con sus palabras, tan rápido que me mareé. —Le presionó el pecho con un dedo índice, furiosa—. He decidido hace un rato no volver a huir más. En lugar de eso, voy a… luchar por mí misma. —Se aclaró la garganta y bajó la mano con brusquedad—. En este caso, quizá por nosotros. Porque eres un *completo idiota*, Matt.

—Por fin alguien lo dice —murmuró Dax.

—¡Oh, cállate, Dax! —Maddie se volvió hacia él, molesta—. *Tú* no tienes permiso para decir eso. ¡Solo yo! ¿Qué haces aquí, de todos modos?

—Nada —se apresuró a decir Lucy, tapándole la boca a Dax con una mano—. Sigue hablando antes de que se te pase el enojo.

—Ah, claro. —La castaña asintió con firmeza y volvió a clavar sus ojos chispeantes en él—. ¡¿A *qué* vino todo eso, Matt?! ¡Lo que dijiste antes fue una mierda! ¿Por qué quieres ser solo mi amigo? Esa estúpida charla sobre cómo no es demasiado tarde para volver atrás. —Sacudió la cabeza, con las lágrimas brillando en sus ojos—. ¡Claro que es demasiado tarde!

—Lo sé —susurró él, apresurándose a asentir con la cabeza, queriendo volver a hacerla feliz antes de que cayera la primera lágrima—. Lo siento. De verdad. Pero… tú tenías miedo. —Tragó saliva y buscó su mano cálida y delgada—. Lo vi en tus ojos. Tenías miedo de que nos peleáramos si seguíamos juntos.

—¿Así que *tú* entraste en pánico? ¿Porque yo podría decidir que no vale la pena? —preguntó, perpleja.

Él se encogió de hombros con impotencia.

—Quizá. Estabas dudando y…

—Pero esa soy yo, Matt. Yo soy la que duda y luego vuelve a levantarse. Deberías saberlo. Pero que tenga dudas sobre si quiero pelear cada discusión que me lances no significa que dude de que te *amo*. —Sorbió por la nariz y le dio un puñetazo en el brazo—. Llevo un año amándote. ¡He tenido práctica!

Una calidez inundó su cuerpo, llenando cada una de sus células.

—¡Sabes, yo también estoy confundida, y asustada! —continuó impertérrita—. Porque el hombre de mis sueños no es para nada como imaginaba. Porque… a veces simplemente no me entiendes. Casi nunca me lees los deseos en los ojos. Nunca me ayudas con la casa, ya que prefieres pagarle a alguien. Y *quieres* discutir. Pero también quieres reconciliarte. E intentas entenderme cuando te explico las cosas. Y quizá hasta lavarías la ropa si…

—Ni hablar —la interrumpió él con voz ronca, apretando sus dedos—. En algún sitio tengo que poner el límite.

Maddie se rio entre dientes y soltó un medio hipo mientras asentía.

—Ya llegaremos a eso. Lo que tienes que hacer… es dejar de entrar en pánico así, Matt. No soy uno de tus amigos del hockey que te fallaron en el pasado. ¡Quiero decir, llevamos un año en una relación exitosa! No romántica, claro, pero una relación, al fin y al cabo. Y lo único que cambia es que no solo hablamos y cosas así, sino que también tenemos sexo.

—Sí, de lo único que tienes que tener miedo es de que la espantes con tus habilidades en la cama —terció Lucy—. Si no te esfuerzas lo suficiente, entonces sí deberías temer. Por lo demás, no parece que la hayas ahuyentado todavía.

Matt le dedicó un gesto obsceno con el dedo, pero continuó observando a Maddie, cuya boca amagaba una sonrisa mientras una sola lágrima rodaba por su mejilla. Él alargó la mano y pasó el pulgar con la ligereza de una pluma sobre la gota…, sobre su piel cálida… y, Dios, era un idiota. ¿Cómo pudo haber imaginado alguna vez que algo menos que esto fuera suficiente?

—No tienes que preocuparte por eso —dijo Maddie con voz solemne, acurrucándose ante su contacto—. Pero, Matt, cuando me veas dudar, solo tienes que respirar hondo y hablar conmigo sobre ello. Te gusta tanto hacer eso. ¡Está bien dudar! Es *bueno* dudar. Porque solo cuando estamos inseguros podemos decidir conscientemente decir que sí y…

—Sí.

Ella parpadeó, confundida.

—¿Qué?

—Sí. Quiero decir que sí —susurró él—. Lo siento. Entré en pánico. Fui un idiota. No quiero volver atrás. Quiero seguir adelante. Contigo. Así que… Sí. Estamos juntos. Sí, no soy el hombre de tus sueños, pero me parecería perfectamente bien ser tu hombre real. Y, sí… puedo subir esa mesa destartalada que hay allá abajo en la basura. Y sí, puedes ponerla donde quieras siempre que dejes mi cama en paz. Porque la necesitaremos pronto. —Apoyó su frente contra la de ella, mientras el alivio y la felicidad se arremolinaban por su cuerpo como un torbellino de confeti al viento—. Lo siento de corazón. No quería hacerte daño. Solo quiero que seas feliz. Dios, Maddie, haría casi *cualquier cosa* para hacerte feliz, y…

Ella sorbió por la nariz y le puso las manos tras el cuello.

—Eso no es nada bueno, Matt. Sabes, un jugador de hockey muy sabio me dijo una vez que uno debe luchar por sí mismo tanto como por los demás.

—¿Ah, sí? —dijo Dax—. No recuerdo haber dicho eso.

—Bien, nos vamos —anunció Lucy, pero Matt no les prestó ninguna atención. No oyó sus pasos ni que se abriera y se cerrara la puerta.

Solo oía la respiración de Maddie. Y el latido de su corazón.

—Yo también te amo —susurró, besándole primero la mejilla izquierda y luego la derecha.

Ella sonrió y cerró los ojos.

—Lo sé.

—Y lo que dije antes fue algo parecido a una proposición.

—No, no lo ha sido.

—¿Por qué no?

—Porque soy una romántica y has levantado el dedo mientras lo decías.

Él soltó una risita suave y le colocó un mechón de cabello tras la oreja.

—Bien, pero…

—Deja de hablar, Matt —murmuró ella contra sus labios y deslizó los dedos por el cuello de él—. Tenemos el resto de nuestras vidas para discutir. Hoy, solo quiero que nos reconciliemos.

Él sonrió.

—Eso se puede arreglar —murmuró y por fin la besó.

Epílogo

—Esto no me gusta —dijo León hoscamente, mirando entre Matt y Maddie con los ojos entrecerrados—. ¿Hoy es el día de *Trae a tu novia al bar*? Si lo hubiera sabido, habría traído a la camarera de ayer.

—A partir de ahora puedes traer a quien quieras —dijo Lucy a la ligera—, si es que eres capaz de decirme el nombre de la camarera de ayer.

El chico abrió la boca, ladeó la cabeza pensativo… y luego hizo una mueca.

—¡Este juego no me gusta!

—La placa con el nombre —Maddie oyó murmurar a Matt—. Solo tienes que mirar la placa con el nombre a la mañana siguiente.

Maddie lo miró con incredulidad.

—¿Hola? ¿Puedes dejar de darle consejos sobre cómo ser un idiota aún más grande?

—Fue idea tuya en aquel entonces —se defendió él, con una mirada tan dulce y terriblemente perpleja que Maddie no pudo enfadarse. Resultaba molesto a veces porque, desde que se había acostumbrado a discutir más, Matt siempre encontraba la manera de distraerla de su enfado y dejarla sin munición. ¿Cómo iba a aprender así?

—Sé que fue idea mía —dijo ella en voz alta—, pero León no es como tú. Rompe corazones más a menudo de lo que Jack rompe su

celibato autoimpuesto.

—Mucho más —confirmó León con seriedad.

Jack resopló.

—¡No es celibato!

—En mi mente, llevas un cinturón de castidad —aseguró Maddie con inocencia.

Por el rabillo del ojo, vio a Matt sonreír de oreja a oreja y este le pasó un brazo por los hombros.

—Ahora está en la mente de todos. Gracias, Maddie.

—Eh, paren ya. Jack no tiene obligación de acostarse con nadie —intervino Fox. El capitán del equipo debía de ser el hijo mediano, por la forma en que actuaba constantemente como mediador entre los jugadores.

—Gracias —dijo Jack, levantando su vaso para brindar por él—. Y no me gusta que «ir de flor en flor» parezca ser la identidad de todo jugador de hockey ahora. —Entornó los ojos hacia León—. Sabes, a veces vale la pena controlarse un poco y no ser un imbécil.

León gimió con fuerza.

—El *Santo* ha hablado. ¿Dónde están las fanfarrias y quién reparte hoy las aureolas?

Maddie se limitó a sonreír. Jack era de verdad un hombre increíblemente amable y guapo, definitivamente más apto para el amor eterno que para un lío pasajero. Siempre parecía controlado y sereno. Nunca lo había visto enfadado, y sus pómulos quedarían bien en cualquier foto. Si le dieran un empujoncito y se apuntara a *Match Me!…*

—Para ya —le susurró Matt al oído.

Ella se sobresaltó.

—¿Qué?

—Deja de mirar a mis compañeros como si estuvieras planeando su boda de Disney.

Se puso colorada.

—No es cierto —se apresuró a mentir—. Jack West es un hombre muy guapo. Tengo derecho a mirar.

Matt le lanzó una mirada sombría.

Ella sonrió y le acarició la mejilla.

—Nunca le pediría a él que me subiera trastos viejos al apartamento. Solo tú puedes hacer eso.

Su novio gruñó insatisfecho.

—Bueno, ¿podemos hablar por fin de por qué estamos todos aquí? —preguntó León, mirando a Lucy con fijeza—. Suéltalo ya, James.

Oh, allá vamos de nuevo. Su hermana no tenía un trabajo nada fácil.

—No —respondió ella con simpleza.

—Luuucy… —dijo Matt despacio y bebió un sorbo de cerveza—. ¡Nos enteraremos de todas formas en unas semanas! Cuéntanos.

—No —replicó ella, encogiéndose de hombros a modo de disculpa, y luego le susurró a Maddie—: Estos jugadores de hockey son peores que cualquier columnista de cotilleos. ¿En qué estábamos pensando al liarnos con ellos?

—Están muy buenos —le recordó Maddie solemne.

—Ah, sí. Es verdad. Se me olvidaba.

—¡Me debes el decírmelo! —dijo León en tono de advertencia, mientras alguien ponía *Heard it through the Grapevine* de Marvin Gaye en los altavoces. Qué apropiado.

—¿Por qué exactamente? —preguntó Lucy con un resoplido.

—Porque en su día nunca me diste una oportunidad; te lanzaste directo a la cama con Dax —se quejó el joven jugador, agitando su bebida con una pajita.

Maddie se rio.

—¿Crees que todas las mujeres te deben una oportunidad?

—Sí —respondió este tajante—. Contigo también estoy enfadado.

Su risa se hizo más fuerte.

—Eso no es cierto —objetó Dax—. Hizo falta algo de persuasión para que se viniera a la cama conmigo, León. No se lanzó *directa* a ella.

—¡Dax! —respondió Lucy, escandalizada.

—¿Qué? Es la verdad.

—¡Dios mío! —gimió esta—. Déjenme en paz, ¿quieren? ¡No puedo decir nada, ni lo diré, sobre a quién le deja Clark el equipo! Seguramente habrá una rueda de prensa en unas semanas.

—Oh, es para su hijo —afirmó Matt con seguridad, agitando la mano. Llevaba diciendo eso las últimas noches—. Es obvio, es su hijo. Está en el edificio todo el tiempo.

—No lo sé —terció Fox—. He oído que su hija es una auténtica genio. Tiene un montón de títulos universitarios.

—Pues yo he oído que su hija está loca —objetó León.

Jack resopló.

—¿Y de dónde sacaste eso?

—De una empresa seria llamada internet —respondió a la ligera —. La busqué en Google y la han arrestado un par de veces por rescatar animales de laboratorios. Y ahora mismo está en Brasil o por ahí abajo, haciendo algo en la selva. No creo que pudiera dirigir un equipo de hockey. Sería una locura darle el equipo. Y el viejo Clark no está loco.

Maddie bajó la mirada. Pues sí lo estaba; Lucy se lo había contado. Sabía cuál era su plan y… los próximos días serían estresantes para Matt. Para Lucy. Para todo el equipo. Pero sobre todo, para los hijos de Clark.

—Madre mía —murmuró Jack, frotándose las cejas—. Pues espero que sea el hijo.

Dax soltó una carcajada divertida.

—Claro, al señor Control le aterra la locura.

Todos se rieron y le lanzaron miradas divertidas. Todos excepto Matt, quien, para disgusto de Maddie, examinó su expresión con los ojos entrecerrados.

—Maddie, ¿por qué pones esa cara tan rara?

—Tengo cara normal —respondió de tirón y apartó el rostro.

—¡Mierda! Sabes algo.

Ella abrió mucho los ojos con inocencia.

—¿Yo? ¡No! ¿Cómo?

—¡Lo sabes! —se unió Dax, mirando a Lucy con incredulidad—. ¿Se lo contaste a tu hermana, pero no a tu novio?

—¡Ella no está en el equipo! Y sabe mantener la boca cerrada —objetó ella, defendiéndose a capa y espada.

Maddie asintió con firmeza.

—Exacto.

—¡Ah, venga ya! —exclamó León mientras Matt se inclinaba casi imperceptiblemente hacia ella.

—A mí me lo puedes decir, ¿verdad? —le susurró al oído.

Ella lo miró con aire de disculpa.

—No.

—¡Pero si soy el hombre de tus sueños! —replicó incrédulo—. Debería tener privilegios especiales.

—Lucy, solo dínoslo —lo ignoró León, con una voz tan fuerte que todos se sobresaltaron.

—Bien, tú y yo vamos a ir a la barra a tener una charla seria sobre el volumen aceptable para hablarle a una dama —dijo Fox con un suspiro y se levantó de golpe.

—¡No eres mi padre, Fox! —objetó León, poniendo los ojos en blanco.

—No, pero podría llamar a tu madre —replicó este sin inmutarse.

El defensa se puso de pie de inmediato.

—¡Una copa en la barra suena de lujo!

Riendo, los vieron alejarse. Tan pronto como estuvieron fuera del alcance del oído, Dax empezó:

—Bien, ahora que estamos solos…

Lucy lo mandó callar con un giro de ojos.

Mmm, interesante. Se preguntó si también podría hacer eso con Matt.

—Está bien, está bien —dijo el moreno, molesto—. No nos lo digas. Hablemos de Navidad en su lugar. Entonces, ¿deberíamos celebrarlo todos juntos?

Todos estuvieron de acuerdo; solo Jack permaneció en silencio. Su mirada estaba fija en su cerveza sin alcohol.

—¿Jack? —preguntó Dax.

Su hermano soltó un profundo suspiro.

—No puedo. Estaré en Nueva York, por desgracia. Cuando me traspasaron hace unos meses, se olvidaron de unos papeles que hay que arreglar.

—¿Qué? —Dax lo miró con la boca abierta—. Esta iba a ser nuestra primera Navidad juntos en una maldita década.

Jack asintió.

—Lo sé —dijo, con un cansancio extraño en la voz—. Lo siento de veras. No puedo… posponerlo.

Dax suspiró y le restó importancia con un gesto.

—Bueno, lo que sea —dijo con brusquedad—. ¿Vendrán todos los demás?

Ellos asintieron, y Maddie sintió que Matt le besaba la sien con suavidad.

—Ya tengo un regalo —le susurró él al oído.

Ella lo miró interesada.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Podrían ser vales de *Hoy lavo yo la ropa*?

—No seas tonta.

Ella sonrió.

—¿Unas esposas nuevas?

—¿Acaso necesitamos más de tres pares?

—Hm… ¿Vas a hacer otra entrevista con ESPN por mí, explicando que no fue poco ético por mi parte ligarme contigo, ya que yo también tengo un perfil en *Match Me!*? ¿Para que por fin nos dejen en paz y dejen de llamarme a todas horas?

—Olvídalo. Tu negocio va mejor que nunca gracias a nuestro pequeño escándalo. Y ESPN se calmará por sí sola con el tiempo.

—Entonces… ¿un poni?

Matt frunció el ceño.

—¿Te gustaría uno?

—No. Entonces, ¿qué es?

—No te lo voy a decir —dijo él, indignado—. Es una sorpresa.

Ella sonrió y lo besó con ternura.

—Bien. Estoy deseando verlo.

De todas formas, había encontrado el anillo hacía unos días…

FIN

¡Muchísimas gracias por leer Amistad, Amor y Hockey*!*

Sigue leyendo para echar un vistazo exclusivo al próximo libro de la serie, Secretos, Amor y Hockey. ¡Ya se puede reservar!

¿Aún no puedes dejar ir a Matt y a Maddie? Si te suscribes a mi boletín de noticias, podrás leer la escena extra exclusiva que escribí. Simplemente haz clic en el enlace de arriba o escribe la siguiente dirección en tu navegador:

sierralewisbooks.com/para-mis-lectores-y-lectoras-en-espanol

o escanea este código QR con tu móvil:

¡Una reseña sería fantástica!

¿Qué te ha parecido el libro? ¿Te ha resultado romántico o empalagoso? ¿Divertido o triste? ¿Demasiado corto o demasiado largo? Escríbeme una reseña y cuéntame qué es lo que más te ha gustado y qué crees que podría mejorar. Las reseñas son increíblemente importantes para nosotros los autores, aunque solo tengan un par de líneas. ¡Aprecio muchísimo tu opinión!

¿No quieres perderte ninguna de mis novedades? ¡Entonces suscríbete a mi boletín de noticias! ¡También podrás leer aquí la escena adicional exclusiva de la historia de Matt y Maddie! Solo tienes que hacer clic en el enlace de arriba o escribir la siguiente dirección en tu navegador:

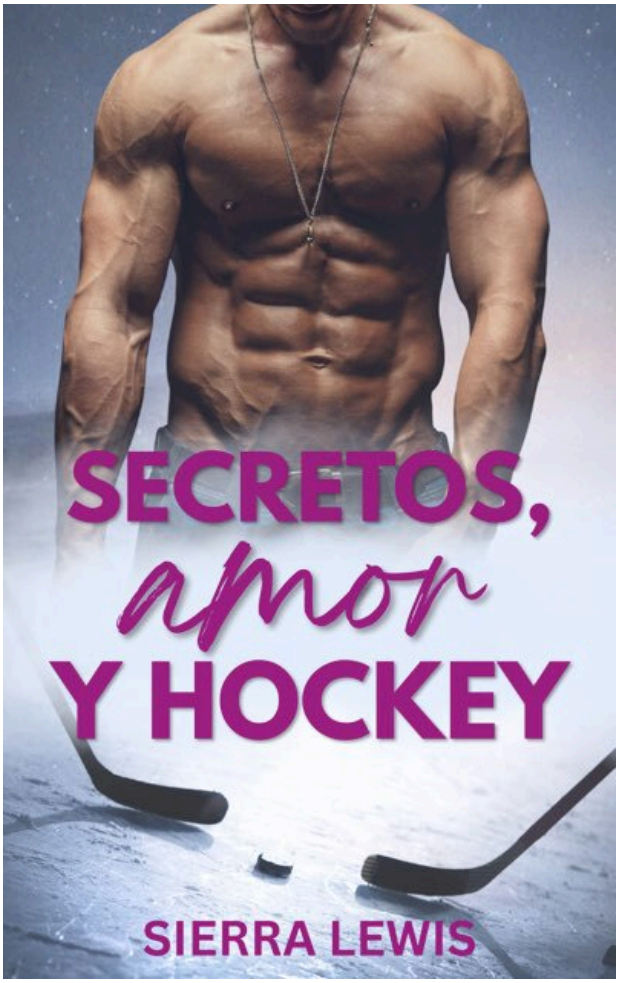
sierralewisbooks.com/para-mis-lectores-y-lectoras-en-espanol

o escanear este código QR con tu móvil:

¡También puedes seguirme en Instagram y Facebook y visitar mi página web!
www.instagram.com/sierra.lewis.author
www.facebook.com/people/Sierra-Lewis-Books/61574437111178/
https://sierralewisbooks.com/

¿No puedes esperar a leer el siguiente libro?

¡Buenas noticias! Secretos, Amor y Hockey saldrá a la venta el 13 de agosto; ya puedes reservarlo aquí.



Nunca te líes con un jugador de hockey… en especial si eres su jefa.

Penny Clark solo quería una última noche sin responsabilidades antes de asumir el mando del equipo profesional de hockey de su padre. Sin nombres. Sin compromisos. Solo una distracción perfecta. El problema es que aquel desconocido resulta ser Jack «El Santo» West, la estrella indiscutible de su equipo.
Con su fama de «hija problemática», Penny no puede permitirse otro escándalo. Nadie puede enterarse de lo que pasó entre ellos. Y, desde luego, no puede repetirse.

Jack tiene una regla sagrada: nada de relaciones durante la temporada. Penny es exactamente la razón por la que nunca debió romper esa regla. Es brillante, testaruda y lo desafía como nadie. Y ahora, además, es su jefa. Totalmente prohibida.
Pero cuanto más se esfuerzan por mantener las distancias profesionales, más difícil resulta ignorar la química que arde entre ambos. Acercarse podría costarles todo… pero mantenerse al margen podría costarles algo mucho más importante.

Sigue leyendo para disfrutar de un adelanto de Secretos, Amor y Hockey.

Adelanto de Secretos, Amor y Hockey

Capítulo 1

Si la vida fuera un partido de hockey, Penelope Clark sería el disco.

Se había dado cuenta de esto a la tierna edad de cinco años, que fue cuando la apartaron por primera vez sin preguntarle para que no tapara el trofeo de Banquero del Año de su padre en las fotos. Su yo de cinco años no tenía ni la más remota idea de qué tenía de importante un aburrido bloque de cristal. Así que, esa tarde, se coló en el despacho de su progenitor para averiguarlo, pero el premio, por desgracia, se cayó… y se partió en dos.

Su padre no hizo más que reírse y decir que conseguiría uno nuevo el año siguiente, pero su madre no dudó en mandarla de vuelta a su cuarto. Y la cosa no se quedó ahí. No, en los años que siguieron, mandaron a Penny a su cuarto tantas veces que la alfombra frente a su puerta se había desgastado por completo. ¿Que manchaba el sofá blanco del salón con salsa de tomate? ¡A su cuarto! ¿Que empujaba a su hermano al estanque de detrás de la casa porque la había llamado idiota? A su cuarto. ¿Que le decía a su madre que ni de broma iba a debutar en sociedad con un vestido de tul? ¡A su cuarto!

Cuando eso no fue suficiente, la enviaron a un internado de protocolo. Y luego a otro. Penny se deslizó sin control por la pubertad, encajando cada golpe que se cruzaba en su camino. A decir verdad, era un milagro que solo hubiera salido de allí con unos cuantos moratones y un par de expulsiones de colegios privados.

Aquel primer momento —la foto en el despacho de su padre— había ocurrido hacía ya veintidós años. Los internados no eran más

que un vago recuerdo. Y Penny creía que, poco a poco, pero con paso firme, se había labrado su camino para pasar de ser el disco a ser una jugadora. Sí, está claro que era una suplente, pero al menos ya no la empujaban de un lado a otro. Al menos podía decidir por sí misma qué dirección quería tomar. Al menos apenas si llegó a escuchar las palabras *hockey sobre hielo* en los últimos y maravillosos años…

—…¡los New York Predators son sencillamente imparables! —tronó desde la televisión de la pared—. Esta noche, el hielo les pertenece. Los Bisons de Boston no tienen ninguna oportunidad…

Gimiendo, echó la cabeza hacia atrás, se bebió su whisky de un trago y apartó el vaso vacío. Ahora que volvía a tener suelo estadounidense bajo sus pies, no tenía escapatoria. Los recuerdos la presionaban como los delanteros rivales presionan la portería.

—¿Desea otro, señora? —preguntó una voz masculina. ¿Sería el camarero?

Asintió.

—Sí, por favor.

Analogías de hockey sobre hielo y whisky: dos vestigios de su antigua vida, dos cosas persistentes que no había sido capaz de eliminar durante sus viajes de los últimos años.

Se frotó los ojos cansados mientras un anuncio metálico le recordaba que no dejara su equipaje sin vigilancia. Por instinto buscó con el pie la bolsa que estaba bajo su taburete. Allí dentro estaban unos documentos que podrían darle dolor de cabeza a ella, pero que despertaban un interés ardiente en otros. La bolsa de yute seguía donde la había puesto, gracias a Dios. Su familia seguramente esperaba que perdiera los documentos, desatando un caos y un drama de proporciones catastróficas incluso antes de llegar a Los Ángeles.

Suspirando, volvió a abrir los ojos y miró a la derecha a través del gran ventanal. Los aviones eran remolcados hacia sus puertas o rodaban por la pista y, de repente, sintió lástima por aquellos gigantes de metal. Ellos también eran empujados y tenían que obedecer.

«No quiero oírlo, Penny. Vas a volver a casa, ya has huido bastante… Además, ¿cuán lejos puedes llegar sin mi dinero?».

Hizo una mueca y desterró la voz de su cabeza. No tendría que lidiar con eso hasta dentro de otras cuarenta y ocho horas. Aún quedaba tiempo más que suficiente para emborracharse e ignorarlo por el momento.

Hizo rodar el cuello, que estaba tenso de estar tanto tiempo sentada. La gente pasaba a toda prisa junto a ella con sus maletas de ruedas a los pies y sus teléfonos móviles en la oreja. El personal del aeropuerto buscaba sus puertas de embarque, niños entusiasmados mordisqueaban chocolate del *duty-free*, hombres de negocios con traje mantenían sus portátiles en equilibrio sobre el regazo y ancianos vestían camisas hawaianas a pesar de las temperaturas bajo cero y el hielo en las ventanas, tal vez de camino al lugar que daba nombre a sus llamativas prendas.

El ajetreo y el bullicio que rodeaba a Penelope le resultaba familiar y extraño a la vez. Empezaba a sentir que había pasado media vida en aeropuertos, aunque, en cuanto a cifras, no fuera cierto. En los últimos cinco años, había visitado trece países diferentes, visto el interior de veintiséis aeropuertos distintos y pasado una media de tres horas en cada uno. Eso sumaba ciento cincuenta y seis horas, ni siquiera siete días, y por lo tanto solo un cero punto cuatro por ciento de los últimos cinco años. En el contexto de toda su vida, aquellas escalas apenas merecían mención. Penny sabía que los números fríos eran lo único en lo que se podía confiar. Su sensación de haber estado atrapada en aeropuertos durante la mayor parte de su vida carecía de fundamento. Sin embargo, el cansancio en sus huesos y la sensación de tener la cabeza llena de algodón se sentían muy reales.

Un dolor punzante comenzó en sus sienes y volvió a cerrar los ojos. Dios, si le estaba doliendo la cabeza solo por hacer cálculos, su cuerpo estaba más que agotado. No le sorprendía. Acababa de realizar un vuelo de once horas desde Buenos Aires y estaba terminando una escala de cinco horas en Nueva York para seguir hacia su ciudad natal, Los Ángeles.

En circunstancias normales, habría volado desde Argentina a la Ciudad de los Ángeles, pero el profesor de la NYU para el que estuvo trabajando los últimos años era un paranoico y no se fiaba de internet, por lo que quería que le entregara los resultados de sus investigaciones en persona, en papel. Penny estaba agotada, tenía jet lag y estaba preocupada por lo que le esperaba. Y, por si fuera poco, sufría de un pequeño miedo a volar. Bien, eso era mentira. Era un miedo a volar muy presente. Resultaba absurdo, teniendo en cuenta cuántas veces había estado a decenas de miles de pies por encima de la tierra. Pero había cosas que ni siquiera el whisky y las referencias de hockey podían curar. Aunque lo primero ayudaba.

Impulsada por ese pensamiento, respiró hondo, tomó su vaso, se lo llevó a los labios y dio un largo trago…

—Esa es mi bebida.

Penny se sobresaltó y devolvió el líquido al vaso de un golpe por la impresión.

—¿Qué? —Se giró de golpe en el taburete y se encontró mirando directo a unos ojos verdes. Enmarcados en un rostro cuadrado, pertenecían a un hombre rubio con vaqueros y sudadera con capucha. Por suerte, ya había escupido el whisky; de lo contrario, se habría atragantado con él.

Madre mía, era aterradoramente atractivo. Su rostro no era tradicionalmente hermoso. Por separado, sus labios eran demasiado carnosos, su pelo un pelín demasiado largo y sus ojos estaban un poco demasiado separados. Pero el conjunto…

—Esa es mi bebida —repitió el hombre, divertido, señalando el vaso que Penny tenía entre las manos.

Perpleja, su mirada se deslizó hacia la barra frente a ella… y tenía razón. Agarró el vaso equivocado.

—Mierda, perdón —soltó, con las mejillas ardiendo—. Este… toma. —Dejó la bebida y la empujó por la barra en dirección a él.

El tipo se quedó mirándola unos segundos con la boca abierta… y luego empezó a reírse.

—Ay, Dios. —Se tapó los ojos con la mano, aunque las comisuras de su propia boca amenazaban con dibujar una sonrisa—. Escupí dentro.

—Con bastante entusiasmo, sí.

—Carajo. —Se frotó la cara—. Lo siento. Estoy un poco aturdida. Casi nunca regurgito las bebidas de los demás.

—Estoy convencido de que eso hace feliz a gente de todo el mundo.

Ahora fue ella quien se rio.

—Debería. Y te compraré una nueva, por supuesto. No, ¿sabes qué? Quédate con la mía. Sabe mejor que esa cosa que pediste, de todos modos. Tú… —y entonces vaciló. Dios santo. ¿Qué acababa de salir de su boca? Gimió para sus adentros y se mordió la lengua—. No es que esta bebida sea terrible —dijo, intentando salvarse. Levantó el vaso en el que acababa de dejar su ADN—. Pero… —Entornó los ojos y sacudió la cabeza—. Maldita sea, estoy demasiado exhausta para mentir. ¡Sabe fatal! La verdad es que no tienes ni idea de whiskies. El mío es mejor. —Asintió con firmeza y le tendió el vaso que era para ella.

La sonrisa del hombre se ensanchó.

—¿Es tu forma de pedir disculpas?

—No, es mi forma de sustituir tu terrible whisky por uno mejor —respondió con timidez—. Pruébalo.

El hombre que tenía enfrente suspiró, pero le hizo el favor y tomó un sorbo. Inclinó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Mmm —dijo, y luego añadió en voz más baja—: Me gustaría decir que tienes razón, pero es que perdí el sentido del gusto en un accidente.

Impactada, la sonrisa desapareció de su rostro.

—Ah, Dios mío. Lo siento, yo…

Él sonrió de oreja a oreja.

Ella se detuvo.

—Me estás tomando el pelo.

—Ajá —asintió él—. Quería que te sintieras tan incómoda como yo hace un momento, cuando no estaba seguro de si sería de mala educación rechazar la bebida con babas.

Riendo, Penny se frotó la frente.

—Bueno, lo conseguiste. Pero ¿qué me dices del whisky?

—Definitivamente es más sabroso.

—Eso es lo que vengo diciendo —asintió, satisfecha de sí misma —. Pues nada. Por el whisky bueno y por el malo —añadió, brindando con él y bebiendo de nuevo del vaso del desconocido.

—¿Aún vas a seguir bebiéndote eso? —preguntó su interlocutor, sorprendido.

—¡Pues claro! Es mi propia saliva. Sería una pena desperdiciarlo y… Ah, espera, ¿ya habías bebido tú de él?

Él asintió.

Ella entrecerró los ojos, se lo pensó un momento y luego se encogió de hombros.

—¡Qué narices! Las bacterias ya han encontrado el camino a mi boca. No me va a matar.

Había comido cosas mucho peores en Sudamérica… y detestaba desperdiciar comida más que los inoportunos pensamientos sobre hockey que le rondaban la cabeza. Así que se bebió el trago de un golpe.

—Eres buena bebedora, ¿eh? —comentó el desconocido, impresionado.

—No, en absoluto —admitió—. Pero en este caso, mi objetivo es emborracharme en los próximos diez minutos para que, con un poco de suerte, se me olvide que los seres humanos no estamos hechos para volar.

—Volar es superseguro —dijo él, con una suavidad sorprendente —. Es…

—Sí, sí, ya lo sé —lo interrumpió ella, restándole importancia con un gesto—. Las probabilidades de un accidente aéreo ahora mismo son de uno entre un millón. ¡Mueren más personas por ataques de burros que en aviones! Las probabilidades de un accidente de coche son mucho mayores, uno entre cien miles. Las probabilidades de morir por culpa de una máquina expendedora son de uno entre centenares. Y no quiero ni empezar con las motos. ¿Y sabías que tienes cinco veces más probabilidades de que te mate una silla que un tiburón? —Respiró hondo—. Pero las probabilidades de que yo esté nerviosa mientras el avión despega son de uno a uno.

Al hombre se le arquearon las cejas y, durante unos segundos, se limitó a parpadear, perplejo.

Ella suspiró y se quedó mirando su vaso vacío. Estaba acostumbrada a esa mirada. La conocía desde que tenía siete años, cuando salvó a la langosta del cumpleaños de su madre de una muerte segura en la olla… y la tuvo en un barreño debajo de su cama durante dos semanas, hasta que una criada horrorizada hasta las cañas tropezó con ella. Desde entonces, mucha gente la había tachado de «rara», aunque Penny prefería el término «única».

—Me gustan los números y empiezo a parlotear cuando estoy un poco bebida o cansada —explicó en voz baja—. Y ahora mismo estoy las dos cosas, así que prepárate.

El hombre se echó a reír. Fue una risa profunda y cálida que hizo que se le erizara el vello de la nuca y que se le revolviera el estómago.

—¡¿Las probabilidades de morir por una máquina expendedora son de una entre centenares?! —repitió frunciendo el ceño—. Oye, eso es duro. Tan duro como comer de una máquina expendedora, diría yo.

Su sonrisa amenazó con volver.

—Sip —confirmó ella, asintiendo—. Por un momento temí que dijeras algo horrible, como «tan duro como mi puño».

—Por el amor de Dios, no. —Él hizo un gesto de negación—. Mi puño es mucho más duro.

Penny soltó un bufido de diversión y el tipo bueno volvió a sonreír. Un hoyuelo apareció en su tersa mejilla derecha… y ella bostezó.

Increíble. Estaba demasiado cansada incluso para apreciar el atractivo general de este amable desconocido. Y ni siquiera se tapó la boca con la mano. ¡A su madre le daría un soponcio!

—Perdona —dijo, sacudiendo la cabeza y llevándose los dedos a los labios—. Hoy mis modales están dejando mucho que desear. Sé que solo son las seis, pero llevo despierta treinta y dos horas y ya vengo de un vuelo larguísimo y espantoso. Mi cerebro ya no funciona. Y tengo que irme a Los Ángeles ahora mismo.

—Mmm… —caviló su nuevo conocido, poniendo su tarjeta de embarque sobre la barra—. Mira qué bien, yo también.

Ella parpadeó… y, por alguna razón, se le encogió el estómago de alegría al darse cuenta de que iban en el mismo vuelo.

—Me pregunto cuáles serán las probabilidades de que ocurra eso —murmuró.

—Muy altas —comentó el desconocido con una sonrisa de oreja a oreja y señaló por encima del hombro de ella—. La puerta de embarque está justo ahí.

Ella se rio.

—Sí, eso es verdad.

El hombre asintió divertido, tomó otro sorbo del whisky bueno y luego dejó que su mirada vagara por ella. No de una forma intrusiva, sino más bien… curiosa. Resultaba encantador; su mirada era un cumplido. Y Penny tenía la sensación de que llevaba décadas practicando para mirar así. No es que fuera baboso, sino que lo hacía de una forma que hacía que las mujeres se sintieran hermosas en su presencia, incluso si estaban sentadas frente a él sin maquillaje, despeinadas, con manchas de kétchup en sus pantalones de lino blancos y unas sandalias cutres. De hecho, la única prenda respetable de Penny era la chaqueta de invierno de color rojo brillante sobre la que estaba sentada.

—Y bien, ¿de dónde eres? —inquirió—. ¿Por qué vas a Los Ángeles y cómo te llamas? No quiero tener que seguir llamándote *ladrona de whisky escupidora* en mi mente.

Riendo, ella echó la cabeza hacia atrás.

—Me sorprendiste. Me habría atragantado si no hubiera tosido el whiskey. Y yo soy… —Hizo una pausa.

Había estado a punto de decir su nombre completo. Le habían enseñado a hacerlo desde hacía décadas. La voz de su madre resonó en su cabeza: «No seas falsamente modesta, Penelope. ¡Que todo el mundo sepa quién es tu familia y cómo buscarte mejor en Google!».

El problema era que, tras el descalabro de hacía unos años, su nombre se había vuelto bastante infame y casi todos los estadounidenses a los que se lo decía le preguntaban si era *la* Penelope Clark, o al menos si emparentaba por matrimonio con el empresario y multimillonario. Como era una mentirosa nefasta y,

como hija suya, no le gustaba mentir de todos modos, a su confesión solían seguirle cientos de preguntas. Y la revelación de que volaba a Los Ángeles porque pronto podría ser la dueña de un equipo de hockey no era algo que su interlocutor fuera a aceptar sin hacer preguntas.

Así que le tendió la mano y dijo:

—Soy Penny. Tengo que ir a Los Ángeles por asuntos familiares y acabo de llegar de Buenos Aires, donde estaba trabajando.

El hombre le estrechó la mano. La suya era sorprendentemente áspera y grande, como si trabajara mucho con ellas, aunque ella supuso que tendría un trabajo de oficina. Comentó en tono divertido:

—Ha habido una pausa muy larga antes de que dijeras tu nombre.

Ella hizo una mueca.

—Lo sé.

—¿Es el de verdad? ¿O me acabas de drogar con la bebida y me despertaré dentro de tres horas sin ropa ni cartera?

Penny se rio.

—Lo de la ropa es tentador; hace siglos que no veo a un hombre desnudo. Creo que valdría la pena volver a empezar contigo. —Lo miró con intención—. Pero te dejaría quedarte con la cartera. No la necesito.

Él le dirigió una amplia sonrisa.

—Ya veo. Así que estás soltera.

A ella se le encendieron las mejillas.

—¿Qué?

—Has dicho que hace siglos que no ves a un hombre desnudo.

Ah, eso.

—Bueno, a lo mejor es que solo me interesan las mujeres. O que tengo una relación feliz tan intelectualmente satisfactoria que cualquier contacto físico me parece irrelevante.

Él se inclinó hacia ella, de modo que su aroma a bosque de pinos y whiskey la envolvió, y luego susurró:

—No lo creo. Solo se dicen cosas así cuando no has tenido *contacto físico* en mucho tiempo. Entonces, ¿de verdad te llamas

Penny? ¿o estoy coqueteando con Vanessa? ¿O con Candy Doll?

Ella volvió a reír, con el pecho hormigueando de anticipación. ¿Estaba piropeando con ella? En eso se centró su mente desde aquel momento. Aunque, lo que era más importante, él había comprendido de inmediato que le estaba ocultando algo y que hacía siglos que solo mantenía una relación con un novio con pilas.

Maldita sea. El tipo era encantador *y* atento. Eso era malo. Significaba que, con casi total seguridad, ella saldría pronto en los periódicos. Su cara aparecería por todo internet y, como él vivía en Los Ángeles, la vería y… ah, solo quería ser ella misma unas cuantas horas más, sin pensar en tener que cumplir unas expectativas a las que jamás se había acercado ni un solo día de su vida. Al menos, esa era la versión que sus padres tenían de su historia.

—De verdad me llamo Penny —murmuró—. Penelope, si insistes en saberlo, pero nadie me llama así. Así que… ¿sabes qué? —Se rascó la barbilla, pensativa—. Te agradezco que seas tan educado como para preguntar, pero tengo una sugerencia. Vamos a estar sentados aquí otra media hora y luego nos subiremos al mismo avión. Eres divertido y agradable. *Y estás caliente*. Y me gustaría seguir hablando contigo un rato más. Pero ¿podríamos no decir nuestros apellidos y no hablar de qué hacemos aquí, de qué hemos hecho, de quiénes somos en realidad y de por qué vamos a Los Ángeles? No me gusta mentir, pero tampoco quiero hablar de ello. Así que, ¿por qué no somos simplemente dos desconocidos amables que hablan de lo humano y lo divino, pero no de la familia ni del trabajo? ¿Anónimos pero sinceros? ¿Qué me dices? Tú puedes mantenerme despierta hasta que estemos en el avión y yo puedo entretenerte con más estadísticas de muertes o decirte qué whiskey deberías pedir después. —Llena de esperanza, torció una comisura de los labios, porque aquel hombre podría ser justo lo que necesitaba en ese momento:

Distracción.

¿Tienes curiosidad por la historia de Penny y Jack? ¡Haz clic aquí para reservar Secretos, Amor y Hockey!

Otras obras de Sierra Lewis

Serie L.A. Hawks Hockey

Rivalidad, Amor y Hockey (Libro 1)

Amistad, Amor y Hockey (Libro 2)

Secretos, Amor y Hockey (Libro 3)

Sobre la autora

Sierra Lewis aprendió pronto que solo vale la pena pelear contra gente físicamente más fuerte usando las palabras, sobre todo cuando se trata de hermanos mayores. Aunque nunca hay que subestimar un puñetazo bien dado de vez en cuando…

Nació en 1993 con una imaginación desbordante, que emplea para crear historias desde cuarto de primaria. Cuando no está perdida en un libro o garabateando sin parar, es muy probable encontrarla disfrutando de un buen chocolate, cantando a todo pulmón en la ducha o dándose un atracón de comedias románticas disparatadamente ilógicas, pelis de acción y series de televisión donde los finales trágicos están terminantemente prohibidos.

© 2023 Sierra Lewis
Primera edición en español: julio de 2026

ISBN: 9798184979229

Diseño de portada: Sierra Lewis

Traducción y edición al español por Mónica López
Revisión y corrección por Moni López Spanish Editorial Studio

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto por el uso de breves citas en una reseña literaria.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con acontecimientos, locales, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia total y absoluta.

Sierra Lewis
Wegemanns Feld 16
45527 Hattingen
Alemania
sierra.lewis.author@gmail.com

sierralewisbooks.com
¿No quieres perderte ninguna de mis novedades? ¡Entonces suscríbete a mi boletín de noticias!
¡O sígueme en Instagram o Facebook!
www.instagram.com/sierra.lewis.author
www.facebook.com/people/Sierra-Lewis-Books/61574437111178/